

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CCION GENERAL DE BIBLIOTEC





1020020150

86-3
G.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



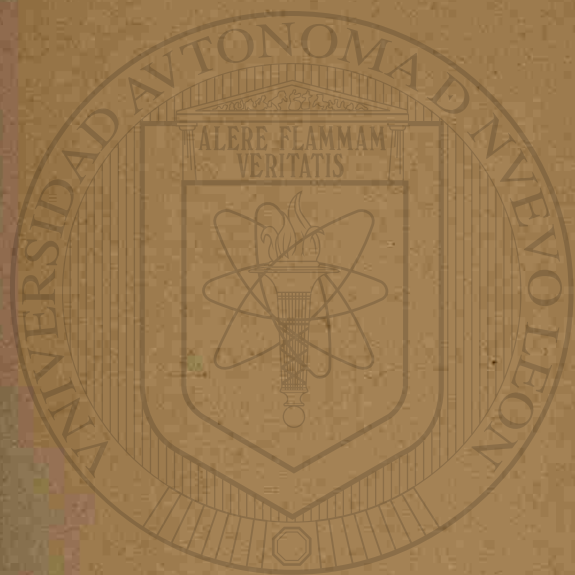
RECONQUISTA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33023



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid, 1908.—Imprenta de Bailly-Bailliére é Hijos, Cava alta, 5

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural. Esbozos contemporáneos, segunda edición; Guatemala, 1889.....	1 volumen
Apariencias, J. Peuser, editor; Buenos Aires, 1892.....	1 »
Impresiones y Recuerdos, A. Moen, editor; Buenos Aires, 1893.....	1 »
Suprema Ley, Viuda de Ch. Bouret, editor; París-México, 1896.....	1 »
Metamorfosis; Guatemala, 1899.....	1 »
Santa, R. de S. N. Araluce, editor; Barcelona-México, 1903 (9.000).....	1 »
Mi Diario. Intimidades, literatos y literatura; 1. ^a serie, 3 volúmenes, 1907....	1. ^{er} volumen

TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta <i>Mamz'lle Nitouche</i> ; México, 1888.....	Agotada
La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville <i>Le Fiacre 117</i> ; Guatemala, 1889.....	»
La Última Campaña, original, comedia en tres actos y en prosa; México, 1894; segunda edición, Guatemala, 1900.....	1 volumen
Divertirse, original, monólogo en prosa; México, 1894.....	1 cuaderno
La Venganza de la Gleba, original, drama en tres actos y en prosa; Washington, D. C., 1904.....	1 volumen
A Buena Cuenta, original, drama en tres actos y en prosa; San Salvador, C. A., 1907.....	1 volumen

PRÓXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario. Intimidades, literatos y literatura; 1. ^a serie.....	2 volúmenes
----------------------------------------------------------------------------	-------------

EN PREPARACIÓN:

LA LLAGA

Todas estas obras se hallan de venta en las principales librerías; para pedidos al por mayor, dirigirse a la casa editorial de

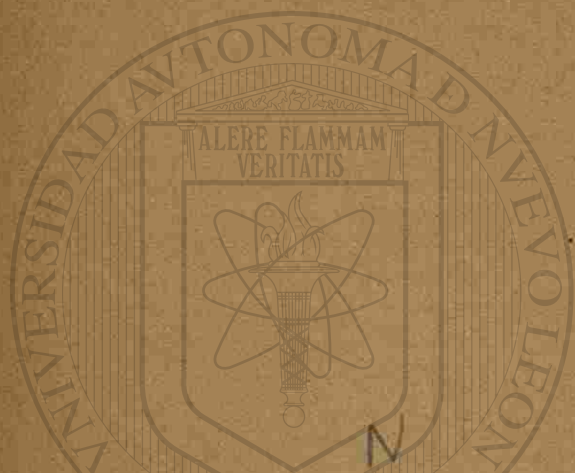
EUSEBIO GÓMEZ DE LA PUENTE

MÉXICO

Nuevo México, 1.—Apartado 59 bis

BARCELONA

Bailén, 107



Núm. Clas. _____
Núm. Autor 61925
Núm. Adg. 33023
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EUSEBIO GÓMEZ DE LA PUENTE

BARCELONA
Calle de Balén, núm. 107



MÉXICO
Nuevo México, núm. 1

1908

33023

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

FEDERICO GAMBOA

RECONQUISTA

«No quiero, hermanos, que dejéis de
saber que muchas veces he propuesto
hacer este viaje.»

«Dios permitió que todas las cosas
quedasen envueltas en la ignorancia
y la oscuridad, para ejercer el poder de la
sabiduría sobre todos.»

SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. I, v. 13; cap. II, v. 14

«To believe you are, though you are not,
is like that what is true, but the private
heart is true, though the public is not.»

R. W. EMERSON

ACERVO DE LITERATURA

115520

PQ 7297

.63

R4



Quedan asegurados los derechos de propiedad, conforme a la ley

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De esta obra han sido impresos veinticinco ejemplares en papel de lujo, especial, numerados por el autor



AL SR. D. IGNACIO MARISCAL,

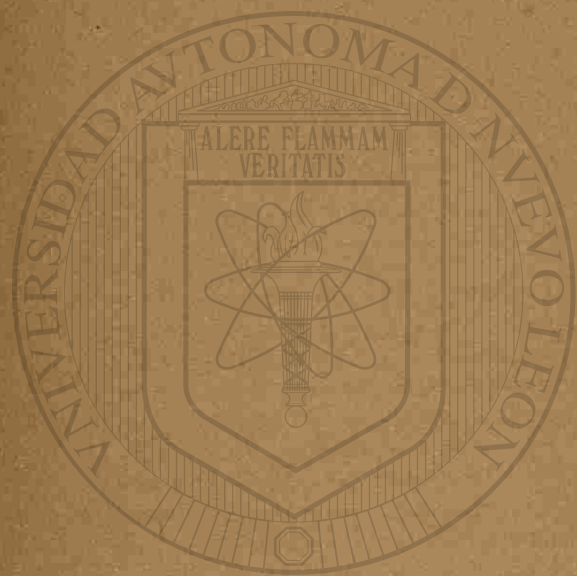
En México

Hoy que ya nadie podrá darme del adulator porque enaltezco este libro mio con el nombre de Ud., alto en todos sentidos, realizo, al dedicárselo por lo que valga, un íntimo deseo acariciado desde hace años, al apareamiento de cada uno de mis libros anteriores.

Sírvase Ud. aceptar éste, señor, que su aceptación, con la que me permito contar de antemano, a mí me proporciona el júbilo inmenso de estampar públicamente los lazos que a Ud. me ligan: cariño, gratitud, respeto.

F. G.

Mayo de 1906.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

RECONQUISTA

PRIMERA PARTE

I

—¿De quién es este paraguas?... ¿No es el tuyo, Gustavo?—inquirió Aurelio desde el umbral del zaguán, de par en par abierto y alfombrado de hojas marchitas y quemadas de rosas y violetas, de ramas mustias; oliente á olores desagradables, de ácidos evaporados, y al olor fofo y característico de los cadáveres cuya descomposición comienza; los olores, ramas y hojas que habían dejado á su paso las coronas, los cruces, la muerta que acababan de sacar de la casa y que allá iba, dentro de su ataúd, en hombros de cuatro mozos uniformados de la funeraria, rumbo, primero, á los tranvías empavesados de negro que aguardaban en la esquina al cuerpo y á los dolientes; rumbo, después, al cementerio.

Sin duda el interrogado contestó afirmativamente, pues Aurelio apoyó los dos paraguas contra el muro, mientras se doblaba los extremos de su pantalón á fin de preservarlo del barro de la calle y de la neblina llovizna que, desde en la mañana, entristecía la ciudad; luego, subióse el cuello del abrigo y corrió á juntarse al grueso de los asistentes, sombrero en mano, bajo una muchedumbre de paraguas desplegados, que lentamente caminaban en pos del féretro, por la mitad del arroyo.

F. GAMBOA

Una treintena serían los que se encaminaban al sepelio; el reducido núcleo de intelectuales de verdad, que á pesar de todo viven y trabajan en esta buena ciudad de México; amigos y parientes de Salvador Arteaga, el pintor talentoso quedado viudo y con dos chiquillas, como dos serafines, procreadas durante su relativamente corto matrimonio.

Al llegar el cortejo á la esquina, en tanto se instalaba á la muerta dentro de la carroza, los más se volvieron á mirar á Salvador por última vez, en medio del ancho balcón del estudio; su cuerpo de varón fuerte, llenando el marco; su revuelta melena negra, desafiando á la llovizna; erguido; llorando á plena luz, sin tapujos, dejando que sus lágrimas resbalaran por los breñales de su barba recia, con sus dos hijitas de la mano, una á cada lado, impresionadísimas con el suceso que aturdió sus infancias precoces. Algunos lo saludaron, desde lejos, y él contestó á todos, á los amigos y á su muerta, con expresiva inclinación de la testa; en seguida soltó á las niñas, que se le asieron de las piernas, y dobló el busto, encima del barandal, cuando los tranvías arrancaron.

Fueron las niñas las primeras que se calmaron, súbitamente, sin que nada ni nadie las distrajesen de su duelo medio consciente por infantil, en esta apartada casa de este barrio distante y en formación. La calle, aún no era tal, mal grado el edificio azulejo guindado en la esquina y rezando muy serio en sus blancos caracteres regulares: «2.^a Calle de los Flores»; mal grado el foco eléctrico que á la placa quedábase frontero. Las aceras aún no se descubrieron. El empedrado, en proyecto, sólo á un lado y á otro amontonados guijarros, como barricadas recién destruidas por un obús, y á los medios, polvo en tiempo seco y barro en tiempo de lluvias; en todas estaciones, altos y bajos,

RECONQUISTA

hoyancos, cordilleras diminutas—las que formaban las anchas llantas de los carros que lo cruzaban á punta de latigazos de carreros, de jadear de mulas y de estruendo de los cargados vehículos toscos levantando polvaredas densas;—grandes huellas de pies humanos y descalzos, de cascos de caballos, de pezuñas de las vacas y terneros que á diario la recorrían á los dos crepúsculos, ensordeciendo los ámbitos con sus mugidos, camino de la ordeña al salir el sol, y camino del establo al ponerse. En vez de casas, tapias y tapias que ocultaban los solares yermos; por total de edificios habitables, la casa de Salvador y otra en la acera opuesta. Edificios en construcción, tres, creciendo dentro de los andamiajes, y simulando, al pronto, arboladuras de fantásticas embarcaciones desmanteladas.

En compensación, exceso de ruidos, los que la vecina estación del ferrocarril «Central Mexicano» difundía en sus contornos sin parar á hora ninguna: resoplar de calderas; silbidos estridentes, agresivos casi, de vapor escapado; tañer de campanas monótonas, todas iguales, anunciando las partidas y los arribos con una misma lengua insensible al júbilo de los arribos y á la melancolía de las separaciones... ¡tam, tam! ¡tam, tam!...; pitazos de locomotoras, cortos, largos, entrecortados, angustiosos todos, los largos particularmente, por las noches, que, diríase, sonaban á agorerías y á lamentaciones de sabe Dios qué infinitas desdichas sin remedio...; chirridos de ruedas sobre los rails, al mudar de vía; arrastradura de cadenas; rodajes precipitados y lentos de plataformas, furgones y coches, con sonido como de quebrantamiento, á su paso por las agujas de los cambios... Todo ahí, en las narices; y seis veces en cada veinticuatro horas, con estruendo de fábrica de hierro que sacudiese un vendaval monstruo, entrar y salir de los convoyes de carga y de pasajeros, con

F. GAMBOA

demasiada velocidad ya, á causa de que á unos metros antes de cruzar las calles de los Flores, el enorme «patio» de la estación se ha concluído y los trenes las atraviesan á desenfrenado correr de ángeles rebeldes y expulsados de algún paraíso contemporáneo. En esas seis veces, retemblaba la casita de Salvador enal asustada de ruido tamaño para ella incomprendible.

—¡Papá!..., ¡papacito!...—dijo una de las niñas,—¿y no ha de volver ya?... ¿No ha de volver nunca?...

—¡No, nunca más!—les contestó Salvador, enderezándose y á entrambas dirigiéndose.—¡La hemos perdido para siempre, ustedes y yo, para siempre!...

De oírlas que de nuevo rompían á llorar, amedrentadas por aquel «para siempre» que no entendían á las derechas, pero que imaginaban tremendo; de sentir sus cabecitas y sus ropas humedecidas por la lluvia, que no aumentaba ni disminuía; de considerarlas huérfanas en su edad y con su sexo, bajóse á ellas conmovido, y, luego de cargarlas en sus brazos, juntos los tres semblantes llorosos, mezcladas las tres cabelleras en lamentable y apretado grupo, entró con ellas en el estudio que se obscurecía lentamente, yendo á refugiarse en el rincón más obscuro, el del diván que entre su mujer y él habían ideado y ejecutado unos cuantos años atrás, cuando el jocundo estreno del domicilio, al fin propio, construido palmo á palmo, muy despacio, en consonancia con lo que tardaban en aborrar peso á peso los pesos y pesos que la vivienda valía.

Instaláronse los tres en el mullido mueble, el testigo bonachón y cómodo que tenía presenciadas y sufridas una porción de cosas: llantos y dormires de las niñas, cuando muy chiquillitas; risas, saltos y escondidas, de cuando crecieron; siestas, reflexiones, desalientos y holganzas del artista; costuras de la mujer; medicinar de la madre á las

RECONQUISTA

hijas enfermas; esperas de la esposa cuando su voluntarioso niño grande se recogía tarde, por culpa de los amigos ó por culpa de su temperamento inquieto; admiraciones mudas de la compañera, mordiendo el gancho de la interrumpida labor doméstica, frente al avance de los cuadros, frente á las pinceladas geniales que arrancaban al pintor gritos de júbilo, silbidos de «golfo», viajes hacia atrás hablando solo, blandiendo paleta y tiento, para mejor juzgar del efecto...; el ancho diván que tenía presenciadas y sufridas, allá, en sus mocedades, hasta discretas y encantadoras entregas de la amante al marido, joven y fuerte, que las solicitaba con autoritario reclamo dulce de súplicas y besos que nadie oía de afuera, que se posarían en los cuadros, en las armas, en las curiosidades y en los tapices del cuarto de trabajo, de luz y de ensueño.

Allí se instalaron el viudo y las huérfanas, sin separarse, descansando los desmazalados cuerpos en los cojines muelles, que parecían querer consolarlos según lo que se les amoldaban en los torsos encorvados y en las cabezas trémulas que en ellos se hincaban, para más sollozar, hundidas en su pluma.

El estudio naufragaba en las sombras. Los cuadros inconclusos, sin marco, y los concluidos, con sus molduras de oro, fundían sus tonos, esfumábanse y perdían la precisión del dibujo y la dulzura acariciadora del color; dos ó tres bronces, aquí y allí, sobre repisas y coronamientos de pupitres monacales, se desvanecían en su propia pátina antigua y mustia, en la vieja pasta de las maderas á medio apolillar que los sustentaban ó en el papel mate y avellanado que cubría los muros. Las armas de la panoplia, cuyos anchos y filos peleaban de día con los oblicuos rayos empolvados de sol, ahora tenían, á modo de cubiertas diáfanas, opacidades que en pacíficos é inofensivos

transmutaban á los aceros, á los arabescos embutidos de plata, á los gavilanes y conteras pavonados, á los nácares y gemas de las empuñaduras. Al través de los cristales del arrinconado estante arcaico, con esfuerzo se divisaban los títulos dorados de los volúmenes en filas, que no se acertaba á determinar, sólo los títulos y los nombres de autores divisábanse como fosforescencias imprecisas. El único mármol del estudio, una *Venus de Canova*, encima de un tripode de escultor, por lo que con las paredes, en aquella parte colgadas de telas, se confundía, creeríasela deseosa de emparedarse.

El catafalco, pensado y adornado por Salvador en persona, se veía, desierto, aún más espantoso que hacía unas horas soportando el cadáver de Emilia; aterraba á las niñas, que, con enojos, lo miraban de soslayo, cual si le reprocharan que hubiese consentido en que extrañas manos lo libertaran de la preciada carga y que, ahora, con sus fúnebres paños negros y sus cuatro cirios apagados, amarillentos y rígidos, les convirtiese en odiosa la habitación favorita de la familia.

Esta ocurrencia de tender á su muerte á mitad del estudio, había sido sola y exclusivamente de Salvador, un último tributo de artista y de amante; tenderla ahí, donde él engendraba sus cuadros, donde padecía y gozaba con las alternativas que exaltan y deprimen á los cerebrales en el sitio en que conciben, ejecutan, corrigen y vencen.

El tramonto continuaba aumentando y sumergiendo el taller en la sombra. Vagaba en su atmósfera el mismo olor fofo y característico de los cadáveres cuya descomposición comienza, más acentuado que en el zaguán, y el olor desagradable de ácidos y desinfectantes evaporados, de flores y hojas marchitadas por el confinamiento, que se agravaba con el de los cirios recién apagados, que en la

estancia ardieran un día entero y una entera noche. Por junto al catafalco, y en reguero hacia la puerta del corredor, pétalos agostados, ramas torcidas, secas hojas crujiendo; los desprendidos de coronas, ramilletes y cruces enviados por los amigos ó comprados por Salvador para cubrir de flores—como en efecto lo estuvo—el túmulo de Emilia. Encima de éste y de través, el viejo Crucifijo de los abuelos, enmohecido de años y de ósculos, que la esposa exigió en su agonía, con la indebida preferencia que sin conceptuarla idolátrica, nutren los creyentes sencillos por determinadas imágenes:

— ¡Mi Cristo, Salvador, que me mueres!... ¡dame mi Cristo! el que yo traje!... ¡con el que murió mi madre!...

Y con el mismo Cristo murió Emilia, entre sus manos enclavijadas, mirándolo, mirándolo cuando ya ni á sus gentes miraba; cuando la agonizante cabeza, cual si se le rompiera oculto resorte que al tronco sujetárala, se desplomó en las almohadas, volviéndose al hombro izquierdo en tético escorzo, y así permaneció unos cuantos segundos, hasta el de su tránsito.

De través había quedado el Crucifijo, encima del túmulo de Emilia, después de sacado el ataúd, después de celebrar con ella nupcia castísima toda una noche sobre su cuerpo muerto, sobre su bendecido seno, ya exangüe, que amamantó dos vidas, sobre su vientre sacro de madre... ¡Nupcia castísima!... El Cristo de los abuelos, enmohecido de años y de ósculos, velando el cadáver, abiertos los brazos por crucificado y por mejor amparar, con sus omnipotentes misericordias inagotables, la ascensión de esa alma que á él se había dado desde niña y virgen.

Sólo destacábase de las sombras en que el estudio continuaba sumergiéndose, luminosamente, el lienzo del caballete, un desnudo de mujer, casi de tamaño natural, que

F. GAMBOA

parecía beber los escasos átomos de luz que aún vibraba en el taller y con ellos cubrir las carnaciones borrosas de los muslos combados, de los senos semicultos por las magnificencias de la crinada cabellera negra y suelta que se adhería á las curvas como reptil amaestrado y sensual, y que, á modo de manto, ensanchábase en el mórbido dorso, se retorció luego en el brazo en que el busto se apoyaba, y en el anca redonda y soberbia amontonábase gloriosamente. No nada más por la escasez de luz del taller, sino por intento del pintor y exigencia del asunto—qué se yo qué simbolismo empapado de ideal, que el título quizá haría más comprensible,—el rostro de la mujer no alcanzaba á descubrirse, apenas la oreja y algo de la mandíbula, el cuello vuelto, una de las comisuras de los labios, por la otra parte, que lo mismo podía suponerse que reían, ó afligidos contraíanse, entreabiertos. La figura, en pie, luciendo todos los encantos de la espalda, todas las esplendideces del ensanche del talle, hacia abajo, de la cintura á las corvas; la cadera redonda y amplia de hembra prolífica y sana; los hombros de la grupa carnosos, protuberantes, en su tentador descenso elíptico exclusivamente femenino y supremamente bello... El resto, por concluir: los pies, ni dibujados todavía, en los limbos blancos de la tela manchada de pinceladas de prueba, que se borran conforme la obra avanza; el brazo derecho, extendido hacia la altura, con algo en el puño cerrado; la academia toda en extraña actitud... ¿obediencia?... ¿holocausto?...

Aumentaban las sombras. Por el balcón abierto llegó la noche; asomóse cual si titubeara en entrar de un golpe, detúvose á manera de persona que desconoce un sitio en el que es fuerza que entre; hasta que, satisfecha del local, en él penetró y se instaló á sus anchas, completamente. Salvador callaba y las niñas dormitaban arriadas á su

RECONQUISTA

padre. La lluvia persistía, tenaz y muda, ahora tamborileaba en la vidriera, y en la calle apartada y silente á llanto sonaba su caer; á Salvador antojábasele que repetía las palabras postrimeras de Emilia, su doble recomendación desgarradora y piadosa de moribunda joven que sólo por creyente, conformase, aunque á duras penas que no osa formular, con partir de la vida tan temprano y con trocar por el silencio, el frío y la soledad del sepulcro, el alegre clamoreo de un hogar naciente, el calor de un esposo que ama y la compañía incomparable, por dulce y única, de los hijos que ríen de crecer y lloran de reír... Oía Salvador tales palabras, susurradas por la lluvia que por los cristales resbalaba:

—¡Recuérdame y rézame!...

¿Recordarla?... ¡Ya lo creo que la recordaba, que la recordaría mientras su memoria funcionase! Y desde luego, acariciando á las chiquillas adormecidas á sus flancos y de tiempo en tiempo sacudidas por sollozos retrasados que no pudieron salir faltos de espacio cuando salían tantísimas lágrimas en cada crisis del copioso llorar infantil, Salvador era impotente para distraer su pensamiento. Pensaba en Emilia, muerta, mucho más de lo que pensaba en Emilia, viva ¡oh, pero mucho más! Y en el acto, tornábase aquello un despiadado acarreo de recuerdos que la memoria extraña incansable de los últimos rincones del cerebro, en su prodigioso ir y venir de depositaria incapaz de hurtarse lo de mayor precio ni de esconder lo más nimio. ¿Quería recuerdos, eh?... Pues ahí los tenía en el mismo momento, á millaradas, hasta los que él, el dueño, no recordaba ya; los que no quisiera recordar; lo grato y lo ingrato; lo placentero que nos invita á sonreír á solas y lo reprobado que nos fuerza á volver el rostro, temerosos de que alguien se entere, leyéndolos al través de la bóveda

F. GAMBOA

impenetrable de nuestra frente. ¿Que salían un tanto mezclados, los de ayer junto á los de hacia años, junto á los malos los buenos?... ¡Claro! Siendo cuantos eran ¿de qué otro modo habían de salir, sino amontonados y confundidos?... ¡Arregláralos y ordenáralos él, si podía, que no habría de poder!

No podía, en efecto; y si antes no domeñó su propia memoria, ahora tampoco domeñaba su propia voluntad, que, á su antojo, poníale por delante nó los recuerdos que él hubiese apetecido, mas los que ella aseaba y sacudía para que mejor reviviera él los sucesos en ellos amortajados. Ocioso resultábale cerrar y apretar los ojos para ver más á las claras, por dentro, lo que anhelaba ver; del hacinamiento de recuerdos desprendíanse otros diversos. De ahí que en vez de pensar más en su vida conyugal recién rota, en lo que sería de él en su viudez prematura, y de sus hijas en su orfandad erizada de duelos y peligros, que era lo natural, nó señor, de un salto la memoria fué y le trajo recuerdos lejanos, la historia de su idilio, la de sus progresos y adelantos al lado de la sufrida compañera, ¡como si ésta no hubiese muerto!...

Quiéras que no, revivió, primero, su infancia provincial, al amparo de la parentela menesterosa y labradora, propietaria de modesta heredad; su aprendizaje á leer y á escribir protegido por el cura á quien ayudaba la misa matinal de la parroquia lugareña, cobrando la ayuda en especies: tragos del Jerez para consagrar, bizcochos untados de manteca del desayuno del maestro, que, según el humor, reía de tales desmanes ó los castigaba con puntapiés, coscorriones y cachetes—salvo si de merodeos del huerto tratábase, que entonces le propinaba campesinos tirones de orejas, las que le quedaban echando fuego, rojas como amapolas rojas. Recordó sus primeros pasmos infan-

RECONQUISTA

tiles, frente á la beldad de la naturaleza: sus alegrías ante los amaneceres, sus mutismos contemplativos ante los vespertinos crepúsculos, sus predilecciones por el río, por los sitios agrestes, los claros de los bosques, las tempestades del otro lado de la cordillera que al Sur limitaba su valle natal, ó desencadenadas sobre los picachos y crestas de los mismísimos cerros, verdes de árboles, de zarzas y de grama, y azules de nubes, de lejanía y de altura; todas las palpitaciones iniciales del artista futuro cuya predilección por el color y la luz, por el paisaje y por lo natural, por la vida palpitante, habían de perdurar, de darle ese sello de verismo á sus cuadros, que aun sus enemigos y malquerientes tenían que reconocer y aplaudir... Luego, ya grandulloneito, pero todavía encogido y zafio, veíase camino de la capital de su Estado, caballero en una mula para carga aparejada y parte integrante de la recua de unos arrieros que conocían á sus padres y á él lo tuteaban, que con él compartieron su picante yantar montañés en medio del bosque, á la sombra de un castaño y á la vera de un arroyo en el que sucesivamente bebieron hombres y bestias; un viaje típico, de los que han ido desapareciendo poco á poco, viaje á la española antigua, de los buenos siglos iberos. En la capital de su Estado, el ingreso al instituto por cuenta y orden del gobernador, más amigo—sin serlo mucho—que pariente de la familia; su primera juventud, su vocación decidida por el dibujo; ¡sus dieciocho años!... El regreso á la tierra, á despedirse de los viejos que á encaminarlo salieron, hasta el puente, y que, al volverse él sobre la grupa del cuartago alquilón para enviarles por los aires un último adiós—¡de veras el último!—se abrazaron ellos en llanto deshechos, juntando sus dos ancianidades á fin de mejor resistir esa tremenda amputación necesaria de la entraña que amaban más, en la

F. GAMBOA

que habrían soñado reposar el peso indecible de sus muchos años, y en su regazo cerrar los ojos, cuando tornaran, ¡que pronto sería! á la tierra de que habían salido y de que eran hechos... Su arribo á México, á la Academia de San Carlos, á consagrarse al arte, siempre pensionado mientras los estudios durasen, por el gobernador Mecenas, que así retribuía sabe Dios qué servicios ignorados, á los ancianos menesterosos y labradores, menos parientes que amigos suyos.

En México, los años corriendo desbocados, como los potros de sus dehesas nativas. La gran ciudad, pecadora y viciosa, ganándose con priesa grandísima al huésped novel de ella enamorado; mostrándole hoy un defecto y mañana una virtud, una belleza ahora, un lunar después, y hoy y mañana, después y ahora, cautivándolo y cautivándolo; desnudándole, por lo pronto, de sus resabios de lugareño; vistiéndole en seguida cuerpo y espíritu con ideas y ropas hechas, que, en un principio, no hicieron mella en sus creencias católicas ni en su atlética complexión de muchacho rural y robusto. Sin duda su cuerpo fué más resistente que su espíritu, pues las ropas hechas y baratas con que lo cubría no lograron deformárselo, ni siquiera amenguarle lo viril y harmónico del conjunto: el mozo quedó guapo, alto, ágil y fuerte, sin otra novedad que el nacimiento de una barba tupida y sedaña que de perlas ibale al rostro moreno y pálido, y que él dióse á usar á la nazarena, á par que dejaba crecer su cabello más de lo ordinario, en infantil acatamiento imitativo de los escultores, pintores y arquitectos en agraz de la Academia, que en la forma dicha portaban cabelleras y barbas, para caracterizar su profesión de artistas. Por idéntica razón, vestía Salvador anchos pantalones, saco holgado y abotonado hasta el cuello, corbata flotante, de nudo de mariposa, y sombrero blando de amplias alas

RECONQUISTA

y copa hendida: el pergeño convencional de los grietas europeos que los diferencia del común de los mortales.

Pero si su cuerpo no sufrió mutaciones perjudiciales, cosa distinta acaecióle á su espíritu: todas las ideas hechas y baratas—¡sobre que la instrucción oficial y laica es gratuita!—de las escuelas superiores á que concurría, ideas demoledoras é iconoclastas ¡ni una sola creadora!..., fueron incrustándosele y modificando su manera de ver y de pensar. ¡Cómo derribaban, Señor Dios! ¡Cómo echaban abajo, de un azadonazo verbal é imaginativo, el edificio de sus creencias, tan sólido al parecer, tan incommovible!... ¡Aquellos catedráticos, más que depositarios de la Buena Nueva, simulaban albañiles ignaros, de los que manejan el zapapico y en un santiamén destruyen en cuadrilla los más resistentes edificios y las más venerandas fábricas. ¡Cómo golpeaban, Señor Dios, con qué furia de irresponsables atacados de la manía de la destrucción, demolian, demolian á tontas y á locas, sin levantar nada serio en el lugar de las ruinas, sin preocuparse de los escombros que sin concierto amontonaban dondequiera, ni de las ilusiones, esperanzas y candores que hacían añicos, menos porque de veras creyeran en las atrocidades que aventaban á todos los rumbos sin curarse de resultados ni de ofrecer nada en cambio, que por no perder los codiciados y flacos sueldos de las cátedras! Nunca les oyó Salvador decir: «Creed en esto, que es mejor que estotro, por esta ó aquella razón!...» ¡No!, decían sólo: «¡No creáis en nada!...» Y se marchaban tan satisfechos, para recomenzar al día siguiente la ingrata tarea, meramente animal y fisiológica, de acallar, con el producto de su ciencia sin comprobación, sus hambres atrasadas de advenedizos salidos de todos los rincones oscuros y de ambiciosos al asalto de todas las alturas. Uno, dos, veinte cuando mucho serían los honrados, los convencidos

F. GAMBOA

y los sabios que de buena fe suponían realizar obra buena; el resto, la gran masa de preceptores de niños y jóvenes (Salvador habíalo comprobado más tarde, armado de los escepticismos que los propios catedráticos suyos y ajenos habíanle infiltrado), como una piara de cerdos aniquila y enloda un sembrado de violetas que por desdicha atraviesa, así enlodaban y aniquilaban las almas infantiles y las juveniles conciencias confiadas á su guarda.

En los comienzos, Salvador resistió ¡vaya si resistió! sobre que los cimientos de sus creencias habían sido plantados por su madre en persona: la señal de la Cruz, que instintivamente dibujaba al acostarse en las sombras de su cuartucho de estudiante; las plegarias simples que tanto encierran y que no se le borran á pesar de maestros y de condiscípulos librepensadores; la íntima y enraizada creencia en Dios, sembrada en los bordes de su cuna por los trémulos labios de su madre, que de Él le hablaba á ciencia cierta ¡los labios de su madre, en los que jamás se anidó una mentira!... esto, lo hondo, lo que no es fácil desechar, á menos que no también se deseche lo que informa nuestro sér material y moral, esto resistió días, meses, hasta que por remate, á tanto dale que dale de los profesores, á tanto anda y anda de los años, ó vino abajo igualmente ó muy mal parado quedaría, cayéndose, débil y flojo, al igual de esos clavos muy hincados en las vigas más principales de los edificios que se arrasan, y que por mirarlos á punto de caer, á nadie le ocurre acabar de arrancarlos. Salvador, joven, y prendado de preferencia de los pinceles y del color que de libros y enseñanzas de universidades, desertó el aula y se encasilló en la Academia, consagrándose á pintar de verdad, como artista que era hasta la médula; y si alguna rara vez pensaba en que ya no creía en nada, con el peculiar indiferentismo de los jóvenes fuer-

RECONQUISTA

tes y sanos, reía del sucedido, casi alegrábase de no tener compromisos ni obligaciones para después de muerto. Viviría de esa suerte: libre, pintando, amando, sin pensar siquiera en lo que á sus viejos, muertos entretanto, les hubiese acaecido «del otro lado», supuesto que el tal era cuento para dormir á chiquillos; sin pensar en lo que de él sería al estirar la pata... ¿que qué sería de él? Lo mismito que de los que nos ganan la delantera y de los que á la zaga se nos quedan:

—Nada, hombre, nada; podredumbre; gusanos, polvo; y que ustedes pasen muy buenas noches.

—¡Papá, papacito!... ¿Y ni dormidas volveremos á verla?...—le preguntó despertándose una de sus chiquillas, que quizá habría soñado con Emilia.

—¿Dormidas?...—repitió Salvador muy piano.—dormidas, sí, pero no porque ella vuelva, sino porque...

Y no se atrevió á avanzar, prefirió acariciar á su hija, estrecharla más, y él seguir hojeando los muchísimos recuerdos, aún por revisar, que aguardándole estaban en la memoria.

La misma de antes. Los recuerdos que pretendía hilvanar, no parecían ya; ofrecíansele ahora recuerdos diferentes: los de su noviazgo y matrimonio, algo borrosos no obstante que de ayer databan, con una claridad que otra: su esposa vestida de blanco, la marcha nupcial tocada de obsequio por unos amigos que formaban un quinteto en boga; su indiferencia frente á la pompa de la ceremonia eclesiástica, que tanto contrastaba con el fervor y emoción de Emilia... Luego, una extensa laguna... ¿Qué sucedió después?... Más borrosas, pero dulcísimas todavía, reminiscencias incompletas de la noche de bodas, como fragmentos de un gran cuadro: padores virginales que deshojó, negativas corporales é instintivas que vencían sus besos,

F. GAMBOA

instantes de dolor fugitivo, la conjunción ideal de dos enamorados, la comunión sagrada de la carne, el cansancio delicioso y el casto sueño lado á lado... Luego, el despertar del día siguiente, algo más tarde que de costumbre, cuando el sol tocaba materialmente en la ventana de la alcoba, á juzgar por lo que las maderas crujían y por los chorros de oro que goteaban de sus hendiduras y rendijas; la sorpresa del cerebro que sale de los sopores del sueño y que, no habituado á vecindad tan grata, al tropezar con ella, cuelga de nuestros labios las mejores sonrisas que tenemos guardadas, enciende en nuestras pupilas las miradas más tiernas que van y encuentran los ojos de la esposa, ya abiertos y en acecho de esa primer mirada de cariño, y derrama por nuestro cuerpo íntegro una encantadora quietud que prolongamos mientras la fantasía, «la loca de la casa», se echa á levantar aéreos castillos de feliz existencia futura que no habrá de concluirse... Cual simbólico augurio, Emilia y Salvador encontráronse á su despertar con las manos asidas; y con las manos asidas permanecieron, en muda y recíproca ratificación de sus ofertas mutuas: irse así por el mundo, de la mano; de la mano recorrer los contrarios senderos y las encrucijadas traicioneras del vivir; no soltarse; caminar así, para que si uno tropezaba ó caía, lo levantara el otro, y para que si el tropiezo ó la caída era de magnitud tal que impidiera el levantarse, los dos cayeran juntos, lado á lado, y por cima de sus cuerpos pasaran las fieras de nuestros semejantes y las crueles iniquidades de esta vida...

Salvador, muy conmovido, inclinóse á uno y á otro lado, sobre sus hijas dormidas, cuyas cabelleras besó quedamente luego de abrir las malezas de su barba con entrambas manos, las que, en las sombras en que ya el estudio hallábase sumergido, parecía que conjuraban— ¡y quién sabe si

RECONQUISTA

no en efecto conjurarían!—los riesgos remotos que desde puntos invisibles podían amagar para ignorados males á esas dos cabecitas idolatradas.

Imposible seguir devanando el ovillo de sus recuerdos que se le enmarañaban, en la memoria... No recordaba con detalles el nacimiento de las niñas, que causaron, sin embargo, el de la primera particularmente, un inmenso júbilo á pesar de que el sexo de la criatura los contrarió un tantico. ¿De dónde habían sacado la certidumbre de que sería varón?... Veía, sí, resplandores de aquel júbilo que irradiaban aún, á la manera con que irradian en los firmamentos límpidos, mucho después de puesto el sol, los haces rojizos de la diadema astral. Lo que con precisión mayor veía era la fabricación lenta del nido propio, de la casa esa que bien poco disfrutó la muerta, su única autora; pues si no es por ella, jamás Salvador, manirroto y pródigo, habría podido levantar ni un solo techo. Una positiva epopeya la realizada por Emilia, que lo obligó á él á disminuir cervezas, sus préstamos sin reintegro y sus dádivas sin gratitud á la patulea de maleantes y pseudo amigos que no se le separaban porque sabíanlo blando de corazón y no duro de bolsillo. De cada cuadro, Emilia reclamaba un diezmo en son de broma: «De este *encuerado*, me regalas una pierna...; de esta vaca, la ubre...; de ese viejo, las canas...; de esos desarrapados, la mitad de sus andrajos...» Y según lo anunciaba, cumplíalo; de las manos quitábale el dinero, mañosamente, haciéndole muecas y guiños á espaldas del comprador. Para que Salvador no le cambiara los precios, presenciaba los ajustes; declaróse tenedora de libros—unas hojas de papel de cuentas sin encuadernar, en las que de veras apuntaba las «entradas» y las «salidas», el «deber» y el «haber», aunque todo en falso, que el mejor libro estaba en su cabeza de mujer económica y jui-

F. GAMBOA

ciosa, y la mejor caja en los escondrijos de su armario, inhallables para Salvador cuando pretendía saquearla... ¡Qué época de fiesta y de dicha!... A las veces, Salvador enseriábase, él era el hombre, el marido; quería dinero, compromisos, negocios.

—Afloja veinte pesitos, fiero, que los necesito en serio, anda!

¡Cómo si á las paredes los pidiese! Ni un centavo le soltaban. ¿Acaso no se reservaba él la mayor parte del producto de los cuadros, diz que para colores y para lienzos y para barnices y para... la calle, los amigos, las llegadas tarde en coche, con los ojos muy cargados y la lengua de muchacho de escuela que deletrea las palabras y tartamudea las sílabas? El nublado se deshacía, convertíase en correteó de chicos, la paleta y los pinceles por el suelo, por el suelo la costura, Emilia defendiendo el tesoro, Salvador persiguiéndola hasta no alcanzarla y comérsela á besos, en el cuello, que la cosquilleaban y hacían chillar, de espaldas al barandal del corredor, á la hoja de alguna puerta:

—Suéltame, Salvador, suéltame, que llora Magdalena...

—Déjala que lllore, se desarrollará del pecho... ¡O pesos ó besos!...

Y no era cierto que Magdalena llorara; Magdalena, medio desnuda sobre el diván del estudio, gorda y sana, pugnaba en su momentánea soledad por engullirse sus piececitos descalzos, y, de no lograrlo, se desquitaba con chuparse los puños, con mirar al techo muy serio, y con decir una porción de cosas en su barbotar infantil:

—Agú... agú...

La casa fué surgiendo, á pedazos, con interrupciones que de tiempo en vez se prolongaron más allá de lo que apetecía Emilia y de lo que procuraba que no se prolongasen. A los principios de la edificación, no creía Salvador

RECONQUISTA

en la posibilidad de transmutarse en propietario; mas conforme la construcción avanzó y el proyectado inmueble adquirió vida y forma, á la evidencia halagüeña tuvo que rendirse, y de bonísimo talante acompañaba á Emilia á ver cómo la casa crecía, lo bien que se mantenía en pie, las careajadas que á los aires lanzaba por huecos de balcones y ventanas, desprovistos aún de maderámenes y vidrieras. Los momentos que Salvador hurtaba á su pintura y Emilia á sus quehaceres, consagrábanlos al «palacio», al que trepaban por los andamios en difíciles y arriesgados equilibrios, en los que recorrían los esqueletos de los pisos, asomándose, por último, desde adentro, á los balcones y á las puertas, cogidos de boquetes y rebordes.

—¿Quieres ver en lo que se convirtieron las canas de tu viejo?—le preguntaba Emilia triunfante,—pues ven acá, míralo, tiéntalos para que te convenzas de que son de verdad...

Y Salvador tenía que dar la vuelta completa, tocándolos todos y sopesando algunos, el millar de ladrillos apilados junto á la mezcla, ó los costales de arena y de cal, ó las tablas apoyadas en los todavía enanos muros.

Cuando la vivienda, según el sentir de Emilia que la mimaba y acariciaba cual si persona faese, muy avanzada ya, «sólo hablar le faltaba», Salvador se entusiasmó, procuróse un préstamo en un banco, para cuanto antes habitarla, é impúsose la tarea de decorarla, de contribuir con su parte á fin de premiar los esfuerzos de la mujer. Pintó plafones y puertas, al óleo, al fresco el corredor y la entrada, y al temple el baño; estucó la fachada, dos ó tres techos y la salita para Emilia.

Sin ilación, de un salto tremendo se despeñó Salvador de aquellas plácidas reminiscencias incompletas, para encararse, como siempre acaece en casos tales, con el misterio

rioso problema de la muerte... ¿Por qué nacer para morir, y por qué morir, de ordinario, en el instante que menos falta nos hace?... ¿Para qué engendrar?... ¿Qué hacían allí cobijadas, bajo sus brazos impotentes de hombre—á pesar de ser él onal era; fuerte, trabajador y joven,—qué hacían allí sus hijas, sólo en espera de quién sabía cuántos mayores duelos, en inevitable é injusta marcha forzada hacia la muerte?... No recriminaba, ni acusaba, ni pretendía explicaciones ¿á quién ni con qué objeto?... Teníale enseñado que tal es la ley, que fuera de la transformación de la materia, que es eterna, del «otro lado» del sepulcro está la nada ¡la nada!!... Y ahí dolíale, ahí, en esa nada que bruscamente venía y tronchaba *para siempre* dos cariños, dos vidas que juntas luchaban y gozaban juntas; una enfermedad cualquiera rompía la unión, casi la destrozaba con lo brutal del tirón inesperado, y cargaba con una de las dos vidas, afeándola y pudriéndola á cruel priesa, para que hasta repugnancia física inspirara en la vida que se quedaba trunca; ya regresaría en su busca otra enfermedad, ó la misma, ó un accidente, algo despiadado, insensible, inoportuno, imperioso.

—¡Hala!... ¡Al pudridero tú también, que ya aquí sobras!...

Todavía en las épocas primeras de su orfandad, cuando aún creía en el alma, ¡ah! entonces Salvador rezó por el supremo descanso de las de sus padres, les encendió ceras, les ofreció rosas y en su intención aplicó piadosos sufragios. Pero á partir de su «evolución», de su salida triunfal del «periodo teológico», condoliéndose de sí mismo abolió tales prácticas de primitivo y analfabeta, que, á los ojos de una sana razón, de un criterio científico, resultaban grotescas, idolátricas, estériles; no encendió más cirios ni aplicó más sufragios ¡á otro perro con ese hueso!, y

dentro de su natural ingratitud de hijo, se conformó con que los despojos de sus padres se trocasen en lo que las condiciones del terreno que los encerraban permitieran buenamente; se conformó con que sus almas quedasen privadas de la plegaria filial y sólo pensaba en ellos cuando vivos, dado que el culto de los muertos, destructor en gran parte del vacío de su ausencia, era patraña pura al decir de autores, libros y maestros. Dolíale sentirse compelido á considerar que Emilia se había concluido—¡concluído definitivamente!—habría preferido también rezarle á ella..., y, en un último deseo de artista, anheló que sus restos, en flores siquiera se convirtieran... ¡Pobrecilla!...

Por cuarta ó quinta vez intentó ahuyentar una sensación que por desnaturalizada dipntaba, sin fundamento serio ni antecedentes que la justificasen. ¡Había amado á Emilia, eso se hallaba fuera de duda, lo mismo que el que su muerte causábase dolor sincero y hondo! ¡Habíala llorado, continuaba y continuaría llorándola hasta que el tiempo transformase el dolor irreflexivo é irrazonado de los primeros momentos, que entontece y aturde, en un dolor más reconcentrado é inteligente, que determina y puntualiza los horrores de una ausencia total sin remedio; á raíz de su viudez, tendía los brazos tratando de asir á la amada que huía, y sus labios, por efecto de la cariñosa costumbre, murmuraban como si rezasen el nombre dulce de la que acababa de partir!... ¿Por qué, pues, experimentaba la sensación desnaturalizada y grata de hombre libertado que ha extinguido una condena, ó mejor, de libertado por acaso, y en la calle se encuentra de dueño y señor de su persona y de sus actos?... ¿Por qué? si no podía conceptuar su matrimonio feliz y voluntario—hasta donde humanamente los matrimonios avenidos son felices,—parecido siquiera á una condena, dado que, durante todo él, Salvador no ca-

F. GAMBOA

reció de cuantas libertades quiso... Tildábase de ingrato, de perverso y monstruo; y ello, no obstante, la desnaturalizada sensación persistía y persistía agravada de un secreto regocijo salvaje—que al fin abrióse campo,—de satisfecho amor propio de macho liberado sin mancilla, en desigual y riesgósima contienda. De satisfacción suspiraba, por vencedor, sintiendo, sintiéndolo físicamente sin saber cómo, que no había sido engañado con ningún otro hombre, que había escapado de ese peligro inminente que á todos los maridos amenaza y en el que todos piensan de tiempo en tiempo con estremecimientos de espanto ¡aunque ninguno lo confiese!...

Nueva crisis de lágrimas sobrevinole, mezclada ahora á nerviosa risa, y apretó á sus chiquillas sobre su pecho; más que nunca lamentó la prematura muerte de Emilia; más que nunca lloró por ella lágrimas extrañas de gratitud inconfesable, porque se había ido dejándolo solo, sin mancha; de pena honrada, porque ya no volvería...

—¡Tam, tam!... ¡Tam, tam!...—tañó la campana del tren de las 8 que trasponía enloquecido los términos del «patio» del paradero, con su tañer monótono é igual al de las campanas de las demás locomotoras, que anunciaban con una idéntica lengua insensible el júbilo de los arribos y la melancolía de las separaciones.

Y á la par que la entera casita retemblaba con el violento rodar del convoy de vapor, se abrió la puerta del estudio, y en busca de las huérfanas, ya despabiladas y silenciosas, presentóse Refugio, la criada antigua que á ellas las tuteaba y de todos y de todo cuidaba con esmero sin límites de gente humilde incorporada por afecto á una familia. Llevaba una luz.

—Niñas, á rezar la «estación», que son las 8... ¿Vienen Ud., señor?...

RECONQUISTA

Con la callada por respuesta y un vago ademán en la atmósfera, se levantó Salvador del diván y dejó que sus hijas siguieran á Refugio, que, con la luz en la una mano y en la otra el Crucifijo quedado de través en el catafalco, precedíalas.

Pared de por medio con el estudio quedaba el dormitorio conyugal, en el que se detuvieron las chiquillas y la criada, dejando abierta la puerta: Salvador, que se puso á pasear á lo largo del estudio, veía, sin quererlo y sin interrumpir sus paseos, fragmentariamente, lo que en el dormitorio iluminado acontecía: algunos de sus muebles familiares, la vasta cama matrimonial, de bronce, en la que él había gozado y había engendrado, en la que Emilia había concebido y había muerto, de hoy más desierta por la esposa, desproporcionada á causa de sus anchuras para que una persona sola la ocupase, pues en su amplitud fabricárotla para el dormir de dos y el procrear de muchos, para el total acercamiento del amor sancionado y honesto, y para el parcial alejamiento sin ascos, en solicitud de reposo casto, luego de consumado el acto eupremio... Salvador resolvió no dormir en ella, sino en un catre angosto que compraría pronto; ésa, la guardaría, desarmada... Siguió paseándose y mirando fragmentariamente hacia el dormitorio iluminado... Refugio había colgado en su sitio el viejo Crucifijo, á la cabecera de la vasta cama matrimonial, y había encendido uno de los cirios que el cadáver velaron... se arrodillaba en medio de las niñas... abría un abultado y mugriento devocionario... muy devotamente, el piadoso rezo principió, inclinada Refugio para que las niñas la oyeran; despacio, muy despacio, para que las niñas repitiesen como repetían, una por una, las palabras humildes de la plegaria suplicante... Salvador se asomó al balcón, por nada, por asomarse, quizá por huir á la con-

goja inconfesada que la oración originábale; miró la noche negra, la calle desolada; dejó que la terca llovizna le mojase el cabello, y volvió al estudio, á cuya mitad paróse emocionado: la faja luminosa que por la puerta del dormitorio se entraba en el estudio, daba de lleno en el inconcluso cuadro del caballete, alumbrando téticamente la gloria de la carne desnuda... La historia del cuadro, que para Salvador no era un secreto, cual sí lo era para los visitantes del pintor que lo examinaban y aplaudían, resucitó de súbito con detalles; la ignorada historia tierna!... Esa mujer desnuda, era la fiel copia de su pobre Emilia, sí, de Emilia, que, casta y todo, no supo resistir mucho tiempo á esa exigencia de su esposo; exigencia de amante que busca eternizar el cuerpo de la amada, y de artista seducido por la forma de una mujer bella. Hubo, por lo pronto—Salvador recordábalo perfectísimamente,—una resuelta negativa de Emilia que se llevó las manos á las empurpadas mejillas de sólo imaginar que en parte distinta del tálamo su marido la contemplaba horas y horas en un desnudo absoluto, y que sus formas luego, sus formas de mujer recatada, para la maternidad nacida y criada lo mismo en lo físico que en lo moral, fuesen á quedar estampadas en un lienzo, expuestas á la curiosidad y al examen minucioso de cualquiera. ¡No, nó, ni pensarlo! Y hecha una grana, encabritado su pudor, juró no pararse en el estudio, refugiarse en las habitaciones abiertas de la casa, en las cercanas á las sirvientas, en las puertas, para más pronto escapar á las instancias de Salvador que reía de su espanto y la llamaba á capítulo cogiéndola entrambas manos, á fin de tranquilizarla, en tanto desenvolvía con pausada voz teorías estéticas que Emilia oía atenta y grave:

—Pero ven acá, muñeca ¿me crees acaso un canalla, un marido sin dignidad que pasaría por que extraños, ar-

tistas y curiosos vinieran á deleitarse con tu cuerpo bellísimo que adoro y del que soy más celoso que de mi vida misma? ¿No me reconvienes por mis celos continuos, mis celos que no reconocen otra fuente que saber que eres bella y que por bella te codician los que con alguna insistencia te miran cuando al teatro te llevo, cuando cenamos en la fonda, cuando salimos á la calle?... ¿Cómo, entonces, puedes ni figurarte que yo ¡yo! había de desnudarte y de exhibirte?... Tu cara no saldrá, tonta, ¡por cualquier dinero la sacaba yo! Lo que quiero copiar es tu cuerpo, tu cuerpo impecable —mientras los hijitos que nos vengan no te lo marchiten,—de flor recién abierta y en la plenitud excelsa de sus líneas... ¡Nó, nó me digas que nó! Aguarda á que concluya... ¿No lograste que no tornase al estudio «modelo» ninguna, por ser, dijiste, una indecencia el que mujeres de la calle alquilen su desnudez? ¿No te he complacido, quedándose por mi complacencia dos cuadros ya bastante avanzados, sin terminar?... Miralos, ahí están, de cara á la pared, donde tú los pusiste «castigados»... ¿Te ríes, eh?... Además, y esto te lo digo bromas aparte, no se hace arte moral ni arte inmoral: se hace arte ó se hacen mamarrachos, ¡sin aguas tibias!... Dame gusto, ¿qué te cuesta? ¿Qué te importa que yo te mire desnuda ¡sólo yo! si mía eres desnuda y vestida, por fuera y por dentro?... ¿Si nadie en el mundo podrá sospechar nunca que en mi cuadro está tu cuerpo?...

Emilia transigia, pidiendo esperas; principiarian á la tarde siguiente, cuando ni las criadas sospechasen atrocidad tamaña. Y la tal tarde siguiente nunca llegaba; la anhelada sesión inaugural, la primera *pose*, no venía, ora estorbada por esto, ora por aquello. De balde que Salvador, muy de mandil y luego de haber reestirado el lienzo nuevo y exprimido colores frescos en la paleta raspada y

F. GAMBOA

lavada, de haber aceitado el manubrio del caballete, después de alistar el barniz, apoyase el tiento en la orilla derecha de la tela encuadrada, y la paleta en su mano izquierda, en ristre el pincel elegido de entre el manajo de ellos, que apretados descansaban cabeza arriba en el pequeño tiborcito de China, esperase á Emilia; siempre Emilia hallaba pretextos aceptables para no acudir á la cita íntima. Hasta que Salvador, enardecido por esta resistencia con la que no contaba, propuso condiciones humildísimas:

—Comencemos mañana, y si el desnudarte delante de mí ó el que tu cuerpo se retrate en el cuadro te apena mucho, ahí lo dejamos; tú misma borras lo que vaya hecho y no te desnudas delante de mí ni á la hora de acostarnos, ¿te conviene?...

Desarmada, Emilia consintió al fin. ¡Qué tardes encantadoras las consagradas al cuadro!

—¡No estamos para nadie, Refugio!—gritaban á la antigua criada, antes de confinarse en el estudio.

Y con mil precauciones encerrábanse en el estudio, cual si á perpetrar fuesen algún acto reprobado.

La tarde primera, Emilia corrió el biombo, para despojarse tras él de sus ropas.

—¡No te asomes ahorita, Salvador, hasta que yo te diga!...

Como el aviso tardara y tras el biombo reinase un silencio mortal, Salvador contrarió la súplica, y, de puntillas, aproximóse al endeble reducto de seda bordado, que cautelosamente fué doblando y doblando por sus mansas bisagras sordas...

Sorprendida, Emilia, chilló; manos faltáronle con que ocultar los más pudorosos sitios de su cuerpo femenino, y cual heroico recurso de defensa, dejóse caer sobre sus ro-

RECONQUISTA

pas, sobre el tapete del diván, con los que intentó cubrirse, estrujándolos con una mano, mientras la otra, desatinada y trémula, saltaba de los senos á los muslos, de las rodillas á los hombros, y no podía ocultar ni hombros ni rodillas, ni muslos ni senos...

El hombre que había en Salvador, más poderoso que el artista, quebrantó la promesa; y deslumbrado frente á la desnudez de su esposa, joven y rendida, antes que retratarla, la amó como nunca habíala amado, en uso de todos sus derechos de esposo, en ejercicio de todas sus ansias de varón, subyugado en todas sus facultades de artista idólatra de la forma y de la carne... Así, grande y casto, comenzó el cuadro, con el doble espasmo del modelo y del creador; entre súplicas y besos que nadie escuchó de afuera y que se posarian en los demás cuadros, en las armas, curiosidades y tapices del artístico retiro, del cuarto de trabajo, de luz y de ensueño...

Salvador había ido acercándose al cuadro inconcluso, que la muerte ahora truncaba para siempre y al que la faja luminosa que por la puerta del dormitorio se entraba en el estudio, le daba de lleno, alumbrando téticamente la gloria de la carne desnuda... Cuando se halló junto á él, las palabras humildes de la plegaria suplicante que sus hijas elevaban—y que Salvador cesó de percibir completamente, mientras resucitaba la historia dulce,—volvieron á sonar en su oído, á traerlo á la realidad de su dolor y desamparo: ¡sin esposa, sin creencias, sin dicha!...

Las niñas respondían á lo que Refugio oraba; respondían balbuceando, porque de nuevo sollozaban:

«¡Señor, oye mi oración!...—decía Refugio.

—»¡Y mi clamor llegue á Ti!...—balbuceaban las chiquillas.

Salvador no apartaba sus ojos del cuadro, taciturno, sombrío, asiendo con las manos crispadas los rebordes del lienzo, como si pretendiese abrazar, después de enterrado, el cuerpo bello y caro de la esposa ida...

— «... ¡de la puerta del infierno!...—decía Refugio.

— «... ¡librala, Señor!...—balbuceaban las chiquillas.

Apasionadamente, Salvador, solo y casi á obscuras, púsose á besar el desnudo insensible, llorando sofocado llanto amargo de hombre.

— «... ¡dulce corazón de María!...—decía Refugio.

— «... ¡sálvala!...—balbuceaban las chiquillas.

Para alcanzar con sus ósculos á la parte inferior del cuadro, donde no llegó á pintar los pies de Emilia pero donde éstos debieran hallarse si el cuadro estuviera concluido, Salvador se postró de hinojos frente á su obra, á tiempo que Refugio y las chiquillas daban término al «Rosario de los Difuntos»:

— «... ¡por la sangre preciosa de tu Hijo!...

— «... ¡Misericordia, Señor, misericordia!...»

Y al lloro de las niñas y de Refugio, que se incorporaban y apagaban el cirio; al sofocado llanto amargo de Salvador, que permanecía de hinojos ante el cuadro, clavada la frente en la ceja del caballete, oscilantes y enrojecidas las manos, haciales coro, desde el balcón abierto, el discreto caer de la lluvia menuda de la noche.

II

«Por las circunstancias que en Ud. concurren, el señor Presidente de la República ha tenido á bien nombrarlo catedrático de paisaje...»

Dudaba Salvador de lo que leía; volvía á leer el pliego, sonriendo á su pesar de mal contenido júbilo por lo que la cosa halagaba su amor propio. Era la cátedra, la cátedra soñada en la Academia de San Carlos, que tanto habían esperado Emilia y él, sobre la que tanto habían bordado planes cuando los presupuestos domésticos andaban flacos, á unos pasos de la bancarrota. Y ahora, que ya la venta de sus cuadros daba lo necesario para los gastos; ahora que la pobre Emilia ya no estaba ahí, con ellos, en el comedor en que Salvador releía el pliego y contemplaba á sus hijas; ahora apareciase la tal cátedra, al mes del fallecimiento de quien más la ambicionaba, como una ironía á la muerte, que, con fe inquebrantable confió siempre en la realización del suceso y aún regañaba con Salvador, por los descreimientos que oponía á su ciega confianza de mujer sencilla que en las intervenciones divinas confía y en los milagros espera:

—Verás—decía á Salvador á cada nuevo desengaño,—verás: Dios nos la ha de dar...

—No, mujer—le contestaba él, irritándola cariñosamente,—Dios tiene más altas ocupaciones que enterarse de las vacantes de una escuela; si acaso, nos la dará Fulánez, que es ministro de Justicia y de la Instrucción Pública!—agregaba con entonación zumbona.

Salvador no apartaba sus ojos del cuadro, taciturno, sombrío, asiendo con las manos crispadas los rebordes del lienzo, como si pretendiese abrazar, después de enterrado, el cuerpo bello y caro de la esposa ida...

— «... ¡de la puerta del infierno!...—decía Refugio.

— «... ¡librala, Señor!...—baluceaban las chiquillas.

Apasionadamente, Salvador, solo y casi á obscuras, púsose á besar el desnudo insensible, llorando sofocado llanto amargo de hombre.

— «... ¡dulce corazón de María!...—decía Refugio.

— «... ¡sálvala!...—baluceaban las chiquillas.

Para alcanzar con sus ósculos á la parte inferior del cuadro, donde no llegó á pintar los pies de Emilia pero donde éstos debieran hallarse si el cuadro estuviera concluido, Salvador se postró de hinojos frente á su obra, á tiempo que Refugio y las chiquillas daban término al «Rosario de los Difuntos»:

— «... ¡por la sangre preciosa de tu Hijo!...

— «¡Misericordia, Señor, misericordia!»

Y al lloro de las niñas y de Refugio, que se incorporaban y apagaban el cirio; al sofocado llanto amargo de Salvador, que permanecía de hinojos ante el cuadro, clavada la frente en la ceja del caballete, oscilantes y enrojecidas las manos, haciales coro, desde el balcón abierto, el discreto caer de la lluvia menuda de la noche.

II

«Por las circunstancias que en Ud. concurren, el señor Presidente de la República ha tenido á bien nombrarlo catedrático de paisaje...»

Dudaba Salvador de lo que leía; volvía á leer el pliego, sonriendo á su pesar de mal contenido júbilo por lo que la cosa halagaba su amor propio. Era la cátedra, la cátedra soñada en la Academia de San Carlos, que tanto habían esperado Emilia y él, sobre la que tanto habían bordado planes cuando los presupuestos domésticos andaban flacos, á unos pasos de la bancarrota. Y ahora, que ya la venta de sus cuadros daba lo necesario para los gastos; ahora que la pobre Emilia ya no estaba ahí, con ellos, en el comedor en que Salvador releía el pliego y contemplaba á sus hijas; ahora apareciase la tal cátedra, al mes del fallecimiento de quien más la ambicionaba, como una ironía á la muerte, que, con fe inquebrantable confió siempre en la realización del suceso y aún regañaba con Salvador, por los descreimientos que oponía á su ciega confianza de mujer sencilla que en las intervenciones divinas confía y en los milagros espera:

—Verás—decía á Salvador á cada nuevo desengaño,—verás: Dios nos la ha de dar...

—No, mujer—le contestaba él, irritándola cariñosamente,—Dios tiene más altas ocupaciones que enterarse de las vacantes de una escuela; si acaso, nos la dará Fulánez, que es ministro de Justicia y de la Instrucción Pública!—agregaba con entonación zumbona.

F. GAMBOA

A tiempo venia la cátedra, nó por el sueldo con que el Gobierno le remuneraba, sino por el derivativo que á Salvador iba á representarle distrayéndolo del ensimismamiento en que su viudez sumíalo más cada día. Era un espolazo á sus entusiasmos aletargados, á sus amodorradas energías, á la desgana para acometer todo lo que antes sacábalo de quicio, lo que ahora sufría en el lento discurrir del duelo. Sentíase tan solo y ¡tan solo estaba en efecto!... Porque sus hijas, amorosas y juiciositas, así se esforzaran sobreponiéndose á su edad, no podían ayudarlo á cargar el peso enorme de abandono y desolación que sobre él gravitaba. Y lo que es Refugio, la sirvienta honrada y Jeal, por su espíritu vulgar y su ininteligencia para asuntos íntimos y de fácil solución, que á ella resultábanle inaccesibles á causa de su inferioridad, podía ayudarlo menos aún de lo que las niñas con sus caricias, su compañía y el incesante preguntar de sus infancias curiosas y despiertas en ocasiones, lo distraían siquiera, lo apartaban de su idea fija de desolación y abandono.

Quedaban los amigos ¡por supuesto que quedaban!, pero alejados, en los segundos y terceros términos donde la clarividencia de Emilia habíalos catalogado cuando las dulces intimidades de ella y él, las charlas, al parecer frívolas, mas en realidad solemnes y trascendentales (á juzgar por lo que se nos graban y reaparecen á la larga), que seguían á las secretas reconciliaciones conyugales, á los perdones de la esposa por las incorregibles locuras del artista; cuando él arrepentíase de haberse recogido tarde y oliente á vino y á perfumes delatores de sus infidelidades corporales con mujeres que hoy se acarician y mañana se olvidan; cuando no sabía justificarle la inversión de una suma de dinero, gruesa para ellos...

RECONQUISTA

Siempre paraban en el perdón y en la paz, y Emilia entonces, hábilmente, explotaba la sumisa mansedumbre y los firmes propósitos de enmienda que los hombres tenemos á raíz de nuestros excesos. El malestar físico de Salvador, calmábalo Emilia con caricias de nodriza que arrulla al crío; y el malestar moral, — mezcla de vergüenza agresiva y de cobardías psíquicas, — arrancándole la venda que le cegaba con respecto al grupo extenso de individuos que por amigos y hermanos suyos se diputaban; y lo obligaba á participar de su criterio femenino y estrecho para juzgar de los complejos matices varios que informan las múltiples amistades de los hombres.

—Mira—le decía contando con los dedos el batallón de amigos:—Zutano no puede quererte de verdad, porque es de tu oficio; Mengano, porque lo que busca es que tú, ó cualquiera, bajo la máscara de la amistad, que lo mismo sirve para encubrir lo bueno que lo malo, más lo malo que lo bueno, le facilite dinero con que entretener sus vicios; Fulano tampoco puede quererte, porque paréceme á mí que no es nacido para querer á nadie, ni á sus gentes; ya ves cómo las descuida y maltrata... por tí lo sé, no me salgas ahora con que calumnio ó exagero...—Y continuaban los dedos de sus manos siendo la efigie del batallón de amigos nocivos, que Emilia iba aniquilando conforme los enumeraba; apenas si uno ó dos alcanzaba indulto, un indulto con limitaciones y taxativas.—Ese sí creo que te quiera, para que te lo sepas, pero no todo lo que tú imaginas, ni la mitad...

Salvador, entonces, protestaba contra los cargos y defendía inculpados, abultándoles las virtudes que de suyo poseían y hasta inventándoles nuevas, disminuyendo y disculpando los defectazos que no era honesto negar; aún

reprochaba á Emilia su rigidez, lo implacable y estricto de sus excomuniones y sentencias. Pero ahora que Emilia no sostendría sus juicios ni los ilustraría con ejemplos patentes; ahora que sólo quedaba de ella el eco de sus palabras, Salvador reconocía lo atinado de aquellos juicios, calificaciones y diagnósticos. Sí, así era, en efecto; del grapo de sus amigos, uno ó dos, á mucho tirar, seríanlo de verdad. Salvador reconocíalo, mas reconocíalo contrariado y mohíno por lo que significaba, el tal reconocimiento, de perdurable sujeción conyugal. ¿Hasta después de viudo había de continuar influenciado, á su pesar, por el criterio de su mujer, que, sin agravio de nadie, fué siempre muy inferior al suyo propio?... ¿Toda la vida iba á triunfar y á existir el equilibrio de Emilia, que, ese sí había sido superiorísimo al de él?... Y azuzado por secretos deseos de sacudir el ominoso yugo, de usar á su antojo de la libertad actual en que la muerte de Emilia tenido lanzado, empeñábase dentro de su caletre en ingrata tarea: desarraigar de cuajo el insistente influjo y conducirse á su guisa, tuerto ó derecho, que á la fin y á la postre ya no lastimaría á nadie entregándose al vaivén de sus inclinaciones é instintos; pues era mucho cuento ése de seguir pensando y conduciéndose como casado cuando es uno viudo... Antes, enhorabuena, hay á quien complacer, por quien sacrificarse y sacrificar viejas aficiones amables; pero ¿después?... Esta persistencia del influjo de Emilia, en su ánimo inquieto y voluntarioso, sacábalo de quicio y lo arrinconaba en una porción de pensamientos enrevesados y hasta infantiles; hacíalo cobrar por su viudez una ojeriza irrazonada, porque se la convertía en estado muy diverso de lo que él se la supuso á los principios... En ocasiones, sentíase gratitud exagerada por su muerte, que, á modo de inseparable guardián le recordara á tiempo, en

misterioso lenguaje sin palabras, los peligros y simas de que en vida habíalo apartado; pero en otras, su amor propio de masculino, la inconfesada convicción de que ni cuando soltero, ni cuando casado, ni ahora y después de viudo, su conducta fué ni llegaría á ser intschable precisamente—antes tirando á irregular y muy medianeja,—tal convicción escofale, y por eso trataba de engañarse aun á sí mismo. Tumbado en el diván del estudio durante las muchas ociosidades á que se abandonaba á menudo por falta de estímulo, para disculparse, culpaba á Emilia, á sus solas, fuma que te fuma cigarrillos. Tampoco Emilia había sido perfecta, ni muchísimo menos; más perfecta que él, sin duda, pero perfecta enteramente ¿á que no?... Y todos los serios inconvenientes de las vidas conyugales, hasta en los matrimonios mejor avenidos como el suyo, desfilaban, de bulto casi, por el estudio en silencio; las diferencias mutuas, espirituales y físicas, que nunca se borran y sólo recíprocamente se conllevan; las asperezas que ni con el roce diario se ablandan ó disminuyen; los períodos, transitorios por fortuna, en que los cuerpos se repugnan y las almas se distancian, sin razón aparente que justifique el hecho; los millones y millones de leguas á que algunas noches se sienten el marido de la mujer y la mujer del marido, á pesar de que se hallan lado á lado, bajo una misma sábana que por igual los cobija, sobre de una misma cama, en la que ayer y mañana, ¡hoy nó!, se amaron y volverán á amarse... ¿por qué, si no han reñido, si han pasado, al contrario, una jornada afectuosa y harmónica? ¿Acaso los afectos más puros han menester, para no agostarse, de estas repentinas ausencias inexplicables? ¿Adónde van á ocultarse? ¿En qué sitio ignorado van á proveerse de mayores fuerzas? ¿Por qué nuestro corazón no se encuentra conformado para amar ó para odiar eter-

F. GAMBOA

namente á nadie?... Como ninguno, por supuesto, respondiese á Salvador estas preguntas que venía formulándose desde antes de enviudar, desde que observó el fenómeno y su repetición intempestiva y arbitraria, encendía nuevo cigarrillo, y ahondando, ahondando en su vivir matrimonial, llegaba, luego de lúlvuar ésta intimidad y el detalle aquél, á una conclusión aterradora: en el fondo del amor palpita el odio... Y con eso sí que no apencaba, ¡un demonio! ¿El odiar á Emilia?, ¡qué atrocidad! Ni antes, ni hoy, ni nunca... Y levantábase nervioso, corría en busca de sus hijas, á las que alarmaba con sus caricias, ó poníase frente al inconcluso cuadro de su esposa, armado de pinceles y colores, á terminar los pies desnudos que se resistían á salir, por más que los tuviera exactos en sus ojos ejercitados de artista, de tanto haberlos contemplado, y tibios y dulces en sus labios de amante, ¡de tanto haberlos modelado con sus besos!... Mientras pugnaba por trasladarlos al lienzo, en el que pintaba febrilmente y febrilmente borraba los intentos que no lo satisfacían, hablábale al retrato, al rostro vuelto que sólo él sabía de quién era:

—Ni te odié ni te odio, ¡qué horror!... ¡Es que sin ti estoy volviéndome loco... Pero te juro que te quise, te juro que te quiero todavía!...

Para huir á estos vértigos de su pensamiento, de veras temeroso de perder el juicio, con exquisitos miramientos retiraba la tela del caballete, exigía que las chiquillas le guardasen compañía y pintaba en otros lienzos.

—¡Evangelina!... ¡Magdalena!... ¡Vengan á jugar al estudio, y háganme ruido, mucho ruido, mejor!...

No sabía que ese estado anormal de su ánimo era la luna de miel de su viudez, y que, por grados incontrastables de olvido lento, el tiempo habría de aliviarlo. No sabía que con el dolor de las grandes separaciones nos ocurre lo pro-

RECONQUISTA

pio que con el sol en el firmamento: si en el cenit lo vemos, nos ciega y hace llorar; mas luego, conforme se aproxima á su ocaso y conforme en el ocaso se hunde, más y más podemos verlo sin llorar ni cegar, bañándonos en su decreciente luz, melancólicamente alumbrados por los haces de su diadema mortecina, hasta que las sombras de la noche—¡los incontrastables olvidos lentos!—de la memoria y de la vista nos lo borran.

Por lo pronto, asíase á sus hijas; violentaba su pensamiento encadenándolo á la persona de Emilia, á sus hechos y á sus dichos; y cada vez que su pensamiento rompía la cadena y cual perro bravo se iba por ahí tumbando esto y mordisqueando aquello, á Salvador cerrábase el mundo y declarándose un insensible y un desnaturalizado sin par, recetábase largos silencios é inmovilidades que siempre paraban en rabiosas caricias á las pequeñas y en pláticas sin fin acerca de la muerta:

—Acuérdense de su mamá, hijas mías, ¿ó acaso no la recuerdan como yo, día á día y minuto á minuto?... Recuerden lo buena que fué... ¡buenísima!...—agregaba tras breve silencio;—buenísima, más buena de lo que Uds. y yo nos merecíamos... yo, sobre todo.

Y de ver lo suspensas que las chiquillas se quedaban ante semejantes preguntas en tono de reconvención innecesaria, más aún preocupábase Salvador de formularlas tan á menudo. ¿Por qué defender á la muerta con ese tesón, si nadie—y las pobres niñas menos que nadie—pensaba en atacarla siquiera? ¿La defendería de sí mismo? ¿Por qué, si su duelo era un duelo de veras?...

Ahi estaban de testigos sus noches, especialmente las primeras noches que siguieron al fúnebre suceso. Mientras las niñas oraban al lado de Refugio, Salvador recibía amigos y conocidos en el estudio, cuyo balcón se dejaba en-

F. GAMBOA

treabierto para que escapara el humo de los cigarros, para que también escaparan las interjecciones con que los hombres salpicamos nuestras conversaciones íntimas, y una risa que otra, desafinada por lo aislada; las risas que nacen como protesta de la vida contra la facticia taciturnidad de las visitas de duelo. Salvador limitábase á fumar y á escuchar; pero los otros, que habían principiado muy serios, de súbito enzarzábanse en una de las frecuentes discusiones que matizan las charlas de artistas, en las que todos hablan y se excitan, los fuegos de artificio de los intelectuales cuando se reúnen. Olvidábanse de Salvador, del objeto principal de la visita (acompañarlo en su pena y con él compartirla), y la disputa se encrespaba, ofánse manazos en los muebles, paseos en el piso, paradojas y teorías estéticas, chistes y sentencias; tan bien hermanado todo con el humo de los cigarros, que el eco de las voces, de las manotadas y de los paseos, como el humo abandonaba la estancia, por el balcón abierto del nido huérfano que un amor había edificado en la calle pacífica del barrio silente.

Salvador, en tanto, imitando á los moluscos que disponen de la facultad de encerrarse herméticamente dentro de su concha y encerrados abandonarse á peligros y oleajes, á vaivenes y ruidos, Salvador se encerraba dentro de su duelo, herméticamente, tanto, que en más de una ocasión los que disentan y apelaban á su voto, debían, primero, llamarlo repetidas veces—como llamamos al que nos queda lejos:—¿Tú que opinas, Salvador? ¿Verdad que éste es un bárbaro?... y que prescindir, luego, de su opinión y de su fallo ante los húmedos ojos del pintor y la indiferente ignorancia que revelaban en el mirar vago con que al fin contemplaba á sus amigos é intentaba entenderlos. Los visitantes, entonces, palpando lo inadecuado de sus extre-

RECONQUISTA

mos, truncaban sus disputas y el hablarse á voces, decapitaban chascarrillos y risas, y al cabo de breve tregua muda, despedíanse del viudo, fraternalmente, con palmadas y caricias en sus hombros:

—No, no salgas ni te levantes; acuéstate y procura dormir, para que mañana nos pongas mejor cara...

¿Dormir?... ¡Si no podía! Lo que hacía era soñar, en ese mismo rincón de su estudio sombrío, sin otra luz que la de los astros cuando los había, luz de luna ó luz de estrellas que con tenues claridades pálidas medio alumbraba la estancia, ó con una luz tristísima, la de sus recuerdos y evocaciones, más intensa mientras más apretaba los ojos y menos, materialmente, debiera advertirla. No bien partidos sus amigos, entrábanle en el taller su cena frugal, que se enfriaba encima de algún mueble antes de que él, con desgana, probase bocado. Ya las chiquillas dormían, en la estancia vecina de la matrimonial y en sendos catres colgados de pabellones blancos, al través de cuyos menudos tejidos, los resplandores vacilantes de la lámpara veladora daban á sus rostros de ángeles coloraciones nacarinas; á sus revueltas crenchas, opacidades de mármoles patinados de años, y al contorno de sus cuerpecitos en abandono de sueño, á los pliegues de abrigos, almohadas y sábanas, tonalidades de espuma y de siniestro, contornos de cadáveres insepultos que rodaran blandamente por sobre silenciosas ondas de un mar imposible que á traición y muy poco á poco—¡venido de quién sabe dónde!—se las arrebatará sin misericordia... Y cuando no se ponía á contemplarlas, de pie en medio de las dos camas, con tristeza infinita por lo que eran y por lo que serían, su visión de que también perdías acentuábase, y las despertaba, las despertó en dos ó tres ocasiones:

—¿Por qué te quejas?... ¡No te desabrigues, que vas á

F. GAMBOA

coger frío!...—les murmuraba piano, inclinándose sobre la una y sobre la otra.

Ellas, interrumpidas momentáneamente en su pesado dormir infantil, desperezábanse, cambiaban de postura medio dormidas, y, al reconocerlo le contestaban con incompletos balbuceos incomprensibles, ó con esas inefables sonrisas que los labios de los niños dibujan al acomodarse para seguir su sueño.

Tornaba Salvador al taller, á echarse en el diván, pero de modo que pudiera divisar el desnudo de su muerta, que mal se precisaba en las sombras del cuarto.

... Y resurgía su vivir conyugal, más el lado negro que el lado blanco ¡qué terquedad! Los disgustos y altercados de todas las vidas íntimas, el reñir por naderías, el contrariarse por asuntos de poco momento, el deseo mental de reconquistar la absoluta independencia del celibato, los arrepentimientos de haber quebrantado el propósito de no doblar jamás el cuello á la coyunda que tanto lastima á los comienzos, y, á veces, hasta á los finales de los que se casan... ¡Eso resurgía! Gesticulaba Salvador, acercábase al balcón y en los vidrios pegaba su frente, que le ardía; se preguntaba cosas extrañas, dudaba si nunca habría querido á Emilia ni Emilia lo habría querido á él; dudaba ¡ay! si, conforme los maldicientes asegúranlo, el tal matrimonio no fuese, en efecto, la tumba de los amores que cuando novios todo lo embellecen y diafanizan...

Muy lentamente surgía el lado blanco: las sandaces tier-nas, las plácidas memoranzas que reaparecían é invadíanle el organismo entero. La hora, sin duda, el silencio, el hábito de años, de nuevo recobraban su imperio, traíanle pensamiento y cuerpo á la buena vía, á los serenos acostamientos castos en el ancho tálamo tibio, después de las jornadas de labor y de lucha; las criaturas, durmiendo á uno y otro

RECONQUISTA

lado de sus padres, cada una en su cama pequeña; el pudoroso desnudarse de Emilia, que á los tantos años de casada aún se cubría instintivamente su carne complaciente de esposa, y á gran prisa, guarneciase bajo las sábanas para que Salvador no riera, como reía, de sus precauciones de hembra recatada... Luego, la lectura de él, acostado y saboreando el último cigarrillo del día; y la plegaria de ella, fervorosa é interminable, á medio sentar en el lecho, apoyada en las almohadas, y su diluvio de persignares, que á modo de semilla que rindiese fruto portentoso é infalible, aventaba Emilia desde su asiento: por ellos, por sus hijas, por sus muertos, por los que sufren, por los que no se persignan, por los pobres, por los que se hallan en pecado mortal, por el género humano, por los que se encontrarían á millones y millones de leguas; cual si el imperfecto y convencional signo que hacía su mano, tuviese de veras milagrosa virtud y un alcance mayor que la cárdena luz de los relámpagos al desgarrar las nubes, sin que ellos mismos sepan dónde van á caer...

—¿Ya estás en tu siembra?—le preguntaba Salvador en broma. Y Emilia, sin contestarle, seguía, seguía mandando cruces redentoras y consolantes á todos los ámbitos de la tierra...

—¡Ya, ya acabé mi siembra, hereje!—le decía al terminar y acostarse, pegándose á él, brindándole su cuerpo limpio y sano, con un casto abandono primitivo. Al dulce contacto, truncaba Salvador la lectura, apagaba la vela, y, en las sombras de la estancia, apenas si se oía un desvanecido rumor de ósculos conyugales, sin estruendo ni lascivia, y el acompasado respirar de Evangelina y Magdalena, muy distantes—por su sueño y por sus infancias sin pecado—de esos acercamientos sacros, de ese perpetuo renovamiento de nupcias, indispensable para

F. GAMBOA

que del amor y de los besos, en divina floración, brote la vida.

Complaciase Salvador en prolongar estas reminiscencias, á causa del alivio que le proporcionaban á su pensamiento fatigado de tanto estropearse por los inconmensurables páramos de que el cerebro es absoluto dueño y señor único; esas millonadas de leguas que no acaban nunca, cuyas lindes desconocemos, estepas sin fin ni principio por las que nuestros pensamientos é ideas galopan desbocados y ciegos, sin más testigos que nosotros mismos, cuando la imaginación da suelta á los anhelos recónditos, á los secretos remordimientos, á los crímenes mentales que todos—hasta el justo—sin excepción perpetramos en más de una ocasión, que jamás confesamos; las estepas en que van y vienen, al paso, á la carrera, coceando, rugiendo, en tropel devastador de manadas dementes, las ideas y los pensamientos para siempre ocultos... Más tranquilo de cuerpo, más sereno de ánimo, Salvador iba y besaba el retrato inconcluso, que en seguida cubría cuidadosamente con un lienzo, luego se acostaba en la cama matrimonial—demasiado grande para él solo—y se dormía, al cabo de unos instantes de vela y más divagaciones, atento al rítmico respirar de sus chiquillas. Las primeras noches le ocurrió que debiera rezar por su muerta... pero achacó la ocurrencia, sin ponerla en práctica por supuesto, á lo excitado de sus nervios, á desfallecimientos y depresiones cerebrales... ¡Bah!... ¿Rezar, y rezar por los muertos?... ¡Qué niñería!...

Con empeño grandísimo propúsose, en cuanto saliera á la calle, consagrarse á su cátedra, en la que sembraría una porción de ideales artísticos nacidos y cultivados de años atrás en su individuo, á pesar de lo ingrato del medio y

RECONQUISTA

de las escasas probabilidades de sacar discípulo ó cosa de provecho. La escuela, la conocía de coro; por hijo de ella teníase y proclamábase, y si sus defectos ni con sus íntimos y compañeros de profesión los mencionara (¿para qué?...), no por ello menos se los sabía y más los deploraba; que tal es la suerte reservada á los buenos hijos cuando la madre, por inclinación propia ó por extrañas influencias, equivoca los senderos y á campo traviesa se lanza hasta el aniquilamiento y el descrédito: callar y lamentarlo, lamentarlo y callar.

De ahí que su nombramiento de catedrático tanto lo hubiese alegrado, porque no sólo oportunisimamente le llegaba para que él encauzara las energías que bullíanle por dentro de su organismo adulto de varón fuerte, y lo apartara, con el nuevo y noble derrotero, del derrotero torpe y mezquino á que quizá habríanlo conducido aquellas mismas energías, ociosas hoy, por la vindez, y por la ociosidad y lo punzante del recuerdo predisuestas á marcharse por ahí, en busca y demanda de consuelos de encrucijada, fáciles de descubrir y difíciles de despegar de las voluntades entristecidas y vagabundas.

También alegrábalo el nombramiento, porque á par que colmaba el viejo sueño de profesar su arte, dábale campo, y vasto, para meter su hombro al edificio todo, que, por incuria y algo peor, calladamente veníase abajo... A ver si mientras perduraba su esfuerzo aislado, manos piadosas atajaban el interno y definitivo derrumbe de que se hallaba amenazada su amada, y, en otrohora, famosa Academia de San Carlos. Que no se cayera, Señor, que no se cayera...

Mucho disuadiéronle de empresa tamaña varios de sus amigos que aún le acompañaban por las noches, al saberla por boca del propio Salvador.

—No te metas en dibujos ni vayas á dar al traete con

33023

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

F. GAMBOA

tu clase. ¡No seas tonto!... Limitate á enseñar lo que sabes, que para eso te pagan, y deja que ruede el mundo como mejor le pegue la gana; pues los redentores de verdad y los hidalgos más ó menos ingeniosos, ya sabes dónde pararán: en los maderos de los Gólgotas ó en las estacas de los yanguéses...

Los independientes—y justo es consignar que éstos fueron la mayoría—amotináronse en contra de los tímidos, que, con discursos tales, alogaban en flor propósitos que antes había que estimular y aplaudir para que cesaran de serlo y en realidades se transmutasen, en realidades urgentes é indispensables.

—Signe adelante, Salvador, con lo que te has propuesto, que aquí estamos nosotros para ayudarte y sostenerte, caso que lo hayas menester, que no lo habrás...

Y por la trillonésima ocasión asistió Salvador á la batalla oral, pero sin cuartel, que los intelectuales—más que en ninguna otra parte—libran en México siempre que sale á relucir el problema del propio sustento; hurtado, según unos; ganado, según otros, en planteles, cargos, granjerías y sinecuras que el Gobierno derrama por la República entera. Agrío batallar que el pintor también sabíase de coro, sobre que hasta había tomado parte en alguno considerándose investido de innegable derecho á participar, precisamente porque nunca fué de los agraciados con esas mercedes. Ahora, sin embargo, dejó que el oleaje por su propia virtud se aquietara, y como desde sus épocas trabajosas de recién casado, desde antes, trazárase un plan de honestidad é independencia, de buen grado aceptó las felicitaciones de sus amigos beligerantes; al día siguiente daría principio á sus labores, presentárase en su cátedra, arengaría á sus alumnos con un puñado de frases, más que pensadas, sentidas, que los otros

RECONQUISTA

le aplaudirían por las promesas nobles y levantadas que entrañaran y que se verían palpar, abrir las alas entre las mallas de su retórica de hombre de acción y enamorado de su arte, por el que únicamente se preocupa y vibra.

Idénticos á los albores de todas las empresas—que sólo nos ponen de relieve sus lados halagüeños y sonrientes, aun de las más ingratas,—los albores de su próximo vivir sonreían á Salvador, le ahuyentaban sus tristezas reconcentradas, sus permanentes murrias, su inacción de cuerpo y espíritu y el vagabundear de su pensamiento con que la viudez se le apareció. Sus energías, otra vez despiertas, estiraban sus miembros, uno á uno, dándole fundadas esperanzas de que se hallarian ágiles y completas para muy en breve; no debía azuzarlas, ellas solas tornarían á su antiguo funcionamiento de engranaje de máquina echada á andar y que so pena de pararse, no consiente que un volante se retarde, ni un émbolo se esconda ó una muesca se oxide. La nueva existencia presentábase aceptable, muy aprovechada y distribuida, con su bastante de higiene, su mucho de labor y aun su poquillo de distracciones honestas, por supuesto que honestas, pues ni Emilia parecía dispuesta á tan pronto borrarse de los aposentos de la casita—en pie gracias á ella—y de sus moradores, ni así Emilia lo intentara consentiríanlo Salvador, sus hijas, la criada y el modesto inmueble. Era tiempo, pues, de sobreponerse al dolor y de atender á las niñas y á sí propio. Emilia continuaría reinando en sus memorias; en las sobremesas familiares que su nombre á cada paso mencionado venía á embellecer y á prolongar; en las plegarias filiales, que noche á noche encomendaban el alma de la madre muerta al Dios bondadoso que alumbraba sus infancias huérfanas; en los aposentos de la vivienda, todavía saturados del eco de su voz de mujer hacendosa,

F. GAMBOA

del de sus risas de esposa honrada y del de sus besos de madre: voces, risas y besos derramados sin medida, como si sabedora Emilia de su fin prematuro, á ellos hubiera apelado para contrarrestar los progresivos olvidos implacables con que todas las cosas y todos los seres vamos por siempre enterrando más y más á nuestros muertos. Emilia continuaría presente en la memoria suya, de Salvador, pues por razón natural las chiquillas olvidarianla antes; continuaría, como en los buenos tiempos desaparecidos, presidiendo á las inspiraciones del artista, á los cuadros por concluir y á los cuadros por nacer,—pero no desde el ángulo del diván en que por no interrumpirlo ni distraerlo mordía la aguja, afligida de que, por hombre é imperfecto, se debatiera ante las dificultades inconfesadas de no poder trasladar al lienzo, adecuadamente, la magia del color, y la gloria de la luz y de la vida... ahora presidiría, silenciosa y prisionera, mirando allá... allá... á las regiones serenas que nosotros no alcanzamos á ver con nuestro miope mirar humano, desde la tela en que por dicha suya su pincel la fijó desnuda é inmóvil. Y así como antes, en los buenos tiempos desaparecidos, hablale dado con su carne el amor y el espasmo, ahora, con los reflejos de esa misma carne, todavía más castamente, más serenamente, daríale lo que le faltaba para adueñarse de toda la gama de su arte; no sólo la magia del color y la gloria de la luz y de la vida, que él ya creía poseer hasta donde grandezas tamañas se poseen, ¡no!, daríale ahora también, ¡desde allá!..., la gloria de la sombra y de la muerte.

Por ser en la mañana la hora de la cátedra—de nueve á diez y media—y por la distancia que separa la academia de las calles de los Flores, hubo que reformar radicalmente el pernicioso régimen á que Salvador y sus hijas se

RECONQUISTA

abandonaron á raíz del fallecimiento que los enlutaba, las levantadas tarde, el desorden en las comidas, la libertad de las pequeñas y el vagar del artista. A contar del día de la clase inaugural, los habitantes de la casita se sistematizaron: abriéronse muy temprano ventanas y puertas; por las habitaciones, el sol y el viento penetraron á su antojo y hasta de melancolías limpiáronlas, las melancolías persistentes que habian permanecido pegadas á muebles y muros, como astódelos ó parietarias; á buena hora, la escoba gruñó su intermitente áspero canto de cigarra; el plumero hendió los aires con sus plumas mustias, simulando pajarraco entumecido que no pudiera tender el vuelo; y del baño en que las niñas se aseaban entre chillidos y risas, por los corredores, y por el jardincillo del patio, oyóse saltar el agua con glú-glúes jubilantes de gitana libertada al cabo de una prisión injusta y corta. En el estudio—en el que Salvador aguardaba el aviso de que el desayuno estaba servido, hojeando, para matar el tiempo, estampas y esbozos arrumbados en carteras viejas,—traíase el sol alborotos de granuja que todo lo quisiese ver y palpar. Tan luminoso y alegre mirábase el taller, que Salvador pudo, por la vez primera en más de un mes, contemplar á sus anchas y sin los negros pensamientos con que solía, el incompleto retrato de Emilia, desnuda en la tela, erguida en el caballete, de espaldas á todas las curiosidades y en cuyo torso parecía que el sol se detuviera con especiales complacencias compasivas, á fin de que, por obra de inaudito prodigio, el sabroso calor que derramaba en la carne del cuadro, fuera y calentara las horribles y heladas estrecheces de su sepulcro. La carne del cuadro casi vibraba con el beso de luz.

Sin embargo, algo amargó el parloteo de las niñas, durante el desayuno, el fantasma de la escuela á que ellas

F. GAMBOA

también iban á concurrir esa mañana en calidad de alumnas recomendadas muy particularmente á la benevolencia de las institutrices, ya de suyo benévolas y honorables. Una escuela convencional y de mentirijillas, sin rótulo afuera ni programas adentro, á cargo de una vinda anciana y de sus dos hijas, no jóvenes ni agraciadas por cierto, pero más valientes y luchadoras que muchos hombres de los que se pavonean por ahí alardeando de serlo. Sumidas en la habitación interior de una casa baja de tres viviendas—muy próxima á la alameda de Santa María,—manteniáanse de coser para tiendas y contratistas del vestuario de la tropa, y como jugando, por un módico estipendio, enseñaban las primeras letras (á la antigua: ¡silabario y doctrina coreada!) á algunos arrapiezos de los contornos. Las tres mujeres habían conocido á Emilia cuando la traslación del pintor al nuevo barrio, y aun con ella charlado algún domingo en el atrio de la parroquia de San Cosme, al concluir la misa de las diez, ó á la salida de la novena que en la capilla de Los Josefinos rézase por Nuestra Señora del Consuelo, patrona del templo y muy venerada imagen de la colonia. Una ocasión obligáronla á entrar, á la casa de ellas, para que descansara; y de ellas y de la pobre casa partió Emilia prendada.

—Si vieras qué interesantes son y qué sencillas—le dijo á Salvador.—Les he prometido que tu irías á visitarlas conmigo, y que cuando éstas (*por Evangelina y Magdalena*) crezcan un poquito más, se las mandaremos para que nos las enseñen á leer...

Pero el propósito nunca pasó de tal, de uno de tantos cuya ejecución vamos posponiendo hasta que se olvidan; y si no es por la cátedra de Salvador, por la necesidad que aparejada llevábale de desertar su domicilio por las

RECONQUISTA

mañanas, quizá no hubiera vuelto ni á recordar la existencia de las maestras, «las señoritas», según en la vecindad apellidábanlas. Identificándose como «el vindo de Emilia», estuvo á verlas, y con cariño tan manifiesto hablóles de su esposa muerta y les recomendó á sus hijas, que las tres almas sencillas que lo atendían, simpatizaron de veras con su duelo y desde luego comprometieron á tratar á Magdalena y Evangelina con exceso de mimos y ternura.

En tanto la visita se prolongó, no pudo substraerse Salvador al contraído hábito profesional de acumular en su experta retina, habituada á este ejercicio, lo más posible de colores y claro-oscuros de estancias decoradas y mueblajes, por fementidos que ellos fuesen; de contrastes, rasgos salientes y características de pergeños é individuos.

Quien más lo atrajo fué la anciana, por su fisonomía moral y por su fisonomía material; acusaba en ésta un aseó grandísimo de su persona, algo encorvada ya y apenas tirando á gruesa. Sentada en silla baja, de costura, su cuerpo vestido de un luto riguroso surgía de entre las piezas desdobladas de género blanco que sin duda cortaba al entrar Salvador; sobre su pecho flácido por los años, sin curvas femeninas, caíale un pañuelo de seda sujeto con un medallón de retrato, un Crucifijo monástico de bronce, y unos espejuelos baratos y corrientes, con estambre en sus resortes para que no molestara su presión en la ternilla. La barba, carnosa, con tendencias á papada; sin un solo diente la boca, y, ello no obstante, agradable á la vista; la nariz, afilada; los ojos, en camino del fondo de sus cuencas, sin pestañas, los párpados cansados y las cejas sombreando aquellas ruinas. La frente, con hondas arrugas múltiples, de terreno muy surcado por el arado de las

preocupaciones y de las tristezas, y en la cabeza, las canas alisadísimas y divididas por una ancha raya: hilos é hilos de plata pura que en madeja anudábanse hacia atrás; toda la persona respirando bondad y mansedumbre, no espontánea, sino adquirida, las pasiones domeñadas, una piadosa conformidad discreta con cuanto de bueno y de malo nos acaece aquí abajo. Y nada de silencios poco sinceros, ó exclamaciones mojigatas, ó palabras y sentencias sibilinas, al contrario, una naturalidad encantadora, un oportuno reír y un atinado terciar en el diálogo que sus hijas sostuvieron con el artista.

Las pocas alumnas del plantel, que asistían al ajuste y á las recomendaciones en obsequio de las futuras educandas, advirtió Salvador que se manifestaban contentísimas: leyendo unas, de barriga encima del albeante entarimado, en el que hincaban los codos mientras los dedos de sus manos ora entrábanse en las ventanillas de las narices sonrosadas y gulusmeantes, ora en las boquitas entreabiertas y color de granada; otras costían, en sus «dechados», meciéndose en enanos asientos de paja, muy cruzadas de piernas, en posturas de delicioso impudor infantil; otras, entraban y salían, habla que te habla á solas ó al montón de trapos que arrullaban entre sus brazos, á guisa de rorros; y un par de diablillos, varones, á un lado y otro de la anciana, disputábanse á tirones la posesión y momentáneo usufructo de los espejuelos...

Y eso, eso era lo que Salvador buscaba para sus hijas, que á nada las obligaran, que no se las atormentasen antes de tiempo con aprendizajes imposibles; que las dejaran jugar, charlar, reír, aunque entre juego y risa se les fueran grabando, insensible y lentamente, las letras del alfabeto, y los números, y el cómo se hacen las sílabas y las palabras... ¡estas indispensables palabras maldecidas!

A punto de marcharse, Salvador descubrió colgado sobre una cómoda, y entre diversos santos y santas de litografía, el retrato de un oficial subalterno del ejército de línea, en fotografía borrosa de tamaño «imperial», dentro de marco con vidrio. Abajo, y sin que pudiera saberse si era por los santos ó por el imberbe teniente, chisporroteaba una lamparilla de mariposa, y en dos frascos de mostaza francesa sin brevete, marchitábanse dos manojos de flores recién cortadas.

—¡Es Ricardo, mi único hijo hombre!—le explicó la anciana que había seguido la mirada de Salvador.

Y Salvador vió pasar por los semblantes de las hijas tristísima nube de dolor; por el semblante de la madre—tan próxima al morir—un rayo de amorosa alegría, una esperanza de inmediata reunión de espíritus, lejos de esta tierra bárbara y de éstos hombres fratricidas que nos matan á nuestros hijos, á todo lo que amamos más, y se lo llevan á las tumbas y á los gusanos.

—Me lo mataron muy joven—continuó la anciana en medio del silencio que había invadido la estancia,—cuando el pronunciamiento de la Ciudadela...

Ante la evocación del fúnebre drama ignorado, las tres mujeres callaron; una de las dos hermanas ocultó su turbación examinando la aguja de la abierta máquina de coser; la otra, levantando del suelo un pedazo de trapo, que en el suelo volvió á dejar; y la anciana, cuya maternidad inagotable persistía á través del tiempo y de las vicisitudes, atrajo á su regazo—exhausto ya de savia, pero quizá en memoria del hijo ausente en la muerte—las cabecitas rizadas de los dos diablillos que la asediaban y en él se acomodaron gustosísimos, como en molde hospitalario, cariñoso y fuerte para su infancia frágil...

—De consiguiente—perorábase Salvador durante el desayuno á Evangelina y Magdalena, después de haber pintado con muy grato colorido á las que iban á ser sus maestras,—no hay que apesadumbrarse, ¡ea! ¡Ríete tú, Magda!.. Y tú, Eva, ¡alza la cara!, que no me gusta verlas afligidas.. Aquello no es colegio, ni muchísimo menos; no hay castigos, ni tarea, ni regañones; si quieren, aprenden á coser ó á leer, ó las dos cosas; si no quieren, no aprenden nada, no me dan puntada ni me abren silabario, que tiempo sobra, más adelante.. Van y juegan, con los otros niños.. vaya, y si dentro de una semana ni así se hallan contentas, las saco y se me quedan aquí, en su casa, suceda lo que suceda... ¿Les parece?... ¿Sí?... Pues andando, que van á dar las ocho; iré á dejarlas yo mismo y tomaré el tranvía que sigue, me es igual..

La despedida en forma fué en la reja del jardín, á cuyo fondo estaba el colegio famoso. Salieron las maestras á recibir á las recién llegadas, que no se decidían á soltar á Salvador, medio agazapado para mejor alcanzar á los rostros de sus hijas, en los que estampaba más besos aún de los que las dos criaturas le prodigaban abrazadas á su cuello. Ante la extrañeza de las dos señoritas solteras—muy sorprendidas de que la brevísima separación diaria de unas cuantas horas originárale á las niñas y á su padre extremos tamaños,—Salvador tuvo una tirada filosófica, dicha mitad en broma, mitad en veras, mientras él se serenaba y las niñas desastanase al fin de sus manos: aunque nuestra existencia no sea sino una serie de separaciones de personas y objetos, nunca nos conformamos con ellas, ni con las pasajeras, que son las más, entre otras causas, porque el menor accidente inesperado é improbable, puede convertírnoslas en definitivas..

—Algo han de saber Uds., pues de estas cosas todos

sabemos, por lo cual, lejos de que mi proceder les extrañe, compadézcanme y cuiden mucho de mis criaturas.. Hoy he amanecido tierno.

Y riendo se alejó, detúvose á unos pasos para encender un cigarro, y todavía de la plataforma del urbano se despidió del grupo, con el sombrero y grandes reverencias, cómicamente.

Mecido por el rápido rodar del tranvía—á esas horas tripulado por los empleados y empleadas en el comercio y en oficinas del Gobierno,—de ver tanto rostro halagüeño vuelto al vecino de asiento en animada charla, ó inclinado sobre los diarios matutinos que abrían y doblaban con apagado rumor, ó contemplando por los ventanillos, plácidamente, la huida en contraria dirección á la del tranvía, de las casas, de las calles, de los árboles, de los postes del alumbrado, de los transeúntes y vehículos, sentía Salvador como un íntimo contento que lo rejuveneciera y sin fundamento lo alegrara, un placer meramente animal de respirar y de vivir, de saberse viril y sano, independiente y artista. Miraba á los pasajeros, á las calles—hasta los anuncios impresos, del techo del wagón,—y la sangre circulábale más contenta cada vez; el cerebro, allá en sus alturas, andaba acarreándole muy satisfecho, para el discurso inaugural de su cátedra, unos principios y unos finales de frases oratorias que, así, pensadas, sonaban armoniosamente á ovación y victoria. Todo atribuíalo al poético encanto de las mañanas diáfanas y ebrias de luz de este portentoso valle en que se alza nuestra vetusta ciudad de México, cuando nada oculta las crestas de las azules serranías que lo limitan ni la nevada cima de sus volcanes; graves y pensativos, en el horizonte lejano. Tan abstraído dejábase llevar, que no habría podido decir á punto fijo cuándo comenzó á mirar con involuntaria insistencia la

F. GAMBOA

cara y el cuerpo de la preciosa muchacha que le quedaba enfrente y que Dios sabe en qué esquina montaría. Cuando de su terquedad se percató—con la que había obligado á la chica á no moverse ni levantar los hermosísimos ojos negros por no topar con los de Salvador,—Salvador apartó los suyos, marcadamente, y á hurtadillas púsose á determinar lo que antes viera sin criterio. Nada, una muchacha guapa, gnapisima, pobremente vestida, pero con la coquetería y natural aliño en hembra joven y agraciada; sería, muy sería, y camino, al parecer, de su trabajo.

—¡Qué bocado!—pensó luego de detallarla con discreción; y aunque en ese propio instante el recuerdo de Emilia aleteó en su memoria, no experimentó el pintor ni asomos de remordimiento—circunstancia que le chocó,—antes cierta confianza mental de que no obraba reprobablemente al admirar y codiciar aquella juventud que al paso salía y tentábalo con sólo mostrársele; cual si Emilia fuese la primera en comprender que los muertos no pueden estorbar el que los vivos se encuentren y se quieran, ni tomar á infidelidad ó á ofensa lo que no es sino estricto cumplimiento de suprema ley... Argucias, sofismas de macho habituado á amar, que, de súbito, quédase libre y á solas, é instintivamente torna adonde lo guía el genio de la especie.

A partir de la esquina de Santa Isabel principió el descenso de pasajeros, con el de los empleados en la compañía de teléfonos: un pequeño grupo, formado más de mujeres que de hombres, saludándose sin entusiasmos conforme convergían al zaguán del inmueble, desconsolados y mohinos de antemano ante la infalible perspectiva de monótona labor que despiadadamente alarga el discurrir de las horas y no consiente, por su especial indole, hurtarse unos

RECONQUISTA

minutos de esparcimiento y ocio. La muchacha permaneció en su sitio: no trabajaba en los teléfonos.

Moderaba el tranvía sus andares á causa del aumento de tráfico con que se congestionan las calles céntricas de la ciudad, y en cada nueva esquina deteníase á soltar más pasajeros. En la del callejón de Santa Clara se apeó la muchacha, no sin cerciorarse previamente, con la habilidad que su sexo sabe desplegar para hacer eso y cosas más arriesgadas sin comprometerse en lo mínimo, de si su admirador continuaba admirándola; irguió el airoso talle provocante de mujer núbil y bella, y so pretexto de recogerse la falda del vestido, para bajar, se convenció de que Salvador mirábala embelesado y con la vista la seguía en tanto el tranvía y ella también echaban á andar, el cuerpo de la chica cimbrándose cadenciosamente por la acera, con suaves ondulaciones de fruto maduro.

—¡Real moza!—dijose Salvador á sí mismo. Y, sin gradaciones, volvió á pensar en su cátedra y en su discurso; aunque por algunos segundos todavía vibró en su retina la silueta voluptuosa.

Al doblar el tranvía la curva de Tacuba y el Empedradillo, estalló en la Catedral el repique á vuelo de las ocho y media; tenía tiempo para bajarse hasta el kiosco de los urbanos, cruzar en toda calma el jardín de la Plaza de Armas y llegar á la Academia costeano Palacio por la calle de la Moneda. A media Plaza iría, deleitado con el hormigueante espectáculo del jardín y sus afueras, inundados de sol, movimiento y ruido, cuando escuchó toques de cornetas y redoblar de tambores, frente á Palacio, y vió, dándole á él las espaldas, una doble fila de soldados en irreprochable alineamiento, armas y galones despidiendo destellos tan vivos, que, á la distancia, simulaban héroes—¿de regreso de quién sabe qué conquistas y victo-

F. GAMBOA

rias fantásticas!—á los que el sol nimbara de oro, con regia aureola de recompensa.

Era el diario cambio de guardias que van á tomar el santo y seña, á que las revisten, para encaminarse luego á sus cuarteles, á pie todos, artilleros, dragones é infantes, encabezados por sus bandas que regulan y ritman, al enérgico compás de sus notas marciales, la marcha viril de esos fragmentos de ejército. Apresuró el paso Salvador á fin de no perder tal desfile—del que habia gustado desde estudiante sin nunca desperdiciarlo cuando por acaso lo pillaba la hora en cercanías de Palacio. Casi completo lo alcanzó, al tronar la voz de mando del coronel:

—¡Guardias, á sus respectivos destinos!...

La inmensa columna compacta se desagregó serpenteando á modo de amaestrado reptil monstruo, que antes de resolverse á atacar ó á huir, desperezárase y moviera sus púas y escamas metálicas.

...allá iban, apuestos, macizos, hermosos en su conjunto; sueltos los ademanes y el mirar alto; al hombro los fusiles, los rifles y los sables, que, como espejos relucían por sobre el obscuro tono de los uniformes y la opacidad de corrajes y cartucheras; coronados por las manchas blancas de los paños de sol de los schacós y por los erectos pompones rojos de los kepís; las teces, amarillentas, imitando bronce antiguo, diciendo á gritos que eso eran los nombres, eso, bronce puro para las fatigas, para el dolor y la muerte de las batallas.

...allá iban, disciplinados, mudos, con irresistible ímpetu de masa obediente y ciega á la que nadie contiene ni nada ataja, á menos de no despedazarla.

...allá iban, á sus cuarteles, con rumor de elemento en marcha, roncamente martilleando los adoquinados sonoros con su andar firme y casi mecánico; á la cabeza de los

RECONQUISTA

destacamentos, las bandas de trompetas y tambores, las bandas de clarines, á las que precedían los granujas y golfos desarrapados, los canes de tropa, ariscos y serios, mientras en los aires se desgranaban las notas brillantes de los paso-dobles triunfales...

Salvador también redobló el suyo, que ahora sí que se le hacía tarde por haberse estado bobeando como un chiquillo cualquiera frente á espectáculo tan trivial y repetido. No podía remediarlo: la vista de la tropa removíale sus fibras más sensibles y elevadas; que sé yo qué himnos de esperanza cantábanle por dentro las fanfarrias y los desfiles militares; y lo que es la bandera, el pedazo de trapo que valiente y devotamente llevan en alto los alféreces á ella unidos por solemnes esponsales de vida y de honra, esa bandera que tantos recuerdos de sangre cobija entre sus pliegues y á la que tantas luchas aguardan todavía, para Salvador simbolizaba la Patria en que ya no creen los que sólo á la Ciencia adoran, el enjambre de retóricos que la tratan con irritante superioridad compasiva, cual si fuese un viejo recuerdo deleznable á punto de caer y tornarse polvo.

Y se le antojó halagüeño angurio el que hasta las puertas de la Academia lo acompañara el eco de las marchas que se desvanecían conforme alejábanse. A su vez, él triunfaría en el aula, con la paleta y los pinceles; su misión, su profesorado estimulábanlo, le comunicaban energías poderosísimas. A su vez iba al asalto, á la lucha, al más noble de los sacerdocios: enseñar arte, á que un puñado de juventudes entusiastas aprendiese, con su voz y ejemplo, á amar la belleza.

Todo trémulo de emoción entró en la Academia, bien acompañado del recuerdo de Emilia, que inopinadamente se le posó en la memoria é igual á esos pájaros cantores

F. GAMBOA

que sin que se sepa por dónde entran ni por dónde salen pónanse en las largas ventanas góticas de las viejas catedrales, y en los solemnes instantes de la elevación de las hostias—prosternados todos los fieles y de rodillas todas las almas—lanzan por las bóvedas sus mejores gorjeos, repetiale la dulce promesa de las horas negras, de desaliento: «De profesor has de ir á tu Academia, ¡ya lo verás!»

Y de verlo ahora, no daba crédito á sus ojos, que luego de saludar al conserje—un antiguo conocido,—entrecerró, para que no se le escapara el alado recuerdo de su muerta...

Muy grata sorpresa tuvo al comenzar á subir la espaciosa escalera conventual del edificio: en la meseta aguardábanlo muchos de los profesores, sus amigos, y el grupo de alumnos que serían sus discípulos en seguida; al verlo subir, lo saludaron con salva de aplausos. Conmovido y recobrando el sentido de lo real, Salvador se quitó el sombrero y fué estrechando con la diestra tendida una porción de manos que le oprimian la suya efusivamente.

—¡No, no aplaudirme todavía, todavía no!... Hasta que no triunfemos, si es que triunfamos; hasta fines de este año: hasta fines de los tantos años que necesitamos para triunfar!...

Con el grupo confundido, acabó de ascender, simbólicamente, hasta arriba, hasta la meta, hasta donde los peldaños de la escuela llegaban; lo restante, lo que de la ascensión faltaba, treparíalo también, en las alas de su talento y en las del cariño de sus discípulos, desligado de convencionales preceptos, de la estrecha sujeción ignara á los cánones ministeriales á que se sujeta la mayoría de los profesores por no perder la pitanza conquistada, las más de las ocasiones, menos por los méritos propios que por dudosos influjos ú otros amaños. Él ascendería, acabaría la difícilísima ascensión de la escala santa, seguido de unos

RECONQUISTA

cuantos enamorados del arte, como él mismo, de los pocos discípulos que resultasen artistas de verdad y que á pesar de lo ingrato del medio, por alcanzar el ideal en las regiones misteriosas y serenas donde palpita, resueltos lo persiguieran.

Y al inaugurar su cátedra, algo por el estilo díjoles: algo nuevo para los oídos atentos que simpáticamente lo escuchaban, aquel racimo de voluntades juveniles que al igual de todas las juventudes, vivían su fugaz vivir de rosas en intranquila y virginal espera del Mesías de su esperanza y de sus sueños; del peregrino de las rutas que deben recorrerse á fin de arribar á lo grande y á lo noble, aunque lo pequeño y lo vil—¡las zarzas del camino!—desgarre las plantas que vacilan; del descifrador de los misterios presentidos y ocultos que se divisan más allá de lo mezquino y de lo malo; del guía experto y valeroso que sabe conducir á término la incesante peregrinación de anhelos que á diario emprenden las juventudes sin malicias suficientes aún—no obstante su precocidad ó inteligencia—para sortear los ataques traicioneros que en las encrucijadas de los bosques de este mundo traman y perpetran en su contra los lobos devoradores de esas confiadas Capercucitas de los cuentos.

El, Salvador, los conduciría; esforzariase por desembarcarlos siquiera á la orilla de la Isla encantada á que enderezan sus pasos todos los artistas sin miedo que rumbo á ella hacen vela, no parando mientes en lo inseguro de sus embarcaciones; embarcaciones á las que la gente medrosa quedada en tierra—¡los más!—angura tormentas y naufragios, desde las solanas de sus enriquecidos presuntuosos é inmorales, desde las academias de sus sabios de cartel, desde los alcázares de sus gobiernos trágicos, y desde los corrales y guaridas donde los de Panurgo—¡la gran masa!—

F. GAMBOA

van y rumian sus piensos sin curarse de nada elevado y luminoso, encogiéndose de hombros, de antemano censurando á esos temerarios, á esos irregulares é independientes que con algo en sus espíritus y en sus cerebros, persiguen la quimera, y á las veces le dan alcance, entre las nubes.

Tales embarcaciones, sin embargo, siempre arriban, porque el piloto que las conduce es la Fe y no admite á su bordo sino á los creyentes y á los bravos; porque son las carabelas históricas, las de los nautas heroicos, las tripuladas por los descubridores y conquistadores de los mundos nuevos, que llegan siempre y descubren y conquistan las tierras de riqueza y de ensueño—en las que después se instalan los de Panurgo, la masa, los gobiernos, los sabios oficiales, los enriquecidos... Y entonces, hay que embarcarse una vez más ¡donde la masa penetra el arte muere! hay que llegar á la Isla encantada que huye de las multitudes bárbaras... Y la peregrinación perdura, perdurará, es la perpetua cruzada para ir á defender y rescatar la Belleza, grande y eterna...

A empresa tamaña se va solo é inerme, sin corazas ni yelmos, desde un principio resuelto á no ser comprendido, á no lucrar ni ganarse la estima de las sociedades que adoran el Becerro de Oro y para todos los dioses levantan los Gólgotas; desde un principio resuelto á carecer hasta del pan y el agua indispensables para no sucumbir en medio de los desiertos de arena, ¡más benignos y hospitalarios con ser de arena!, que los populosos desiertos sin fin de indiferencia y de ignorancia; resuelto desde un principio á pelear mucho, á padecer espantosos desfallecimientos; cuando se vence, á sufrir censuras y envidias, odios y enconos de los compañeros rezagados ó impotentes, y cuando se zozobra, piedad fingida y sarcástica de los que con

RECONQUISTA

nosotros se embarcaron y de los que nos vieron partir, allá, en los puertos abrigados y en las bahías tranquilas y azules...

El, Salvador, se hallaba todavía á los comienzos del camino, unos cuantos pasos adelante de sus futuros discípulos, pero decidido á no detenerse:

—¿Querían seguirlo?...

Y los aplausos con que le respondió aquel grupo de juventudes delirantes, en pie sobre los bancos, aclamando al artista, ya famoso, que les sonreía desde la cátedra, apuntando con el brazo á las serenas y misteriosas regiones donde el ideal palpita, salvaron los muros de la escuela como bandada de palomas bíblicas partidas á difundir la buena nueva de que aún había en México amor y culto por la Belleza y por el Arte.

III

—No me esperen á cenar... Uds. cenen temprano, y se acuestan...

Las dos chiquillas, desoladas, interrumpieron el animadísimo parloteo con que pormenorizadamente, en cuanto llegaban del colegio, tarde á tarde asediaban al pintor y ensordecían el estudio. Una charla dislocada, con incoherencias; charla de criaturas que están creciendo y que lo mismo con lo trascendental que con lo frívolo sus infancias se impresionan y tratan de que las personas mayores—las allegadas sobre todo—se lo expliquen y puntualicen. Y en los primeros meses, Salvador, que se vivía en su estudio sin poder trabajar en nada serio y definitivo, esbozos apenas y pinceladas que diz que habían de servirle para su gran cuadro futuro—el que desde muchacho llevaba en el cerebro sin atreverse á comenzar nunca, por reconocerse insuficiente todavía para tratar cual debía ser tratado el asunto inmenso,—Salvador guardaba con ansia esa vuelta del colegio, ese preguntar y ese argüir de Evangelina y Magdalena, quienes, con su sola presencia sacaban la casita del sepulcral marasmo en que se hallaba sumida el día entero. En cuanto las niñas se aparecían acompañadas de Refugio, con especial cuidado y cariño propios encargada de ir á dejarlas á la escuela y de ir á recogerlas por las tardes, Salvador alzaba pinceles y tiento, raspaba la paleta, dejaba caer sobre el desmesurado lienzo casi virgen del cuadro en proyecto el trapo que lo cubría (si es que al «cuadro» había consagrado su tiempo), ó guardaba,

de cara á los muros, en los rincones, ó retirándolos del otro caballete—el antiguo y sin manubrio, que se abría á modo de tosco compás de madera—los esbozos y pinceladas hechos y vueltos á hacer, que habían de servirle andando los meses y no atrasándosele ni la inspiración ni el ánimo, para la magna obra pendiente. Magna de veras: nada menos que perpetuar en la tela la vieja ciudad colonial de los virreyes hispanos, no sólo en su aspecto de metrópoli que lentamente se moderniza y hermosea, sino en el de su fugitiva fisonomía moral, su alma de siglos y de luchas—alma en la que por muy común inconsecuencia creía Salvador firmísimamente, aunque no creyese en cambio en la suya propia.

Quería que el pincel operara el prodigio, que al concluir el cuadro palpáranse los sufrimientos y las satisfacciones de los pobladores sucesivos; los espasmos de pasión y los espasmos de dolor; la voluptuosidad del amor y de la muerte; las entradas ululantes de los guerreros victoriosos y las agonías lentas de los sitiados y de los vencidos... Quería que se adivinaran, el rastro que la sangre derramada graba para siempre en los insensibles lechos de guijarros, por los que corre, y la huella que el llanto imprime en los semblantes de las madres y de las amantes sin consuelo... Quería pintar las albas jocundas y las melancólicas horas vesperales; los dramas de la tierra y las íntimas tragedias; las salvajes invasiones de razas enemigas, segando vidas y huyendo á sus latitudes inhospitalarias con pedazos de patria bárbaramente amputados, y las refriegas fratricidas sin cuartel, en que los hermanos se truecan y renuevan los odios canescos é inacabables de las edades primitivas... Quería poner á la vista el triunfo de la riqueza y el crimen, sobre la virtud y la miseria; las tiranías de los césares y el gemir de los pueblos; los poemas ignorados de

las multitudes anónimas; los calvarios de los humildes y los regocijos de los poderosos; el incesante desaparecer y sufrir de los débiles, de los que no saben leer, ni reclamar, ni defenderse, en contraposición con el entronizamiento de los fuertes... Quería sacar á luz las orfandades que peregrinan por cima de los abismos, de las ignorancias y de los lodos; los holocaustos de las vírgenes que inmolan los filántropos y los predicadores; la destructora marcha del alcohol y la, sin parar, de la prostitución... Todo lo que informa los grandes centros populosos de las Nínives de ayer y de las Babilonias de hoy, lo que las pudre y carcome, inevitablemente; su lujuria, su afán de lucro, su carencia de ideales, su envilecimiento progresivo que á la larga conviértelas en pudrideros y pantanos hediondos...

Quería que su pincel desentrañara los secretos olvidados, los males que reaparecen, los horrores que se repiten: toda la historia siniestra que dormita en la piedra, en las telarañas de las ruinas y en las costras de polvo de los monumentos...

Y la piedra rehusábase á confesar, permanecía inmovible en los sitios en que la encajaban las centurias idas, más ennegrecida hoy que ayer, más que hoy mañana, envolviéndose y envolviéndose en la pátina de los siglos, pero invariablemente muda, invariablemente adusta, reservada, formidable: mirándolo todo, oyéndolo todo, callándose todo... Ni la piedra agraviada: los inmuebles y muros antiguos con cicatrices de balas recibidas y en su seno incrustadas, ó con salpicaduras de sangre humana que ¡ni los años! borrarán por completo; ni la piedra moribunda: los inválidos paredones y las bardas ancianas que se desmoronaban y hundían en la tierra, ni éstos le decían palabra á Salvador, así los examinara de cerca ó de lejos, así los palpara; guardaban sus secretos tenazmente, aumen-

taban el misterio de lo pasado y de lo muerto... Ni los templos ¡Señor! ni los templos, que eran los supervivientes más respetados, los que mejor habían resistido y resistiendo continuaban el destruir del tiempo y de los hombres, le daban una clave, le descubrían un indicio, ¡averiguarlo él si podía!, ellos no eran delatores, eran templos y por eso seguían incommovibles, macizos, sólidos, más altas sus torres que los edificios más altos, apuntando al cielo; sus interiores, en su mayoría inviolados, cobijando el culto; sus exteriores, impasibles frente á la maldad, brindando asilo en sus cornisas, barandales y ojivas á las golondrinas nómadas y á las plantas que sólo adheridas á sus muros recios, saben crecer y susurrar con su florescencia la bralada dulcísima de los aromas...

¡Ah!, Salvador acabaría por pintar su cuadro. ¡Cuántas ocasiones la misma Emilia no lo empujó al caballete, le avivó energías y le prestó estímulos!... Pero el asunto hufale, se le escapaba más de entre los pinceles que del cerebro febricitante. Hasta llegó á imaginar que el día en que el cuadro principiara á resultarle según su idea, de un golpe tornaríanle sus creencias, estropeadas por la garrulería de sus maestros iconoclastas y vulgares. Si, si atinaba á pintar un cuadro «con alma»—como era necesario que lo pintara,—si atinaba siquiera á medio mostrar en el retrato de la ciudad «el Alma Nacional» (más estropeada y desconocida que la suya propia, pero ¡mucho más!), entonces descubriríase la que le animaba; pues así como para que exista la verdadera obra de arte menester es que tenga una alma entre sus páginas, entre sus notas, entre sus colores ó entre su grano, menester es también que el hombre se sienta poseedor de una suya... Y al llegar aquí, su falsa filosofía trababa el singular combate—á que ajenas agencias habíanlo adiestrado—en contra de sus creencias pro-

vincianas y sencillas, en contra de su rudimentaria exegesis que no aguantaba muchos golpes de la otra, sino que abandonaba el campo despavorida, dejándolo con su instrucción científica triunfante y con su cuadro por empezar. Nervioso, poníase á dibujar, á multiplicar los esbozos y apuntes que sus ojos de pintor habían venido acumulando: el aspecto de este arrabal y lo característico de aquella plaza; este rincón histórico y esa calleja legendaria; un cielo gris, de atardecer lluvioso, ó un fragmento del bosque druídico de los ahuehetes y de las hazañas...; ó bien permanecía meditabundo ante la blancura del lienzo sin color, á lo sumo manchado de proyecciones y titubeos, al carboneillo...

De ahí que el arribo de sus hijas de vuelta del colegio, atacadas de la manía charlatana que á los niños aflige al cabo de varias horas de sosiego relativo, pusiera á Salvador de humor buenísimo; sobre que á la alegría meramente afectiva que le originaba verlas y besarlas y sentárselas encima, riendo de lo que le preguntaban y de lo que le transmitían con sus deliciosos pormenores infantiles, había que sumar la forzosa derivación que daban á la impotencia de él para pintar un gran símbolo, y á su conflicto mental de individuo sin brújula ni rumbo que no se conforma con que su espíritu camine errabundo y desconfiado por los desiertos infinitos de la inteligencia. Gozosísimo acogía á las niñas y aparentaba interesarse inmensamente en sus galimatías, para disculparse ante sí mismo del pronto abandono de su obra. Las sujetaba á muy complicados interrogatorios; hacíalas, primero, que le dibujaran las letras aprendidas, unas mayúsculas que tiraban á caracteres arábigos ó nipones, cual ebrias, tambaleándose al brotar de los lápices, y al quedarse, monstruosas y deformes, agarradas al papel. Luego, conforme adelantaron en

su aprendizaje, hizo que rennieran mayúsculas y minúsculas en silabas y palabras; que en alta voz le leyeran renglones de diarios incompletos ó de libros hojeados al acaso; y en estas faenas íbase lo que de tarde quedaba, cielos adentro, y las chiquillas concluían por encaramársele, una á cada lado, concluían por reclinar sus cabecitas en las robustas espaldas del artista que así sentíase feliz, hasta que la criada venía á encender el estudio, y el grupo se destruía; Evangelina y Magdalena, al fin criaturas, saliendo á corretear y reír por los corredores y habitaciones de la vivienda; Salvador gnareciéndose en el balcón abierto, donde, pensativo, poníase á fumar y esperar que sirvieran la cena, para asistir, por remate, al acostarse de las niñas, previo rezo y previas también algunas carcajadas que mucho amohinaban á la sirvienta.

—¿Por qué no nos persignas tú, papacito?—le preguntaron á los principios de su orfandad.

Y por no decirles la causa, que él no creía en la virtud de tales arrumacos, pretextaba Salvador una excusa cualquiera.

—Porque es igual que las persigne Refugio; yo estoy ocupado—contestábales desde el estudio,—pero allá voy á despedirme y á besarlas... Duérmanse en juicio...

Las niñas habituáronse, pues, á que Salvador las recibiese y festejase á su vuelta del colegio, á que con ellas cenara, y á entregarse al sueño seguras de su vecindad, de que iría á besarlas y arroparlas—medio dormidas se daban cuenta,—oyendo luego volver de hojas de libros en el estudio, desplegar de periódicos, toses y raspar de cerillas. De vez en cuando, bien tarde ya según sus cálculos soñolientos, oyéndolo suspirar, muy quedo, cual si lo atormentase dolor llevadero pero incurable, que no quisiera publicar.

F. GAMBOA

Por eso, cuando Salvador varió de hábitos y de la casa marchábase después de anochecido, no hallándose presente á la hora en que ellas se acostaban y dormían contando con su beso suave que las rozaba apenas, contando con que las arropara hasta la barba para librarlas de los fríos de la alta noche, á los comienzos sobre todo, Magdalena y Evangelina se quedaran disgustadas y tristes.

—¿No vas á cenar con nosotras?... Pues ¿con quién?... ¡Acompáñanos, no nos dejes!...

Diversas veces ganaron ellas; volvía Salvador á despojarse del sombrero, á ponerse las pantuflas y el zurcido saco hasta el cuello abotonado, con que trabajaba. ¿Por qué no complacerlas? ¿Con quién, de veras, irse á cenar? ¿A qué echarse á la calle, al vagar peligroso por cantinas y sitios peores?...

—Bueno, pues no las dejas solas, no saldré. ¿Están contentas?...

¡No habían de estarlo!... Terminada la cena y terminados los rezos, con gritos y tumbos en sus camas aplaudían la resolución, obligando á Salvador á que fuera y viniera muchas ocasiones de una cama á otra, en las que Evangelina y Magdalena, de pie y nimbadadas por las colgaduras de punto, sueltas sus cabelleras todavía cortas, cuyos rizos, sin embargo, angélicamente caíanles sobre los hombros, ya metidas dentro de sus camisones flotantes y blancos, que prestábanles ligero parecido en la mal alumbrada estancia, con los marmóreos serafines de los sepulcros y de los templos, tendíanle sus bracitos temblorosos de júbilo, que lo llamaban al igual de sus bocas risueñas.

—Ven conmigo otra vez, anda, para que te bese más, para que te bese mucho...

Y Salvador iba y venía, riendo con ellas, de una cama á otra cama, de unos brazos á otros brazos, de unas cari-

RECONQUISTA

cias á otras caricias; por el camino, simulaba guardarse apresuradamente en todos sus bolsillos, los del pantalón, los del chaleco, los del saco, aquel diluvio de besos que no paraba nunca, que le colmaba las bolsas; fingía que algunos de los que acarrea á brazadas, derramábanse por el piso, y, por no tener ya dónde guardarlos, hacía que los vaciaba todos sobre su mismísimo lecho, debajo de las sábanas y de las almohadas.

—Para soñar con Uds.—les decía.

Pero sin que estas ternezas, ni otras análogas, lo aburrieran precisamente, si no bastábanle á llenar una porción de vacíos imprecisos que con los avances de su viudedad se le aparecían en cuerpo y espíritu, aunque no atinase con el sitio exacto en que moraban. Espíritu y cuerpo reclamábanle otras cosas... ¿cuáles? no lo sabía... ¿qué?... ahí estaba el enigma. Mas la carencia sí que la palpaba, menos en el espíritu que en el cuerpo, pues en éste se le clavaban ansias como garras y anhelos como garfios, de satisfacer necesidades nebulosas é indefinidas.

Y contrariando á sus hijas, dió principio á sus correrías nocturnas inauguradas bajo el magnífico pretexto de estudiar la enorme ciudad por las noches, cuando su fisonomía cambia totalmente y ofrece calles y rincones incognoscibles en las sombras. Debía saturarse del medio; verlo y conocerlo todo; de memoria aprendérselo; sentir con él; metérsele en sus repliegues mínimos y metérselo, no en su retina solamente, sino en su temperamento y manera de ser como pintor.

Se marchaba, en efecto, sin intenciones torcidas ni pensamientos pecaminosos, anda y anda por las calles silentes y desiertas; y sin forzada concentración, sin obligar á su vista á mirar quieras que no, ni á que la memoria acumulara impresiones impuestas. Su sistema había

F. GAMBOA

sido siempre diverso: mirar naturalmente, de paso, como quien va á negocio distinto; y las escenas, entonces, los más nimios pormenores conservábalos á maravilla, cual en bien sellado arcón en el que, al requerirlos, se encuentran los más preciados pergaminos, y las joyas ancestrales, las platas y los oros que el encierro preserva con sus brillos de antaño, se nos aparecen.

Caminó mucho, en las primeras noches particularmente, con direcciones fijas, de un extremo de la ciudad al opuesto, siguiendo la línea recta hasta donde más érale posible seguirla, y sentándose á descansar, cuando su andar perezoso rendíalo, en los raros jardincillos con que tropezaba—México apenas si los posee,—en los figones y cafetines que aún permanecían abiertos, ó en el borde mismo de las aceras, en los sardineles desgastados de tiendas y accesorias, ó en los vanos de los zagnanes en que los gendarmes dormitan muy abrigados á fin de defenderse de los cierzos débiles y fríos que traicioneramente asesinan en la metrópoli de historia y de leyendas.

Con excepción del barrio nuevo—entre la calzada de la Reforma y la antigua carretera á Tacubaya,—que á Salvador antojábasele ingrato, presuntuoso é híbrido, de abominable gusto de abacero que al retirarse de su mostrador y de su clientela zafia, edifica con los cuatro cuartos ahorrados ó mal habidos, pseudo-palacios ostentosos, «villas» recargadas y deformes, incómodas viviendas burguesas, cursis y sin solidez, en las que todo es mentira, desde los cimientos hasta los áticos; todo de similor, desde su ornato de yeso y barro, hasta la abundancia y cultura de que alardean los improvisados terratenientes,—fuera de este barrio, tan encomiado de propios y extraños, que crece y crece con la terquedad y fuerza de la hierba ociosa que perjudica las sementeras benéficas—fuera de este

RECONQUISTA

«México nuevo y europeo», según lo apellidan diarios y ciudadanos; barrio que era fuerza que alguna vez levantara sus arrogantes edificios anémicos en el seno de la ciudad monumental de virreyes y emperadores, conforme en las demás ciudades del mundo hánse levantado sus congéneres, desafiando lo viejo y lo admirable; fuera de este lunar, Salvador reconocía con júbilo que la ciudad entera, aun en sus arrabales más espantosos y excéntricos, tenía carácter propio, tenía «alma»—el alma que él no sabía infundir á su cuadro. Temeroso de que la invasión incontenible é iconoclasta, la *judiada* ignara en achaques de arte, en la que lo mismo figuran hebreos legítimos que individuos de otras religiones, signiera arrebatando ó destruyendo cuanto de venerable y de bello todavía posee México, y acabara de un bocado de ogro con lo que aún se halla en pie y resistiendo las embestidas tremendas del dinero, que todo lo destruye y corrompe; ya que sus hijos no queremos, por ignorantes los más, y por codiciosos los menos, ¡los de arriba!, apreciar lo que aprecio merece, Salvador apresurábase á preparar su obra, que, á pesar de sus sienes calenturientas de artista, latiale porque cuanto antes la produjera.

Y en sus correrías nocturnas, estas primeras correrías en que sólo el Ideal azuzábalo á modo de espuela redentora y blanda que en vez de lastimarlo y deprimirlo, lo acariciase y premiara, díriase que la ciudad, penetrada de la alta empresa, sin reservas se entregara—como una amante tísica que presente su muerte cuando todavía su belleza es mucha é infinita su sed de vivir y de vivir amada—al adorador valiente y único que así peregrinaba loco por ella, por eternizarla en el color y en la luz; díriase que su cuerpo, aquí manchado por las pestes, y allá soberano, sedeño y duro; aquí con indelebles cicatrices de

F. GAMBOA

sus raptos y mutiladores ¡los de las tierras distantes!, y allá señalada por los violadores propios, ¡sus malos hijos!... diríase que ese cuerpo—á pesar de todo, bello, á pesar de todo, voluptuoso y tierno—se diera al pintor que lo estudiaba, que lo recorría y lo admiraba; lo admiraba largamente, apasionadamente, igual en las partes afeadas por los años y las calamidades abatidos encima de él cual bandada de pájaros carnívoros, que en sus partes más encantadoras y púdicas, las que todas las hembras conservan, aunque guardadas y ocultas hasta para las inquisitivas inocencias de los nietecillos, que en su ansia de saber, nada hay que no quisieran mirar: los pudores y encantos que persisten al través del tiempo, y que las viejas más viejas llévanse consigo, á sus tumbas...

¡Qué revelaciones las que tenía Salvador noche á noche, ora se encaminasen al Poniente, ora al Norte de la ciudad muda, y sin embargo, despierta no obstante lo avanzado de las horas, escuchando cómo dormían sus pobladores, pensativa y plácida bajo los astros que la besaban en sus canas y en sus muertos hechizos!... Gustaba Salvador, de preferencia, de sentarse en las plazuelas solitarias, sin árboles ni fuentes, de las barriadas menesterosas—á las que no alcanzan las munificencias municipales—y allí, fuma que te fuma, estarse las horas, las horas que se desgranaban sonoramente de los relojes lejanos y pasaban por bajo la bóveda nebulosa ó diáfana, con resonancias agoreras y decrecientes, cabalgando en los aires camino de las fantásticas lontananzas del horizonte, tras los volcanes y tras los montes, donde espiraban luego de haber anunciado que el Tiempo se muere, de lenta muerte incontrastable.

Las casas enanas que bordean esas plazuelas y gritan la miseria de sus inquilinos—hacinados en los cuartos sin

RECONQUISTA

sol ni oxígeno, en las viviendas pobres,—hasta en la carcoma que roe sus fachadas enjalbegadas, produciendo á Salvador una inmensa piedad: eran las almácigas en que el amor brutal de los humildes sembraba la semilla de los pueblos futuros... del pueblo de la ciudad, que debía de engrandecerla si le encanzaran sus instintos cavernarios de herederos de las edades primitivas y pétreas; si lo enseñaran á leer; si le enseñaran lo que es la Moral, más con el ejemplo que con las mal aprendidas filosofías y educaciones extrañas, para otras razas, patentemente inadecuadas para ellos, nuestros pobres, descalzos y desnudos por fuera y por dentro, sin ideal ni rumbo, caminando desamparados, de la revuelta á los saqueos, del homicidio aplaudido y premiado de las guerras civiles, al taller rudimentario que nadie apoya cuando es nacional; del alcohol, al presidio; de su agricultura pastoril y balbuente, al cuartel en que imperan la ociosidad y los azotes; del antiguo enlace canónico de las juventudes que se unen, al amor deshonesto y libre que se encuentra entre los charcos turbios del arroyo, ó debajo, en los albañales, donde paran las basuras de las ciudades, sus detritus é inmundicias, donde acaban de agusanarse y de envenenar con su hálito, los frutos que se pudren, las flores que se marchitan, las almas que se enferman...

Encolerizábase Salvador de que en todas sus meditaciones serias se le atravesara el vocablo de esa substancia problemática, que ya no vive sino en los labios de las beatas, de los chiquillos y de los ignorantes y cobardes. Y dejábase que se marchase tan inopinadamente como veniale; anhelando, sólo en rarísima ocasión, que él fuera el engañado y el iluso, y que si existiese el alma de todos y de todo, el alma suya, imperecedera y eterna, subiendo á Dios en cuanto se separara de esta materia por la que nos

F. GAMBOA

perecemos, á causa de que ella es lo único á nuestro alcance, dada nuestra condición de humanos é imperfectos.

—¡Bah! ¡bah!—decíase—¡que pierdo mi noche!...

Y tornaba á clavar su vista en la plazuela solitaria y en las casas enanas que la bordeaban; tornaba á imaginarse el vivir de sus inquilinos, descansando á tales horas en la miseria y en lo obscuro, sin pudores ni ropas; los candores infantiles junto á los acoplamientos bestiales de los padres; las virginidades, en vela, frente al suspirar y debatirse de los compadres y parientes que comparten la pocilga, y, amparados por sus negruras, entréganse rabiosos al solo placer que por el momento no les resulta ni dispendioso ni difícil: el placer de la carne; figurábase las riñas y los golpes, los alientos aguardentosos, las palabras soeces, los sueños congestivos y los despertares dolorosos con las voluntades moribundas y las perversidades innatas, aullando, como lobas. Figurábase la holganza de los lunes; las idas al taller con forzada escala en la taberna, y las vueltas del trabajo, á los atardeceres gloriosos del cielo incomparable de nuestro valle: hosco el semblante, rendido el brazo que gana el mendrugo, tardo el andar, melancólico el espíritu por causas que se ignoran, al cruzar las arterias del lujo, encogidos y desconfiados, sin socialismos ni proyectos anárquicos todavía—por falta de prédica y nó de levadura latente,—pero ya con la convicción de que las cosas cambiarán, de que los de arriba deben, por humanidad y por instinto de conservación sobre todo, preocuparse más de los de abajo, subir salarios y multiplicar escuelas, tender las manos, piadosamente, á los analfabetas y desgraciados que por los arroyos ambulan con sus proles copiosas á enestas, sin estrellas terminales ni compensaciones intermedias—fuera del alcohol y de la prostitución barata que nada más al crimen conducen... ¡Ah!, esas

RECONQUISTA

vueltas del trabajo, mudas, los compañeros de cadena en grupos ó parejas, mientras los del dinero ruedan en sus trenes rumbo al bosque, y mientras de las campanas de los templos se echan á volar, suplicantes, los *Angelus* trágicos...

Como en el hogar—que por lo común no es hogar sino cubil—aguardan al jornalero y al artesano los hijos tuberculosos que sufren y gimen, las esposas ó las mancebas sucias que exigen los salarios y unas miajas de cariño en premio á su abnegación y á su trabajar de los minutos y de las horas, los artesanos y jornaleros recalcan en los figones con licencia concejil, de los que al cabo salen embrutecidos y medio envenenados, tarde ya, los unos en camilla, hacia los hospitales de sangre y los anfiteatros de las autopsias; los otros, al petate, tambaleantes, arrastrados por las mujeres que sollozan y los grunjas que observan y aprenden, á dormir sueños comatosos, á seguir soñando las pesadillas de sus vidas...

¿Por qué la ciudad se lo callaba todo? ¿por qué no había desaparecido sepultando entre sus escombros á los buenos y á los malos, en uno de tantos terremotos vengativos que por encubridora y benigna habíala sacudido con iracundia extraterrena? Los volcanes que la guardan, ¿acabarían con ella algún día? El cataclismo purificador y de castigo ¿la arrancaría de cuajo para que en su lugar se edificase la ciudad que la humanidad necesita y que las generaciones aguardan, la Ciudad de Paz, de Amor y de Justicia?... ¿O callaba y continuaba erecta porque sabía que, sin llegar á ser la Sión prometida, con poco que se procurara, si podía ser una ciudad relativamente perfecta y totalmente habitable?...

Salvador, meditabundo, saturábase de ella, de estos barrios de los pobres que tanto lo interesaban y atraían.

Vez hubo en que el gendarme del punto, intrigado ante

F. GAMBOA

ese individuo que fumaba y fumaba en la desierta y mal afamada plazuela, sin curarse de las horas que galopaban ó del frío que arreciaba, linterna en mano se le acercara á deslindar situaciones y á esclarecer sospechas:

—¿Qué hay, amigo, qué anda haciendo?...

—Ya lo ve, vecino—replicóle Salvador riendo para sus adentros de la ocurrencia y empleando adrede los giros populares,—ya lo ve, aquí no más.

Con lo que el guardián, ya escamado por el buen pergeño de quien suponía un vagabundo ó algo peor, no aclaraba sus dudas, y variando de tono, dejó apuntar su autoridad:

—¿No tiene casa?... ¿En dónde vive?

Y al escuchar la lejanía del domicilio de Salvador, las sospechas crecieron; fué indispensable revelar profesión y propósitos:

—... pues no es natural que una persona decente se aleje tanto de su casa y se aventure por los arrabales. ¿Qué hace usted aquí?

—Aprender á vivir solo, vecino, que es una de las empresas que más cuestan.

A su vivienda regresaba casi siempre con dos hondas tristezas: era la una, el temor de que nunca pudiera pintar su cuadro conforme tenía concebido; y era la otra, la convicción que más y más arraigábasele de que el pueblo nunca subiría de nivel, de que permanecería, por culpa de muchos y de mucho, encrespado en los bajofondos del cielo en que ahora ahogábase. Y durante sus regresos esbozaba, mezclándolos, proyectos para que el cuadro tuviera forma y el pueblo redención; el pueblo, con el que simpatizaba no obstante sus repugnancias de esteta hacia lo feo y lo sucio, y sus tendencias aristocráticas que los artistas de verdad contraen con el refinamiento de su gusto.

RECONQUISTA

Las moles de las fábricas que costeara, parábanlo de golpe sobre la acera, frente á ellas, y les inventaba quién sabe cuántos pecados y desafueros. En las sombras de la noche, en efecto, resultaban las tales amenazantes y medrosas dentro de su simetría monótona y recia de fortalezas ó presidios; cerradas sus ventanas de reja y la ancha puerta ferrada; cobijadas en silencios tumbales; las astabanderas, enhiestas y sin oropéndolas ni estandartes; las chimeneas, sin humo, apuntando osadamente á los cielos, como telescopios estériles y salvajes que nada acercaran. Y de pensar en las vidas que devoran, calladamente; en las juventudes que agostan y estrujan; en las promiscuidades que para su funcionamiento reclaman; en los salarios que pagan y la labor humana que exigen, sin parar, sin parar, al igual de la que rinden sus bielas, volantes, émbolos y bandas insensibles á la fatiga, al dolor y á la hambre, Salvador mirábalas de reojo, con positiva inquina, dolido de que las edades modernas sean tan crueles para dar de comer á los desheredados. Sus atavismos de agricultor, sus nostalgias campesinas le aconsejaban la huida de los pueblos grandes, la vuelta á los campos sin límites, al arado y al surco, á las llanuras sembradas, á los riscos y á los cerros, entre los árboles, bajo los soles estivales que resucitan y hacen crecer á los hombres y las mieses; la vuelta al aire libre de las soledades angustas...

Inopinadamente, parado ahí, en la acera, frente á las fábricas, pensaba en sus dos hijas que dormían, allá, en la casita edificada con las economías de Emilia; y por ser ellas lo que él ahora más quería en el mundo, comparábalas, sanas, alimentadas y felices, con la legión de niños desválidos y desarrapados que pululan en los alrededores de las fábricas—donde moran los padres esclavos—como gusanos indefensos que la tisis y la policía y los transeuntes

F. GAMBOA

pisotean ó barren hacia las afueras, lejos, donde no inspiren ascos, ni manchen, ni contagien... ¿Cómo pintar todo esto? ¿En qué tienda venden la paleta y los pinceles que realicen milagro tamaño?...

Continuaba Salvador su interrumpido regreso, y no sólo maldecía de que no fuese él el pintor capaz de perpetuar en el lienzo las pulsaciones, congojas y risas de una ciudad ¡su fisonomía moral!, sino maldiciendo más todavía de la incuria nacional, del universal encogimiento de hombros de las clases acomodadas y las clases *dirigentes*, que no se preocupaban mayor ni menormente en buscar un remedio con que aliviar por lo pronto y sanar más adelante á nuestro pueblo enfermo, al que ellas son las primeras en haber desahuciado sin piedad, menos por impotencia que por egoísmo. ¡Menudo cisco el que le armarian al que de apóstol se las diese en esta materia!... Salvador sabíalo, lo veía y lo oía á diario en todos los círculos, entre todos los sexos, en todas las condiciones y todas las gentes. Para unos, hablar del trascendental y urgentísimo asunto, era simple y puramente anticuado ó cursi; lo recibían con risas, con frases de compasivo desprecio: «¡Hombre, no nos dé Ud. la lata con sus agorerías trasnochadas, so sociólogo!...» Para otros, la sola enunciación del mal, á oposición al Gobierno, equivalía ¡un crimen imperdonable de lesa majestad!, á mal digeridos enconos porque en el reparto de empleos y mercedes el censor habíase quedado sin hueso que roer: «Que me lo nombren aunque sea escribiente, y ya verán Uds. cómo al recibo de los primeros sueldos no ve tan negra la cosa ¡es un despechado!...» Los ricos, asombrábanse, entreveían una contribución, una sangría á los caudales heredados de siglos atrás, ó improvisados ¡Dios sabe cómo! en horas de ayer, y se encabritaban, negaban el hecho: «Eso no es posible, ó lo han enga-

RECONQUISTA

ñado á Ud., ó Ud. exagera... Si viese Ud. mis libros se sorprendería de las limosnas que reparto á los que realmente de ellas han menester...» Las señoras, de oír los horripilantes relatos, tapábanse las narices y lanzaban pequeños gritos nerviosos, negando también: «Los pobres hallábanse bajo su égida y amparo, sin carecer de nada, en el asilo H y la casa X, que ellas, con sus Cofradías y Asociaciones de damas benéficas, venían sosteniendo...» Los políticos y personajes de suposición, si de verdad llegaban á interesarse por el tal negocio que «en lo mínimo entorpecía la segura marcha de la administración», á lo sumo si prometían pedir informe á las secciones de sus ministerios, aquéllos, y éstos, interesarse cuando fuera oportuno y con quienes debía de intentarse la cosa, en pro de la reforma requerida. Los sabios oficiales, y aun los sueltos, á la broma echaban el problema, saltaban con respuestas frívolas ó con teorías leídas mal y aprendidas peor, que diz que aconsejan una pacífica conformidad con todos los aniquilamientos: «Venga Ud. acá, amigo mío, y por si mismo respóndame: siendo cual somos el desecho de dos razas que hasta en sus principios poco valieron á causa de su inferioridad manifiesta ¿qué quiere Ud. que le hagamos? Gracias que medianamente vayamos pasándola, en tanto razas superiores nos destruyen ó vienen á ocupar el puesto que estamos usurpándoles con detrimento del progreso humano... Nada haremos nunca, por débiles, porque la Vida (*con mayúscula, aun en la entonación*)—ya no es esto un secreto para nadie,—la vida pertenece á los fuertes. Deje Ud. que nos acabemos, y en cuanto á extirpación de vicios ingénitos y mejoramiento de nuestra masa ¡peor es meneallo! ¿Qué va á entender nuestra gente, ni menos á practicar, cuando en si reúne y amalgama los vicios y defectos indios, con los defectos y vicios hispanos? ¿Econo-

F. GAMBOA

mía, sobriedad, moral, cerebro y músculos?... ¡Música celestial y prédica en el desierto!... ¡¡Créame Ud. á mí que tengo estudiado el punto!!»

Salvador temblaba de ira con el recuerdo de éstos ó parecidos discursos, con palpar tanta maldad ó ignorancia tanta, con ver lo que á ello se sucedía: la marcha apresurada y doliente hacia un suicidio nacional.

Al destemplado són de los bombo de una prensa que en su mayoría tan lejos se hallaba del decoro como de la independencia; al destemplado són de los discursos de congresos escolares, políticos y de ciencias; al de sanedrines ignaros y presuntuosos; al ocioso discurrir á gritos en cervecerías y cantinas en que los intelectuales se asociaban, él, Salvador, inclusive, por falta de otro lugar y por falta de otra educación, y en las que se arreglaban México y el universo-mundo; al tintinear de las copas en los banquetes de obligados brindis y dítirambos, que pronanciaban impudicamente los ahitos, los *arribistas* y los protegidos, únicamente escuchábanse estrofas y cantos al progreso del país; «á este país, según todos ellos, idéntico á las naves fabulosas que, alta la prora y al viento desplegados sus poderosos velámenes de energías immaculadas, surcan los mares de los siglos sin una avería en su casco ni una nube en los cielos; bienvenidas en los puertos en que por ley universal tienen que hacer momentáneas escalas para descansar y aprender más de lo que saben, en tanto perdura su incontrastable travesía rumbo á la región inaccesible é ideal que columbraron ya los gavieros expertos, y á la que habrán de arribar cual á definitivo y bien ganado anclaje, gracias á las manos que las guían y conducen, no sin dejar tras sí—para admiración y ejemplo de los pueblos que las contemplan envidiosos desde los bordos titubeantes de sus barcas desmanteladas—una

RECONQUISTA

ancha estela de luz que los soles transmutan en argentada y espumosa promesa de ventura, para los que las imiten, y que las lunas y los astros truecan en bullente reguero de gemas, en aureas fosforescencias que no tienen fin... oh naves fabulosas que salvan, si las signen en sus derroteros, á las embarcaciones que zozobran y á las razas que sucumben...»

Toda esta palabrería, Salvador sabíasela de coro, lo mismo que los muchachos saben, sin una falta, las lecciones que á diario escuchan, y recitan en voz bien alta, dentro de sus escuelas. De ahí precisamente nació la ira de que el progreso realizado se abultara tan fuera de medida, y más principalmente, de que á la sombra de ese progreso innegable en algunas cosas ¡pero no en todas, Señor, no en todas!, se descuidara la condición del pueblo, que es la verdadera alma nacional...

Carraspeaba Salvador al llegar á lo de «calma», como si la palabra y su corriente significado se le atragantasen...

¿Por qué nadie afrontaba el problema? ¿por qué los que debieran hacerlo por sagrada obligación de oficio ó empleo, nada intentaban sin embargo? ¿por qué los oradores sólo entonaban alabanzas y *Kiries* á los de arriba? ¿por qué las buenas voluntades no se coligaban contra los defectos? ¿por qué las plumas empleábanse únicamente en incenar á poderosos y gobiernos? ¿por qué mentir? ¿por qué ocultar nuestra lepra, si todos ¡absolutamente todos! conocían el mal y conocían las crónicas dolencias con remedio todavía?... Nada más el eco de sus propias pisadas contestaba á Salvador durante estos regresos de los barrios miserables donde la enfermedad mejor se descubría, y él desesperaba de que nunca se le aplicase cura y afirmábase en que su proyectado cuadro no era viable, ni caso que lo fuera, serviría á tal propósito. La pintura, la escultura y

F. GAMBOA

la música no se prestan á servir de elixires. Lo que alivia y sana, igual los padecimientos de los individuos que los padecimientos de los pueblos, igual los de los cuerpos que los de los espíritus es ¡el libro!, el libro que es alado y poco cuesta; que penetra en las inteligencias, si no hoy, mañana, más tarde, alguna vez; que naciendo de mano hábil puede contener la línea, el color, la armonía; que es más fuerte que todas las armas, que todos los gobiernos, que todas las persecuciones y que todas las hogueras; que escapa á las censuras y á los cataclismos; que sobrevive á las generaciones que lo vieron nacer; que se rie del espacio, de la distancia y del tiempo; ¡que encierra la Ideal! ¡Oh, libro santo, bendecido, invencible!

Y muy en serio pensaba Salvador trocar por la pluma sus pinceles, pareciéndose en esto á la mayoría de los músicos, pintores ó escultores que llegados ó no al renombre, danse á escribir siquiera sean *recuerdos*, *memorias*—cuando no algo de más enjundia,—atráidos y deslumbrados por la pluma que canta y llora, esculpe y pinta en las páginas impresas de los libros inmortales.

En tanto, tornaba á su casa, recogida y muda; saludaba al gendarme, su conocido; volvía el rostro rumbo á la estación, al resoplar de las locomotoras encendidas é infatigables, y á un rodar que otro de furgones que enganchaban para los convoyes del día siguiente. Con esmero grandísimo, á fin de no despertar á nadie, abría su zaguán y de puntillas entrábase hasta su cama, en la que pronto se dormía por el cansancio de las caminatas y por lo avanzado de la hora, arrullado con las tenues y tranquilas respiraciones de sus hijas.

Evangelina y Magdalena, que á los principios no se resignaban con que Salvador dejáralas solas en su cena, á

RECONQUISTA

las volandas despachada, hablándose poco y riendo menos, para huir de esos dos asientos vacíos, el de Emilia y el de Salvador, que las fascinaban y sumían en reconcentradas tristezas de personas mayores, fueron habituándose á esa soledad y extrayendo, para combatirla, de sus interiores de mujeres próximas, las defensas con que cada cual contaba conforme á su temperamento propio.

A mística tiraba Magdalena, decididamente. En cuanto aprendió á leer, que fué bien pronto—había salido mucho más inteligente que su hermana menor,—dióse á la compra de novenas y triduos que compungidamente barbotaba de rodillas junto á su cama colgada de medallas, rosarios é imágenes. La criada, la vieja Refugio, fomentaba y aplaudía tales inclinaciones, en las que volvía á ver, resucitada, á su ama muerta; por lo que al servirles la cena á las dos, separadas por el ancho de la mesa, todas sus preferencias reservábalas para esa niña que, le confiaba á la cocinera en su ir y venir por platos y guisos, pararía en santa. Luego de concluido el servicio, mientras reposaban las chiquillas, inaugurábanse unas sesiones sobre religión trascendente, sobre culto, sobre el más allá, en las que se disentan tópicos tamaños, por Magdalena en primer lugar, por Refugio, que á las veces se sentaba á la cabecera de la mesa, donde Emilia se sentó tantos años, y por la cocinera, siempre parapetada entre el aparador y un rincón. En ocasiones contadas ¡rarísimas!, terciaba Evangelina, cuando el relato, por lo espeluznante é inverosímil, heriale demasiado la imaginación; toda trémula, iba aproximase y aproximase hasta el regazo de Refugio, en el que, asustada, se acurrucaba, durmiéndose á lo mejor con macizo sueño indiferente.

Porque Evangelina en nada asemejábase á Magdalena; Evangelina era criatura á las derechas, sin preocuparse de

F. GAMBOA

santos ni rezos, los que concretaba á lo normal en sus años: el santo Angel de su guarda—á quien suponía un grannja travieso y rubio, con alas,—y al «Dios mío, conserva á mi papá bueno y sano, y á mí también...» que noche á noche venía murmurando de años atrás, aprisionada en el camison y enclavijadas sus manecitas, ya medio dormida. De ahí en fuera, gustaba de correr y saltar; de averiguar el puñado de cosas que no entendía, mal grado sus esfuerzos y fijeza; de perseguir moscas y mutilarlas; de jugar á «la comidita» y á «la mamá», á la mamá principalmente, mamá de fenómenos y de contrahechos vástagos: muñecas decapitadas, sin ojos, mancas y cojas, ó almohadas vestidas, trapos anudados, de mil colores, á los que trataba con mucho mimo y ternaza, y á los que desnudaba y vestía una barbaridad de veces. Siempre tenía enfermos á tres ó cuatro, que le causaban fingidas pesadumbres.

Cuando Salvador discurrió este andante peregrinar nocturno por la ciudad y sus extremos, desquitábase de su ausencia de las cenas familiares conversando con las niñas desde que despertaban y á las horas del desayuno en que el comedorcito, que miraba al Oriente, llenábase del sol que le penetraba en amplia faja obliena é iba á hacerse añicos en la loza y el cristal, en el barniz de los muebles, en la lámpara de pesas pendiente del techo. Una hora alegrísima; los pájaros, desgañitándose en sus jaulas; la criada, regando las macetas del corredor y los arriates del diminuto jardinillo del patio que despedían exquisito perfume de tierra mojada. Afuera, en la calle, gritos de vendedores, rumor de carros y bestias; en la cercana estación, su tremendo ruido complejo; en los templos próximos, las esquilas llamando á misa, tercamente, y en la mesa de la casa, el montículo de bizcochos al centro, en cada sitio

RECONQUISTA

los chocolates bien olientes, humeando la esponjada espuma; las servilletas enrolladas, dentro de sus anillos respectivos, y los vasos colmados de un agua tan cristalina y fresca que á no ser por el disco interior que marcaba el nivel del líquido, creeríaseles vacíos. Mutua y estrecha cuenta se pedían Salvador y sus hijas de lo que habían dicho, hecho y pensado la vispera, durante la separación. Contábales Salvador, punto por punto y acomodando su discurso á las entendederas de las niñas—que con más gusto que el chocolate bebían las palabras paternas,—sus vagares de la noche, lanzándose de vez en cuando á regiones elevadísimas, á causa del entusiasmo que le despertaba su gran cuadro por nacer, cuyo significado ni Magdalena ni Evangelina alcanzaban á vislumbrar, no obstante que, graves, con sus cinco sentidos, seguían el vuelo de frases y esperanzas. Concluía Salvador por levantarse del asiento y acariciarlas, y se llegaba á la puerta, hablando siempre, y sus esperanzas y sus frases, al salir del estrecho comedorcito, como que volaban más á sus anchas, sin tropezar con el techo, con los muros, con los muebles; sin tropezar con la infantil ininteligencia de las dos mujercitas que tornaban á sus desayunos, muy serias, cual todos los niños se ponen cuando no entienden y desean simular lo contrario... ¿qué sería eso de la leyenda de la piedra y del alma nacional, con las que su papá tanto se excitaba?...

Salvador sofrenaba el potro, sin transición, y terminaba contándoles hasta dónde había ido; en qué parque oyó la media noche; en qué plazuela se fumó dos cigarrillos, uno tras otro; en qué calle observó un interesantísimo detalle nuevo, y en qué mal encarado callejón había descubierto un pormenor viejo, más interesante todavía...

—Y Uds. ¿qué se hicieron, á ver? ¿á qué hora se

F. GAMBOA

acostaron y á qué hora se durmieron? ¿me extrañaron mucho?...

A dúo le puntualizaban ellas las naderías con que habían matado el breve plazo mediado entre el final de su cena de huérfanas y los comienzos de su sueño de ángeles.

El hábito de estas separaciones durante la noche, igual á lo que no se ataja ni combate, fué aumenta y aumenta como las aguas que libres corren por los bajíos con ignorada fuente y rumbo ignorado, cuyo surco es más hondo á cada día y su correr más violento. Fueron más tempranas las salidas de la casa —so pretexto de aprovechar la instantaneidad de nuestros tramontos y crepúsculos,— fueron los regresos mucho más tardíos, por el fatal renacimiento de la antigua costumbre de trasnochar, que, sin duda Emilia no supo ó no pudo desarraigar del todo, por lo que ahora, los gérmenes entumecidos volvían vigorosísimos á adherirse á la viudez del artista. Surgió un casual enenentro con amigo noctívago, al doblar una esquina, y el cogerse del brazo, y el andar juntos unas cuantas calles, hablando de arte y del cuadro:

—Acompáñame un momento, anda, que tú al fin te acuestas tarde, y verás un México que ni conoces ni sospechas.

Y el asunto del cuadro, en secreto hasta aquella fecha, empezó á evaporarse y discutirse por los del oficio, y por los literatos, escultores y músicos que no disponiendo de más adecuado sitio, reñíanse en las tabernas céntricas, á las que Salvador hubo de tornar sin repugnancias, muy convencido de que no mediaba ningún peligro, antes un esparcimiento para su ánimo—que bien lo requería—y una libertad inofensiva para su cuerpo y sus genialidades, que también haciale falta grandísima.

RECONQUISTA

Con cena á escote y cerveza alemana jugada á los dados, celebróse la vuelta del entristecido compañero á la teutona cervecería en que el mayor grupo de los intelectuales militantes tenía sentados sus reales de meses atrás; su vuelta á la sala tercera—la anterior á los billares,—con su canapé de cuero, semicircular, y su mesa cuadrada y fija, á la que podían añadirse otras dos las veces en que el grupo se multiplicaba. El principal tema de la charla ruidosa fué, naturalmente, el asunto del cuadro de Salvador, dividiéndose desde luego los contertulios en dos partidos principales, sin contar con los «independientes» por convicción ó que por afán de singularizarse opinaban de modo diverso á todos los demás. Un bando, se declaró enemigo del asunto, imposible la factura, por dificultades técnicas, mientras el otro, el grupo contrario, extasiábase ante la idea, prestábale un extraordinario alcance: la obra sería no únicamente simbolista—que ya lo era, en demasía,—sino asimismo de redención y aun propaganda, conforme el grabado y la fototipia la popularizaran. Empeñada la justa, saltó un orador: «¿A qué discutir por un proyecto que en proyecto podía quedarse para siempre, como tantas estatuas y óperas, tantos libros y cuadros ¡los mejores quizá! que nunca llegaron á nacer, que murieron con los cerebros de sus autores, escapando, si acaso, á la exterminadora tarea de la muerte, con su transmutación en flores de cementerio, las que, á la vez, doblan sus tallos, despréndense sus pétalos y expiran encima de los sepulcros y de las lápidas, aunque su perfume ascienda y se dilate ¡inmortal!... como si los cráneos que las engendraron, antes de reducirse á polvo, así incensaran el Ideal y la Belleza después de librada la postrimer batalla de la campaña que han venido librando desde que al arte se consagraron: sobre la tierra, con las muchedumbres de

F. GAMBOA

vermes ignorantes y ciegos; debajo de la tierra, con los gusanos de las tumbas, ciegos é ignorantes?...»

Se aplaudió al orador y se llamó al camarero:

—¡Cervezas «grandes», para todos!

Las horas corrían tan de prisa como las espumas de la cerveza vertida que se apagaban y convertían en hilos blondos, sobre los mármoles de las mesas.

Salvador se sentía bien ahí, en su viejo rincón de expansiones, rodeado de los «suyos», á los que gozoso volvía. Y habló, habló lentamente mirando á los unos y á los otros.

Ya sabía él que la sinceridad y la rectitud no eran lo que más abundaba entre ellos; que esas amistades, en su mayoría, habíanse roto muchas ocasiones y otras tantas habían vuelto á pegar sus esparcidos pedazos, con objeto de que la deleznable y delicadísima copa—cual las fabricadas con el quebradizo y tenue cristal de Bohemia,—la copa en que juntos hemos apurado los juveniles ensueños, las victorias mutiladas de los años adultos, las heces de los desengaños recíprocos, de las mentiras piadosas y de las verdades implacables, esa copa nos sirva todavía para festejar las reconciliaciones temporales y los acercamientos fugaces; aunque sepamos que está pegada y rota, aunque sepamos que ha de romperse de nuevo y ha de derramar por los suelos el preciadísimo líquido indispensable para que continuemos viviendo; pues las amistades, al igual de los amores, no pueden ¡por culpa nuestra! vivir lo que anhelamos que vivieran, lo que siquiera vivimos los hombres—los eternos niños crueles,—que homicidamente les abrimos las entrañas para asomarnos á ver cómo latían por nosotros las amistades sinceras y los corazones enamorados... ¡Ah! las uniones eternas, las amistades inacabables, los amores infinitos ¿dónde se encuentran?... La existencia no es sino una serie de renunciamientos, ausen-

RECONQUISTA

cias, lejanías; nosotros rompemos lo que no rompe el tiempo... ¡Todo se nos va, todos nos vamos!... ¡nuestros padres y nuestros hijos, la esposa y la querida, el anhelo y la esperanza, las juventudes y las vidas!... La existencia es el éxodo perenne, es el adiós continuo.

Y se pidió más cerveza, y se aplaudió á Salvador porque había dicho aquel puñado de verdades tristes.

Exaltados los ánimos y desbocadas las imaginaciones, pusieron de acuerdo ¡casi á la una de la mañana! para concertar el programa de la noche.

—¿Adónde vamos?...

¿Adónde habían de ir?... adonde paran casi todos los soñadores y todos los que se cansan, por algunos instantes, de mirar hacia arriba; adonde caen los navegantes de los aires, los nautas de las alturas: en los lodos y fangos; iban adonde las mujeres que no pudieron ser buenas, se alquilan y envilecen seguras de que el macho ha de ir en su busca empujado por los alcoholes y las lascivias, atraído por los sudores almizclados de estas desdichadas lupas humanas que por las noches aullan en las apartadas casas que se arden en los barrios galantes de los grandes pudrideros sociales. ¡Allá iban!

Salvador, desde un principio, rehusó á acompañarlos; sus hijas lo aguardaban, y si despertaban y no lo veían á aquellas horas, alarmadas, no dormirían en espera medrosa é intranquila del padre libertino. Por otra parte—esto no se lo confesó Salvador á ellos,—la pobre Emilia, desde allá, desde el camposanto, le estorbaba el andar, mirábalo enal si viviera aún y tratase de evitarle un paso en falso, sin iraundia ni celos, dulcemente, con súplica muda y tiernísima...

—¡Lo que es yo, no voy!—declaró el pintor, plantándose en la esquina.

F. GAMBOA

Y con energías extrañas, pero resueltamente, aguantó burlas, replicó á argumentos, repelió los brazos que por la cintura se le enroscaban y á tirones forzabanlo á caminar algunos pasos. Finalmente detuvo una «calandria» desvenejada, cuyo automedonte ofrecíasele tendido el látigo, sin interrumpir el tardo ambular de los pencos:

—Aquí estaba yo, jefecito...

¡Con qué íntimo orgullo Salvador llegó á su casa y se metió en la cama, luego de asomarse á las de Evangelina y Magdalena, á quienes hacia una doble ofrenda, con su amante mirarlas, de aquella victoria, gracias á ellas alcanzada sobre la tentación y su temperamento! ¡Nó, no debía ir á tales sitios, ni por completo y tan pronto desentenderse del nido semidesierto, no debía!... Y aunque conforme al hábito inveterado se puso á leer, vuelto ya al sentido de lo real después de la sacudida, vuelto á sus ideas y proyectos, á su cuadro por nacer—cuya gestación progresiva creía haber truncado con el ocioso discutir de esa noche en que no aportó por callejas ni plazas,—tuvo que cerrar el libro antes de que el sueño se lo pidiera, porque no entendía la lectura. Entre renglón y renglón, página tras página, cual si á fuego hubiéransele grabado en la retina, sólo atinaba á deletrear los imborrables caracteres del pensamiento que durante la refriega lanzara Obaldía—el novelador psicólogo,—afirmandoles que en autor francés tenía lo leído; un pensamiento de piedra, que por lo representativo, aprubaba el discutido tópico de simbolizar en obra de arte, plásticamente, al esclavo, á los de abajo, al pueblo:

—Cualquiera puede contemplarlo—había dicho Obaldía—en el Museo del Louvre; está hablando en los bajo-relieves de Ninive; centenares de bestias humanas que arrastran, al compás del azote, los monstruosos bloques de

RECONQUISTA

granito, los alados toros gigantescos. Y les juro á ustedes que la cosa no ha variado de entonces acá, que el esclavo no ha muerto, antes «ha crecido y se ha multiplicado»... ¿Testigos? Nuestro pueblo y otros muchísimos pueblos, cercanos ó remotos, cuyos ayes oímos y nos aterran, ó que no escucharemos ni sabremos nunca, por la distancia. Pon eso en tu cuadro (*por Salvador*) á gñisa de marco que aprisione y circunde esta vieja ciudad pecadora que tanto queremos, y das en el clavo; de otro modo, nos regalarás con un «buñuelo» que te costará la mar de trabajo y que te producirá la mar de disgustos.

Salvador, durmiéndose, veía el bajo-relieve centenario, infamando para siempre á los que no aman al pueblo; veía al pueblo, azotado y jadeante desde entonces, jamás subir á la cima, jamás concluir la calle inconmensurable del Dolor y de la Miseria; veía el sudar del rostro, sangrar del cuerpo—atlético en los comienzos, raquítico y degenerado hoy!—oía la fatiga inmensa de los tóraces, robustos y vellosos; las maldiciones de las bocas, contraídas y secas; adivinaba el odio, acumulándose y transmitiéndose de padres á hijos por milenios, por siglos, por minutos; adivinaba la abrasadora sed de justicia de los millones y millones de esclavos blancos, de esclavos negros, de esclavos de todos los colores... Y se quedó dormido, y soñó que al fin pintaba su cuadro...

Lo que á los pocos días pintó—de seguir frecuentando el cenáculo de la cervecería—fué su propio descenso espiritual. Decididamente no podía con su viudez; con el ancho lecho conyugal helado y vacío, en el que sólo un recuerdo besaba y abrazaba, la carne inasible y desaparecida de la compañera que hubiese acabado por regenerarlo. En tales y cuales momentos, su casa expulsábalo, lo echaba á la calle—como esas madres de crecida prole y

F. GAMBOA

ningunos recursos que lanzan á sus hijos á mitad del arroyo, á pesar de los riesgos innúmeros de éste, para poder atender ellas á sus faenas y trajines domésticos que las abruman en todos los instantes. Y así como el arroyo, generalmente devuelve grannjas y chiquillas viciosas, ó muchachos lastimados, heridos, medio muertos por accidentes, malos ejemplos y peores compañías, así Salvador, que primero salió á ver cómo entre sí continuaban jugando sus antiguos compañeros, en cuanto se apartó del umbral y se mezcló con ellos, tornó á gustar el placer acre de ensuciarse con las inmundicias y con el barro. Agregue usted su temperamento, su salud campesina, su adulez y la falta corporal de Emilia—pudriéndose en su fosa,—y se podrá imaginar por qué, en un periquete, se fué el artista peñas abajo en buen amor y compañía con los del cenáculo, y entre las redes de ésta y de aquélla mjerzuela que por oficio fingíanle quererles, pero sobre las que él se abatía hambriento de carne palpitante y viva que de la dieta de su viudedad lo resarciese.

La primer mañana que á su casa regresó cuando ya las niñas aprestábanse al desayuno, experimentó remordimiento mayor del que solía, en idénticas circunstancias, al tropezar con Emilia, que lo saludaba igual que de ordinario, sin quejarse de su inquietud ni del trasnoche, aunque por dentro ¡Dios sabe lo que sentiría! Pero con las niñas, que chorreando agua arrancáronse del lavabo por darle los buenos días y que á una preguntáronle por qué llegaba á esas horas y en dónde había dormido, se reconoció mucho más culpable; balbuciente y torpe inventó excusas, amigos enfermos, y para sus adentros propúsose no recomenzar, aquietar calladamente y muy de tarde en tarde los apetitos exigentes de su naturaleza, y no romper ¡él mismo! los pudores de sus hijas que venían creciendo y

RECONQUISTA

abriendo sus ojazos curiosos á todas las cosas nuevas que las sorprendían.

Mas la enmienda duró poco, unas dos ó tres noches en que resurgieron las cenas familiares, bajo la lámpara, del techo suspendida y alumbrándolos amorosamente; al suave calor del comerdocito, con sus vidrieras cerradas por los fríos del invierno que se aproximaba á modo de nabab levantino: arrojando por delante de sus pasos, á puñados incontables, brillantes, rubies, un regnero de astros que alfombraban su sideral camino en las meditabundas noches estrelladas.

También duró poco la enmienda de Salvador, porque pronto halló excusas y atenuantes para su comportamiento. A nadie ofendía con echar al aire una cana ó veinte. ¿No era viudo? ¿Acaso tenía hecho voto de castidad? ¿De nuevo había de casarse, llevando madrastra á sus hijas, sólo por satisfacer él los espolazos de sus apetitos?... La muerte, que le arrancara á Emilia y á él mancárale con el fúnebre raptó más de la mitad de sí propio, irremediable era, desgraciadamente irremediable, pero no inferíase de ella que el viudo se sujetara á anormales continencias por guardar una fidelidad que no observó ni recién casado, ni aun después... Luego ¿fidelidad á quién? ¿á un recuerdo?... Pues se la guardaba, y de sobra, con tanto pensar en Emilia, con tanto asociarla, mentalmente, á proyectos, planes y días faturos. Lo que es en su pensamiento, la unión de ambos no se había deshecho ni llevaba trazas de deshacerse ¡al contrario!, la ausencia eterna y la infinita distancia habían operado el prodigio de acercarle á la esposa muerta, más de lo que el matrimonio civil y el matrimonio canónico se la acercaron viva... En consecuencia, ninguno podía reprocharle nada, y menos deteniéndose á considerar que la muerte es el punto final, el abismo que

para siempre distancia lo que unido vivió en comunión íntima de amor é ideas. Que no le salieran á él con que si el alma, y el más allá, y la resurrección de la carne el Día Último, pues, por dicha, esas y otras músicas obligábanlo á alzarse de hombros, compasivamente, por los que en ellas creían...

¿Sus hijas?... A sus hijas tampoco faltábales, ni en lo negro de una niña; con cubrir apariencias y no rasgar pudores—¡que no los rasgaría jamás!—quedaba el problema resuelto.

Aunque algo muy débil y recóndito trataba de oponerse, de censurar la resolución peregrina, Salvador hizo como que no lo advertía, y volvió á su vivir de antaño, el que todos sus compañeros vivían contentísimos, por lo que con aplauso y aprobación lo recibieron nuevamente en su seno.

Y como en lugar de seguir buscando para su cuadro el alma de la ciudad de reyes y emperadores, de historias y leyendas, detúvose en los lunares de su cuerpo rugoso de años, crímenes y vicios, el alma de la ciudad empezó á huirle, entristecida de que nadie ¡ni los artistas!, la comprendan é inmortalicen...

Y el cuadro abandonado, el cuadro de redención y de símbolo, simulaba dentro del estudio silencioso y obscuro, con su tela blanca, un pobre ciego que, acongojado, pugnara por ver la luz.

IV

—No, si no es que se me haya acabado el cariño, al contrario... es que sin que me pidas á mi padre, yo no quiero que sigan nuestras relaciones...

—Pues hazte cuenta que ya estoy hablándole, no digo al señor tu papá, al mismísimo Santo Padre... Sólo repíteme, pero bajo juramento, que nunca has tenido novio...

—¡Nunca!

—¿A pesar de tu cara y tus hechuras?...

—A pesar de ellas...

—¡A jurar tocan! ¡Júramelo!

—¿Que qué?... ¿Jurar por eso?... ¡Dios me favorezca!—

Y entre enseriada y risueña, la interlocutora de Salvador Arteaga, la chica guapísima con quien había tropezado en el tranvía la mañana de su cátedra inaugural en la Academia—hacia unos ocho meses,—separóse de él, á la esquina de su casa, que era hasta donde consentiale que la acompañara.

—¿Nos veremos mañana, Carolina?—le preguntó Salvador sin soltarle la mano, que la otra trataba de retirar de ese principio de caricia.

—¿Y cómo no hemos de vernos si tú me sales al paso en cuanto yo salgo de la fotografía?—le repuso Carolina libertando al fin su mano prisionera. Pero no esperes que sigamos así, Salvador, ni que permita más que te vengas conmigo ¡eso no!... Si es cierto que tanto me quieres—que yo no lo creo ¡conste!—no me busques, ni

para siempre distancia lo que unido vivió en comunión íntima de amor é ideas. Que no le salieran á él con que si el alma, y el más allá, y la resurrección de la carne el Día Último, pues, por dicha, esas y otras músicas obligábanlo á alzarse de hombros, compasivamente, por los que en ellas creían...

¿Sus hijas?... A sus hijas tampoco faltábales, ni en lo negro de una niña; con cubrir apariencias y no rasgar pudores—¡que no los rasgaría jamás!—quedaba el problema resuelto.

Aunque algo muy débil y recóndito trataba de oponerse, de censurar la resolución peregrina, Salvador hizo como que no lo advertía, y volvió á su vivir de antaño, el que todos sus compañeros vivían contentísimos, por lo que con aplauso y aprobación lo recibieron nuevamente en su seno.

Y como en lugar de seguir buscando para su cuadro el alma de la ciudad de reyes y emperadores, de historias y leyendas, detúvose en los lunares de su cuerpo rugoso de años, crímenes y vicios, el alma de la ciudad empezó á huirle, entristecida de que nadie ¡ni los artistas!, la comprendan é immortalicen...

Y el cuadro abandonado, el cuadro de redención y de símbolo, simulaba dentro del estudio silencioso y obscuro, con su tela blanca, un pobre ciego que, acongojado, pugnara por ver la luz.

IV

—No, si no es que se me haya acabado el cariño, al contrario... es que sin que me pidas á mi padre, yo no quiero que sigan nuestras relaciones...

—Pues hazte cuenta que ya estoy hablándole, no digo al señor tu papá, al mismísimo Santo Padre... Sólo repíteme, pero bajo juramento, que nunca has tenido novio...

—¡Nunca!

—¿A pesar de tu cara y tus hechuras?...

—A pesar de ellas...

—¡A jurar tocan! ¡Júramelo!

—¿Que qué?... ¿Jurar por eso?... ¡Dios me favorezca!—

Y entre enseriada y risueña, la interlocutora de Salvador Arteaga, la chica guapísima con quien había tropezado en el tranvía la mañana de su cátedra inaugural en la Academia—hacia unos ocho meses,—separóse de él, á la esquina de su casa, que era hasta donde consentiale que la acompañara.

—¿Nos veremos mañana, Carolina?—le preguntó Salvador sin soltarle la mano, que la otra trataba de retirar de ese principio de caricia.

—¿Y cómo no hemos de vernos si tú me sales al paso en cuanto yo salgo de la fotografía?—le repuso Carolina libertando al fin su mano prisionera. Pero no esperes que sigamos así, Salvador, ni que permita más que te vengas conmigo ¿eso no!... Si es cierto que tanto me quieres—que yo no lo creo ¡conste!—no me busques, ni

F. GAMBOA

me acompañes en el tren, pues mejor que yo sabes que con menos se desacredita á una muchacha, y yo, aparte de otras muchas razones, necesito de mi crédito para no perder mi trabajo...

—¿Yo desacreditarte?... ¡ni por pienso, no faltaría más!... ¿Quieres la prueba? pues echa para adelante y ya me tienes hablándole al señor licenciado!... Y si tu papá consiente, ya estamos casándonos tú y yo, en seguidita, ¡sobre que no pido nada mejor!... Camina, criatura, camina, que van á cerrarnos la parroquia...

Carolina se rió, como siempre reía de la vehemente y pintoresca charla del pintor, cautivada por él desde los principios del asedio, amándolo desde que comenzó á cortejarla en forma, desde que á diario veíanse á causa de la vecindad—Carolina vivía con su padre en la séptima calle del Fresno, más allá de la Alameda de Santa María,—y á diario también se reunían á sus regresos en el mismo tranvía; al salir ella de la fotografía y al ir él á cenar con sus hijas para luego largarse en busca de amigos y trasnoches.

—¡Vaya, Salvador, sé serio alguna vez!—le dijo Carolina con la voz un tanto trémula.—Si de veras deseas hablar con papá ¿cómo pretendes hacerlo hoy, sin explicación ni aviso de mi parte, para que hasta se me empeorara de la impresión? Estas noticias no se dan así, como puñaladas... Prométeme que le escribirás—¡cuando quieras, que á mí no me corre prisa! (*con entonación insegura.*)—y yo te aseguro que hoy le hablo y lo preparo... ¡Solo á mí me tiene en el mundo!—añadió al cabo de rápida pausa triste.

Y Salvador notó que los ojos negros de Carolina, sus encantadores ojos de gacela que á él traíanlo loco, con la luz eléctrica del foco de arco suspendido en la esqui-

RECONQUISTA

na poníanse más brillantes y húmedos que de ordinario, cual si las lágrimas se los invadieran de súbito y, no queriendo empañarlos, se dispusieran á desbarrancarse pestañas abajo...

—Yo hago lo que tú me mandes, Carolina, con tal que me asegures que me quieres un poquito, una miseria, ¿me lo aseguras?...

Alzáronse las pestañas muy poco á poco, hasta dejar al descubierto los ojazos de la muchacha, que ahora, á la dulce caricia de la palabra del artista, ni rastros conservaban de la pasajera pena, antes reían y buscaban los de él, confiadamente, como los niños.

En esta vez sí que la mano de Carolina, al asirsele de nuevo Salvador, no intentó fugarse, sino que permaneció entre las del pintor sin fingidas repugnancias, quietecita y abandonada, aunque medio fría á causa del viento helado de la noche que soplabá á intervalos, nunca con violencia, pero muy frío siempre. Instintivamente, Salvador se la llevó á la boca y la besó quedamente, como si él, con ese beso discreto y ella con ese consentimiento mudo, ratificaran la mutua promesa. Los tranvías, allá en la esquina opuesta de la calle desolada, pasaban de tiempo en tiempo con lejano ruido, muy iluminados, de vacío los que al centro regresaban, tripuladísimos los que del centro venían. La séptima calle del Fresno, persistía en su desamparo.

—Le hablaré esta noche—murmuró Carolina después de los besos furtivos de Salvador,—y tú le escribirás cuando te parezca. ¡Hasta mañana!...

Y se alejó, serena, erguida, bellísima, quedando su deliciosa silueta hondamente impresa en la retina del artista. Todavía antes de entrarse en su casa, la sombra de su cuerpo provocante ya muy alargada sobre la acera, per-

diéndose en las de la calle próxima, la muchacha volvióse á Salvador y le dijo adiós otra vez, con la mano pecadora que consintió los besos.

El licenciado don Florentino Moralba—padre de Carolina,—que la esperaba siempre, aunque acabaran de separarse, esperábala esa noche con alguna alarma por su tardanza; por lo que no bien oyó que se abría la reja de madera del corredor de la vivienda, gritó desde adentro:

—¿Qué hacías, hija? ¿te ha sucedido algo?...

Con lo que Carolina dilató en ganar la cocina y atravesar las poquitas habitaciones de la casa, hasta la sala encendida en que el padre achacoso y viejo aguardábala leyendo su libro, tuvo bastante para serenarse, para atribuir la demora al pésimo servicio «de estos eléctricos que caminan según les da la gana á los *motoristas* y conductores», y para ir y besar como de costumbre la pobre frente rugosa del anciano letrado, que á dos manos cogía el juvenil semblante y lo miraba, miraba por cima de los espejuelos montados al extremo de la ternilla [los ojos principalmente! con los suyos cegatones y despeñados, sin decirle palabra, inquisitorialmente, procurando aclarar los estragos de un día entero en aquella juventud indefensa y bellísima, que era suya, ¡suya! lo único que las desgracias ni los años habían podido arrebatarse! la que le daba amor y pan, calor y alegría, haciéndolo caminar los cuantos pasos que para transponer el sepulcro faltaban—con saber que era buena y pura,—como por entre doble hilera de hachones milagrosos que se lo iluminaron todo: el sepulcro, lo sufrido, la enfermedad que lo ultimaba, su vida y su muerte, el ayer de sus trabajos y dolores, y el mañana de descanso y de paz para su alma.

Mientras Carolina fué y se despojó en su cuarto de

sombrero y vestido,—cuarto que sólo con la sala comunicaba y en el que cabían apenas los pocos muebles indispensables que lo llenaban,—don Florentino cerró el libro y la siguió con su vista cansada, por encima de los anteojos, entablando con ella, de pieza á pieza, el infaltable diálogo de todas las noches:

—¿Vienes muy fatigada, verdad?...

—¡Al contrario!—le contestaba la muchacha,—que ni hoy tuvimos mucho que hacer, ni aun cuando lo hubiéramos tenido me habría cansado, ¡ya sabes que soy fuerte!

—Ya, ya lo sé—asentía don Florentino, echando hacia atrás la cabeza hasta apoyarla en el respaldo del raído sillón en que se pasaba la mayor parte de sus horas, y dejando que sus ojos vagasen por las vigas encaladas del techo.

A poco, Carolina, vestida ya con humilde pergeño doméstico—había que cuidar las botas y el traje de calle,—volvió á la sala, á sentarse en silla baja de costura que acercó á las piernas del viejo, entre las que se le acurrucaba noche á noche para charlar y acariciarlo, en tanto que la única criada que podían pagar, les alistaba la cena frugal, de cuyo aderezamiento iban ellos enterándose por lo cerca que la cocina les quedaba: la sartén, hacía gritar sus fritos; la parrilla, flameaba con la manteca, simulando sus flamas relámpagos instantáneos de tempestad diminuta y fingida. Entonces, padre é hija—á pesar de hallarse tan juntos de cuerpo que, inclinándose ligeramente, don Florentino podía besar su cabello castaño ó mirarla hasta adentro de sus ojos ¡muy adentro!, casi hasta donde la miraba cuando niña,—juntaban más sus espíritus, intranquilo el de ella, como el de todas las vírgenes modernas que crecen y trabajan en las grandes ciudades amenazantes, viciosas, irresponsables; adolorido el de él y con cica-

trices por cerrar aún, por mucho que Carolina ignorara á causa de cuáles heridas, nunca por ella averiguadas. Había momentos de éxtasis y silencios—para el viejo muy principalmente, ¡claro!—; en ocasiones, risas, sí, risas que brotaban espontáneamente de entrambos á propósito de cualquier nonada, de un castillo en el aire que por sí propio veníaselos abajo, ó de unas cuentas alegres para mañana, ¡no el mequino mañana de veinticuatro horas, que son sólo un soplo, nó, sino el mañana inmenso y lejanísimo—tan lejano que rara vez amanece,—hacia el que se hallan ansiosa y confiadamente vueltos los semblantes de todos aquellos, los más, á quienes sin piedad aflige lo inacabable del hoy que tarda tanto en amortajarse en el agónico crepúsculo gris de los días que se mueren... Y el padre, inválido é inservible, rendía muda acción de gracias á la doncella por él engendrada, y por cuya juventud y cuya fuerza él podía ir rindiendo la jornada áspera que en la tumba termina. Había silencios, desgarradores de puro persistentes y preñados de recíprocas ternezas, que ni el uno ni la otra formulaban para no estallar, al cabo de los cuales los cabellos castaños refugiábanse en los hombros vencidos del anciano, en sus canas, en las arrugas hondas junto á las que de chiquilla se había dormido y soñado con que sería feliz, según prometíanselo, al arrullarla los brazos jóvenes y nervudos del padre adulto, esos mismos labios, ahora temblorosos hasta para besarla y bendecirla...

Con más frecuencia que las risas salíanles lágrimas, que al igual de las risas, confundíanse y engrosaban conforme se perdían sin ruido por entre las canas del viejo y los cabellos castaños de la muchacha, quien, al fin, era la primera en serenarse y en consolar á su padre, dibujando con el gesto y la palabra prodigiosos arcosiris en los que su juventud, por ser juventud, creía firmemente...

—No te aflijas así, padre, no desesperes ni me hagas desconfiar ¿por qué la suerte no ha de cambiarnos?...

Y, profética, poníase Carolina á mirar hacia adelante, hacia la vida que sonriente la llamaba, á par que le galopaba por las venas y por su cuerpo lleno de curvas y vibraciones internas que sólo á medias la alarmaban, por creer que nada malo significarian. Don Florentino, que miraba hacia atrás, hacia ese mismo sendero, cubierto ya para él de recuerdos y zarzas, movía la cabeza negando, negando, y por no desanimar á su hija, prefería clavar la barba en el pecho, entrecerrar los ojos y dejar que la visión de dicha acabase de desfilar por ante la esperanza de Carolina... ¡Mejor que en ella creyese y en ella aguardase, pues bien pudiera ser que la muchacha tuviera razón y que su suerte cambiara!... ¡Acacien tantas cosas raras!...

Por lo pronto, llamábalos á cenar la criada viniendo hasta la vidriera de la sala, si su humor andaba medianejo, ó desde sus dominios, si estaba de monos. Era de ver la ternura con que Carolina ayudaba á don Florentino á emprender la caminata de las cuantas varas que mediaban entre sala y comedor, y á que no advirtiera, sobre todo, que la tal convertíasele en más dificultosa cada día. Don Florentino, que sí advertía los progresos del mal pero que por su parte procuraba disimularlo, realizaba infructuosos prodigios de vigor y celeridad, echaba á la broma su andar lamentable y vacilante, y sabiendo los dos que se engañaban, persistían en engañarse:

—¡Qué bien caminas hoy, padre, apenas te apoyas en mi brazo!...

—Es que me siento aliviado, cual si las fuerzas quisieran volverme.

Y gastaban un buen rato en atravesar la única habitación que separaba la sala del comedor—dormitorio de

F. GAMBOA

don Florentino,—á obscuras por fortuna para que no delatara la doble mentira piadosa, el rubor de ambos. Callaban, y por encima del piso de ladrillos oíase el arrastrar de los pies del anciano.

Algo reanimábanse en la cena; la chica contaba lo sabido y oído en la calle, en el trabajo; lo que se decía de sociedad y de política y de enredo; extracto del último crimen, del escándalo mundano último, toda la variedad de minucias que preocupan y apasionan á los moradores de las grandes aldeas como México. En sus narraciones, Carolina no apelaba á hipocresías ni eufemismos, y á menos que el asunto fuese de los muy escabrosos en fondo y forma—sólo caso en que mitigaba la crudeza de aquella y de ésta, por afectuoso respeto á don Florentino,—los demás soltábalos con pelos y señales, enfrentándose á las irregularidades y porquerías sociales; denominando por su nombre los horrores urbanos, los pecados ó excelencias de los individuos y de las multitudes. Nada la acobardaba, sabía en lo que el mal consiste y en lo que consisten los peligros; sabía que dentro de la constitución de las sociedades actuales—la de México muy particularmente,—una mujer como ella, agraciada y joven, no cuenta más que consigo mismo para librar la batalla de las horas y de los días, para escapar á acechos y persecuciones, para no dejar que su cuerpo, de todos codiciado, caiga á mitad del arroyo y todos lo pisoteen, luego de despedazarlo á fuerza de brutalidades y lujurias. Sabía que el hombre es, de los machos, el más implacable y astuto para saciar su brama perenne, más mental que fisiológica á causa de su moderna condición de degenerado, de degenerado inteligente y pérfido á cuyo favor se hallan las leyes, las costumbres y las atenuantes en este eterno duelo de los sexos; porque sólo él ha legislado é impuesto las

RECONQUISTA

costumbres y reconocido las atenuantes de que ha menester, á fin de no condenarse á sí propio ante los tribunales de convención y de mentira en los que él sólo él! es juez y parte, fiscal y defensor, jurado y testigo. Y aun cuando en la tribuna ó en el libro habla y defiende á la mujer-abstracción, en cuanto baja del libro ó de la tribuna, es el primero en acometer, el primero en herir, el primero en matar honras y vidas de la mujer de carne y de pasiones, convencido de que si por acaso no lo aplauden y felicitan, si quedará impune lo que haya hecho, por puro espíritu de cuerpo. Carolina sabía también otra porción de cosas tristes, irremediables, que no han de concluir nunca y que, quieras que no, lastiman á los que riegan con su sudor el pan que comen, siempre que para ello tengan que trabajar en compañía de extraños, que codear al público, y que ir y venir por las calles insensibles, sucias, duras como las piedras de que se hallan formadas. Poco á poco, con espanto primero, con miedo después y con valentía á lo último, había aprendido á deletrear el significado de los ojos que desnudan, de los tocamientos que sonrojan, de las palabras que ofenden y quemar los oídos asustadizos, y las ilusiones y ensueños de las doncellas que defienden sus cuerpos, macizos y provocantes de fruto en sazón, de los hombres que las persiguen, de los galanteos insidiosos, de los cortejos de peligro y de infamia... Era lo peor—¿por qué no confesárselo á sí misma?—que había experimentado el vértigo de la sima sin fondo adonde han ido á parar, y seguirán yendo perpetuamente, el pudor y la belleza de otras mujeres tan denodadas y tan jóvenes y tan lindas, ó más que ella... Sí, la tentación, con sus velludos brazos de ponzoñosa araña gigantesca había tratado de asirla, la había asido y enredado en su tela potente é invisible, maniatándole

F. GAMBOA

voluntad y rectitud; había estado á punto de caer, sin que todavía, al tanto tiempo de conjurado el riesgo inminente, supiera á ciencia cierta á qué ó á quién debía el haberse salvado: ¿al esfuerzo físico y casi sobrehumano que nos obliga á echarnos atrás de los precipicios á que nuestro temperamento ó nuestra desgracia nos empuja sin misericordia, ese esfuerzo que nos hace permanecer en tierra firme—¡cuando ya un pie pisaba el vacío y nos sentíamos con el equilibrio perdido!—aunque sea derribados, jadeantes, aterrorizados de las profundidades entrevistas, y cogidos á la rama ó á la peña que nos desgarran las manos y las ropas?... ¿Lo debería á que Dios—Carolina era creyente y observante,—condolido de su desamparo, sólo hubiese querido amedrentarla y precaverla contra futuras y más peligrosas tentaciones?... ¿O debería á que su madre—desaparecida tan temprano que para recordarla corporalmente tenía que apelar á una fotografía borrosa é imperfecta, y á las nebulosas de sus recuerdos que muy de vez en cuando, medio precisábale esta fación y aquella terneza, terneza y fación más borrosas aún que el retrato antiquísimo, y por antiquísimo, mentiroso,—cuidaba de la hija huérfana, desde allá... bueno, desde donde ahora se encontrara?... Y era lo trágico que en las ocasiones en que una de estas tres causas, ó las tres reunidas, habíala librado de un derribo, para no apagar de un soplo parricida la flama agonizante que mantenía vivo al padre inútil y desgraciado, Carolina no podía ni narrarle el sucedido, ni dejar que los ojos sin vista casi del valetadinarío, adivinaran su pánico y emoción, sino antes mostrársele plácida, confiada y serena cual siempre, como cuando niña; que como cuando niña deseaba conservarla el pobre viejo enfermo, aunque él también supiera que ello era imposible, que la

RECONQUISTA

vida es la más fuerte y que las energías mejores, los más firmes propósitos se doblegan y desgastan y al fin sucumben, en la lucha que ella nos fuerza á librarle para que sigamos viviéndola!

De ahí que el anciano letrado cogiera noche á noche el juvenil semblante y lo mirara con sus ojos cegatones y despestañados, sin decirle palabra, inquisitorialmente, viendo de averiguar los estragos de un día entero en aquella juventud indefensa y bellísima que le alimentaba su cuerpo, vencido de años, y su espíritu, vencido de penas.

Porque hay que convenir en que la contribución de don Florentino para el común sustento, á más de insegura, era ya de suyo muy pequeña cosa: lo que buenamente le pagaban sus «clientes» de hoy, unos cuantos indios de por San Agustín de las Cuevas—según ellos y él persistían en denominar Tlálpam,—donde por añosas herencias turbias eran los tales, terratenientes siempre en pleito por una parcela de consideración en que sólo sembraban ardides para con ella quedarse exclusivamente los litigantes de ambos bandos, y de la que sólo cosechaban odio y enconos. Un pleito de generaciones, por un extenso pedazo de tierra sin arar de lustros atrás, sin producir ni un grano ni una flor, montuoso y estéril, que se disputaban con mayor tesón que si de vena metálica se tratara. Mas como los litigantes, conforme el litigio se enredaba con el correr de años y el multiplicar de añagazas y recursos jurídicos, venían á menos, ya no pagaban honorarios ni costas de tribunales y patronos, sino que celebraban pactos de *cuotabilis*, por saldar el día de la adjudicación y triunfo, limitándose entretanto, y muy de cuando en vez, á obsequiar á su licenciado con hortalizas y aves de corral cebadas,

que en persona llevaban desde el cortijo, después de haber estado anunciándolo y anunciándolo con anticipación exagerada. Y mientras don Florentino conservó en su biblioteca—que contemplaban ellos agrupados y viendo los libros de reojo, cual á bestias dañinas,—mientras poseyó aquella su enorme mesa-escritorio de caoba y su abacial sillón de cuero, el fintero de plata quintada, con bandeja y salvaderas; mientras don Florentino no se fué abajo, sus clientes mimábanlo de palabra y regalábanlo de obra, nunca muy liberalmente ¡nó!, pero sí mucho más á menudo de lo que ahora solían por interés de que les devolviese el voluminoso expediente en que cifraban todas sus codicias, antes que por tener grato al letrado, que en polilla y ruina habíaseles convertido. Pero lo que don Florentino les decía á cada ocasión en que los otros aportaban por su vivienda, diz que en són de paz y muy apesadumbrados porque su defensor ya ni á sí propio pudiera defenderse:

—Entrego el expediente ¡ya lo creo que lo entrego!, mas siempre que transijamos y me indemnicen siquiera de la cuarta parte de estampillas y sellos costeados por mí... ¿Se acepta?... Para que en seguida saquemos la cuenta, y otro, con mejores cuartos que yo— ¡poco se ha menester!— les gane á Uds. su pleito y él se aproveche de lo que ustedes conceden al que les saque el buey de la barranca...

¡Quiá! Los indios no oían por ese lado; y entre diminutivos y cazurrerías intentaban ablandar al abogado: ellos eran unos pobres labriegos, y, si pedían sus papelitos, el pedido obedecía nó á desconfianza, nó, ¡cómo habían de desconfiar del señor licenciado!... Obedecía á que otro señor, de letras también, y de libros y escrituras, teníales garantizado el triunfo para muy luego; entonces liquida-

rian al señor licenciado de lo que gastado y estudiado había en su negocio. Don Florentino hubiera cedido ¿qué esperar de gente tan ruin y sórdida?... pero una especie de pudor, menos profesional que masculino, estorbósele siempre que á punto de ceder sentíase. Bien ó mal, aquello lo ocupaba, lo hacía hojear códigos, escribir, aunque trabajosísimamente, memoriales, comparencias y respuestas; abocarse con el patrono de los contrarios; presidir á juntas y proyectos de arreglos amigables; engañarse á sí mismo respecto á su situación de inválido, que sólo molestias origina; no ruborizarse delante de su hija, y, más que nada, tener un pretexto para seguir viviendo y no pegarse un tiro ó apurar un tósigo, á fin de librar á Carolina de esa pesada carga que los sepultureros reclamaban como una propiedad extraviada...

Carolina, luego de cenar, levantóse en busca de *El Tiempo* que noche á noche le compraba y noche á noche le leía, de sobremesa, si es que no iba á interrumpirlos en su lectura comentada y aun discutida, la familia cubana que habitaba en la vivienda frontera, con la que habían trabajado muy buenas amistades, y que se componía de tres miembros: el marido, Pepe Díaz de Posada; la mujer, Remedios B. de Posada, y la hermana del marido, señorita Virtudes Díaz; gente afable y hospitalaria, perennemente trinando los tres contra la dominación española de su isla, por suerte alzada en armas contra los opresores seculares y muy apoyada en su alzamiento por el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos—según Pepe Díaz se lo demostraba á don Florentino y Carolina,—fundándose en periódicos y cartas particulares que les declamaba entusiasmado, alta la voz y teatral la apostura. Por lo pronto, andaba Pepe Díaz procurándose la ciudadanía mexicana y lamentando el que

su ingenio de azúcar, talado y sin zafras, les impidiera vivir y pasársela cual siempre habiánsela pasado, tan ricamente. Remedios, aunque no vieja, hallábase un tantico ajamonada, encontraba frío el clima de México, y apenas si salía de la vivienda ni para ir á la de los vecinos. Virtudes, en cambio, no obstante ser algo mayor que Carolina, hizo excelentes migas con ésta y nunca faltaba á la visita en unión de su hermano, deslumbrada lo indecible con que Carolina trabajara como trabajaria cualquier hombre: á horas fijas, á sueldo mensual, y lo mismo nublado que sereno. Virtudes no era fea.

Aquella noche, sin embargo, no daban los cubanos señales de vida—sin duda no estarían en casa,—y Carolina desplegó el enorme periódico.

—¿Te leo?...—preguntó á su padre.

Y ante el asentimiento de éste, que enclavijadas, apoyó sus dos manos en el borde de la mesa, sobre el mantel, Carolina dió principio á la lenta lectura tediosa que el anciano escuchaba con interés reconcentrado. Carolina no podía leer, saltábase los renglones, se pasaba de una á otra columna, se inclinó más, encima del diario, subió un tanto la mecha de la lámpara: era que no sabía dónde truncar la lectura ni en qué terminos confesarle al padre la resolución de Salvador.

—¿Qué te pasa, mujer, estás cansada ó qué?—le preguntó al fin don Florentino, que no lograba tomar sabor á lo que oía.

—Es...—dijo Carolina volviendo las extensas hojas del periódico, que se juntaron con apagado rumor de volar de pájaros pequeños,—¡es que mejor quisiera hablarte, padre!...

—¿Que mejor querrias hablarme?...—como un eco, repitió don Florentino, enderezando trabajosamente su busto

vencido y arrastrando sus pies casi muertos, por los ladrillos del piso.

Después de una pausa cruel en la que arrugó los párpados y le tembló mucho la barba, en que idolátricamente contempló á su hija (que ahora miraba el corredor obscuro al través de las cortinas de la vidriera cerrada), sacó con violencia su pañuelo, y quién sabe qué lágrimas vergonzantes y fugitivas se enjugaría tan de prisa para que ella no las advirtiese... ello es que algo se limpió de los ojos despestañados, y en seguida agregó, tristísimo:

—¡Ya sé lo que vas á decirme, ya lo sé!... ¡hace muchas noches que espero el anuncio, muchas!... ¿Lo quieres tú? ¿crees que te conviene? ¿le dijiste ya que eres pobre, y desgraciada, y huérfana?...

Y sollozando como un chiquillo, dió con su frente en los manteles, en los que su cabeza encanecida, al ir y venir de un lado para otro á causa del irregular y precipitado ritmo de los sollozos, parecía decir que no ¡que nó!, antes de rodar para siempre desprendida del tronco, por debajo de la mesa y por debajo de la tierra, en que á la fuerza pararía.

—Todo se lo he dicho, padre—repuso Carolina resuelta,—y yo lo quiero sin saber si soy la que á él le conviene, á pesar de todo eso que tengo en mi contra y que tú acabas de señalarme...

—¿Tú, lo quieres?—interrumpió don Florentino incorporándose y volviendo de prisa á enjugar sus lágrimas.—¡pues con eso basta! Cuanto á mí me ocurriera predicarte, sería ocioso, que el querer no atiende á prédicas, y es únicamente echarle leña al fuego... Cástate y seas feliz, cual lo mereces, pues la sola dote de que me es dable proveerte, mis bendiciones, tiempo há que vengo dándotelas, sin enterarte, seguro de que te servirán, ahora y más tarde,

¡siempre!... Era un caso previsto—continuó al cabo de breve pausa y como si consigo mismo hablara,—no me había olvidado de tu juventud, ¡no!, ya sabía que había de jugarme esta pasada, ¡por supuesto que lo sabía!... Y conforme te hermo세abas y crecías, ya sabía yo que no ercías ni te hermo세abas para mí sino para el otro, para éste, sea quien fuere, para el extraño que había de hacerte vibrar y cumplir con la ley despiadada del abandono y del olvido... ¡Sí, sí, del olvido!... no me interrumpas, que yo también olvidé á mis padres, y tus hijos, ¡tus hijos! te olvidarán á ti y á él ¡no creas que en un solo corazón cabemos tantos!... Los viejos tenemos que irnos, queramos ó no queramos ¡no ves que por eso es regla que nos muramos antes que los jóvenes, para no estorbar ni ocupar un sitio que pertenece á los que nos siguen?... Y así está bien, es lo natural y es lo justo: el que ya vivió, que se marche, que parta y deje el campo á las espigas nuevas que esmaltan la sementera inmensa de la vida enderezándose lozanas y llenas de la savia que á nosotros, las cañas secas, se nos ha concluido! ¡Nosotros al polvo, y ustedes de frente al sol!... ¡Y sabes por qué ni quejarse puede uno de ingratitud tamaña?—siguió el viejo, sereno, y contemplando á su hija, que, muy conmovida, mirábalo y escuchábalo,—¿sabes por qué? Porque tan corto es el vivir de las espigas como el de nuestras vidas... ¡por éso!... Y porque tan indispensable es, para que el mundo exista, que haya siempre espigas nuevas produciendo granos, como que haya nuevas vidas que produzcan hijos!... Y dado que sabemos, por mucho que jamás nos lo confesamos, que apenas hemos de durar una estación, si es que acaso la duramos, no vemos á los caídos ni á los muertos, vemos á nuestro vecino, á nuestro igual nacido ayer y tan enhiesto y fuerte cual nosotros; y (aquí don Florentino abrió sus brazos temblo-

rosos y débiles, ampliamente, con ademán noble que abarcaba en su integridad el prodigio del renovamiento,) las espigas, sin que nadie las acerque, por sí solas juntan sus tallos y sus penachos al calor de los soles de estío y á la tibieza de las noches silenciosas, y las juventudes, aunque se trate de distanciarlas, por sí solas se encuentran y reñen, para amarse al calor de su cariño y de sus besos...

Calló don Florentino y Carolina no rompió ese mutismo, habituada desde niña á este poético y filosófico lenguaje de su padre cuando se enfrentaba á los grandes problemas, con el que ella se embelesaba por lo que delicadamente la hería en sus fibras sensibles de mujer lanzada de muy temprano á ganarse el sustento en un medio corrompido é ignorante, donde la mayoría de los hombres no se preocupa por problemas grandes ó chicos. Por un instante, ni uno ni otra se miraron; sin duda perdido cada cual en sus pensamientos propios; en los del amor, Carolina; don Florentino, en los de la muerte: ¡los dos problemas más insondables de la vida!

A un tiempo rompieron ambos á hablar, cuando á ello se decidieron; don Florentino, para que le pormenorizaran quién era el intruso, y Carolina, para convencerlo de que no lo abandonaría:

—Es una de las condiciones que desde un principio le impuse, y á la que él accedió...

Don Florentino, escéptico, no aprobaba el que ella hubiera impuesto condiciones, ni menos que él, el novio, á ellas hubiese accedido tan pronto, sin siquiera conocer de vista al suegro, y hablarle y saber por sí mismo qué clase de sujeto sería.

—El que tú hayas impuesto condiciones, tiranía acusa de tu parte, si es que lo quieres, ó abuso de tu sexo, si no lo amas. Y la pronta aceptación suya, revela ansia de

adueñarse de ti á cualquiera costa, aunque á reserva de cumplirte ó no, después, las promesas que hoy le arrancas... ¡Lo que me obliga á temer que no se amen!...

—¡Yo, si—lo interrumpió Carolina enérgicamente,—yo sí lo amo, padre, más que él á mí, desde ahora lo palpo!...

—Entonces, ¿por qué vas á él?...

—Pues... por eso, ¡porque lo quiero!... Bien pronto lo conocerás, ha resuelto escribirte y tendrás que recibirlo y con él entenderte; pero antes, déjame retratártelo, describírtelo más por de dentro que por de fuera. ¡Oye!...

Y Carolina dió principio al retrato moral de Salvador, según ella habíasele supuesto; muchos rasgos exactos, ¡exactísimos!, asimismo varios falsos, idealizados por el cariño que la cegaba y desde los comienzos del asedio la empujaban más y más hacia el artista descuidado de su pergeño é individuo, pero cantivante como hombre, por su modo de pensar y de expresarse; por su independencia de hábitos, su repugnancia á sujeciones y convencionalismos, á hipocresías y fingimientos; su pleito jurado á lo grotesco y á lo innoble; su manera peculiar de considerar la existencia de él y la de ella, la existencia de todos y de todo; su culto por la belleza, su culto por ella, por Carolina, á la que apellidaba con nombres italianos que sonaban dulcísísimamente, y á quien prometía marcos de amor y dicha, cuando los dos, en la soledad relativa de las calles que cruzaban juntos y con las manos enlazadas, deteníanse para mirarse en los ojos y para que le prometiera todo eso que ella no sabía repetir y que él explicábasele con su voz acariciadora de varón joven y fuerte, que quiere y jura querernos mientras una se lo permita y corresponda... Todo eso que compensaba á Carolina de sus horas de labor en la tienda, de los instantes de desaliento

en calles y plazas, de sus noches de llanto pasadas ahí, en su dormitorio, con sollozos sofocados para que don Florentino no la oyese llorar, sino que la creyera dormida y feliz soñando con su idilio, con el idilio de que todas las muchachas ¡aun las más pobres y desventuradas! han menester, á fin de que su juventud y su belleza no se deshojen y marchiten en el desamor y en las lágrimas. Y cuando el idilio apuntó, con Salvador, á ella la ganó un miedo irrazonado de que la buscara y persiguiera con malos fines; y propúsose resistirle, no dar oídas á sus ruegos ni corresponder á sus miradas ni prestar atención á sus suspiros, que, regularmente, suspiros, miradas y ruegos serían fingidos y engañosos, como por lo general lo son los de todos los hombres que persiguen á las muchachas pobres y trabajadoras cual ella, si saben que carecen de vengador y apoyo...

Sin perder ripio ni gesto, esenchábase el viejo, casi trágico de palpar todo lo que su hija sabía y callaba; de palpar lo expuesta que se había hallado luchando sola por el sustento de ambos, por el suyo principalmente, que, por inválido é inservible, no le prestaba el apoyo reclamado por su juventud, ni habría podido vengar la afrenta irreparable que por tanto tiempo amagara su provocativa carne de doncella desamparada en medio de una sociedad tan sin entrañas ni conciencia para tender la mano á las vírgenes estoicas que no quieren caer, ni pecar, ni perderse en los barriales de las aventuras galantes que para siempre infaman, ni en los cienos de los amores fáciles que para siempre estigmatizan.

Conforme Carolina—engolfada ya en las confidencias—continuaba su relato con detalles y colores más vivos cada vez, extraídos del manantial inagotable de su memoria, invadía al anciano una inmensa admiración respetuosa

hacia el valor y virtud desplegados por aquella criatura sangre de su sangre, sol de su alma, y bella y frágil como cuando chiquilla, es decir, como cuando ayer, ¡que ayer no más había cesado de serlo para transmutarse en esa mujer que ahora hablábale del bien y del mal con perfecto conocimiento de lo que el uno y el otro significan! Y conforme la escuchaba, respetuoso é idolátrico, por sus adentros ¡muy hondo! reabriasele la herida interna que nunca habría de confesarle á ella: la fuga vulgar de la madre de Carolina, con un amante cualquiera, en épocas en que Carolina, todavía en la cuna, parecía haber traído al matrimonio la bendición de los cielos...

Mentalmente, mientras su hija narrábale con copia de detalles, cual buena enamorada, la entera historia de sus amores con Salvador, don Florentino inculpaba á la adúltera, hacía la responsable única del desastre de su vida, de esa enfermedad de él, que desde muy temprano teníalo crucificado en aquel sillón, con los miembros paralizados; hacía la responsable de esa orfandad de la muchacha, á la que no era fácil substituirle la vigilancia materna que sabe asomarse á los corazones de los hijos y apartarlos de los peligros, que sabe aminorar los golpes que á la fuerza todos sufrimos, y endulzar las penas con el maravilloso bálsamo que sólo las madres poseen para curarnos hasta de los daños remotos que han de abatirse sobre nosotros cuando ya ellas hayan sumergido en el sepulcro y en la muerte. Milagro, y patentísimo, antojábasele al anciano letrado que Carolina aún se hallase sana de espíritu y salva de cuerpo. Y convenía con ella, en lo que ella le decía sonriente y casta:

—¿Sabes por qué Dios ha querido que nada me suceda hasta hoy?... pues precisamente porque ando sola, sí, y lo mismo que he aprendido, por ejemplo, á defender mi cal-

zado y mis ropas del barro de las calles cuando llueve, del barro que es fuerza que pise para caminar, así he aprendido á defenderme también, instintivamente, del barro otro en que las calles abundan aunque no llueva, del barro que abunda en todas las ciudades del mundo y que también tenemos que pisar, queramos ó no, so pena de quedarnos encerrados en nuestras casas condenándonos á morir de hambre... ¿Acaso no sale uno cuando llueve? ¿acaso no te mojas tu vestido, por mucho que lo defiendas, y no te ensucias los zapatos al cruzar por entre los charcos impuros del empedrado? ¿verdad que sí?... Y, sin embargo, te resignas, y te alzas tu ropa, y al regresar á tu casa pones á secar el vestido y te pones tú mismo á restregar tus zapatos hasta que quedan libres del barro inevitable y pegadizo que no te fué dable evitar, no obstante tu esmero por conservarte limpio... ¿Puede alguien censurarte, decir que eres una persona sucia que gusta de manchas? ¿á que no?... Pues ahí tienes mi caso, padre, alguna vez habías de saberlo, ya que ¡á Dios gracias! nada hay que me recuerde ó enrojezca; de ahí me viene esta triste ciencia prematura sobre lo que la vida y las sociedades nos reservan á las muchachas pobres; de ahí que sepa lo que los hombres nos piden con los ojos, y lo que la suerte nos depararía si, por atenderlos, nos descuidamos; de ahí que hasta hoy á ninguno haya querido ¿por qué quererlos si son nuestro enemigo eterno é irreconciliable?... ¡Ay, padre, tú no sabes cuánto nos enseñan las calles y sus peligros, sus charcos y sus lodos!...

Por instantes, Carolina enmudecía para tomar aliento y seguir extrayendo del pecho la historia de su calvario, de su lucha callada y sostenida; su lucha de las horas y de los días; esa pena acumulada año tras año que á nadie había revelado; ese diario batallar contra el hombre

perseguidor, traicionero, múltiple y cobarde, que, amparado por las leyes, por las costumbres, por la fuerza y por el dinero; amparado por el universal encogimiento de hombros frente á las vírgenes que al tropezar acosadas por él, caen y dejan de serlo, accecha y persigue la carne dulce y sabrosa de las mujeres desamparadas que no pueden, ó no saben, ó no quieren defenderse — pues al fin y al cabo también son hechas de barro y de pasiones que á las veces triunfan de la voluntad y las empujan,— y tremantes de deseo van á parar entre los brazos del macho, que, antes de saciarse, aparece rendido, y, luego de saciado, tiránico y sin entrañas.

Escuchaba don Florentino, escuchábala inmóvil, con una rigidez doliente, sus ojos cegatones, muy arrugados, para que no se escapara de su retina la amada imagen de la hija que le confiaba sus angustias, las que previstas y conocidas, no habíale sido dable evitar, por su mísera condición de viejo y de impedido. No la interrumpía, ni en sus breves silencios, en los que ambos se oían el mutuo latir de sus corazones desgraciados. Lo que hizo fué extender su mano rugosa y descarnada, hasta que en ella se posaban y volvían á posarse las dos de Carolina, coquetamente cuidadas, suaves y con hoyuelos,—según las exigencias del discurso que reclamaba en algunos pasajes un ademán explicativo, en los aires,—y con lentitud se la acariciaban prestándole calor delicioso de cariño y mimo. En tanto, de los labios color de granada de la doncella valerosa, continuaban brotando muchas cosas despiadadas, muchas reflexiones tristes, muchos aprendizajes arriesgados, y sin que don Florentino ni Carolina la formularan, continuaba imponiéndose la conclusión tremenda de que al contacto del prójimo, que debiera de ser el esposo ó el hermano, al contacto del semejante que debie-

ra de sostenerlas, la virginidad moral de una mujer se marchita y perece, así el cuerpo logre no ceder nunca... lo que es el resto se pierde, y sólo quedan unas cuantas vírgenes á medias, que todo lo saben, que todo lo ven y que todo lo oyen...

Agobiado, don Florentino, murmuró en uno de los silencios de su hija:

—¡Yo rezaba por ti!...

—¡Y aquí me tienes, padre, sana y salva, por tus rezos y por los míos!—gritó Carolina, fervorosamente, convencida de la excelencia infalible del remedio por ambos empleado, besando repetidas ocasiones la mano descarnada y rugosa que ahora simulaba, junto á la boca suya, araña velluda y torpe que tratase de tejer su tela en la jugosa pulpa de fruta madura.

—¡Dime quién es él, lo que hace, lo que te ha prometido!... no es para oponerme á nada, supuesto que ya tú lo elegiste—murmuró sumisamente don Florentino, con la patética sumisión de los padres que reciben de sus hijos el sustento y saben para sus adentros que, así lo pretendieran, carecen del derecho de oponerse abiertamente á lo determinado por ellos, sobre quienes ya no ejercen más patria potestad que la súplica y el ruego.

Aquí, Carolina, muy encarnada, le contó que Salvador era viudo, con dos hijitas; que vivía de sus pinceles, con los que ganaba mucha honra y provecho; que era, además, profesor en la Academia de San Carlos!, y que los periódicos se ocupaban de él muy á menudo...

—Sólo un defecto le he encontrado—añadió después de pausa brevísima,—que no tiene religión ni en nada cree...

—¿Y á pesar de eso?...—preguntó don Florentino inquieto, sin terminar su frase.

F. GAMBOA

—¡Por eso más que por nada, padre, pues se me ha metido que yo, con modo, haré que se convierta!

Callaron ambos; más meditabundo, sin embargo, don Florentino que su hija. Al cabo del penoso silencio, don Florentino exclamó tendiendo el brazo, cual si apartara de la cabeza de su hija una tempestad amenazante:

—¡Ojalá y lo consigas!...

Para borrar la mala impresión, Carolina agregó á su padre que el mismo Salvador, las veces en que hablaban de esto, con graves censuras y congojas de la parte de ella, teniale dicho que le faltaba «algo» en su vida; por lo que Carolina confiaba en proporcionarle ese «algo» cuando se le diera en alma y cuerpo, como se le daría, salvo que él, don Florentino, se opusiera al enlace, luego de conocerlo y de tratarlo.

—Yo sé que de estas cosas, Uds. los hombres no gustan; que una debe confiarlas á su madre ¡ya lo sé!... pero yo, que únicamente á ti te tengo y á ti te he tenido desde niña, ¿á quién querías que se las confiara?... ¿Te has disgustado?... ¡Háblame, padre!

¿Cómo había de hablarle tan de seguída, si en la garganta anudábansele palabras y lágrimas?... Habría sido preciso que comenzara por declararle que sí tenía madre, allá, ¡quién sabe en dónde!, en uno de esos charcos que ella había atinado á cruzar manchándose apenas el calzado y la orla de sus vestidos, y en el que la otra había caído hacía muchos años... casi todos los que Carolina contaba; razón por la cual él habíala dado por muerta, prefiriendo que Carolina creciese creyéndose huérfana de verdadera madre y no la hija de una desgraciada. Y ya que la piadosa leyenda no se la destruyeron; que el imaginario sepulcro seguía en el sitio remoto en que él lo colocara, muy lejos, en los confines del país, desde que Carolina princi-

RECONQUISTA

pió á interrogarle acerca de punto tan delicado; ya que, filialmente, Carolina aplicaba rezos y cirios por el descanso de la que á él habíaselo arrebatado para siempre, no se sentía con el ánimo de desengañarla y también destrozarle esta ilusión que por milagro perduraba entre los restos de tantas otras desterradas de su juventud, por la maldad de las calles y por el trato de los hombres. Que siguiera en su ignorancia rezando por la que debiera de aconsejarla y de sortearle los peligros opuestos á su inseguro andar de muchacha sin experiencia; por lo que, realizando un esfuerzo grandísimo, carraspeó, á fin de que las lágrimas no le subieran hasta los ojos, ni la melancólica verdad hasta los labios, y atrayendo su cabeza, su lindo rostro inquieto, por lo pronto la besó mucho, mucho, como cuando niña, y luego, mirándola de lleno, le dijo:

—Vaya, no te atormentes con ideas tristes, ¡bobal!... ¿por qué había de disgustarme?... Lo que sucede es que por más que esperara esta confesión tuya un día ú otro, ahora que la he oído, me dolió de oírlo... pero, se concluyó, ¡ea!, que venga en buen hora ese señor, y que te lleve, sí, que te lleve á ese cielo que todos hemos prometido y en el que á tu edad es fuerza creer, porque á tu edad de veras existe...

—Pero, padre—insistió Carolina,—si ya te dije que él no me apartará de tu lado, que viviremos juntos todos... ¿Qué ibas á hacer sin mí?...

—En efecto, ¿qué haría sin ti?...—repitió el anciano letrado, como un eco.

Y para no enzarzarse de nuevo en la charla, dieron por terminada la secreta sesión, echándole la culpa á la lámpara de petróleo que comenzaba á querer extinguirse por falta de combustible.

Al igual de todas las noches, Carolina, casi en vilo, con-

dujo á su padre hasta la cama, á cuyo borde se sentaba el viejo, diz que á desnudarse, aunque por impedido, la que ejecutaba faena tan sencilla era su hija, pero fingiendo que sólo lo ayudaba para que él creyera que aún podía valerse á sí mismo, que no lo ayudaban por inútil, sino por exceso de cariño filial.

—Auda, saca el brazo, despacio, despacio... ¿quién te corre?... Agáchate ahora ¡ah, ah!... Cógete de mi cuello, sin miedo, eso es... Ahora, á dormir, á pasar muy buena noche, sin tóser ni volverse para un lado y otro, que te oigo muy bien... Persígname y dame la mano... ¡Hasta mañana!

De rodillas casi, para que el anciano no se desabrigara, noche á noche recibía la chieca la persignada solemne que lentamente dibujaba su padre, como infiltrando en ella las palabras consagradas, para que más fuerza tuvieran:

— ... «de sus enemigos, ¡lbrala, Señor!...»

En seguida, Carolina besaba la mano trémula que, todavía en el aire, conservaba la señal de la cruz; subíale el embozo de las sábanas; le apagaba la vela y, después de encender en la sala diminuta la lamparilla de aceite que velaba la entera noche ahuyentando la tiniebla pavorosa de entrambos dormitorios, volvíase á contemplar á su padre, apelotonado bajo la colcha por escapar del maldito frío de los años, mayor que el de la vivienda, aunque fuese invierno, y le decía:

—Si algo te ocurre, me gritas ¿eh?, que ya sabes que tengo el sueño muy ligero...

Y luego de escuchar los vulgares ronquidos de la sirvienta, tumbada en su petate, allá, en la obscura cocina, encaminábase á su habitación, en la que (antes de corresponder á Salvador, y de anunciarle á su pobre viejo la re-

solución irrevocable de entregársele por vida, previos matrimonio y consentimiento del matrimonio,) ¡cuántas noches, Dios mío, cuántas noches, concluída la filial comedia y sin testigos ningunos, dolíase de sí misma, de su porvenir y de su presente lleno de peligros en los que no quería caer ¡no, no y no, primero muerta! y los que, sin embargo, la inspiraban terrores de que algún día, mañana quizá, pudieran más que ella y le estropearan para siempre su juventud y su belleza que apareciendo iban tentadoras y soberanas, hasta junto á su propia contemplación y su propio tacto inocente, conforme las prendas que se las defendían y ocultaban iban amontonándose á sus pies, hasta el instante—un instante rapidísimo y que ella más abreviaba porque experimentaba miedos y vértigos, cual niño que condujese una fuerza ciega á punto de estallar,—en que al meterse dentro del camión de dormir, á la mustia luz de la vela, veía su cuerpo, (como si se lo alumbraran relámpagos que en la casta estancia entráranse durante las fragmentarias desnudeces de la indispensable maniobra prosaica,) bello, bellissimo, vibrante y tímido, con curvas y redondeces de ofrecimiento y holocausto, con encogimientos y recatos pueriles para sus propios ojos de animal asustadizo y debil, próximo á fugarse.

Entonces—antes de su idilio con Salvador,—cuando al cerrar los ojos para no recrearse pecaminosamente en su desnudez de hembra como todas conformada para el acoplamiento y la maternidad, sólo veía en sus adentros á un hombre, á otro hombre, á muchos hombres, ¡á todos los hombres!, desnudándola en plena calle con la fijeza líbrica del mirar, envolviéndola, de lejos ó de cerca, en huracán de apetitos y deseos que le quemaba el semblante y le echaba á galopar la sangre por las entrañas de su cuerpo; que la obligaba á doblar la cabeza, cual madre-

F. GAMBOA

selya azotada por vientos cálidos; entonces, asomaba la mística que en sus interiores escondiase, y caía de rodillas, al borde del lecho virginal y sin adornos, de muchacha pobre, hundía la testa principiada á despeinar, y, muy quedito, á fin de que su padre no la sintiera y se asustara, poníase á llorar, á apartar las tentaciones de ese día, las del siguiente, las de cuantos su suerte le reservara todavía sin amor; poníase á llamar, con el pensamiento y no con los labios secos que máquinalmente barbotaban conjuros y plegarias, al Esperado, al marido que amorosamente la condujera, sin infamia para ella, á ese paraíso de los amores cuya existencia sabía, porque al oído, á gritos, en voz natural de confianza ó de consejo, decíanselo sus amigas y compañeras de trabajo que por el buen camino, ó por el camino reprobado, entraban en él y de él salían con placenteros rostros y con rostros trágicos, según; porque ese paraíso, prometíanselo los hombres, sus perseguidores, y á ella teníanle advertido que de hombre se necesita para penetrar en el mágico recinto, tan distante y tan próximo á un propio tiempo, conforme se resuelva uno á conocerlo; porque se lo decían las calles, los edificios, los árboles de los parques, las personas que caminaban á pie y las que caminaban en carruaje, los pobres y los ricos, los que la codeaban riendo y los que la esquivaban llorando; porque la ciudad entera, concupiscente y libertina; su cielo, enajado de estrellas ó enajado de sol; su aire sutil, sus piedras y sus rincones—á ciertas horas muy particularmente,—parecía condensarse en las parejas que se dejaban ver y en las que se adivinaban dentro de los cafés, dentro de los teatros, dentro de los edificios cerrados y silentes, las casas patricias, los hogares respetables, las mancebías discretas... la entera ciudad que parecía condensarse en la pareja eterna que en la Bi-

RECONQUISTA

blia principia y no ha de concluir sino con los estertores de la agonía de la última mujer y del último hombre.

Todo empujaba, dulcisísimamente, al amor y al beso, hacia el Instante solemne de la sacrosanta conjunción de los sexos, que, para realizarla fueron exclusivamente creados; todo empujaba, el ejemplo ó el recuerdo, la vista ó el oído; todo empujaba, la propia juventud y las juventudes masculinas, que se ofrecían y que llamaban... Y Carolina, que sabía todo eso, apresuraba sus andares, amordazaba el deseo, para ella criminal, que le palpitaba y le nublabla la vista; cortaba por las calles solitarias, como su corazón que se le quejaba de tiranía tamaña, y se ponía á orar, mentalmente, asombrada de haber salido con bien; mentalmente llamaba á su padre, á fin de que la defendiera, y el viejo inválido, sin saberlo, acudía al llamado, aparecía-se en el centro mismo de la tentación, que destruía con sus armas mohosas y sin filos; sus arrugas y canas, sus músculos atrofiados de semiparalítico, sus bendiciones de la vispera ó de aquella mañana, las cuales, á pesar de la distancia, amparaban á la doncella, huérfana de madre y de amores, la libertaban de caer en medio del arroyo y caída quedarse para siempre...

Fama es que aquella noche, padre é hija, insomnes por causa idéntica, bendijeran cada cual á su modo, el arribo de Salvador Arteaga: Carolina, porque con él acababan los peligros que de tanto tiempo atrás la acechaban sin tregua, y, porque finalmente, realizaba su idilio, medio marchito, supuesto que á hombre viudo se daba, mas, de todas maneras, idílico, es decir, el complemento de su juventud hasta entonces incompleta y estéril, por no haberlo realizado. Luego, que viudo y todo, sobrabanle á Salvador atractivos masculinos con que impresionar á cualquiera mujer y hacerse amar, mucho, cual Carolina que-

F. GAMBOA

rialo, cual habíalo querido desde los principios del asedio, durante los cuales—y precisamente porque la chica reconocíase esclavizada y sin voluntades,—le cobró un miedo doble: de que percatándose él de aquella pasión naciente, que crecía y crecía á modo de semilla bien sembrada en tierra fértil, abusara del predominio, ó de que ella no opusiera al conquistador la resistencia que oponerle debía—en acatamiento de sus creencias piadosas y para no romper su honesto vivir,—en tanto no se esclareciesen las intenciones con que la perseguía; miedo que subió de punto al cerciorarse de la rectitud de éstas, porque entonces careció de fuerzas para negarle nada, por culpa del amor de los principios—ya muy crecido y lozano—y por culpa del agradecimiento de ahora, la inmensa gratitud de que Salvador no hubiera explotado esa fragilidad ni destruido el ensueño tan dulce, tan consolador, que en más de una noche conservó entre sus labios, mezclado á palabras de gracias que no llegaba á formular, al candente dejo de los cuantos besos que el artista le robaba y ella dejábase robar—aunque comprendiendo lo que al precipicio sin fondo se acercaba con consentir el robo,—pues á la hora de su fugaz perpetración, el cuerpo entero temblábale y tenía que cerrar los ojos que no distinguían á las claras los hombres ni los objetos, el camino del bien ni el camino del mal; tenía que asirse á las espaldas robustas de Salvador para no desmayarse en el sitio; de Salvador, que, sin duda, también sentiría cosas extrañas, por lo que las pupilas le llameaban y la vez se le enronquecía, por lo que suavemente le apartaba el rostro y más suavemente le descansaba la cabeza encima de su pecho duro, de varón fuerte y arrepentido de no haberse dominado, él, que de estas cosas sabía más que ella:

—¡No me dejes besarte—al oído susurrábale,—no me

RECONQUISTA

beses tú, pobrecita de mi alma, que no puede uno saber dónde paran los besos!...

Y durante unos minutos permanecían así, unidos y callados, bajo los árboles que ennegrecía la noche. Tales arrebatos consumábanlos siempre al cruzar la Alameda, ó el diminuto parquecillo de San Fernando, ó al ir saliendo de la Alameda de Santa María, á punto ya de despedirse en sus regresos á pie desde el centro de la ciudad. Permanecían así, esperando serenarse, esperando á que pasaran esas inopinadas tempestades internas que los arrojaban á uno en los brazos del otro, exponiéndolos hasta á que los sorprendiera algún guardián ó algún transeunte, exponiéndolos á que de veras alguien averiguara y supiera en dónde pueden parar los besos...

De suerte que, ya que el pobre viejo aprobaba los amores y el próximo enlace en proyecto, Carolina velaba inmóvil, y veía que Salvador se acercaba, se acercaba, y embriagándola con millares de aquellos besos, que ahora no eran peligro, sino permitido deleite infinito, llevábasela, vestida de blanco, amante, dichosa, pura...

No tan sonrosados fueron los pensamientos que á don Florentino le arrebataron su indispensable sueño de viejo. Don Florentino consideraba el asunto desde muy diversos puntos de vista: ante todo, desde el del dolor que originábase saber y palpar que su hija amaba al fin y que, por consiguiente, la perdía sin remedio, antes de que él concluyera de marcharse de esta vida tan ingrata, á la que no debía sino sinsabores y penas que habíanlo aniquilado primeramente que los años y reduciéndolo á esa su condición de inválido é inútil. Y aunque tiempo llevaba de aguardar la noticia, al de verdad llegarle, experimentó encono contra su hija y odio contra quien se la arrebatara.

ba tan por completo. Porque no se forjaba ilusiones, ¡era demasiado anciano!, y bien sabía que el mal de amor de que también en su época padeciera, barría de los corazones todos los demás afectos, ¡todos!, para reinar cual soberano absoluto, á reserva de extinguirse de súbito, sin causa ni motivo aparente, y dejar llena de cicatrices y dolores la entraña en que anidó: la eterna historia, hoy amamos, *sentimos* que nos aman, pero ¿podemos asegurar que mañana continuarán amándonos, que continuaremos amando nosotros?... Esta incertidumbre—que á él salióle tan cara cuando de un golpe lo abandonaron y le estrujaron su corazón crédulo y enamorado, que así le quedó, hecho un guiñapo desde entonces, palpitándole irregularmente, torpemente, con sacudidas y pausas, como oscilan y palpitan los guiñapos que cuelgan de las ruinas, al irregular compás de los vientos que los mecen y golpean,—esta incertidumbre, amenazante, hizole variar de rumbos, aplacar el instantáneo encono contra su hija y deponer el odio á ese yerno que ni siquiera conocía. Sus egoísmos naturales de enfermo y de padre, replegábanse, los replegaba él, mejor dicho, á los desvanes enormes en que ocultamos, dentro de nosotros, lo que no nos convendría que vieran los prójimos de que habemos menester y que gratuitamente suponemos nos estiman. Poco restábale que vivir á don Florentino, y Carolina, en cambio, hallábase á los comienzos floridos y peligrosos de la vida, agravados de su pobreza extrema y de su belleza nada común, las que, asociadas, labrábanle un porvenir sombrío y tristísimo: concluir de recorrer la senda inevitable, sin más guarda que su misma belleza ni más sostén que su pobreza misma, guarda y sostén ciegos, corruptibles, fáciles... El, don Florentino, por letrado, por viejo y por sin ventura, sabíase de coro los riesgos por los que milagrosamente Ca-

rolina había atravesado sin novedad; los riesgos de la calle y del trabajo, los de la soledad y la desesperanza, los de la tentación y la tristeza, los de las malas amistades y los consejos peores; esa batalla implacable de los hombres agrupados en contra de la mujer sola, de los ricos contra los pobres, de los fuertes contra los débiles, que casi siempre alcanza parecido resultado: ¡el triunfo de los hombres, el triunfo de los ricos, el triunfo de los fuertes!... ¿Qué habría hecho él, á ver, qué habría hecho si su hija hubiese dejado de tornarle, después de una de sus diarias salidas al trabajo, ó si, engañándolo—¿cómo cerciorarse de la verdad?—le hubiese vuelto mancillada y sin dicha? ¿Con qué brazo, desde su sillón de paralítico, habría vengado la afrenta y procurado la reparación? ¿Con qué boca habríala maldecido, caso que maldiciones y no consuelos mereciese, si ella lo alimentaba por esa boca maldiciente y le mantenía su cuerpo inservible, que se desmoronaba?... Temblando de sólo imaginar lo posible que ello había sido, y siéndolo continuaría á menos un hombre la prometiera honesto y amante arrimo, don Florentino venció sus egoísmos, y, honradísimamente, elevó muda acción de gracias á aquel desconocido que le salvaba á su hija de las orillas de la sima á que en derecha caminaba por joven, por bella y por desvalida; y desde el enartucho indigente, desde el catre humilde en que su hija había arropado como á un niño, el anciano se incorporó trabajosamente, y—á par que Carolina, pensando en Salvador, veía que se la llevaba vestida de blanco, feliz, enamorada, pura,—con su brazo flaco y titubeante, que los parpadeos de la lámpara veladora perfilaban fantásticamente en las sombras de la estancia, bendijo á la pareja en marcha triunfal hacia el amor y hacia la vida, y él se abatió en el catre humilde, de cara

F. GAMBOA

al muro, agotado de emoción y del esfuerzo, camino de la muerte y del sepulcro en que ya podría descansar, necesitado de reposo, pero sonriendo de llevar consigo esa última visión terrena: ¡la salvación de su hija!

Esta propia noche, Salvador, en la cervecería, bebió más que de ordinario y más que todos, azorando al grupo, por su acritud contra Dios y las cosas divinas, por sus escepticismos acerca de las mujeres. Solo creía en el Arte y en sus dos chiquillas:

—Tú las conoces, y tú, y tú, ¿no es cierto?—les preguntaba a los íntimos, —conoces a Evangelina y a Magdalena... ¿Mi muerta?... ¡Bah! polvo, nada, la ceniza de mi cigarro!... ¿Las virtudes de las que se van, los amores de las que después nos salen al paso?... Me río yo de virtudes y de amores ¡es un fenómeno puramente subjetivo!... ¡Nó, no marcharse, no dejarme!... ¡Mozo! ¡mozo!... ¡tráenos otras cervezas!

Y entre las espumas que de su copa derramaba antes de apurar la blanda bebida tentona, se le escaparon proyectos, escribiría un libro, un gran libro que superaría a los cuadros de él y a los cuadros de muchos.

RECONQUISTA

V

Lo que sucede siempre que se rompe el culto resorte que mantiene unida a una familia.

Evangelina, ya mayor de quince años, condujose en el casi altercado que por su matrimonio en proyecto sostuvo con Salvador, no como una muchacha de las de su edad, y de buen grado sometida al yugo paterno, sino como mujer hecha y derecha que defiende su causa, y al defenderla, revela que no ha de ceder un ápice. Al pronto, Salvador echó la cosa a broma, sin creer que nunca pudiera llevarse a efecto:

—¿Con que te casarás, eh?... Y si yo, en lugar de consentirlo, te mando a que sigas jugando a las muñecas, ¿qué harías?...

—No jugar a nada y tratar de convencerte, según tratándolo estoy, de que serías injusto si no consintieras...

—Y si a pesar de tus argumentos, que no valen nada, ¡no te me crezcas!, yo no consintiera, y te demuestro en cambio que una criatura cual tú no debe, ¡no, señor!, no debe ni pensar en casorios, ¿qué compostura le damos al negocio?... ¡Mire Ud. que es osadía decirme a mí, una hija mía que no sabe aún dónde tiene las narices, que ha resuelto matrimoniarse con Perico el de los Palotes, y todavía venir a pedirme mi consentimiento!... Pues no me da la gana ¡ea!, y ya que te enserías, adviértote que no consiento siquiera ni que vuelvas a hablarme de disparate tamaño ¿me entiendes?... ¡Aprende a tu hermana, que

F. GAMBOA

al muro, agotado de emoción y del esfuerzo, camino de la muerte y del sepulcro en que ya podría descansar, necesitado de reposo, pero sonriendo de llevar consigo esa última visión terrena: ¡la salvación de su hija!

Esta propia noche, Salvador, en la cervecería, bebió más que de ordinario y más que todos, azorando al grupo, por su acritud contra Dios y las cosas divinas, por sus escepticismos acerca de las mujeres. Solo creía en el Arte y en sus dos chiquillas:

—Tú las conoces, y tú, y tú, ¿no es cierto?—les preguntaba a los íntimos, —conoces a Evangelina y a Magdalena... ¿Mi muerta?... ¡Bah! polvo, nada, la ceniza de mi cigarro!... ¿Las virtudes de las que se van, los amores de las que después nos salen al paso?... Me río yo de virtudes y de amores ¡es un fenómeno puramente subjetivo!... ¡Nó, no marcharse, no dejarme!... ¡Mozo! ¡mozo!... ¡tráenos otras cervezas!

Y entre las espumas que de su copa derramaba antes de apurar la blanda bebida tentona, se le escaparon proyectos, escribiría un libro, un gran libro que superaría a los cuadros de él y a los cuadros de muchos.

RECONQUISTA

V

Lo que sucede siempre que se rompe el culto resorte que mantiene unida a una familia.

Evangelina, ya mayor de quince años, condujose en el casi altercado que por su matrimonio en proyecto sostuvo con Salvador, no como una muchacha de las de su edad, y de buen grado sometida al yugo paterno, sino como mujer hecha y derecha que defiende su causa, y al defenderla, revela que no ha de ceder un ápice. Al pronto, Salvador echó la cosa a broma, sin creer que nunca pudiera llevarse a efecto:

—¿Con que te casarás, eh?... Y si yo, en lugar de consentirlo, te mando a que sigas jugando a las muñecas, ¿qué harías?...

—No jugar a nada y tratar de convencerte, según tratándolo estoy, de que serías injusto si no consintieras...

—Y si a pesar de tus argumentos, que no valen nada, ¡no te me crezcas!, yo no consintiera, y te demuestro en cambio que una criatura cual tú no debe, ¡no, señor!, no debe ni pensar en casorios, ¿qué compostura le damos al negocio?... ¡Mire Ud. que es osadía decirme a mí, una hija mía que no sabe aún dónde tiene las narices, que ha resuelto matrimoniarse con Perico el de los Palotes, y todavía venir a pedirme mi consentimiento!... Pues no me da la gana ¡ea!, y ya que te enserías, adviértote que no consiento siquiera ni que vuelvas a hablarme de disparate tamaño ¿me entiendes?... ¡Aprende a tu hermana, que

— 127 —

F. GAMBOA

aunque te lleva casi dos años, no le ha ocurrido hasta hoy darme este disgusto!... ¡No me enojés, Evangelina, ni me pongas esa cara! Reflexiona... piensa en lo grande que sería desatino semejante, y en que si tú andas ebullida por tus amoríos... ¡amoríos, y nada más que amoríos! no me interrumpas..., yo, afortunadamente, estoy en mis cabales y no he de permitir que te vayas por ahí, del brazo, con el primer mozalbete que te sale al encuentro... ¡Que-dá-bamos frescos!...

—Es que no he de haberme explicado bien, papá, ó que tú, adrede, no quieres entenderme—repúsole Evangelina con la imponente entonación respetuosa que saben emplear las mujeres para demostrarnos que una resolución suya es inquebrantable.—Déjame que te repita...

—¡No, nó! no me repitas nada, hija mía, pues conozco la tonada, es viejísima: que lo quieres muchísimo, que le has jurado y perjurado lindeza y media, y que si no casas con él, te morirás de pena ¿no es eso? ¡Ingrata, ingrata y tres veces ingrata! ¡Qué prisa te corre de abandonarme!...

—¿Por qué, desde mucho antes, me has abandonado tú el primero?—murmuró Evangelina quedamente y en seguida arrepintiéndose de la acusación tremenda, formulada sin adivinar su alcance, que, ahora, vestida ya de palabras, alarmábala por el reproche que envolvía.

—¿Que yo te he... que yo las he abandonado el primero á Uds., á ti y á Magda, lo único sano que me resta y lo único que amo?—le preguntó Salvador, aterrizado de palpar lo exacto de la acusación y de que su hija se la ratificara.

¡Así era la verdad! Salvador habíalas abandonado, no materialmente, desde luego que no, habíalas descurrido más bien, sin percatarse de ello, creyendo que con darles alimento y techo, cuanto las hacía falta y con dinero

RECONQUISTA

puede haberse, cumplía sus deberes paternos y ni ellas debían exigirle más ni él proporcionárselo. Y eso que las quería ¡de veras!, que se gozaba en mirarlas crecer y hermosearse; en descubrir cómo venía á sus cuerpos y á sus cerebros la belleza y la inteligencia progresivas; cómo iban haciéndose mujeres, tan rápidamente y tan en silencio, con la encantadora sencillez con que se realizan todos los fenómenos naturales: el crecimiento de la hierba, el abrir de los capullos, el amanecer de las auroras y el morir de los crepúsculos, simplemente, deliciosamente, fatalmente. Las quería y las descuidaba, vale decir, comportábase con ellas á la manera de un viudo cualquiera, achacando á la muerte prematura de la madre no poder él, por su sexo, suplir ese vacío inmenso. Allá, con vagnedades, sabía que el atender á una jovencita, cual debe ser atendida, reclama una porción de delicadezas que nosotros, los hombres, no poseeremos nunca; una porción de adivinaciones, de ternuras, de cariños y palabras que nos faltan. De ahí que confiara la dulce carga á las espaldas de Refugio, quien, ruda, y vulgar, y todo, siquiera era mujer y atinaría á conllevarla mejor que él, que ni cuando sus fugaces y trágicas relaciones con Carolina Moralba, ni después, había podido prescindir de sus malas amistades de calle y cantinas, ni escapar á las peores consecuencias de amistades tales. Por lo pronto, no las sacó del colegio de aquellas tres almas simples, al que á raíz de su viudez las llevara. ¡Respirábanse una virtud y un orden en la pobre vivienda, que Salvador resolvió dejarlas en sitio tan edificante y ejemplar, lo más posible, hasta tanto no volviera él á casar, si es que á casar volvía, ó hasta tanto ellas, á fuerza de crecer y crecer, ignorando que la pasaban, pasaran la edad peligrosa en que las pasiones apuntan y arrasan con las juventudes, por de dentro! Allí esta-

F. GAMBOA

ban perfectamente, al lado de tres mujeres que para santas, sin hábitos ni mojígaterías, iban que volaban; y se las recomendó con los mayores encarecimientos, invocando, para que cedieran, la memoria de Emilia.

—¿Que no tienen más que enseñarles?... Eso se creen Uds., pero yo, nó; sí, que tienen, y mucho aún; enséñen-melas ahora á guisar, á tejer primores, á que se confeccionen sus vestidos, á lo que Uds. quieran; pero no me las suelten en mi casa, solas y sin quien las aconseje y cuide, que ya me da miedo de ver cómo despiertan, ó de que me registren el estudio y examinen las telas pintadas, ó los esbozos, ó que un día de éstos sorprendan á una «modello» en traje de carácter, ó se enteren de las teorías y doctrinas de mis amigos que lo frecuentan... ¡O siguen ustedes custodiándolas, ó yo cambio de oficio y tiro mi paleta y mis pinceles!

Cedieron las maestras; sobre que aparte el afecto cobrado á las rapazas, la colegiatura serviales cual lluvia de estío. Y las chicas, Magdalena muy particularmente, acogieron el convenio sin repugnancias; con lo que Salvador sintióse más libre, más sin responsabilidades inmediatas y signió dando al traste con lo que de sentido moral restábase aferrado á sus entrañas de honrado y campesino. De ahí, que cada día más distante del espíritu en formación de sus hijas, conformárase con que su fragancia virginal le perfumara á él el alma en los momentos, más raros y breves cada vez, en que aspirábalo hallándose junto á ellas—ya con dormitorio separado, por supuesto,—las mañanas en que podía levantarse temprano y desayunarse en su compañía, como antaño, en el comerdocito que se asomaba al jardín diminuto á mejor escuchar el festival de sus violetas y de sus rosas, de sus flores todas, que reían y se besaban, excitadas por el sol, esponjados sus tallos hú-

RECONQUISTA

medos, las corolas de cara al cielo, perfumando el patio y la casa entera. En cambio, cuántas hablábales apenas, en su apresurado entrar y salir de individuo distraído por los amigos y por la calle, cuando iba á sacar dinero, ó en busca del abrigo, ó á sacrificar, á vil precio, alguno de sus cuadros, alguna de sus escasas joyas artísticas de precio, que por años habían engalanado los rincones y muros del estudio medio desnudo ahora, amagado de que lo desnudara totalmente con su desastroso modo de vivir. Entonces, durante estas permanencias, furtivas casi, que llevaba á cabo al atardecer, eran los encuentros con sus hijas, los diálogos incompletos y fugaces, el fraguar de mentiras y pretextos que justificaran el callejear perenne. El melancólico silencio de la casita quizá lo tranquilizaba, porque él venía de los ruidos estruendosos; tranquilizábale ver á Magdalena en sus prácticas piadosas—las que minuto á minuto arraigábase más,—de rodillas en su reclinatorio siempre pidiendo algo á las vírgenes y á los santos que decoraban la alcoba, ó hallársela en las faenas de la casa, asociada á Refugio, que por ella pereciase, sería siempre, juiciosa, de pocas palabras y menos caricias, con distracciones en la mirada y en el discurso, de sujeto que persigue lo lejano, lo que es muy difícil llegar á ver, lo que engendra á los iluminados y á los místicos. Evangelina, que era el polo opuesto, cantadora, juguetona, mimosa, acompañábalo hasta el zaguán; le extraía monedas; adivinábase el contenido del bulto que Salvador acarrea oculta-mente; aturdiálo á besos; pedíale que las llevara al teatro, ¡á andar calles siquiera! Todavía, al plantarse impaciente en la esquina á aguardar el tranvía, lo alcanzaba la voz de su hija menor, gritándole zalameramente:

—Diviértete, pero tráenos dulces, castañas cubiertas de «El Globo»... ¡No se te olvide!...

F. GAMBOA

¿Cómo sospechar nada de lo que con el tiempo había de arrebatarse á sus dos hijas, si era la una demasiado formal y no pasaba la otra de ser una chiquilla?... Por eso, tan sonriente abordaba Salvador el tranvía; por eso iba y negociaba el cuadro ó la curiosidad quitados al estudio, y recalaba en la cervecería, en la mesa de los intelectuales; primera y prolongada estación del diario trasnochar. Muy poco serio pintaba ya, y á no ser por el sueldo de la cátedra famosa y por lo que amañaba con un trabajillo que otro, hecho á escape, á fin de ganarse los cuartos únicamente, sin curarse de renombres ni de famas—que hoy calificaba de vanidades,—no habría podido hacer frente á sus dispendios de afuera ni á los imprescindibles gastos del domicilio. Sus dos cuadros inconclusos, el desnudo de Emilia y «El Alma Nacional» revelándose en la ciudad de México, allá continuaban, rechupados y hoscos, en los dos caballetes polvosos que no había vuesto á mover. Si tan á tiempo no interviene su capricho por Carolina Moralba, convertido en pasión gracias á las resistencias de la chica, Salvador húndese con hijas y todo; pues ya se hallaba á punto hipotecar, y aun de vender, el nido edificado con las economías é industrias de Emilia. Asustado, moderó sus disipaciones, volvió á trabajar en el estudio, sin desnudarlo más de curiosidades, óleos y armas, y con algunos retratos de políticos y de enriquecidos, bien pagados, se acercó un tantico á sus niñas y atajó el derrumbe. Nadie puso tan atinadamente el dedo en la llaga como Evangelina, al convencerse de mudanza tamaña en la existencia de Salvador; y cuando al cabo de dos ó tres semanas el artista trabajaba sus seis horas bien contadas y sólo salía ¡un rato!, después de haber cenado con sus dos hijas, se la espetó, irrespetuosamente, causando turbación en él y en Magdalena rubores:

RECONQUISTA

—¿Cuánto apostamos, papá, á que te nos has enamorado?... ¿verdad que adiviné?...

—¿Y qué sabes tú de amores, ni cómo me faltas al respeto hablándome de eso?—inquirió Salvador, sin dar la cara á Evangelina, dibujando arabescos con un tenedor sobre el mantel.

—¡De amores no sé más de lo que dicen las personas grandes y una oye todos los días!—replicó la muchacha envalentonada.—¿En qué te faltó al respeto con mi pregunta?...

—En mucho—agregó Salvador,—y no te permito que vuelva á ocurrirte semejante cosa... ¡Aprende á tu hermana!

Evangelina había mentido descaradamente asegurando á su padre que no sabía palotada de mal de amores, dado que amaba ya, en sus albores de juventud, á un pobre estudiante de leyes, Luciano Pagaza, quien, ignorante como ella, y apenas con dieciocho años á castas, seguía de pocos meses acá y hacíale una corte distante y respetuosa, que casi no lo parecía.

Principiaron ambos á deletrear el delicioso abecedario del querer, tímidamente; él, mirándola mucho, desde lejos; hecha una grana ella, en cuanto sentía encima el apasionado mirar del estudiante, mal pergeñado para galán y peor para marido posible; cargado de libros bajo su brazo y de ensueños bajo su cabellera alborotada; en rumbo hacia todas las conquistas, aunque con el calzado estropeadísimo y el bolsillo flaco; decidido á luchar, á vencer, á escalar alturas y crestas, á ganárselo todo, hasta el cariño de Evangelina que se abría á la vida precozmente, cual flor temprana henchida de savia, que pugna por abrirse de una vez para cuanto antes esparcir su aroma. Fué su mutuo acercamiento espiritual, simple y encantador, como

F. GAMBOA

el de tantos adolescentes que se ven y se aman á la luz pública, delante del mundo y sin que nadie de ello se percate, ó, caso de que alguien lo advierta, no sonría y apresure el paso á fin de no perturbar esas conjunciones de almas que se aman por misteriosa atracción de los cuerpos que las aprisionan. Se conocieron en la quieta y melancólica Alameda de Santa María, adonde las hijas de Salvador concurrían tarde á tarde escoltadas por Refugio, y adonde en aquella ocasión el azar empujó á Luciano, á pesar de que raramente aventurábase por sitios tan alejados de su centro. Aún había sol, un sol agónico que arrebolaba árboles, plantas y hojas. Enfrascado en la lectura de su texto, no descubrió Luciano los andares de las niñas hasta que le hurtaron la luz desfalleciente del día; muy airado levantaba el semblante y cerraba de un golpe el volumen para bien demostrar su disgusto, cuando sus ojos toparon con los de Evangelina, que, por extranjerero en el barrio, venía mirándolo desde mucho antes. Y á la vieja usanza romántica, el incendio se declaró, ¡oh!, muy poco á poco y muy agradablemente por añadidura, pero incendio al fin, las primeras chispas, una admiración recíproca; luego, una discreta persistencia en el mirarse, como si los ojos y los corazones trataran de precisar á persona que de nuevo hallamos y que ya de antemano conocíamos en otra existencia desaparecida, de la que no conservamos sino veladísima memoria fragmentaria; luego... un contento sin límites, contento de hallazgo de algo indispensable que suponíamos perdido; por remate, la duda, el temor de habernos engañado, y vuelta á mirarse, de más lejos ahora, para rectificar... y la pregunta mental que nos obsesiona: «Pero, ¿quién será, Dios mío, quién será?...»

De este inicial azoramiento, pasaron pronto á la escritura, es decir, Luciano pasó, disparándole á Evangelina

RECONQUISTA

epistolas capaces de ablandar, nó á quien ya estaba blanda y bien dispuesta, ¡á las mismísimas peñas insensibles! No las respondió Evangelina — ¡lo justo, justo! — mas en cambio, ¡cómo las guardaba y cómo leíalas á hurtadillas, hasta aprendérselas de coro y muy pensativa quedarse, la linda cabecita doblada sobre el pecho, contemplando en los polvorientos pisos de ladrillo los cielos de ventura que en los renglones manuscritos le prometían!... Así debía de ser la cosa, según Luciano se la pintaba en la diaria misiva hecha mil dobleces que por las mañanas recogía Evangelina del balcón del estudio, del hueco medianero entre el barandal y las losas, no obstante que desde la víspera demasiado que había visto, tras de los cristales del taller á obscuras, sin levantar las cortinas, el instante preciso en que Luciano ahí depositábala con precauciones apresuradas de malhechor novel. No abría entonces las vidrieras por no delatarse y destruir la dulce emoción que después procurábale, en su cama ya y valiéndose de estratagemas mientras Magda se entregaba á sus rezos para aprovechar la flama de la vela que alumbraba los gruesos devocionarios de su hermana, el leer á medias la carta del día anterior al fin hospedada bajo la almohada, y el dormirse pensando:

—¿Qué me dirá mañana?...

Un buen día contestó: que apenas iba á cumplir quince años; que era pecado ocuparse en esas empresas, propias de edades más provectas; que ella aún asistía al colegio y no acababan de ponerle el vestido «enteramente» largo; que por lo que al resto hacía, no gustaba de saber que Luciano pensase tanto; que se pusiese en cura y no fuese de veras á enfermar en serio por asunto de tan poco momento... lo de siempre, en cuanto se da respuesta á las cartas que sólo amor piden.

En seguida vinieron otras y otras, pidiendo algo más; y la inquietud de la muchacha subió de punto, sus complacencias aumentaron hasta conceder la charla de viva voz, en el mismo balcón del estudio, aprovechando las prácticas piadosas de Magda y Refugio—que ¿qué tanto le pedirían á Dios?...—y las ausencias del padre, que por rareza acompañábalas. El tal balcón oyó los primeros juramentos de buena fe, los primeros tuteos balbucientes; vió los primeros abandonos en que las manos de ambos juntábanse por instinto, y por cariño juntas permanecían, los primeros ósculos puros que los enamorados jóvenes se otorgan sin remordimientos ni malicias, cuando las almas prisioneras de la carne, que á la larga desgarran la venda suave, no hallan camino mejor que el de los labios ignorantes del perjurio y de otros besos, para aproximarse y de exceso de ventura permanecer mudas. ¿Testigos de vista que pudieran delatarlos?... pues ¡las estrellas, la luna algunas noches! ¿Testigos de oídas?... discretos y escasos: el foco de arco vecino que les iluminaba los semblantes y de vez en cuando los alarmaba con sus vibraciones de desapacible sonido que los sumía en las tinieblas por un segundo; las máquinas del paradero con su angustiado pitar y su terco repique, que entraban y salían de países extraños, de lugares remotos, como pidiendo auxilio para su incansable correr de ciegos poderosos. A modo de enredadera, que á poco de consentírselo se ase á un punto cualquiera y en él prende y lo cubre y lo perfuma, así el balcón sin tiestos ni macetas se vió envuelto por el amor de Evangelina y de Luciano, aumentando sin cesar y enflorando los hierros, el dintel, el umbral, con flores invisibles que á ellos nada más los embriagaban. Nadie interrumpía sus pláticas, insensiblemente prolongadas en virtud de la connaturalización que nos viene con los mayores riesgos, luego de afron-

tados. Noche hubo en que á pesar de la tardanza de Evangelina en presentarse al comedor, al asorhar Refugio ó Magdalena dentro del taller á obscuras para inquirir la causa del retardo, sin que á Evangelina se le alterara siquiera el tono de la voz, contestaba calmadísima á preguntas y reproches.

—¿Qué haces, niña, que no vas á cenar ni oyes que te llamamos?...

—¿Qué he de hacer?... ¡Tomar el fresco y aburrirme mientras Uds. aburren á los santos con tanto rezarles!...

Hasta el segundo plato no se apaciguaba el altercado de las dos hermanas, en el que Refugio terciaba con parcialidad notoria del lado de Magdalena, muy apesadumbrada del poco fervor de Evangelina.

—Tu hermana es una santa—declaraba Refugio acariciando á la rebelde, que, por no acusar su propio júbilo, con fingidos arrestos continuaba en la pelea,—y es además tu hermana mayor. No la amohines y haz lo que te diga, que ello ha de ser lo que te convenga.

No amainaba la pícara. ¿Por qué obedecer á Magdalena si ésta no los quería ni á su padre ni á ella?...

—Lo que tú quieres es el convento, ser monja, ¡no lo niegues, que se lo he oído á Uds. dos muchas veces!—riendo decíale á Magdalena, quien, por no mentir, callaba abrumada, inclinándose encima del plato, bebía apresuradamente gruesos sorbos de agua.

También Refugio, desarmada, so pretexto de ir «por lo que seguía», saltase del comedor y murmuraba:

—¿Qué sabes tú de conventos ni quién ha de hacerte caso, charlatana!

Mas es lo cierto que triunfaba de sus enemigas coligadas; á Refugio reducíala al mutismo, y á Magdalena al

F. GAMBOA

mutismo y á la afición, una afición cuyo crecimiento atajaba, porque en el fondo adoraba á su hermana. Y allá se le iba, con silla y todo, á colmarla de caricias y de frases tiernas:

—Pero no seas boba, Magda, ¿no ves que estaba bromeando?... Ríete, anda, ríete conmigo y págame este puñado de besitos... ¡á que no!...

Al fin, sus rostros se juntaban, mezclábanse sus cabellos, y con las risas de Evangelina salían á relucir lágrimas de Magdalena. De contemplar el grupo, de mirarlo con sus ojos vulgares de mujer ruda, conmoviase Refugio y á su manera descifraba el marcado contraste de las hermanas abrazadas: las blancuras liliales de Magdalena, su mirar recatado y su rostro oval de palideces místicas, le evocaban el claustro, el ayuno, la mortificación del cuerpo mórbido, la esterilidad, la toca y los hábitos de las estampas religiosas, la plegaria perpetua, la vida contemplativa y las vigiliias expiatorias sobre las losas heladas de los templos medio iluminados por cirios de flama vacilante, rígido el cuerpo, crucificado en los maderos del piso, en el polvo la boca, mientras arriba, en el coro, las reclusas que no han de tornar al mundo entonan salmodias lúgubres y al imponente són de los órganos clamorantes, imploran el perdón y la misericordia para los que viven y mueren en el pecado... ¡Todo lo que la misma Magdalena le contaba! Y sin que Evangelina le hubiera contado nada, veía distinta y no comprendía por qué. Sus blancuras eran rosadas, curioso el mirar y sin palideces el rostro, antes con hoyuelos en la barba y en las mejillas, cuando reía. Evangelina le evocaba el mundo, gozaba frente á su hambre sana por comer y beber, frente al cuidado y aseo del cuerpo, mórbido también, que se embellecía para el amor primero y para la maternidad después—pensaba Refugio,—

RECONQUISTA

sin renunciar al adorno y los colores que alegran; adivinaba, dentro de su rudeza, que Evangelina consagróbase á la vida activa de fecundidad y reproducción, á los sueños de desfallecimiento normal y casto, muy unida al esposo en el tibio tálamo en que se engendra y alumbra á los hijos; la boca, guardando entre sonrisas que ni el sueño osa borrar, el dulce dejo de los besos cambiados, mientras en las entrañas bendecidas por los sacerdotes se consuman las portentosas concepciones de los seres nuevos, alborozados desde antes de nacidos, revolviéndose en ese asilo temporal y sacro, luego hiriendo y desgarrando á la madre, al nacer, y entonando con su lloro de inocentes, al venir á la luz, triunfales himnos sonoros á la vida de la gracia de sus infancias, y á la gracia de la vida, más tarde, cuando adultos la viven...

Por vulgar y por ruda, Refugio sólo advertía el contraste entre las hermanas, pero sin explicárselo á las derechas, sin darse exacta cuenta de que la una estaba enamorada de la muerte, y de la vida la otra; de que la una encaminábase al convento y la otra al amor; de que en la una y en la otra resucitarían quizá vocaciones y atavismos de antecesores y abuelos. La diferencia, pasmábala aunque sin estorbarle que venerara á Magdalena y que quisiera de sobra á Evangelina, que lo alegraba todo, como un rayo de sol.

A causa de sus ausencias del hogar desertado por la esposa, Salvador no pudo enterarse á tiempo de la irrevocable resolución diversa que parecía animar á cada una de sus hijas. En las raras ocasiones que á ellas asociábase, reía por igual de los misticismos de Magda que de las travesuras de Eva, sin imaginar los derroteros que á una y á otra atraían, sin figurarse que podría nunca perderlas á entrambas; por lo que continuó en sus locuras y liberti-

F. GAMBOA

najes, alegándose que sobraba tiempo para imprimir las direcciones que á cada una conviniese. Hoy por hoy conformábase con acariciarlas, con regalarles dinero; muy de tarde en tarde iba á tomar lenguas de las «señoritas» á cuya custodia teníalas confiadas. Las «señoritas» informaban: Magda, una santa; Eva, una endiantrada de buenísima índole.

—Pues saquen de la una lo que á la otra haga falta— les contestaba Salvador,—y vuélvanmelas iguales, comunes y corrientes, ni en olor de santidad ni apestando á azufre. ¡Que salgan como la mayoría de las chicas de sus años!

Emilia, pudriéndose allá en su fosa (poco visitada por el viudo y mucho por las huérfanas), tampoco podía ayudarlas ni aconsejarlas; lo que de ella restaba sobre la tierra: aquel inconcluso desnudo de su cuerpo retratado en la tela que se reseca y desvanecía en el caballete á los principios, de cara al muro ahora, cual si Salvador así la castigara por haberse muerto y dejándolo zozobrando, esos restos no podían escuchar los juramentos con que Luciano y Evangelina se ataban las voluntades noche á noche en el balcón del estudio, á unos cuantos pasos del cuadro cuya pintura se borraba de la tela, para luego borrarse, al igual de todos los que mueren, de la memoria de sus deudos. Y á Magdalena menos podía asistirle, pedirle que no asesinara su juventud, encancharle su fervor, apaciguársele, explicarle lo que ella creyó cuando viva: que Dios quizá ame más á las madres que paren que á las madres que rezan; no podía rogarle que la imitara, que á su semejanza fuese madre y esposa ejemplar, sin traiciones en la mente ni sonrojos en su rostro de mujer completa.

Y el tiempo, con su incesante transcurrir, daba término á la obra principiada por el desvío del artista; las niñas,

RECONQUISTA

tan sólo siguiendo sus inclinaciones respectivas, más se afirmaban cada día en su secreta resolución inquebrantable de llevarlas á efecto. Evangelina contaba con el esfuerzo de Luciano, comprometido á ganarse el título en un año y no en los dos que le faltaban; y Magdalena, con la ayuda de una amistad contraída en no se qué apostolado ó cofradía, con familia encumbrada y rica, entre cuyas buenas obras figuraba la de dotar novicias pobres que iban y profesaban en Italia y España, para tornar á México ya de monjas y engrosar las filas de los conventos tolerados por las autoridades, no obstante delaciones y denuncias de periódicos pseudo-jacobinos y librepensadores.

En éstas, sobrevino á causa de los amores con Carolina, la palingenesia de Salvador; pues si bien es cierto que Carolina mucho tardó en ceder y de muchas precauciones procuró rodearse para huir de una perdición callejera refugiada en el matrimonio con varón de su afecto y estima, cierto es también que una vez alcanzado el comienzo de su propósito, una vez entrada en relaciones permitidas y sancionadas, con el artista, desendó sus defensas y fiada sin duda en la caballerosidad de que alardeaba su elegido, fiada en su promesa solemnisísima, un tanto empujada por el querer al pintor que bajo juramento prometía para después de altares y jueces hogar legal y legítima dicha, se entregó al novio antes de las convencionales ceremonias, y al novio, como á casi todos los hombres en trances tales, se le enfriaron los fuegos y poco á poco apartóse por completo de la mujer crédula y débil que no había sabido resistirle hasta lo último. ¡La vieja historia!...

Con las mejores intenciones, Salvador escribió á don Florentino y celebraron una sola entrevista que bastó para que el anciano inválido otorgara su consentimiento á la solicitud de coyunda, en la que veía decoroso porvenir

F. GAMBOA

de su hija, aquella alma de su alma, que,—se empeñó el letrado en proclamar todo trémulo ante el artista emocionado:

—Me ha mantenido, amigo y señor Arteaga, materialmente me ha mantenido, como la joven esa que existe pintada en la Academia, Ud. ha de saberlo, Ud. que es allí catedrático, sabrá quién es su autor; yo únicamente recuerdo el asunto por lo que al mío se asemeja... ¿Ya recuerda á cuál cuadro me refero?... Un cuadro grande, de tamaño natural ó poco menos sus dos figuras; es un calabozo, de ventana de reja; en un camastro se ve sentado á un viejo flaco, de ojos hundidos, de luenga barba blanquisima, ¡como yo, vamos!... medio desnudo, pegando la hambrienta y desdentada boca al seno turgente de la hija, que lo amamanta igual que á un chiquillo... ¡igual que Carolina á mí!

No lo dejó continuar Salvador, ni él habría podido; diéronse las manos, en apretón viril de hombres que se comprenden sin necesidad de que melancólicas y humillantes palabras agraven una situación, grave ya de suyo. Y la entrevista toda fué así: desgarradoramente franca de la parte de don Florentino, que confió á Salvador hasta el adulterio de la madre de Carolina, génesis de sus males y desventuras; intensamente interesante para Salvador, en quien sus adormecidas ideas de nobleza y justicia despertaron sacudidas por aquel drama frecuente y vulgar, que á millaradas codeamos sin advertirlo. Y conforme interiorizábase de los acaecimientos, conforme reconstituía el pasado de esos dos proscritos de la dicha, la imagen de Carolina aureolábase con la pormenorizada narración del tiempo que llevaban de arrastrar calladamente cadena tamaña de desesperanza y de dolor; los pesados eslabones, sin embargo, se aligeraban en la fantasía del pintor, que los miraba

RECONQUISTA

subir por sí mismos y prenderse á la negra cabellera de la muchacha, en cuya testa heroica antojábasele que relucían é irradiaban á modo de gemas de sufrimiento, de diadema preciosa y rara que sólo las vírgenes fuertes ostentan, y que las otras, las vírgenes á medias en que tanto abundan las metrópolis corrompidas, no lucirán nunca porque prefieren las que todo el mundo compra con dinero.

¡Qué linda veía Salvador á su prometida y cuánto jurábase hacerla totalmente feliz, más por justicia que por amor—á pesar de que éste, acicateado por la señoril resistencia de Carolina, ofrecía realizar proezas de abnegación y de ternura,—para que hubiera alguien que al fin la recompensara del bregar prolongado, de la conservación de su pureza al través de asechanzas y peligros perennes! El, Salvador, la premiaría con su cariño; daríala el puesto á que ella por su comportamiento tenía derecho, y el ganancioso sería él que había urgente menester de una compañera que asemejándose á su buena Emilia, le evitase los tropiezos y malos pasos de su inseguro andar de artista que por ir viendo hacia arriba no atina á sortear las charcas y miserias que temporalmente lo ensucian y detienen. Y de llegar tenía, allá, muy en lo alto, donde termina el ascenso de los genios y la inmortalidad se afirma después de que estos laborantes regaron el enorme camino, de emoción y luz, de colores y sonidos, de ideas y líneas— así también vayan esparciendo sus vicios y defectos, sus irregularidades y caprichos, lo único que la miopía moral de burgueses y filisteos escarba y censura en los artistas, olvidándose de sus virtudes.

Salvador, enamorado y entusiasta, le disparaba esto y más, en nervioso discurso, al anciano inválido que se lo aprobaba con el gesto, con la palabra, con sus ojos despeñados y cegatones: ¡así sería!...

F. GAMBOA

Establecida la simpatía mutua; contestes los dos en el elogio de espíritu y cuerpo de Carolina (trabajando á esas horas en la fotografía y obligada á ocultar su ansiedad á los amos del negocio, á los compañeros de esclavitud y al público indiferente y pesado), don Florentino se tranquilizó; aquel individuo, hasta ayer ignorado y enemigo, demostraba ser un caballero sin tacha, medio estrafalario en algunas teclas, mas excelente en el fondo; lleno de fuerza; de talento, de confianza en sí mismo, de ansia nobilísima por ganárselo todo: ¡amor, renombre, fortuna!... todo lo que no habían disfrutado nunca don Florentino ni su hija; todo lo que al viejo no le importaba ya un ardite, hallándose cual se hallaba en la edad de los renunciamentos supremos á cuanto el mundo encierra; pero todo ¡ay! lo que anhelaba para su hija: que se la quisieran mucho—¡nunca sería lo que la quería él!; que el renombre del marido en ella se reflejara, y que el bienestar, eso de la fortuna no era sino fantasmagoría de enamorado... que el bienestar, aún desconocido para Carolina, tornárase en el inseparable compañero del esposo... La plática entre ambos varones, sublimábase; frases y palabras, por la alteza de miras que expresaban, como que brotasen aladas de los labios del pintor y de los labios del letrado. Los dos entendíanse en el pensar y en el sentir, hasta se desviaron un punto del objeto que habíalos congregado, pero pronto tornaron á él, á causa de un agudo dolor en los huesos del valetudinario, quien festivamente solía explicárselo á su hija, y festivamente se lo explicó ahora á Salvador, luego que hubo pasado:

—No es dolor precisamente ¿sabe Ud.?... Es cansancio de haber guardado tantísimo año una misma postura... ¡Desean descanso!...

No resultó festiva la explicación, al contrario; trájelos

RECONQUISTA

al sentido de lo real, por lo que de súbito, varió el cariz de la entrevista. Ya sabedor don Florentino de con quién tenía que habérselas, le hizo acercar su silla, bajó la voz y no le habló como se habla á los yernos que el amor de las hijas nos depara, nó. Ya no había suegro ni yerno, letrado ni artista; era don Florentino, un moribundo que dicta sus disposiciones últimas, sereno el espíritu y expedita el habla; era Salvador, un notario que escucha y apunta en la memoria las postrimeras recomendaciones de un testador que se va. En las tales, ya no se habló de consentimientos ó permisos, pues antes simulaba el pausado discurrir de don Florentino un testamento de quien, como él, sólo puede legar bienes de alma, que no todos estiman del propio modo. Le dejaba á Carolina, su tesoro único, tesoro de avaro que por años hase limitado á contemplar el crecimiento del caudal sin amenguarlo en un céntimo, únicamente recreándose en ver su oro, en acariciarlo con trémulo pulso, á solas y en el silencio, temeroso de que se lo descubran y arrebaten, noche á noche contándolo para cerciorarse de su integridad, atento á todos los ruidos, á todas las pisadas y á todos los ojos por miedo á que alguién olfatee la presea y en un instante lo despoje de lo que ha amasado y amasado durante toda una vida... Se la legaba á Salvador, garantizándole—¡cuánto había de recordar y repetir algún tiempo después Salvador tantas ternezas!...—que era oro puro, ¡purísimo!, él, él (*y el anciano se golpeaba su pecho húmedo de los años*), se lo garantizaba...

Ya no hubo órdenes, ni exigencias; había postreras súplicas, ruegos de enfermo grave, solemnes palabras de padre.

—¡Si Ud. no la malgasta, yo le juro que tendrá dicha para el resto de su existencia; porque no es fácil encontrarse con una mujer de sus tamaños!

F. GAMBOA

Con inmodestia que no lo perjudicó ante el amplio criterio de Salvador, don Florentino prosiguió el panegírico de la hija que se apercibían á quitarle, sin omitir calidad ni virtud, más bien abultando éstas, á fin de que aquel individuo, que no parecía una mala persona, ¡no señor!, acabase de justipreciar la joya que se llevaba.

—¡Quiérale Ud. mucho, amigo Arteaga, porque ella se lo merece, y porque yo, en breve, ya no podré quererla!...

Con sus miajas de cariño y sus llamaradas de deseo por la muchacha, y conmovido ahora por aquel sincerismo idolátrico del inválido, Salvador, de buena fe y con sanas intenciones, ofreció, prometió, juró cuanto le exigieron, honradamente, con firme ánimo deliberado y consciente, de cumplir los compromisos que espontáneamente contraía. Por supuesto que la haría dichosa ¡su palabra de honor!

—Y Ud. será el testigo íntimo de nuestra dicha—encarándose á don Florentino, que principia por negar con la cabeza y acaba asintiendo con sies entrecortados,—el que la compartirá con nosotros, porque así Ud. se empeñe, no nos da la gana que Ud. se nos muera tan pronto; á fuerza vamos á hacerlo vivir, y en lugar de las tristezas del sepulcro piense Ud. en el puñado de nietos con que he resuelto obsequiarlo; será Ud. abuelo, quiera ó no quiera, ¡no faltaba otra cosa!... Lo que Ud. echa de menos es su poquito de trabajo, y yo me encargo de conseguirsele; un *negociazo* de que me han hablado por ahí y que podrá dejarle unos cuantos pesos á este señor licenciado tan haragán y tan asustadizo... ¿A que yo le traigo salud y riqueza, don Florentino?...

Contagiado el viejo, púsose á reír como Salvador reía; y riendo á los dos se los encontró Carolina, de vuelta de su empleo, donde había contestado máquinalmente á un

RECONQUISTA

montón de preguntas, mientras pedía á Dios que de aquella entrevista decisiva saliese su ventura.

¿Por qué en lugar de ésta lo que salió fué su desgracia?... Pues porque la vida es así, traicionera é insensible, y porque Salvador, que inauguró las relaciones permitidas y benditas de antemano por don Florentino, estaba enardecido más que enamorado, y porque Carolina, de puro apasionada y crédula no supo substraerse á las exigencias de esa misma pasión y se dió al Elegido; que no parece sino que la mujer que ama á ello está condenada por misteriosa ley sexual. Si la prueba por excelencia que de su amor se le pide es la entrega casi irreflexiva de su cuerpo, ¿por qué ha de escatimarle si quiere de veras y además de querer, también siente y también es esclava de las vibraciones de la carne, que los hombres despiadadamente le excitamos con nuestra lascivia y perenne brama?... Ella, al darse, persigue y cumple su misión esencial de maternidad, de sér que lleva en sus entrañas los gérmenes de un mundo, sus hijos y los hijos de sus hijos, por siglos, por milenios... ¡Nosotros, sólo perseguiamos un instante del placer más vecino de la muerte!

Estas eran, éstas, las explicaciones que á sí mismo dábase Salvador después de la catástrofe, en las muchas noches que los remordimientos le hurtaban el sueño. Veía la escena: don Florentino, impedido, en su sillón, y confiando en Salvador por modo absoluto; pues en el fondo de todo viejo—y á pesar de la experiencia á tantísimos golpes aprendida,—palpita el niño que cree en muchas cosas increíbles, y con raciocinio y criterio perturbados, de niño por carta de menos y de viejo por carta de más, equivócase á menudo y no precave los resultados de los asuntos trascendentales. Añada usted que, en efecto, Salvador cumplió con la promesa de procurarle un negociito

F. GAMBOA

fácil, por el que le pagaban mensualmente la enormidad, en sus condiciones!, de veinticinco duros con los que no cabía en sí de júbilo, y orgullo sobre todo cuando al finalizar los primeros treinta días de muy llevadera labor (releer unos papeles judiciales más añosos que él y preparar un dictamen), sorprendió á Carolina con los veinticinco pesos que esparció por la mesa á fin de que simularan un fortunón, y se calculará si le habrían aumentado la simpatía y el cariño que Salvador le inspiró desde su visita de pretendiente. Luego, veíalo tan noblote y llano, tan caballero y sencillo, tan enamorado de su hija—á la que circundaba de halagos y miramientos delicados,— que, al sentirlo entrar, al oír su risa franca y su habla recia de hombre que no debe ni teme nada, con las que oreaba la vivienda, y de polvos y telarañas de tristeza antigua limpiábala, don Florentino reanimábase, le sonreía de lejos y de cerca le daba afectuosa bienvenida.

—¡Pase Ud. adelante, buena pieza, y déjese de escandalizar en el corredor, que protestarán los vecinos!

Infaltablemente aparecíase Salvador dos veces al día; antes de la una, con objeto de presenciar la llegada de Carolina y encaminarla después de la comida hasta el tranvía de la esquina de la calle; y por las noches, entre seis y siete, escoltando á su novia y armado de provisiones para la cena que con ellos compartía: cerveza, latas de conservas, fruta de California, dulces y golosinas de «El Globo». Concluida la cena, él substituía á Carolina en la lectura del periódico, que, en ocasiones, enzarzaba á los dos hombres en serios altercados, á propósito de creencias:

—Lo único que Ud. necesita, amigo Arteaga, para no tener defecto, volver á la fe, creer en Dios...

—Abogado, no nos metamos en honduras, que lo derroto y me lo llevo prisionero...

RECONQUISTA

—¿Derrotarme? ¿Ud?...—replicaba don Florentino, en-gallándose,—¿Ud?... Ni Ud. ni todos los que como Ud. des-graciadamente discurren. A ver, venga la derrota, ¡ven-ga!... ¡No es tan sencillo, con sólo palabras huecas y teorías mal digeridas, derrotar á un creyente!... ¡Ataque usted!...

Y se liaban al fin, de verdad, hasta que Carolina sose-gábalos dulcemente, alarmada de lo que con discutir se inflamaban y de que discutieran las cosas sagradas, las cuales, según ella, no consentían discusiones ni dudas.

—¡Ya está, ya está!... ¡que me disgustan los dos!... ¡Y á este sabihondo (*por Salvador que se reía en los ojos de Ca-rolina*) ya veremos si no le quito antes de un año esas he-rejías que hasta feo me lo vuelven! ¡Prepárese, Salvador!... (*Delante de don Florentino jamás se tutearon.*)

Otras noches, en que la familia cubana iba á visitar al letrado y á su hija, hacíase la tertulia en la sala, nunca pasando de las once; y en prenda de la reconciliación del creyente y del incrédulo, éste conducía á aquél en brazos, desde el comedor.

—Para que no acabe de sofocárseme, abogado, con tanto argüir, y no porque Ud. no pueda valerse, que si á esas vamos—decíale Salvador con la mira de que el enfermo, por su pudor de hombre, no se sintiera humillado con su impotencia creciente,—dentro de poco, me gana Ud. á correr.

Al igual de cuantos lo trataban, también los cubanos habían sido conquistados por el pintor; y le festejaban sus ocurrencias, y la señora insinuó que sería la madrina de la boda, y Virtudes ayudaba á Carolina á coser su ropa, su *trousseau* humildísimo de desposada, y Pepe Diaz recordábale lo del busto de Maceo que Salvador teniale pro-metido en *terra-cotta* para cuando lo terminara un escul-tor de talento, predilecto amigo suyo.

F. GAMBOA

Porque el matrimonio se aproximaba; apenas si faltaría un par de meses para su celebración; ya el templo estaba elegido, modesto, en el barrio, la capilla de los Josefinos; ya Salvador había llevado á sus dos hijas á que conocieran á su madrastra futura, y las escasas amistades de uno y otro contrayente, hallábanse al cabo de lo cercano del enlace. Nada más una nube persistía en el cielo de los novios: la resistencia de Carolina á renunciar su empleo de la fotografía, no obstante los enojos y ruegos de Salvador; una resistencia obstinada, testaruda, que sacaba de quicio al galán.

—¿Por qué no lo dejas, si yo te lo suplico? ¿No ves que hasta me avergüenza el que se sepa que á mi novia, la que va á ser mi esposa, yo le consiento que siga trabajando, que cualquiera le hable y me la desee, que sirva al público, á los descorteses, á los señoritos galanteadores?... ¡Entra en razón y compláceme!... ¿Renunciarás?...

—¡La vispera de que nos casemos! Te lo juré, y nada de lo que hasta la fecha te he jurado, he dejado de cumplirte!... Dame gusto tú; trabajando me conociste y te enamoraste de mí, ¿no es cierto?... Pues déjame como hasta hoy he vivido, trabajando, sin que nadie; ni tú mismo! pueda echarme nada en cara, no obstante que siempre he tenido que servir al público y habérmelas con esos señoritos galanteadores de que hablas. ¡Anda y pregúntales qué han obtenido de mí! Tú mismo, ¿qué obtuviste?... Y eso que á ti te idolatro, que te quiero tanto, que ni atino á medirlo!

Fuera de esta divergencia, que á las veces distanciábalos materialmente, Salvador y Carolina bordaban planes de su existencia de mañana, á solas en la salita, después de la cena y de que Carolina, conforme á su piadosa costumbre, había desnudado y arropado en su cama al pobre

RECONQUISTA

viejo; contaban los días que faltaban aún para ser el uno del otro y acabar sus vidas, juntos y queriéndose, en el amor y en la dicha. En ocasiones, don Florentino—que tardaba en dormirse y que se despertaba al menor ruido,—bromeaba con ellos, desde su rincón:

—Sean más prudentes ¡descarados!, que hasta aquí me entero de lo que se prometen y proyectan en sus cuchicheos...

Y ellos, felices, cogidos de las manos, celebraban la interrupción con risas, con amenazas de ir y tener esos cuchicheos en su presencia.

¿Por qué, pues, de súbito viniéronse abajo los actos y propósitos de una ventura duradera? ¿Por qué, Señor, la catástrofe se produjo si todo hacía prever lo contrario, si Salvador era un caballero y Carolina una virgen de roca?...

Ello fué que cierta noche, ya al marcharse Salvador, despidiéndose con la pasión de costumbre, con aquel beso en los labios que poníalos sombríos y silenciosos por lo que les revolvía en las entrañas el mutuo deseo insaciado; cuando en la salita sólo oíase el precipitado latir de los corazones enamorados y el flébil respirar lento del padre inválido; cuando en los pensamientos de ambos no se anidaba, perceptiblemente á lo menos, ninguna idea torcida; cuando la dicha soñada quedábales ya al alcance de sus manos, tendidas á esa propia dicha y fatigadas de lo que habíanse afanado por llegar á asirla, surgió para los dos el instante demoníaco que destruye é infama toda una vida de virtud y de honra; la línea imaginaria é invisible ¡más tenue que los hilos más tenues!, que una vez transpuesta, nos echa del otro lado de los buenos, de los poquisimos justos que antes de salvarla, allí se sacrifican y perecen.

De improviso, sin palabras de una parte ni resistencias

F. GAMBOA

de la otra, suelta la bestia que dentro de nosotros nutrimos; calladamente, inopinadamente, como se llevan á término los dos grandes misterios trágicos del amor y de la muerte, Salvador cayó sobre Carolina... El macho brutal, tantas veces triunfador, cayó sobre la virgen casta, tantas veces resistente; y allí, en el sofá en que se posaran las esperanzas y los ensueños, á unos cuantos pasos del anciano que dormía, allí, en el mueble vulgar é inapropiado, más calladamente todavía, con miedo á que los delatara el menor ruido, Carolina sofocando los dolores y Salvador asesinando los besos, allí se consumó el desfloreamiento, ¡como quien roba, como quien hiere, como quien mata!...

¡Qué despedida la que siguió, Dios mío! En cuanto en sí volvieron de su doble pesadilla sin remedio, sonrojáronse entrambos, y mudos, sin mirarse, Salvador se deslizó cautelosamente hasta la puerta caminando de espaldas, pero sin ver á Carolina, que, sentada ya, habíase cubierto el rostro con las manos, en las rodillas los codos, deshecho el peinado de su cabellera opulenta, sollozando muy piano, pianísimo, en actitud de duelo supremo. Adonde miraba Salvador espantado, era á las tinieblas del cuarto del viejo, quien continuaba en su sueño débil y en su respirar lento, á pesar del drama acabado de representarse á distancia bien corta de su impotencia y de sus canas. Hacia allí miraba Salvador trastabillante, hasta que acertó á fugarse, quedísimamente.

—¿Qué hay?...—inquirió, sin embargo, don Florentino, desde su cama, al sentir que abrían la vidriera.

Y la visión última de Salvador, porque se petrificó de oír la voz del enfermo, fué la de Carolina irguiéndose y respondiéndole en su voz natural y dulce, ¡á costa de Dios sabría qué inaudito esfuerzo!...

RECONQUISTA

—Nada, padre, duérmete... ¡Es Salvador, que se va!...

—¿Qué hora es?—volvió á preguntar don Florentino, merced á la ignorada causa que mueve á averiguar á todo el que despierta la hora en que se halla.

—Las once menos cuarto—contestóle Carolina así que dió con su relojito, que oscilaba pendiente del bejuquillo y fuera de su sitio.

Salvador no vió ni oyó más, porque echó á correr por media calle, consciente de que había causado un gran daño y jurándose el enmendarlo, borrarlo al siguiente día, en cuanto hubiese luz y él viese clara la situación que ahora no atinaba á explicarse en sus orígenes, determinantes, detalles y resultados. Ahora, únicamente atinaba, por instinto de malhechor, á poner tierra de por medio con la secreta esperanza de que el delito quedase inadvertido, de que nadie sino los dos cómplices lo supiese; pues —y aquí contuvo su carrera,— Carolina era víctima pero era también cómplice: los crímenes de amor, indispensablemente requieren para su perpetración, de dos personas. Y este descubrimiento antiquísimo le proporcionó alivio grande, cual si él fuese el descubridor y la mitad lo menos de la responsabilidad que lo afligía, se evaporase y desvaneciera. Siempre intranquilo, hasta con sobresaltos de acosado, se refugió en su casa, experimentando á sus umbrales una invasión de afecto hacia sus hijas, hacia Emilia muy particularmente, hacia la que hoy sí se reconocía culpable de infidelidad legítima.

Y esa noche, á raíz de la comisión de su delito, por el cual, sin embargo, y así lo anunciara á gritos en tribunales y plazas, nadie declararíalo justificable, Salvador durmió profundamente; según es fama que duermen los que trucidan por la primera vez.

A su despertar, algo le minoró resquemores la resurrec-

F. GAMBOA

ción, medio dormido aún, de su victoria de la víspera; la satisfacción, meramente animal de haber gustado un cuerpo joven y una carne inviolada, con encantos entrevistos y palpados apenas, de nuevo le cerró los ojos, para que no se evaporara. En seguida, el despertar completo, y la razón que le sacudió la memoria y le pidió estrecha cuenta de sus actos... El día íntegro, con vacilaciones. De un lado, la conciencia, inflexible, exigiéndole un inmediato cumplimiento del deber; del otro, la cobardía y el anémico sentido moral perorándole, felicitándolo por la proeza, ministrándole las arterias y argucias de que hay que echar mano para ganar las malas causas. Conforme el día discurrió, afirmose el propósito honrado de enmendar el yerro, de enderezar el tuerto, de precipitar el matrimonio á cualquiera costa. Carolina era buena, mejor que muchas, aun después de su flaqueza; Carolina queríalo de verdad; él estaba seguro de que lo haría dichoso... ¡Pues, á casarse con ella...

Y, so pretexto de atender á los preparativos de la boda, en los que poco se ocupó, no pareció á la una por la casa de la novia, sino que se fué á comer de fonda, con amigos.

—¿Cuándo es el casorio?—le preguntaron á los postres expansivos.

—¡Va largo, va largo todavía!—les contestó, sorprendiéndose de oír su propia respuesta. ¿Por qué decía que iba largo, si tenía resuelto que fuera en breve?

En la tarde, lanzose en pos de Covarrubias, el novelista, su íntimo, y le buscó la lengua á fin de que le repitiera la doctrina schopenhaneriana sobre el «Genio de la Especie», tan discutida y comentada por ellos. Y Covarrubias la repitió, con sus ribetes de burla, por no ser de sus adeptos; habló del tal «Genio», el componedor de todos los desafueros de esta naturaleza; el que disculpa la violación

RECONQUISTA

de las vírgenes, los adulterios y hasta los incestos, porque de lo único que se preocupa es de que la especie se multiplique y crezca por cima de nuestra moral acomodaticia é imperfecta, de nuestros enanos convencionalismos que exigen antes del acto el asiático perfume de los incienso y la firma de funcionarios, para que á las criaturas que nacen se las pueda diputar por legítimas y con derecho á que las leyes las protejan... El «Genio» se ríe de este galimatías puro, de estas pequeñeces de la humanidad pequeñísima. Lo que el «Genio» pide es que haya individuos, siempre más individuos en infalible aunque lenta peregrinación hacia el perfeccionismo absoluto, hacia el *Superhombre*, según decimos hoy día—acentuó Covarrubias, golpeando en un cenicero el extremo apagado de su tabaco, luego reencendido con lentitudes de fumador experto.

—Con ello fácilmente comprenderás—signió explicándole á Salvador,—que no hay que reparar en si tal individuo nació de lo que nosotros, las hormigas, denominamos matrimonio civil ni matrimonio canónico; lo que se reclama es que nazca, de donde pueda, de parientes, de novios, de casados, de viejos ó jóvenes; que nazca de ayuntamiento carnal, apasionado, de varón y de hembra; ¡el resto es indiferente!

Hízose de noche, y Salvador, mareada la cabeza é intranquilo el ánimo, se apostó donde cuando novio se apostaba en espera de Carolina; deseaba observarla después del sucedido y hablar con ella, que todo lo sabía, antes que con el pobre letrado, que todo lo ignoraba.

Mecánicamente puntual, al sonar las siete salió Carolina acompañada del reducido rebaño de hombres y mujeres que trabajaban en la fotografía; despidióse de ellos y dobló á la derecha, por su rumbo, cual noche á no-

che doblaba: erguida la testa bellísima, recto el busto opulento y cadenciosamente ondulante su andar, breve y menudo. Al descubrir á Salvador, detúvose, reflexionando lo que debía hacer; después, continuó acercándose, en línea recta, con la resolución que la caracterizaba, dilatada la nariz y un tanto fruncido el ceño, muy pálida, grave.

Adelantóse Salvador á encontrarla y le tendió la mano sin hablar, impresionado ante la mudanza de su semblante apenado.

—¿Me guardas rencor?—le preguntó en voz baja, entrando con ella en el callejón del Espíritu Santo, á cuya esquina acostumbraban montar en el tranvía.

Y á fin de escapar á miradas y suposiciones de la gente que á tales horas anega con su bullir las calles céntricas, Salvador y Carolina pegáronse al escaparate de la litografía que allí se encuentra, cual si mucho les interesaran las resmas de papel, los cromos, almanaques y tinteros que se exhiben detrás del cristal iluminado.

—¿Me guardas rencor?—volvió á preguntarle Salvador frente á la tienda.

—¡Ninguno!—le replicó Carolina honradamente.—¡Tú no tienes la culpa, la tengo yo!...

Salvador, que no contaba con tan excepcional salida, sino con lágrimas, recriminaciones y reproches, se sintió humillado. La actitud de la muchacha, como que le arrojaba encima el peso todo de la falta que ambos habían cometido. Vióse más pequeño que ella, más cobarde, y sin hallar frase apropiada para la situación, con algo de acritud en su amor propio herido, preguntó tontamente:

—¿Y seguirás queriéndome... á pesar de ello?

—¡Yo, sí!—le dijo Carolina con idéntica firmeza que antes.—Quien no seguirá queriendo, serás tú... (*Aquí*

opacósele la voz y se fijó muchísimo en un limpiaplumas del aparador.) ¡Quizá á la hora de ésta no me quieras ya!... Y por un segundo, se estremeció todo su cuerpo.

—¿Que no te quiero yo, dices?... ¡Te juro que sí! ¡Te juro que te quiero más!...

—Eso se verá—murmuró Carolina, concisa siempre,— ¡cuando cumplas tu palabra empeñada!

¡Demonio con la chica! ¡Pues no lo anonadaba á él, el hombre, con cada una de sus respuestas aceradas y lacónicas!

Los tranvías, continuaban desfilando por la calle del Coliseo Viejo; Salvador y Carolina habían perdido dos ocasiones el de Santa María; cuando se acercaba el tercero, preguntó Carolina:

—¿Vienes á casa?...

Y se encaminó adonde el tranvía recoge pasajeros, frente al hotel de «El Nuevo Mundo».

Por suerte, el tranvía iba repleto, y un desconocido cedió su asiento á Carolina, quien quedó incomunicada con Salvador, muy magullado entre los demás hombres que llenaban la plataforma. ¡Cómo le golpeaban las sienes con la descomunal pelea que libraban su honradez antigua—la que no admitía componendas ni otra línea que la recta,—y su honradez moderna, la que en el lugar de aquélla habíale fabricado de consuno: la escuela, los amigos, principalmente el medio, la ciudad agusanada y pútrida que todo lo consiente, que todo lo conlleva, y cuyos pobladores saben, á fuerza de garrulería remendada y grotesca, disfrazar de inocencia ó de ignorancia, de influjo ó resultante, lo que hasta ayer no más se denominaba con calificativos duros y apropiados! Luchaba, además, entre su deseo por Carolina—sólo exacerbado con el acaecimiento de la víspera,—y la vieja teoría implacable de que es

F. GAMBOA

aventurado el dar uno su nombre á la que nos ha dado su cuerpo, y hasta su alma en ocasiones. Acarreaba exultantes: ¡era cruel imponer madrastra á sus hijas! Evocaba recuerdos: los de Emilia, en su parte grata; los de la vida conyugal, en las partes defectuosas en que por naturaleza propia abunda el vínculo...

Y la idea maldecida, la villanía y ruindad seguían mareándolo conforme el coche tragaba calles, deteniéndose en cada esquina á tomar alientos y viajeros... ¿Quién le aseguraba que Carolina, con la entereza y resolución que la animaban, no le saliera, una vez afianzado el matrimonio, cual salen tantas de mejores antecedentes?... ¿No dicen por ahí que cuando la madre pecó, también la hija, á la corta ó á la larga, comete igual pecado?... El mismo don Florentino, ¿quién podía afirmar lo que hubiera sido?... Cierto que á él, á Salvador, dóñale el alma de abandonar á la muchacha, pero, ni el primero ni el último, y ya ella se consolara, ó la consolarían pronto... Siquiera, dejábales por vía de compensación un medianejo recuerdo: aquellos veinticinco dureses, que aún se prolongarían por varios meses... Y antes de reaccionar, con la especie de fiebre que nos impele á ejecutar lo que sabemos que es malo; con la celeridad y cautela de los rateros, en una esquina obscura Salvador se apeó del tranvía, máquinalmente casi, hasta volviendo el rostro para cerciorarse de si alguien lo había empujado, ¡tan entontecido sintióse en cuanto dejó el vehículo!...

Mas el tranvía siguió corre que te corre, iluminadísimo, repicando su timbre sonoro, ignorante de lo que conducía á su bordo, ciego á pesar del foco delantero, cuyos haces de luz huían para que las ruedas no los despedazaran sobre los rails relampagueantes de acero bruñido...

Tuvo Salvador que asirse al muro, que cerrar los ojos,

RECONQUISTA

arrepentido de haber muerto á una alma, aun cuando no creyese en ellas.

En los días que sucediéronse, ni don Florentino ni Carolina dieron señales de vida; ni una palabra, ni una carta, nada; lo propio que si la tierra, sin aspavientos ni ruidos, se los hubiera tragado. Esto acreció el remordimiento de Salvador, púsolo en intranquilo é irascible estado de ánimo. ¿Qué querría decir tal silencio, ese olvido tan definitivo en la apariencia? Por dos ocasiones, aunque recatándose hasta lograr que no lo vieran, Salvador espío las entradas y salidas de Carolina, anhelando no encontrarla, para de ese modo medio explicarse su actitud rara y atribuir á viaje ó á enfermedad el silencio y el olvido que estaban atenaceándolo. Y no lo logró. En las dos ocasiones, descubrió á la muchacha puntual, yendo á trabajar á sus horas reglamentarias, recorriendo los rumbos de costumbre para marcharse á casa, siempre la misma, sin que ni Salvador advirtiera en su continente y apostura el menor indicio de la herida incurable. Si le dolía, ¡qué valientemente ocultaba los dolores! ¡cuánto no se restregaría el rostro para borrar las trazas de las lágrimas quemantes!... Apenas si lucía como novedad unas ojeras profundas y negras que antes la embellecían que afearla, y con las que sus ojos parecía que fueran enlutados por qué se yo qué tristezas enraizadas muy adentro y vislumbradas con espanto por entre las pestañas encantadoras. No caminaba igual que antes, sino como caminan los que tienen interés en no descubrir á la despiadada indiferencia de los extraños las cicatrices ocultas de sus cuerpos victimados.

A no haberse declarado por aquellos días el incendio amoroso en que se abrasaba Evangelina, lastimado Salvador por la exagerada dignidad de Carolina, habría ido á

F. GAMBOA

pedirle perdón y á cumplir su palabra empeñada con el pobre viejo enfermo, que en su sillón moriase poco á poco. Pero las llamas de su propia casa lo forzaron á sofocar éstas primero y á posponer para más tarde la solución de su conflicto sentimental.

Evangelina no cejaba; habíale declarado á su padre que casaría con Luciano Pagaza, su novio, que, hombre ya, por cariño á ella tenía realizados prodigios, en cuenta, haberse recibido de abogado estudiando dos años en uno solo, y consiguiéndose el empleo de secretario en un juzgado federal del Estado de Chiapas, donde vivirían tan felices.

De balde resultaron las iracundias de Salvador, sus sentimentalismos y atinadas reflexiones; Evangelina no oía de ese lado, y—manifestó muy resuelta,—si no le otorgaba el indispensable consentimiento, aguardaría á su mayor edad, pero casaría con Luciano. Temeroso Salvador de que el «Genio de la Especie» hiciera otra de las suyas si tal espera se prolongaba, al fin consintió en la boda, aunque de malísimo grado, y los dos muchachos casaron y se partieron llenos de ilusiones á colgar su nido en Chiapas, á proseguir en el rincón salvaje de la comarca apartada, los primeros juramentos de infinita ternura formulados en el balcón del estudio del artista. Prometieron escribir á menudo, en cuanto arribaran á su destino.

Y se fueron de la mano, como chiquillos que se aperci-ben para emprender, sin soltarse, una larga carrera.

La noche del viaje de los recién casados, Salvador se recogió tempranísimo, consolándolo el pensamiento de que aún quedábale otra hija, la mayor y predilecta. Se la encontró de hinojos, rezando en su reclinatorio, abstraída y ferviente.

—¡Ven, Magda!—le gritó Salvador dolorosamente im-

RECONQUISTA

presionado por lo que la marcha de Evangelina significábale: una segunda poda en los grandes carifios de su vida. Y cuando Magdalena se le echó encima, á llorar con él por la viajera á quien irían comiéndose á besos, Salvador, acariciándola, le dijo:

—Tú si me quedas, tú si que no me abandonarás nunca, ¿verdad?...

Magdalena, por no mentir, esquivó el contestarle, en tanto que Salvador, al contacto de su hija silenciosa, dudó de que le quedara para siempre. En cambio, por inexplicable asociación de ideas, se imaginó á Carolina abrazando también, deshecha en lágrimas, á su padre inválido, que no acertaría con la causa de ese llanto; y con miedo sincero, Salvador pensó en que quizá lo que nunca abandonaría sería el remordimiento que ya se le instalaba en la conciencia, como inquilino de perpetuo y seguro domicilio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE

I

—¡Allá voy á callarte, condenado, allá voy!...

Y entreabriendo los ojos, hinchados de sueño, Salvador se incorporó en su modesto catre, y con un codo hincado en las almohadas, aguardó el resultado de su amenaza.

La de todos los días; en vez de que el zenzontle se callara, signieron sus gorjeos y aletazos dentro de la jaula colgada en la habitación contigua, siguió su silbar montañés y melodioso con que saludaba á las auroras que por rendijas y vidrieras se entraban en el estudio calladamente; en vez de que «Netzahualcóyotl» callara—con este nombre estaba bautizado el pájaro,—aparecióse á la puerta del dormitorio, enarcando el lomo y con la cola erecta, el otro compañero del pintor, el «Obispo», un corpulento y obeso gato atigrado, al que Salvador brindara pan y techo, muy recién trasladado á éste su nuevo domicilio de la calle de la Canoa, en que el artista vino á parar todo maltrecho y desesperanzado á raíz del abandono de su hija Magdalena, que lo echó por la calle de en medio, sin familia, sin creencias; una bancarrota moral que ya duraba casi dos años.

Esta del alba era su hora más triste; á ella lo despertaban los dos únicos seres que guardábanle compañía en su soledad tétrica, no importándoseles que hubiera

F. GAMBOA

trasmochado ó que no se sintiese bien, nunca censurándole su conducta ni afeándole sus procederes.

Era la hora en que se le venían á la memoria su vida mancada, sus ídolos rotos, sus amores muertos. Tan espantosa resultábale, que en más de una ocasión tornó á cerrar los ojos para que la pesadilla se disipase pronto. Nada quedábale ¡nada! En el cementerio, el polvo de su Emilia; en la conciencia, un intermitente torcedor por la seducción de Carolina, también al parecer tragada y devorada por la tierra; en un salvaje rincón de Chiapas, su hija casada y madre ya, escribiéndole de vez en cuando cartas melancólicas de persona que no es feliz, y en un convento de Roma, su otra hija, Magda, monja al fin y muerta para el mundo y para él, para él principalmente, que la había idolatrado tanto, que tanto la lloraba por las noches, á solas con su retrato y con su recuerdo... ¿Con qué objeto, pues, seguir viviendo la vida que él vivía?...

Entonces abría bien los ojos, restregábaselos, y en paños menores, por ahuyentar congojas, íbase al estudio á descorrer, escoltado por el «Obispo», la cortina que estorbaba el entrar de la mañana, y á dar á «Netzahualcóyotl» desayuno y agua, á tiempo que contemplaba, nostálgico por todo lo perdido, los cielos grises como su espíritu, de los amaneceres de nuestro valle. Friolento, regresaba á acostarse en unión del «Obispo», que se hacía un ovillo á sus pies; ordinariamente Salvador dormíase de nuevo, no más allá de las ocho, en que se levantaba á lavarse, á apurar el café que él mismo calentaba en lámpara de alcohol, y á compartir sus bizcochos, desde la vispera comprados, con el fiel «Obispo», que, hilando, hilando, sentado en la grupa, no apartaba sus pupilas de ágata del jarro de la leche ni de la mano del amo, que le arrojaba migas. Si era día de aseo en la vivienda—miércoles y sábados,—saliase

RECONQUISTA

Salvador á la azotea, al sol, sacando el zentzontle y el gato, que no se llevaban mal, en tanto que la portera, venida desde sus regiones remotas, entrábase á levantar gran polvareda, á repartir trapazos y á contarle al artista—que la oía apenas—la madeja de chismes que á manera de telaraña deforme envolvía la complicada casa de vecindad, ó las dolencias de su hombre (carpintero de oficio, pero ocioso y borracho de profesión), quien no encontraba trabajo para soportar la carga de la pareja y la de la chiquilla que, como erupción, habíales nacido de su enlace. Si no era día de aseo, también sacaba Salvador á la azotea—que venía á ser patio y vestíbulo á la intemperie de su morada,—al «Netzahualcóyotl» dentro de su tosca jaula de *carrizos* en que lo había comprado, y al «Obispo», recogido enteco y hambriento de esa misma azotea cierta noche en que llovía á cántaros y en que Salvador, muy amigo de animales, dolióse del gato y le brindó asilo, que el otro retribuía en moneda de cariñoso agradecimiento. Luego, ventilaba estudio y dormitorio si no tenía que marcharse á su cátedra—en el cual caso sólo el estudio quedaba abierto, pues él arreaba con su llavin,—y se ponía á trabajar frente al caballete que ya no sustentaba los cuadros de otrora; hoy sustentaba lo que produce dinero inmediato y se sancocha á las volandas, sin estampar firma ni encariñarse con el asunto y la factura, sin pensar en renombres ni glorias, el «contrabando del arte», según el propio Salvador denominaba la faena. Más á menudo, poníase á la mesa en que comía y desayunaba, y en la que iba leyendo los libros que se había propuesto leer: mucho de historia de México, bastante de filosofía, un poco de socialismo y su más de novelas rusas y dramas escandinavos; toda una biblioteca, prestada en su mayor parte, cuyo jugo prometíase exprimir y aprovechar, mezclándolo á la expe-

F. GAMBOA

rimentación suya de su país y de su vida; desesperanza y ciencia que habría de trasegar del cerebro á las cuartillas que venía escribiendo sin disciplina ni concierto, y que algo abultaban amontonadas en un ángulo del mueble espacioso, entre restos de cena, botellas de cerveza ó «tequila», y los retratos de sus gentes: Emilia, de novia; Magda, de monja; Evangelina, de mamá, con el crío en el regazo, y Carolina, de doncella enamorada, ¡que enamorada y doncella estaba cuando con su fotografía lo obsequió, á los principios de sus tristes amores!...

¡Qué caer, Señor Dios, qué rebotar contra las peñas y las rocas de la sociedad en que vivía, de sus *hermanos* y *compañeros* de arte, de casi el entero grupo envenenado y diminuto de los intelectuales de la ciudad virreinal y empeataada!... Claro que el principal culpable era él, demasiado que se lo repetía de palabra y pensamiento durante las horas y horas que permanecía confinado en su encierro, hasta las del anochecer, que, empujado por misteriosa fuerza que su voluntad desahuciada y macilenta no podía contrarrestar, volvía al grupo y con él participaba de su existir morboso y ruín de cerebrales que así quisiesen volar, cual en los comienzos de sus vidas de artistas, les es imposible ya desplegar las alas no recogidas á tiempo, y ahora rotas, enfermas, sucias de arrastrarlas por las sospechosas antesalas ministeriales, por las inmundicias de los periódicos sin conciencia, por los fangos de la adulación á próceres legítimos y á los que sin serlo lo aparentan más que aquéllos; próceres á quienes han tendido las liras, los cinceles y las notas en demanda humildísima de un salario por el que no haya que devolver trabajo, pareciéndose en ello á los pordioseros, con salud que disfrazan y con fuerza que ocultan, que en los atrios de las vetustas iglesias catedrales tienden las manos y vuelven á tenderlas, aunque se

RECONQUISTA

las rechacen ó los menosprecien, á fin de que en ellas caiga la lluvia tibia de las limosnas que permiten tornar á la inacción y los vicios, mientras las almas se enlutan por la vergüenza muerta. Y en las lenguas los acíbares, en el mirar los odios, la obra soñada no nace nunca, sino que se esconde en los repliegues internos donde no penetra el cieno con que voluntaria ó desdichadamente nos emporcamos las epidermis; la obra impoluta, la soñada, metida muy adentro, cansada de esperar los años y los meses, nosotros sumergiéndola más, prometiéndole y prometiendonos que alguna vez hemos de sacarla á luz, en cuanto estemos limpios, sin remordimientos, envidias ni rencores.

No obstante que Salvador de coró sabíase que sus *amigos* odiábanlo por solitario, productor y fuerte, ya no podía tener comercio sino con ellos. La inquina que les adivinaba, no reconocía ninguna otra causa; pues sus defectos y desastrado vivir, aquella modorra de su sentido moral, con mayor ó menor hipocresía también en los otros abundaban. Intimó con Covarrubias, el novelista, un tipo tan independiente como él y á quien tampoco perdonaba el grupo el que, amén de la venta de sus libros, disfrutase de bien retribuido empleo en el «ministerio de la Gobernación»—cual el propio Covarrubias designábalo por pueril madrileñismo.—Covarrubias acabó de ilustrar al pintor acerca de la guerra sin cuartel que entre sí se libraban los literatos.

—Somos los peores ¡creémelo!—le decía,—peores que ustedes y que los músicos, tremendos en su escala. Los menos malos son los escultores, gracias á que haciendo las cuentas en regla, resultarán dos ó tres; si más fueran, nos igualarían...

Luego entraba en detalles, le pormenorizaba sucesos, explicábale fenómenos casi inverosímiles de odio. Parecían lobos, que partidos á correr por ancho sendero en pos de

una buena pitanza sobrada para todos,—cual sobraba el sendero para que todos holgadamente lucieran facultades y ligereza,—por ser lobos, en lugar de correr peleaban á dentelladas y zarpazos, y en vez de arribar al término de la carrera, los que pudieran y lo mereciesen, conformábanse con devorar al que tropezaba acosado por la camada que sólo hacía causa común con tal objeto: deshacer al que revelaba desde el arranque, piernas más ágiles y pulmones más robustos; desagregándose en seguida, á fin de morder al vecino y de arañar al distante.

—¡Fíjate bien—insistía con Salvador,—supuesto que te ha pegado la chifladura de escribir sobre estas cosas, descuidando tus pinceles, con los que realizarías algo muy superior á lo que escribas! Fíjate y verás cómo no te exagero un ápice y cómo, de veras, nosotros, los de la pluma, somos los peores, entre otras cosas, porque sin ser todavía los que debiéramos, si somos los más, el núcleo múltiple, metiendo poetas, prosadores, diaristas, dramaturgos y saineteros. Todos, y en esto no nos diferenciamos de ustedes los pintores y músicos, le tiramos al empleo del gobierno, ¡absolutamente todos! igual los nacidos aquí como yo, que los provincianos como tú, ¡no hay excepción!... Y los opositores que andan por ahí, sólo lo son en tanto permanecen alejados de este festín del presupuesto que regala cubiertos á todas las condiciones sociales; que posee en su maravillosa vajilla y *argentería*, desde la cuchara de oro con monograma y escudo para las primeras partes, hasta la de palo, desgastada pero suave, para los comparsas... Y lo raro es que no hemos tenido un solo gobierno, á partir del virreinal, que no emplee literatos y de ese modo proteja á su manera las letras patrias... ¿No lo crees?... Pues registra los anales del diluvio de administraciones; hurga en nóminas de empleados, empezando por ministros y aca-

bando por meritorios gratificados, y ya te darías de santos con poseer en pesos duros los cientos y millares de nombres de gente de letra que hubiera perecido de inanición y dejádonos sin sus lucubraciones, á no ser llamados por los gobiernos á los banquetes del tesoro, ¿qué opinas de este dato?... No por ello vayas á suponer que todos los gobiernos lo hicieron á sabiendas, ¡no hay que calumniar á nadie!... Hiciéronlo, por herencia goda en primer lugar—el literato chupando las ubres de una administración es hábito tan español como el puchero ó las alpargatas,—y en segundo, porque allá á los principios del éxodo hispano, no se disponía aquí más que de curas, militares y aficionados á las letras... ¡sí, hombre, te juro que sí, yo he estudiado el punto!... Pero como los militares no se ocupaban sino en cuartelazos y pronunciamientos, y los curas en ayudarlos, los letrados únicamente—si el nombre no te llena, lo cambiamos ¡y en paz!—podían desempeñar el lado civil de nuestra existencia de soberanos, ¿qué tal?... Cual pulpos se agarraron los malditos á cargos y empleos, y éstos, ¡asómbrate!, aún llegaron á transmitirse de padres á hijos... Sí, sí, como lo oyes ¡de padres á hijos!...

Atajábale Salvador, que no gustaba de verlo caer en la tecla chocarrera, y que pedía seriedad para tratar del tópico; pedía que el literato le prestara toda su observación de novelista—que no es la misma que la del pintor, por mucho que entrambos pinten,—pero sin desfigurarla con la exageración y el gracejo:

—Sigue hablando en serio, tú, como principiaste, que precisamente esa manía de echarlo todo á la broma es la dolencia aguda del país, ese querer con un chiste arreglar los problemas que más debieran de amedrentarnos...

—¿Que en serio te hable de esto, Salvador? ¿de nuestra situación artística y sociológica, es decir, que te hable

F. GAMBOA

en serio de nuestra situación nacional?... Vaya, hijo, vaya, no desbarres ni te entres en el caletre destornilladas ideas ¡por lo que más ames!... ¿No ves que si en serio habláramos, de verla tan anormal y tan sin rumbo, terminariamos llorando ó nos volveríamos locos de no poder remediarla ni atajarla siquiera, á pesar de tus pinceles tú y de mi pluma yo?... Recobra el juicio, soñador, y riéte, hombre, rie, como me rio yo cada ocasión en que pienso en nuestros problemas insolubles, mientras no, mientras... ¡ea, que no me da la gana!... ¡Alárgame un cigarrillo!...

—¡Cobarde!—replicábale Salvador después del breve silencio en que con la mirada habianse contestado á una porción de preguntas,—¡cobarde, que por miedo á perder la pitanza en el ministerio, no te atreves á escribir en tus libros lo que ves y lo que piensas! Rompe esa pluma que sólo te sirve para firmar los recibos de tus sueldos, y antes que intentar una obra nueva, quema ya las publicadas, por inservibles...

—Oye, oye, apóstol y futuro mártir, ¡ten la lengua!, que ni en mis libros publicados es todo paja para quienes lean entre líneas, ni me arredraria el que me declararan cesante de por vida á causa de un libro que algo remediará nuestra condición. ¿Quién te ha contado que empleado es sinónimo de esclavo? ¿Dónde consta que al que le pagan un sueldo, á cambio de un trabajo, se le obligue á pensar igual que el amo? ¿De cuándo acá los gobiernos de ninguna parte se han atrevido á formular exigencia tamaña?... Si adviertes que ello así sucede, atribúyelo á lo que es de atribuir: á nuestro envilecimiento progresivo como individuos, pero no á un derecho del gobierno y á una obligación correlativa del empleado. Enhorabuena que se me destituya por incapaz, ó por delincuente, si delinco; mas porque piense ó escriba con distinto criterio del de los que

RECONQUISTA

arriba me quedan, si éstos me sitian por hambre, sería la última, y más perderian ellos que yo ¡te lo protesto!

—Pues entonces, ¿por qué no lo has hecho?... A ver, ¿por qué?...

—Porque no nos hallamos suficientemente preparados todavía; porque todavía no sabemos leer, sino deletrear, y mal; y porque ese público diminuto, tú, yo, diez ó doce que diz que nos preocupamos de estos asuntos, no compraríamos el libro redentor llamado á arrancarnos la venda, y el autor, luego de silbado, no tendría con qué comprarse ni una caja de fósforos...

—¿Y tu empleo, del que no habian de despojarte?...

—Me lo quitarían ó no, ¿qué sabemos?, pero con empleo ó sin empleo, habria yo predicado en desierto...

—De eso tienes miedo, de éso, de que te priven del empleo, y por ello ahogas dentro del cerebro la palabra que alienta, el capítulo que consuela, el libro que liberta. ¿Querrias, como todos queremos, que el público agotara tus ediciones, una tras otra, muchas, muchas, y que en el ministerio fueran ascendiéndote, hasta ministro, hasta nuncio, hasta Papa! ¡Ah! imita á tus maestros, anda, aquí los tienes, te los sabes de memoria á tus autores rusos; ve, cual ellos, de tu hogar á Siberia; de tu gabinete de trabajo, al látigo; y llega á la gloria literaria, al apostolado ese que me atribuías sarcásticamente, al través de los presidios y de los destierros; de las cadenas y de los azotes; de la locura y de la muerte... Entonces, el mundo, ¡entérate bien!, el mundo, maldecirá á quien tal te hizo, y tú, la víctima, supervivirás á tus victimarios y á los siglos; te eruirás en mármoles y en bronce en los pueblos libres, y en los pueblos oprimidos, oculta, pero devotísimamente, como si rezaran, leerán tu nombre, tus páginas inmortales que nadie podrá destruir y que á modo de electuario

F. GAMBOA

supremo, nada más con prometer la aurora que esperamos todos, curarán las viejas heridas de los que vienen padeciendo la negación del Derecho y el escarnecimiento de la Justicia... ¿Qué más quisieras?...

—Te repito que no es tiempo, para mí a lo menos. Acaba tú esa obra, con la que te propones dejar pasmados á propios y extraños ¿qué agnardas?...

—¿Qué aguardo?... ¡Tener fe, perseguir un ideal; que los desengaños de mi vida me devuelvan los ideales y la fe que me hurtaron mis maestros y mis semejantes sin dejarme, en retorno, más que vacíos inmensos que no atienden á llenar, y una desesperanza que me lo ennegrece todo! Si fuera yo un creyente, como creyente eres tú, ya mi libro correría impreso; ya habría llegado á quien lo destino, al pueblo, á este pueblo nuestro, ignorante, sucio, vicioso, que es el único llamado á salvarnos, porque vicioso, ignorante y sucio cual lo vemos, es todavía una fuerza dormida, aletargada, ¡lo que quieras!, pero fuerza al fin, y fuerza enorme, que sólo ha menester de un Cristo que le diga: «¡Levántate y anda, hacia la reivindicación y hacia la luz!...»

—Pues trata de creer...

—No, si de tratar, bien que trato... Hasta espero que el día en que ya no pueda seguir creyendo en los demás, en la palabrería hueca con que se aturden y nos aturden, volveré á creer; me noto síntomas ¡mi palabra!, pero cuando pretendo fijarlos, se me desmoronan, se me van, y en su sitio me queda la garrulería nacional. ¡No es uno de balde el descendiente de una raza jactanciosa y el hijo de un país retórico!

Y al llegar aquí, ambos callaban por el adquirido hábito de no ahondar en los problemas trascendentales, ni dejar ver completo nuestro modo de pensar; hábito que es de

RECONQUISTA

rigor en toda esta Hispanoamérica tan perseguida de antaño por inquisiciones religiosas y por inquisiciones laicas. Callaban ambos, y se contemplaban al través de las nubes de humo de sus cigarros y al través de sus respectivos ensueños que habían estado á punto de confiarse en el ahora destartalado estudio de Salvador, el cual no lucía ni la mitad de armas, curiosidades, tapices y cuadros que luciera en la casita de Flores; casa pasada á terceras manos al cabo de dos hipotecas dilapidadas por el artista en buen amor y compañía de sus «hermanos» de cantina y de sus «compañeros» de parrandas y devaneos. Levantábase la sesión íntima, con una paradoja del pintor que gustaba de repetirla á los contados fieles que continuaban frecuentando con afecto de veras, su sociedad de hombre sin dinero:

—Convéncete, hombre, de que yo he sido una excepción, dado que al empobrecer, en vez de bajar, he *subido*.

¡Así era! Su domicilio quedaba en la azotea de la casona antigua, complicada y curiosísima, que aún se yergue con apariencias de perdurar ¡Dios sabe cuántos años más!, en los mismos medios de la calle de la Canoa, en la acera que mira al Norte.

Hay en su piso bajo, á entrambos lados del zaguán ancho y enano, de portal decente, una mueblería de viejo (la clásica especialidad de la calle), y un almacén de pianos nuevos con cierto lujo aderezado, que á las vegadas, cuando los compradores de tales instrumentos prueban sus voces, derrama notas y arpegios por el inmueble todo, que parece se las tragara por las puertas y ventanas de sus innumerables viviendas, según lo pronto que aquéllos se desvanecen y apagan, aun los acordes más fuertes y prolongados. Portal adentro, está el primer patio, espacioso, de losas, con barandales floridos á uno y otro lado, colma-

F. GAMBOA

dos de macetas, de jaulas con pájaros, de niños que ríen y juegan. Al fondo, la escalera, doble á su principio, sencilla después de la meseta, yendo á parar á las viviendas de arriba, que es lo mejoreito de la casa, hasta aquí análoga á todas las de su casta. Donde se singulariza es en los interiores, que los posee, y complicadísimos, tras el lienzo de fábrica, pintarrajeado bárbaramente—una especie de jarrón coreano con plantas y flores, de forma y coloración tan especiales, que alarmaría al más valiente, si, por dicha, no se mirase desconchado á trechos y al descubierto sus entrañas de cal y arena—que hace de fondo á la escalera bifurcada.

En el segundo patio, la cosa cambia. Es el tal, mayor que el primero, sin piso de losas ni corredores floridos; tiene el piso de tierra surcada por arroyos de aguas sucias y jabonaduras dndosas, que salen de las distintas habitaciones y van á dar al desagadero, junto á la pila de chorro corcovado y perenne,—en el que se encrespan y riñen y espumajean, asistidas de las basuras é inmundicias arrastradas en su correr indeciso rumbo á la cloaca y á lo negro. En lugar de corredores floridos, vense rejas de palo numeradas á modo de celdas penitenciarias, desgonzadas, con los barrotes remendados, dando acceso á las viviendas baratas. En las azotehuelas de cada quien y en el patio común, abundan los tendederos de ropa, que se orea oscila y se escurre, y bajo los arcos de la escalera del fondo—que aquí comienza por ser sencilla para bifurcarse en su meseta única, á la inversa de la del patio de «los ricos»—lava el mujerío la ropa propia y la ropa ajena, en medio de gran algazara, de chapotear de agua y gnerrear de lenguas. En este patio número dos, pupulan perros flacos y chiquillos ventruados y mal pergeñados, descalzos, de enmarañadas cabelleras salvajes.

RECONQUISTA

Los que habitan el piso alto, son de muy superior cultura: gente venida á menos, empleados de salario mezquino ó artesanos de jornal crecido; personas que se asean, que leen, que sufren con el patio ese que deben cruzar varias ocasiones al día.

Luego de subida la casi monumental escalera sin techumbre de materia ninguna pero en cuyo descanso, y clavada al recio y elevado muro liso que limita la finca, osténtase una imagen bendita, con lámpara de aceite pagada á turno por los vecinos y un marco de madera que intemperies, lluvias y soles van comiéndose poco á poco; luego de entrarse, á la izquierda, en el segundo piso, por una especie de tránsito, y de ascender una escalera más, desvencijada y angosta, de súbito, transponiendo una puerta que carece de batientes, respirase: ¡es la azotea!... despejada, tranquila, sin ruidos, con el cielo arriba, y abajo, á vista de pájaro, la ciudad, íntegra, como un sueño de esplendor y grandeza; ocultas sus lacerias, la roña de sus pobladores, lo inmundo de sus arrabales, todas sus tristezas y todos sus defectos; sólo viéndose sus alturas, sus torres, sus cúpulas, observatorios y chimeneas humeantes, los edificios modernos de muchos pisos y las arábigas azoteas, cortadas á cercén, de la gran mayoría de sus casas; viéndose sus pocos árboles urbanos, las distantes alamedas, las lejanías de sus montes color de esmeralda de la cordillera que la ciñe y defiende, y, allá, remotos, con perpetuas nieves en la cúspide de sus moles zarcas, los volcanes, que constantemente la amenazan y constantemente la embellecen.

En esa anormal azotea, Salvador encontró alojamiento, una de las cuatro habitaciones iguales que se alzan á su frente, mirando á la calle con sus ventanas de fotografía ó de estudio de pintor, amplias y á vidrios cuadrados, de

F. GAMBOA

cara al Norte. En un periquete alistó su mudanza, que el individuo á cuyas manos había ido á parar la casita de Flores, ansiaba instalarse en el riente y coqueto nido levantado por la enamorada perseverancia de Emilia, y urgía la desocupación; pobre vivienda, vendida en menos de la mitad de su precio, gracias á la incuria de Salvador en pagar los réditos de las hipotecas con que la gravara. Salvador, en el fondo, perdía la finca con estoicismo de verdad. ¡Qué demontres! ¿No se nos va de un golpe ó pianito, lo que á nuestra alma alegraba, lo que hacía feliz á nuestro cuerpo, lo que más queremos y lo que más necesitamos?... ¿no se nos van, descontadas las ilusiones que son manjar de chicos, las esperanzas más arraigadas y asequibles?... ¿no nos vamos nosotros mismos?... Pues entonces, ¿á qué consentir nostalgias ni morriñas, las murrias que de tiempo en tiempo atacábanlo mientras se dió á la tarea ingrata de extraer muebles y deshacer su estudio, malbaratando lo que se sacaba para liquidar comelitonas y momentáneas alegrías de daifas y vino?... ¡Noramala sensiblerías y arrumacos! ¡á desclavar cuadros, y curiosidades, y tapices; y á empaquetar los cuatro leños de que para vivir solitario había menester! El catre de Magdalena, la hija partida al claustro; el ropero de Evangelina, la hija casada y á centenares de leguas; el lavabo de Emilia, su esposa muerta, y unas sillas de Emilia, y la pila de agua bendita de Emilia, que utilizaría, ya acostado, como cenicero, y el vaso de Emilia... y todo lo de Emilia, que ¡á pesar de la muerte! en acompañarlo persistía.

Recién instalado en su empinadísima vivienda de la calle de la Canoa, tardó en ordenar las dos únicas piezas que la formaban. ¡Cuántos días las cosas permanecieron por los suelos, envueltas, empolvadas, en espera de un momento de ánimo que nunca arribaba, que no arribó sino

RECONQUISTA

después de que los contados amigos que le restaban descubrieron la huronera y de ella sonsacábanlo; después de que su propio y creciente escepticismo siguió cegándole sus viejas preferencias y sus gustos viejos, y obligándolo á continuar la sangradura de los bultos que atesoraban tapices, curiosidades y armas; por los desgarrones inferidos á tientas, asía lo que quedábales aún de arte y de valor, á fin de darlo al traste en los «empeños», y con su exiguo rendimiento marcharse adonde se marchaba noche con noche: á acabar de envenenarse el espíritu con los intelectuales sus *hermanos*, y rematar luego en el vino y en las daifas... ¡Maldita fraternidad ésta!

Lo que se decía á sí mismo en sus horas de lucidez, cuando «Netzahualcóyotl» y «Obispo» lo despertaban, lo que él se decía:

—¿Estará perdido en México todo lo bueno?...

Y con el pensamiento, para que ni sus dos animales lo oyesen y fueran á entenderlo si con los labios se contestaba, contestábase que sí, que casi todo lo bueno estaba perdido, lo mismo en México que en su propio individuo; ambos caminaban, tambaleantes y ciegos, á quién sabe qué abismos de ruina; ambos, obedeciendo á idéntica causa: esa carencia absoluta de sentido moral que á uno y á otro afligía, esa falta de ideales de todo género; ni religiosos, ni políticos, ni artísticos, ni sociológicos; esa abulia individual y nacional en que la nación y sus hijos agonizaban lentamente, lentamente—como son casi siempre las agonías de las grandes enfermedades incurables.—La falta de cohesión y de rumbos, el inmoderado afán de lucro, he ahí lo que esquilmba á la patria, lo que la hería pedazo á pedazo, lo que la dejaba á merced de riesgos y peligros... Sí, casi todo estaba perdido, y lo que nó, estariarlo en un año, en diez, en cincuenta; hasta la juventud de las escue-

F. GAMBOA

las, que en todas partes debiera de ser el vivero de lo noble y de lo sano, aquí perseguía el negocio, el enriquecimiento y la holganza, sin amar el título, ó el estudio, ó la ciencia, sino el metal, el influjo, la concesión ventajosa para ellos, aunque á la larga resulte ruinosa para el país... ¡Bah, el país, la patria! ¿qué significan?... Son vocablos huecos, palabrería de románticos, antiguallas que la *gente seria y práctica* ni menciona siquiera porque en las edades modernas y en los cerebros pensadores, califique eso de convencionalismo, de abstracción subjetiva y sin enjundia, que á la primera embestida del análisis se desmenuza lastimosamente... Salvador lo palpaba más mientras más se hundía él en ese precipicio de retórica con que sus amigos los *intelectuales* contagiabanlo; ¡nada de ideas estrechas ni mezquinas!... las patrias se borrarán, se borran ya y reabsorbían en las nacionalidades poderosas de las razas despiadadas y atléticas que hoy marchan á la cabeza y son ejemplo de bienestar, de salud y de cultura.

Y en estos despertares suyos, tan de mañana, antes que la metrópoli se desperezase de su tranquilo y brevísimo dormir, —el vicio y los viciosos apenas si le consienten que medio se repose unas tres horas, de las dos á las cinco,— en estos sus despertares, Salvador, ante el silencio de las cosas y de los seres, se acobardaba, y comenzando por su propio individuo, tan plagado de laceras, no paraba hasta el país íntegro que auscultaba con maravillosa exactitud y precisión, con una clarividencia tan precisa, irrefragable y lógica que á él mismo lo aterrorizaba. Igual que en un período de sonambulismo ó alucinamiento profético, Salvador adelantábase á los años y á los hechos, y sin asiento en que apoyarse, presenciaba sobrecogido la catástrofe final que se cernía sobre esta tierra suya á la que idolatraba, y á la que, sin embargo, no sabía, ya no digamos

RECONQUISTA

libertar—que obra de romanos habría sido,—nó, ni advertirla á lo menos de los peligros que corría y del horroroso fin que la aguardaba si sus hijos no le tendían la mano. Veía el desastre, sus orígenes y causas, que, otros como él, muchos, muchísimos, los sabían y los callaban cobardemente, egoístamente, dejando que la nacional dolencia se agravara hasta no ser posible, en lo humano, hallarle remedio; veía los resultados de las causas y orígenes, los síntomas siempre más alarmantes de la llaga interna y de la erupción al exterior, y, á pesar de ello, permanecía inactivo y mudo, como los otros, que también estaban enterados. Sentíase, además, cómplice de este suicidio lento de la nación y de sus hijos, supuesto que en vez de dar el grito de alarma; en vez de correr una madrugada de esas á las torres de la Catedral y tocar á rebato para que advirtiendo á la ciudad capital, el país entero quedara advertido, en vez de pintar el cuadro aquel que tantas enseñanzas contendría, ó de escribir aquel libro que denunciara el peligro, en vez de eso, dejaba que el país empeorase... y el país se encogía de hombros frente al naufragio individual de Salvador, el país, incierto, caminaba sin curarse del pasado y sin curarse del porvenir... y él, Salvador, bebía, se encanallaba, perpetraba crímenes cual la violación de Carolina, abandonaba el trabajo que redime y el arte que enaltece, perdía la cátedra de la Academia, y, contaminado del asfixiante medio, continuaba peñas abajo ¡aquí me hiero, allá me rompo!, sin preocuparse de dolores ni desgracias, anhelando muy en lo recóndito acabar de una vez y no legar nada á nadie, ni libro ni cuadro; pudrirse bajo el polvo; agusanarse y desaparecer sin que lamentaran su desaparecimiento, después de haber vivido, lo más que se pudiera, esa vida porcina que vivía, á fin de ser igual al país y sus hijos... ¡Si al

menos no le hubiesen amputado desde la escuela su creencia en Dios, su creencia en el alma!... pero, vaya usted á lograr que en los estercoleros renazcan las violetas... Crecerán ortigas y cicutas; y esas sí que crecían, hasta dentro de sí mismo. De dondequiera que cogiese la cosa, á la fuerza paraba en el corazón, que era el enfermo; el corazón suyo; el de los que como él aún dábanse cuenta de que el derrumbe amagábalos; el corazón de México, que, en ocasiones y en un lenguaje extraterreno, sin palabras ni voces, cuando mucho se lo estrujaban sus hijos parricidas, diríase ¡ay! que se quejara con sus cielos preñados de nubes negras, con el viento que en las noches silenciosas y solemnes pasa, gimiendo de veras, por entre bosques y desiertos, con el agua que de sus cordilleras baja y se derrama con apagado rumor de llanto y de sollozo...

—Vaya «Obispo», salta á la cama, ¡anda!, que estoy perdiendo un tornillo—decíale Salvador á su gato.

Y el gato acudía al reclamo, venía de donde estuviera, frotando su espina enarcada contra aristas de muebles y filo de puertas, la cola recta y casi inmóvil, hilando roncamente sin abrir el mostachoso hocico, desde que escuchaba el acento de su amo. Hincaba luego las uñas de las manos en la lana de las mantas revueltas del lecho, y de un brinco ágil, en el lecho se tumbaba á que Salvador le rascara el vientre, y él morderlo y rasguñarlo, hilando roncamente, hilando, hilando...

«Netzahualcóyotl», por su lado, desgañitábase desde su jaula, en solicitud de alimento y mimo, y Salvador volvía á la realidad y volvía á su cama á reconciliar el sueño, en tanto los desmayados *Angelus* que en los templos nacían y el terco llamar á las primeras misas, adormecíanlo confiado—si la visión del artista había sido muy

intensa,—en que alguien ya, con aquellos repicares, anunciaba los riesgos que se arremolinaban por encima de la ciudad dormida y del país aletargado.

A su segundo despertar, tornábanle en ocasiones sus afanes de antaño por trabajar y el ansia de hoy por regenerarse con sus pinceles y con lo que sabía que llevaba en el cerebro, no obstante su vivir y su pecar; muchos cuadros, muchos, alguno inmenso, que sin embargo no atinaban cómo nacer y en la tela eternizarse, y únicamente se traducían en pinceladas vulgares, una que otra genial, que acababan por sacarle las lágrimas á los ojos, que obligábanlo á reclinar la cabeza impotente en el borde del caballete, ó bien, enfurecíanlo, lo levantaban del asiento, lo hacían recorrer el estudio, enloquecido, blandiendo el tiento, blasfemo y maldiciente; ó rasgar, á puñadas y á coces, el lienzo encuadrado, concediéndoles la razón á sus amigos y á sus hermanos, que, por lo bajo, y anónimamente en los periódicos, le negaban que fuese tal artista, que nunca hubiera sabido pintar ni diera trazas de llegar á saber, y urdían en su contra un despiadado vacío alrededor de su obra, larga ya y no inadvertida por críticos imparciales y remotos, de otras partes, que ignoraban al hombre y sus defectos.

¿Por qué se ensañaron contra él los suyos, los que lo abrazaban, los que mentíanle amor y aplauso? ¿por qué?... Él jamás varió; siempre fué el mismo: leal, generoso, crédulo; jamás traicionó á nadie ni á nadie intentó privarlo de su pedazo de sol y su pedazo de fama ¡al contrario!...

¿Por qué, pues?... ¿Por sus defectos y vicios?... ¿Pero si se los debía á ellos, á todos!... ¡Si él había llegado de su hogar lugareño y sencillo, con el cuerpo fornido y el espíritu sano!... Caso que alguien debiera de estar enconado,

F. GAMBOA

era él, él, cuya desgracia grandísima—¡ahora palpábala!—estribaba en haberse puesto á trabajar á sus solas, sin demandar arrimo á esta camarilla ni atender las pasiones de la de más allá. Ahí estaba su desgracia, en haberse puesto á engendrar y producir, aislándose en su rincón y sin curarse de troyanos ni de tirios; en que le hubiera importado menos que uno de sus propios bledos, el que ellos, ¡los intelectuales de la capital de la república nada menos!, entre sí se detestaran y á matar se tirasen sus grupos enemigos, desde revistas y diarios, los que en diarios y revistas disfrutaban de influjo ó de acceso, y los que nó, desde los mostradores y mesas de cafés y tabernas, donde los de uno y otro bando concedíanse treguas para beber y degradarse juntos... breves horas en que gracias al alcohol, fingíanse reconciliación y afecto, olvidar lo pasado, sólo preocuparse por la conquista de las alturas del Arte, constituidos en falange incontrastable de inteligencia y refinamiento.

Y Salvador mantúvose siempre á distancia de esta farsa que lo estomagaba y de aquel odio que lo entristecía; Salvador, desde su rincón, siguió engendrando y produciendo su obra de varón que no há menester de teatralerías para demostrar que es hombre á las derechas, de los que dejan hijos robustos, así sean feicitos y encogidos, cerriles y sin fafalaes.

Tal debía de ser la causa del desvío á que hoy teníanlo condenado, hoy, que tanto necesitaba de consuelo á fin de minorar los tumbos de su caída implacable. Como no podría pintar todo aquello, de ahí su afán de estamparlo en un libro, al correr de su pluma bravia, sin estilo, ¡concedido!, pero respirando las páginas lo que sus cuadros respiraban: ¡verdad y vida!

Entonces, metiales mano á los pliegos amontonados en

RECONQUISTA

la mesa del estudio, é hincaba en ellos la pluma con tan reconcentrado furor, que el papel desgarrábase, como la tela, y ni el cuadro ni el libro prometían concluirse. La mañana sí que se concluía, acercábase la hora del yantar y del aguardiente coreado con los perpetuos *hermanos y amigos*; y aunque Salvador jurábase que no los buscaría más, que ese día sería el último, al filo de la una se marchaba, previa una espolvorada de su pergeño, rumbo á la cantina en que los otros, ya instalados, recibíanlo al igual que siempre, afectuosos, conversadores, festivos.

Más que su casita de Flores, ¡parece mentira!, echaba de menos su cátedra en la Academia, de la que lo despojaron con mucha mayor violencia y con mucho menor anuncio que de su inmueble. Una mañana, de cobro de quincena por cierto, lo llamaron de la dirección cuando él salía del aula con su acostumbrada escolta de discípulos que de verdad lo amaban y con quienes luego de terminada la clase continuaba departiendo de belleza y de colores; con quienes soñaba en voz alta de persuasión y de confianza sus sueños artísticos más recónditos é irrealizables, y en cuyas juventudes sembraba la porción de semillas sanas que raramente dejan de echar raíces hondas; discípulos que le llamaban «maestro», en el noble sentido del vocablo, y que como á tal lo seguían y escuchaban guardándole compañía desde la escuela hasta el taller, en grupo atento que aplaudía sus doctrinas ó á boca llena le festejaba observaciones y agudezas, con escándalo de las gentes que en la calle debían ceder la acera, para no ser magullados, á aquella docena de melenudos distraídos. De la dirección llamaron al pintor y en la dirección se personó, sin sospechar lo que el llamamiento iría á significarle.

—Arteaga—comenzó el director, intentando suavizarle

F. GAMBOA

la nueva con melosas sonrisas,—mi querido Arteaga, ¡hoy es día de malas noticias!...

—¡Quíá!—replicó éste sonriente.—Hoy es día de «quin-cena» y por consiguiente, de júbilo... ¿Le ocurre á usted algo?...

Sí, que ocurriale: no saber cómo notificarle la noticia. Atascándose aquí y tartamudeando allá, por fin, dióselá; tenía encargo del ministro de pedirle su renuncia, con la compasiva mira de no dispararle una destitución que por igual perjudicara á Salvador y á la escuela.

¡Válgame Dios, y la puñalada que sintió Salvador al oír aquello! Quiso, primero, que se le repitiera punto por punto el ministerial acuerdo, y lo escuchó entre movimien-tos afirmativos de su cabeza, como para que mejor se le entrara en ella y dentro se le quedase esculpido. Luego, se recogió en sí mismo, cabizbajo y serio, mirando el ta-pete que se extendía á los pies del sofá de Viena en que el director repitió la orden, y por remate, muy ronco, res-pondió:

—Pues de renunciar, no renuncio... ¡Vean Uds. cómo me echan!...

Ante su inesperada resistencia, el director se creció, un punto:

—Peor para Ud., amigo mío, porque entonces será des-tituido, mal que nos pese al señor ministro y á mí, pero el acuerdo es terminante... Se dice por ahí que Ud. observa una conducta...

—¿Qué significa eso, por favor? ¿que no sirvo para el puesto?...—inquirió Salvador, angustiadísimo.

—No, amigo Arteaga, muy lejos de ello—repúsole el director.—Se habla de su conducta moral... ¡Vamos, Ar-teaga, no me obligue Ud. á concretar!

—No, si ya puede Ud. guardarse el resto, que, con per-

RECONQUISTA

dón sea dicho, ¡no me importa ni jota! Es que creí que Uds., ¡no se ofenda Ud., señor Orellana, ni lo tome 'á mala parte!..., ¡creí que Uds. me declaraban incompetente en mi oficio!—Y francamente rompió á reír, y más franca-mente aún rompió á hablar:

—Verá Ud., señor Orellana, verá Ud. por qué ahora, menos que antes, me inclino á renunciar, ¡así me maten!... Verá Ud...

Y el señor Orellana, por contemporizar, hubo de tra-garse, íntegra, la catilinaria del artista despechado, quien, en su habla viva y pintoresca, soltó cuanto se viene á los labios de un hombre independiente y de poderoso intelect...o pervertido en sus ideas fundamentales aunque no camine muy derecho por las demás callejuelas de los con-convencionalismos y de las hipocresías, cuando le asestan un golpe que no esperaba y que le destruye sus creencias en la justicia y en el derecho. A raudales le brotaban las pa-labras, ora silbadoras cual irritadas sierpes, ora melan-cólicas y blandas cual sepultureros de mutiladas victorias y de ídolos rotos. Flagelaba, en ocasiones, á los gobiernos y á los individuos que los forman, por in-justos, por igno-rantes, por arbitrarios y perversos, fundándose en que el gobierno-abstracción no existía, en que sólo existen los que se escudan tras esa palabra que á modo de vulnera-ble coraza, lo cubre todo: á veces, el Gobierno, lo es un rey, un sultán, un presidente de república, un czar, algo respetable y grande, y á veces, el gobierno es el publicano, el gendarme, el licitor, el covachuelista, algo vulgar y ruín, sin responsabilidad ni criterio, tiránico y despiada-do que tritura ó aplasta; las camarillas, los privados, los que medran y vencen, amparados á la sombra de los de arriba, á quienes se aproximan por las infamias y las ba-jezas...

F. GAMBOA

—No lo digo por Ud., señor Orellana—se adelantó á afirmarle Salvador, cuando el otro iba á meter baza y á atajar la pedrizca,—lo digo por los que yo me sé... y que usted también sabe!

Sarcástico ahora, volvió á la carga, y diseñó sangrientas caricaturas de personajes encumbrados, más viciosos que él ¡á todas luces!, y sin la atenuante suya: ellos llevaban, amén de sus vicios, el cerebro hueco, y él, Salvador, nó, llevaba vicios, pero llevaba talento:

—Sin modestia, director, la verdad pura.

El director, poniéndose en pie, enseriado y grave, dió punto á la lluvia de denuestos oposicionistas:

—Basta, señor Arteaga, Ud. sabrá lo que hace!...

—Rogar á Uds. que violenten mi destitución, porque sin ella, no hay quien de la cátedra me saque.

Poco hizose esperar; á las veinticuatro horas de lo hablado, la destitución le llegó dentro de cubierta alargada y con todos los requilorios: «Secretaría de Justicia é Instrucción pública.—México, á tantos de tantos, etc.»; lo de rigor en casos tales. El pliego fué crucificado en el taller, y aun desfigurado en su redacción: la palabra «Justicia» aparecía tachada, y la palabra «Instrucción» en «Destrucción» convirtióla, diz que—solía decir,—para ejemplo y escarmiento de futuros candidatos al magisterio de la belleza.

Y lo que es su destrucción propia, si que se acentuó á partir de la destitución de la Academia por él idolatrada desde su arribo á la capital, cuando mozo, á la que más amó conforme más la frecuentaba, en la que entró triunfante, decidido á realizar prodigios artísticos de palabra y de obra, los que por dentro bullíanle mientras fué feliz, y de la que lo habían expulsado por inmoral en su conducta privada, porque alguien propaló, sin duda,

RECONQUISTA

su triste hazaña con Carolina... Así asegurábasele Covarrubias:

—Damas encopetadas movieron influjos poderosísimos para que en desagravio á esa pobre niña de la Colonia de Santa María, te plantaran de patitas en la calle... ¡Más vale que la sepas!

Por los ojos de Salvador pasó una nube perceptible—¿de remordimiento?... ¿de cariño aún no extinto?...—y durante unos minutos dió á su amigo la callada por respuesta; que ni con Covarrubias mencionaba nunca el sucedido. Airado, luego, desatóse en improprios contra todo lo creado, señaladamente contra las cosas divinas (que nada tenían que ver), y contra cosas y personas de gobierno (á las que maldito lo que les importaría esa ira). Así andaba el país, ¡claro!, entre curas y faldas...

—Yo soy muy libre de meterme con cuanta mujer me venga en mientes, si ella lo tolera; y de no volver á casarme, aunque mis desmanes con alguna lo reclamen, ó aunque sus vengadores naturales, si los tiene, me metan cuatro tiros por seductor y vagabundo ¡muy bien metidos!... Pero un ministerio, según tú me lo afirmas, ¿por qué diantres ha de convertirse en el enderezador de los tuertos que causen sus dependientes?... No puede ser, hombre, te digo que no puede ser. ¿No ves que yo seré muy inmoral y corrompido, y al propio tiempo muy buen pintor?... A mi no se me contrató para la cátedra de Historia Sagrada ni para edificar, con mi ejemplo, á colegiales crecidos que de coro se saben las cuatro reglas; me contrataron para la cátedra de paisaje, ¿estás?... ¿A qué escarbar, pues, en mi vida privada, si á nadie le debo cuenta de ella?...

Ahí, Covarrubias, salíale al encuentro y en convencerlo esforzabase de que sí debemos ¡todos! rendir cuentas, y

F. GAMBOA

estrechísimas, á Quien se halla por cima de todo lo malo y á cada cual discierne lo que se merece...

Blasfemaba Salvador de que el novelista le opusiera argumentos tan infantiles y quebradizos, «los que,—afirmábale,—ya nadie con dos dedos de frente tomaba en serio.»

Enzarábanse en el altercado, que, á poco, agriábase y en pelea de verdad transmutábase, allí, en el destartado estudio polvoso, sin más testigos que el «Obispo»—que ni pizca se preocupaba con tal disputar,—y «Netzahualcóyotl», que, siempre prisionero en su humilde jaula de carrizos, aleteaba, iba y venía por sus travesaños y silbaba sus trozos mejorcitos, los montaraces nunca olvidados á pesar del cautiverio y de la residencia ciudadana. Covarrubias, sin embargo, cedía el primero, y solemne, emplazaba á Salvador:

—El milagro te arrancará la venda, el milagro de que hoy ries, pero que á la fuerza se te presentará en una ú otra forma ¡ya lo verás! Bueno es que sufras lo que sufrés, y mejor que sufras más aún... Sin duda, no te creas que es poco caritativo mi deseo, ¡al contrario! Las almas del temple de la tuya, de eso han menester, de un castigo en relación con su fortaleza... Tú no eres sino un descarriado, ¡mal que te pese! Y tornarás al redil, vaya si tornarás!...

—Pero, Julián — interrumpiale Salvador, — ¿adónde se te va el sentido cuando hablas de estas cosas? ¿Cómo es que no las escribes en tus libros?...

—Porque el camino de los libros es más dilatado que el de los cuadros; los libros necesitan andar mucho para producir su efecto, años de años, y hay que principiar por atraerse al lector, por fabricarse un público á fin de luego decir lo que decirse debe, lo que uno se ha pro-

RECONQUISTA

puesto decir desde los comienzos... Mas, volvamos á tu caso, para acabar, ¡ea!, que no quiero reñir contigo; tu caso es igual al de la mayoría de los incrédulos teóricos, y teóricos lo son casi todos ¡créeme á mí!, vale decir, de muy fácil de cura. ¡Sufrir, sufrir, y sufrir!... sí, aunque se te salten los ojos y me supongas chillado; sufrir, que es la panacea por excelencia para los males del ánimo... El día en que ya no tengas á quien volverte, ni esperanza en que reclinar tu cabeza, ni fe en que apoyarte para concluir tu peregrinación de la cuna al sepulcro, ese día, fatalmente, te volverás á Dios y sentirás que floreces, por dentro; y las espinas de afuera no se te hincarán más en tus pobres carnes doloridas, ó si en ello persisten, ya no te harán el daño que solían ¡qué han de hacértelo!... Por eso me alegra que en la justicia adores, que amés al pueblo, que proyectes cuadros de prédica y consuelo; y me alegra también que te rebeles cuando tú, ó la justicia ó el pueblo padecen. ¡Padezcan más ellos y tú más que ellos, y la reacción será próxima y definitiva!... ¡Anda, criatura, anda, coge tu paleta, y, mirando hacia lo alto, pinta lo bajo, lo que sufre, lo que gime en eucarística espera de la hora infalible de las reparaciones! ¡Pinta á tu pueblo, pinta sus dolores y congojas, las injusticias que lo ahogan!... ¡Anda, busca el alma nacional, búscala entre los miserables y necesitados de educación y de moral, de pan y creencias; búscala bien, que allí palpita y allí la hallarás!... ¡Bobo, que sólo con querer hallar esa alma inmensa, no sabes que has encontrado ya la tuya propia!... ¡Sufré más, hombre, sufre más!...

Sufrir — pensaba Salvador á sus solas. — Y ¿qué más quería Covarrubias que sufriera? Aun cuando por su culpa sufriese, lo cual no era cierto, porque una buena parte de sus sufrimientos reconocía por causa culpa ajena, aun

F. GAMBOA

cuando por su culpa sufriese, ¿por qué sufrir? ¿á quién beneficia el dolor?... Hasta el crimen beneficia á alguien, pero el dolor, ¿á quién?... ¿Qué había hecho él, á ver, qué había hecho para que le fuese como le iba? Descontado su pecadillo con Carolina—que le molestaba de tiempo en tiempo, y aun en ocasiones desvelábale, — ¿qué había hecho fuera de esto, para que el naipe le diera tan mal y todo le saliera tuerto, cuando no ciego, sin que la rueda presentara trazas de girar un poquito y darle respiro?...

Veía su vida muerta, la feliz; veía su vida viva, la actual; su vida por nacer, la de mañana, la de aquí á un mes, la de aquí á un año, y no les encontraba lazo de unión; antes antojábansele vidas de individuos diferentes que no tuviesen entre sí ni la menor liga de parentesco. ¡Qué diferencia entre aquélla y la de hoy! ¡cuánta semejanza probable entre la de hoy y la de mañana!... Los naufragos mismos—Salvador gustaba de equipararse á ellos,— ó perecen de una vez, ó se rehacen y tornan, más ó menos tarde, á las playas de que los alejó la necesidad, el capricho ó esta maldición condenada de ir por ahí trabajando el sustento; y él, que era naufrago, y patente, ni acababa de morir, ni inspiraba sana piedad, ni agonizaba á las derechas. Sacábale de quicio que no obstante los descreimientos de que alardeaba, nunca se decidiera á despacharse por sí mismo, en una de sus tantas murrias como rumiaba en el desmantelado estudio polvoriento, dentro del cual hasta los ensueños de otrora, los entusiasmos artísticos parecía que se amodorraran, que se prendieran á las telarañas de los rincones del taller, á las de la entumecida voluntad del pintor... Y no se despachaba, nó, acomodábase á vivir cual vivía, anhelante de tropezar un buen día con *algo*, que, aunque no atinaba con lo que sería, de mucho tiempo atrás haciale falta grandísima...

RECONQUISTA

¿Dinero?... ¡nó! Cada vez ganaba menos, cierto, mas así y todo, lo poco que apañaba y lo demasiado que mal vendía de los restos de su estudio, dábanle de sobra para seguir tirando del carro, para sus comidas en fondas humildes y sus copas en cantinas baratas; para conllevar esa especie de bohemia—siempre odiada,—que lo envejecía prematuramente.

¿Faltaríale el arrimo de sus hijas?... Sí que le faltaba, sin duda; pero aparte que Magdalena andaba Dios sabría dónde, en Roma, ó Barcelona, ó Nueva Orleans de monja profesa que ha dicho adiós al mundo y no hay quien averigüe su paradero; aparte que Evangelina le escribiera del salvaje rincón de Chiapas en que se hallaba soterrada, cartas tardías que traicionaban sus nostalgias y tedios, por mucho que en alguna le hubiese notificado el advenimiento de robusto varón bautizado con el nombre de él, de su abuelo, y en epístolas posteriores le viniese narrando menudamente las proezas, enfermedades, dentición y fiebres palúdicas del infante; todo eso aparte, y aun cuando Salvador supusérase rodeado y mimado por ellas y hasta por el nietecín, sólo alivio sentía, pero comprendiendo que no era el *algo* aquel de que necesitaba.

¿Le faltaría amor?... Y relase de sí propio. ¿Amor á su edad, con sus escepticismos y experiencia?... ¿Acaso no había burládose del que Carolina le brindara, por saber lo que tales brindis significan y en lo que paran? Y por lo que al otro amor miraba, al momentáneo que nos presta descanso y despejo luego de practicado, ése, téntalo á cualquier hora, á cualquier precio, con ésta ó con aquélla...

Quizá le faltaría un estímulo para proseguir su obra artística truncada brutalmente por cábalas, persecuciones y envidias ocultas, por la conspiración del silencio urdida contra sus cuadros, por el vacío en que éstos caían, gra-

F. GAMBOA

cias á amigos de verdad y á hermanos de ideal... Cual si ya hubiese despejado la incógnita, quedábase suspenso un punto, para á poco volver á sus cavilaciones y recuentos. Nó, tampoco era eso, ¡ése menos que nada!, pues no obstante su despeñamiento—que despeño y no descenso era el suyo,—conforme bajaba más, reputábase más alto que las cofradías y pandillas de quienes con su misma envidia y sorda guerra, confesábanse sus inferiores y con mezquindad le estorbaban el remontarse, á fin de que no los opacara y le fomentaban sus vicios é instintos torpes, para facilitar el traspies final, que á nada nos reduce, así en el cerebro llevemos altezas y pensamientos grandes... ¡Ah!, Salvador veía bien los tiros, conocía las tácticas viejas: si alguien nos sobrepasa de una pulgada siquiera, ¡dño con él!, ¡tirarle á la cabeza!, ¡que la incline, que la doble, que vea hacia los fangos por donde vamos todos caminando indignamente! ¡que nadie sobresalga, que nadie se declare independiente y produzca á sus solas, según producen los machos poderosos y nobles, sin alabanzas ni ayudas! ¡que se doblegue el rebelde, que aprenda á arrastrarse y á adular y á fingir! ¡que engañe, que mienta, que aplauda lo censurable y frente á lo landable se alce de hombros! ¡que sea como nosotros, que, allá vamos, á los empleos descansados, á las sinecuras bien retribuidas, en compacto tropel de lobos domeñados y envilecidos que sólo dentellean entre sí y mutuamente se devoran á efecto de que la manada disminuya y las protecciones aumenten en honra y provecho de los tenaces, de los que en nada reparan, de los que cantan, tocan, pintan, esculpen y escriben al mejor postor, en obsequio del amo que más monedas arroja á los surcos estériles de sus existencias de artistas falsos!...

El, Salvador, persistiría en su alejamiento, persistiría

RECONQUISTA

en producir aislado y solo en cuanto curara de esa impotencia transitoria que hoy le afligía, sin afiliarse á pléyades ni cenáculos, yendo en busca de la verdad y de la luz desde el fondo de su actual miseria despiadada que de aceptar tenía, como una prueba, únicamente como una prueba, de la que saldría triunfante y magnánimo... Si, saldría sin rencores para los causantes directos ó indirectos de ella, al no más que tropezar con aquel *algo* que le faltaba y que no acertaba á descubrir en parte ninguna.

Y ora poníase á emborronar enartillas, que no le satisfacían después de escritas; ora sentábase frente á la tela impoluta de algún cuadro en proyecto, cuya blanca pureza estupraba febrilmente con ansia de estampar algo inmortal y bellissimo; y de no lograrlo, de convencerse de que el Verbo y el Color abandonábanlo—en castigo sin duda de los abandonos de él,—rompía á llorar en llanto de sollozos dentro del estudio, desmantelado y polvoriento, mientras los acompañantes de sus horas negras y de sus días grises, el «Netzahualcóyotl» y el «Obispo», maldito si le hacían caso ó si con su inmenso duelo simpatizaban; al igual de los prójimos y semejantes del pintor, «Netzahualcóyotl» silbaba y «Obispo» dormía, hecho un ovillo insensible, sobre el solo mueble de talla que sobrenadaba en el estudio, el sillón abacial de caoba, tapizado de tela magnífica venida á menos.

Entonces, Salvador echábase á la calle, á caminar mucho, hasta las vecindades de Chapultepec; á campo traviesa, para no contemplar el desfile de carruajes de los ricos y para ver de resucitar, con las caminatas feroces, lo que á la fuerza dormiría dentro de él de su infancia campesina.

Con el cansancio y el atardecer, amortiguábasele un tanto las penas, lo bastante para cobrar esperanzas de sa-

nar el día menos pensado. Tumbábase encima de la hierba, de cara á las nubes, para pensar alto, y veía cómo los astros iban encendiéndose uno á uno, por parejas, por constelaciones; sin proponérselo, pensaba en mundos infinitos, en existencias superiores, en felicidades supremas, y ganábalo una dulzura intensa que lo inmovilizaba de cuerpo y le soltaba las ideas á que volaran, á que subieran, allá, arriba, ¡quién sabe dónde!, cual si sus ideas poseyeran alas y en la mente del artista desgraciado se consumieran prisioneras... Si por acaso cerraba los ojos con el propósito de que la jaula de su cráneo no quedase desierta, ¡qué incongruencia!... ¿pues no entrábanle secretas ganas de ponerse á rezar, muy quedito, para los astros? ¿no involuntariamente volvíase á Dios y se creía dotado de su alma de niño, la que en las esenelas habíale amputado cuando le demostraron con una millonada de razones científicas que la tal no existe ni es posible que exista porque... pues, por todo aquello que le explicaron y que á él se le grabó corrosivamente en los interiores de su sér?...

Salvador atribuía el curso de sus pensamientos á debilidades impropias de hombre, y ahogaba el impulso, rompía el hechizo, se incorporaba bruscamente, y, ya anochecido regresaba á la ciudad, á la cloaca cuyas fosforescencias impuras, á la distancia diademábanla de un halo luminoso. A la cloaca tornaba; y para que la tentación no lo invadiera otra vez, en lugar de mirar á lo alto, á lo bajo miraba, gacha la cabeza y el andar tardo; como si el *algo* que faltábale, hubiera de encontrarlo por los suelos, buscando, buscando...

II

Convencido de que se estrellaría al tocar la tierra, apretó sus ojos y extendió los brazos, vertiginosamente atraído por el abismo que columbraba en su descenso... ¿Por qué caía, tan de repente? ¿Por qué había subido, tan alto, con qué poder, desde cuándo?...

Como tardase en llegar, no obstante que bajaba á grandísima prisa, entreabrió los ojos, con miedo, para averiguar por dónde iba, y tan cerca hallóse de la tierra que, en rápida ojeada, abarcó un extenso conjunto: los volcanes, las montañas, los lagos del valle de México, al instante reconocidos; luego, vió la ciudad enorme, tendida á sus pies, morisca, envuelta en gasa de polvo, apenas rasgada aquí y allí por las torres de los templos, por chimeneas, por los observatorios simulando minaretas... Y conforme acercábase, siempre con los brazos rígidos, convencido de que lo mataría la intensidad del choque, sudando un frío sudor copioso que lo empapaba y estremecía por lo irremediable del riesgo sin duda, todavía acertó á mirar la florescencia extraña de la anciana ciudad impenitente; sí, vió unas flores extraordinarias, cuyos nombres, sin embargo, él sabíase de coro aunque de nadie los hubiese aprendido, que aplicaba con una portentosa atingencia no obstante divisarlas malamente en su sin igual caída; flores con aromas ignotos, con colores fantásticos, cual ni los chinos ni japoneses imaginaron nunca para los bordados mágicos de sus sedas ó para el esmalte

nar el día menos pensado. Tumbábase encima de la hierba, de cara á las nubes, para pensar alto, y veía cómo los astros iban encendiéndose uno á uno, por parejas, por constelaciones; sin proponérselo, pensaba en mundos infinitos, en existencias superiores, en felicidades supremas, y ganábalo una dulzura intensa que lo inmovilizaba de cuerpo y le soltaba las ideas á que volaran, á que subieran, allá, arriba, ¡quién sabe dónde!, cual si sus ideas poseyeran alas y en la mente del artista desgraciado se consumieran prisioneras... Si por acaso cerraba los ojos con el propósito de que la jaula de su cráneo no quedase desierta, ¡qué incongruencia!... ¿pues no entrábanle secretas ganas de ponerse á rezar, muy quedito, para los astros? ¿no involuntariamente volvíase á Dios y se creía dotado de su alma de niño, la que en las esenelas habíale amputado cuando le demostraron con una millonada de razones científicas que la tal no existe ni es posible que exista porque... pues, por todo aquello que le explicaron y que á él se le grabó corrosivamente en los interiores de su sér?...

Salvador atribuía el curso de sus pensamientos á debilidades impropias de hombre, y ahogaba el impulso, rompía el hechizo, se incorporaba bruscamente, y, ya anochecido regresaba á la ciudad, á la cloaca cuyas fosforescencias impuras, á la distancia diademábanla de un halo luminoso. A la cloaca tornaba; y para que la tentación no lo invadiera otra vez, en lugar de mirar á lo alto, á lo bajo miraba, gacha la cabeza y el andar tardo; como si el *algo* que faltábale, hubiera de encontrarlo por los suelos, buscando, buscando...

II

Convencido de que se estrellaría al tocar la tierra, apretó sus ojos y extendió los brazos, vertiginosamente atraído por el abismo que columbraba en su descenso... ¿Por qué caía, tan de repente? ¿Por qué había subido, tan alto, con qué poder, desde cuándo?...

Como tardase en llegar, no obstante que bajaba á grandísima prisa, entreabrió los ojos, con miedo, para averiguar por dónde iba, y tan cerca hallóse de la tierra que, en rápida ojeada, abarcó un extenso conjunto: los volcanes, las montañas, los lagos del valle de México, al instante reconocidos; luego, vió la ciudad enorme, tendida á sus pies, morisca, envuelta en gasa de polvo, apenas rasgada aquí y allí por las torres de los templos, por chimeneas, por los observatorios simulando minaretas... Y conforme acercábase, siempre con los brazos rígidos, convencido de que lo mataría la intensidad del choque, sudando un frío sudor copioso que lo empapaba y estremecía por lo irremediable del riesgo sin duda, todavía acertó á mirar la florescencia extraña de la anciana ciudad impenitente; sí, vió unas flores extraordinarias, cuyos nombres, sin embargo, él sabíase de coro aunque de nadie los hubiese aprendido, que aplicaba con una portentosa atingencia no obstante divisarlas malamente en su sin igual caída; flores con aromas ignotos, con colores fantásticos, cual ni los chinos ni japoneses imaginaron nunca para los bordados mágicos de sus sedas ó para el esmalte

y relieve de sus lacas únicas... flores que se mecían en los bosques, en los parques y alamedas, en los jardines de los acaudalados y en los tiestos de barro de los pobres; hasta en las juntas de las losas de las plazuelas miserables, hasta entre las piedras de las calles y de las callejas más apartadas y lamentables... veía la Flor del Homicidio, la Flor del Adulterio, la Flor de la Muerte, las flores de todos los crímenes y las de todos los pecados, *las flores del Mal* del poeta, que crecían y crecían lozanísimas, regadas y cuidadas para que ninguna virtud las secara, por ancianos y niños, por hombres y mujeres, por ricos y menesterosos, por autoridades y gremios, por los maestros, que debieran de difundir la luz, y por los discípulos, que debieran de aprovecharla, ¡por todos!... menos unos cuantos, poquísimos, que furtivamente, cual si acto reprobado ejecutasen, cuidaban y regaban las flores del Bien, la Flor de la Vida, la de la Honradez, la del Amor y la de la Justicia... Tan contados eran estos últimos, tan distanciados hallábanse entre sí, que no se conocían ni trataban; hallábanse tan necesitados de agua ¡oh, unas gotas de la que los otros vertían á raudales sobre su flora maldita! — que para conservar las flores del Bien medianamente frescas, para atajar su completo agostamiento, con lágrimas regábanlas y con las manos trémulas y sangrantes enderezaban sus tallos espinosos... Entristecido de que lo arrojaran desde lo alto—¿quién? ¿por qué?...—á fin de que se hundiera entre las flores que más dominaban (las otras las distinguía difícilmente), volvió á cerrar sus ojos, ya muy cerca del suelo, y fervorosamente, con fe infinita que le brotaba de ignoradas fuentes, por un esfuerzo mental poderosísimo tornóse á Dios y le pidió que ya que le deparraba esa muerte instantánea, le consintiera caer en uno de los entrevistos huertos sin mancha...

¡Y cayó!...

Debía estar muerto ó á punto de morir, pues hecho pedazos se sentía de resultas de la caída, y tan débil, que no atinaba á moverse, ni á abrir los ojos. ¡Qué silencio tan grande el que oía y qué anhelo de llorar, Señor, de que el pecho se le desahogara con el llanto!... A poco, creyó percibir lejano rumor de voces, un ambular de luz que alguien condujera entre las manos; y seguro de hallarse ya en el cementerio, en la mismísima fosa, supuso que luces y voces serían las de los enterradores que se alejaban luego de concluida su fúnebre faena... Trató de incorporarse y de gritar, de pedir socorro, y sólo el llanto vino en su auxilio... Sin abrir los ojos, por una necesidad meramente nerviosa rompió á llorar, y sintió, así como suena, sintió que le enjugaban su llanto, y escuchó, distintamente escuchó que decían muy cerca de él:

—«¡Bendito sea Dios, señor Covarrubias, su amigo se ha salvado!»

¿Qué voz sería aquella que él no identificaba? ¿de qué se habría salvado? ¿de morir? ¿de que le enterraran vivo? ¿qué venía á hacer Covarrubias junto al cuerpo suyo de lo alto caído?...

Pugnó ahora por abrir los ojos y cerciorarse de si vivía ó agonizante deliraba; pero ahora sus párpados se negaban, carecía de fuerza para levantarlos.

El murmullo de palabras continuaba; continuaba el ir y venir de las luces; de nuevo oyó que le hablaban, aunque en esta vez reconoció la voz del amigo, de Covarrubias, que lo interrogaba.

—«¿Me oyes, Salvador? ¿sabes quién está hablando?...»

Tampoco le fué dable contestar ni los labios acataron el mandado de la voluntad. Embargábalo dulcísimo sue-

F. GAMBOA

ño, un bienestar inesperado; ya nada dolíale ni nada apeteecía, sino dormir ese sueño que lo invadía; dormir mucho, años y años... Pudo al fin, un segundo, despegar los ojos, y suspensos sobre él creyó ver tres rostros apiñados que á la débil flama de una vela que tapaban con las manos lo examinaban con marcado interés. A Covarrubias lo distinguió en el acto, quizá porque era el más próximo á su rostro; las otras dos personas se le esfumaban: una cara masculina, con anteojos y barba; una cara de mujer, pálida, con tocas, como las religiosas... Quiso sonreírles, narrarles lo visto arriba y lo visto en su descenso, pero el sueño aquel se lo estorbó y ya ni vió ni oyó. ¡Dormía!

La convalecencia, aunque prolongada y delicadísima, no le resultó ingrata. Por las mañanas, en la azotea, arrellanábale en su viejo sillón abacial, calada la gorra y enfundado en su chaquetón de pana que usaba para pintar; el taburete de los pinceles, sustentando sus pies; mantas y colchas impidiendo que las piernas se le enfriaran, y encima de éstas el «Obispo», adormecido, disfrutando al igual del amo enfermo, el sol de otoño que los bañaba á los dos con idéntica fuerza. Antes de las diez, en que tenía que hallarse en el hospital, Cisneros, el médico llevado por Covarrubias y que no cobraba por la cura ni una peseta á pesar de la buena falta que le hacía, Cisneros venía á enterarse de cómo habla sido la noche, á conversar un cigarrillo y á prometer su vuelta para la hora de la tertulia nocturna. En los primeros días de su resurrección, en que aún no podía valerse á sí mismo, la religiosa que atendía, de balde también, le daba medicamentos, comida y moderado palique—este último hasta que no se lo conquistó con sus andares sin ruido, su mansedumbre y su paciencia, la inmensa caridad que se desprendía de su per-

RECONQUISTA

sóna, hábitos y tocas; pues á los principios, por lo que el traje de la «hermana» y su juventud no exenta de cierta pureza de líneas, le abrieron la mal cerrada llaga del monjío de su hija Magda, Salvador no le dió oídas, ni respuestas, ni gracias; dejábase hacer, envuelto en un agresivo mutismo.

Al sonar la una presentábase Covarrubias, precedido de la «casera», que conducía la comida humeante dentro de un canasto con servilleta; Covarrubias no se llamaba Julián, sino *Baltasar*, y el yantar humilde no se llamaba almuerzo ni comida, sino *festin*. A comer entraban los tres: la religiosa, Julián y Salvador, con su inseparable «Obispo»; la «casera» los servía, y los comensales y el estudio alegrábanse para rato. A las tres menos cuarto, Covarrubias se despedía, con brindis siempre, maldiciendo de su carencia de caudales que encadenado tenía á una oficina del Gobierno donde ganaba el pan, «el pan nuestro...»; prometiendo á la religiosa su canonización ¡asunto de un par de meses!, á Salvador la salud ¡asunto de un par de días!, y profetizándose para sí mismo ¡asunto de un par de siglos! más reputación y fama por sus libros, que la de Zola y Tolstoi por los suyos... ¡Ah!, para el «Obispo» auguraba un sepulcro con mausoleo en el cementerio de gatos que México fundaría al propósito de no ser menos que Londres con su cementerio de perros... A «Netzahualcōyotl» premiábalo inmediatamente con un pedazo de fruta, que en persona llevábale á su jaula.

Partido Covarrubias y alzada la mesa por la «casera», muy arropadito, Salvador descabezaba una siesta larga en el rincón más abrigado del taller, tras el biombo medio roto, donde pasáronle el catre cuando su gravedad. La religiosa, cual si también se marchase, pues ni quien la oyerá en sus rezos y plegarias de todas las horas; entre sus de-

F. GAMBOA

dos, desgranándose las gruesas cuentas del conventual rosario; entre el mundo y ella, virtudes y oraciones.

Con ser las tardes cortas y las siestas largas, despertábase Salvador á horas en que su estudio mutilado principiaba á oscurecerse, siendo lo raro que, conforme la estancia oscurecía, á él se le iluminaba la memoria, por lo que muy en silencio, á efecto de que la religiosa no advirtiese su despertar, se ponía á devanar los ovillos de sus planes y recuerdos. Hasta lo soñado durante la fiebre cerebral, que por poco no carga con él, quiere decir, hasta los fragmentos del delirio calenturiento que aún permanecíanle adheridos en los desvanes de su cerebro, como en las esquinas quedan al aire meciéndose, trunco y destefidos, trozos de anuncios, de programas de fiestas con sólo unas cuantas letras legibles que, sin embargo, nos permiten al pasar junto á ellos y contemplarlos distraidamente completar la frase que alguna vez (¿cuándo?...) se leyó íntegra, hasta esos fragmentos Salvador los mezclaba á su rumiar de proyectos y añoranzas que entre las sombras del cuarto cobraban alma. Después, asaltábalo sin fin de preguntas: ¿cómo estaba viviendo? ¿quién sufragaba gastos? ¿Covarrubias?... ¿de dónde?... Y como todavía sintiérase enfermo y débil dejaba al tiempo el cuidado de responderle, por egoísmo propio de convaleciente que renace, por mero regocijo animal de palparse completo y en vías de alivio. Aunque en el mismo instante la enfermera se le apareciese y discretamente, de lejos, le preguntara si ya había despertado, si quería luz ó agua, ó que lo ayudara á instalarse en el sillón, en lugar de aclarar con ella la serie de enigmas, limitábase á contestarle:

— ¡No, hermana, muchas gracias, así estoy bien!...

Retirábase la hermana con sus sordos andares de espíritu que no pisa los suelos, y Salvador volvía á engolfarse

RECONQUISTA

en reminiscencias y planes; de entre éstos descollaba el propósito irrevocable de trabajar muchísimo en cuanto se aliviara del todo y no lo atacaran más los vértigos que hoy, á la menor concentración, hacíanle perder el sentido y lo derribaban lo mismo que si de plumas estuviese fabricado. De las reminiscencias—¡habráse visto!—las que descollaban eran las que con Carolina y sus amores relacionábanse; pero sin asomos de remordimiento por el abandono de él, nó, más bien una concienzuda pormenorización de los sucesos y una lógica certidumbre de que al levantarse sano é irse por esas calles de Dios, con Carolina había de tropezar y Carolina había de seguirlo adonde él la llevara, sin recriminaciones ni protestas, cual si no hubieren mediado ofensas graves, ni el tiempo hubiera transcurrido, ni la ausencia hubiera acabado de dar al traste con los vínculos rotos bárbara y cobardemente... ¿No él, Salvador, al cabo de su tremenda enfermedad vencida de milagro, volvía á lo que fué antes de enfermar? ¿Por qué Carolina habría de estar en brazos de otro que la hubiese justipreciado y otorgádole la dicha que tanto merecía y que él le arrebató sin razón ni motivo?...

Por si el divagar con estas ideas—que algo acibarábanle el gusto, la última particularmente de que Carolina casada ó no, con otro viviese,—fuera un remordimiento disfrazado, pedía á la hermana que encendiera la luz ó le dijese la hora; nada, pretextos de que le hablaran, de distraerse de la obsesión, suave á sus comienzos y después desagradable; necesidad de no saberse á solas con aquella intrusa que venía á interrumpirle las dulzuras de su convalecencia y las de no pensar con fijeza en cosa seria; que si de quietud y reposo había menester para su cuerpo, más reposo y quietud pediale el pensamiento.

A las ocho en punto, aparecíase por segunda vez Julián

F. GAMBOA

precedido de la «casera» que subía la cena, harto más frugal que la comida; y á partir de las nueve—la religiosa recogida ya en la pieza de entrada, en una alcoba hecha de cortinas y pedazos de alfombra, que la secuestraba de indiscreciones,—empezaban á caer varios amigos, pocos, los que de veras quisieron siempre á Salvador como individuo y como artista. Cisneros, el médico de cabecera, distinguíase por su puntualidad invariable. Atenta la mudanza de tiempos, que hoy no era ayer ni Salvador podía obsequiarlos igual que cuando recibíalos en la casita de San Rafael—de bien provista despensa,—los cuatro ó cinco fieles aportaban con botellas de cerveza y tequila, con *tortas compuestas* y cigarrillos, aun con un paquete de esteáricas de «La Estrella» por si la charla alargábase, y le hacían la tertulia al convaleciente hasta después de media noche, en que salían de la complicada topografía de la casona—Cisneros y Covarrubias inclusive—como Dios les daba á entender, tropezando aquí, golpeándose allá, sofocando risas y torpezas á fin de evitar que la portera ó algún vecino malhumorado les armase un cisco de gendarme y todo.

Consistía lo extraordinario de estas reuniones, sin las cuales días atrás Salvador no podía pasársela, que ahora, no obstante que en ellas tomaba activa parte, que se empeñaba en controversias, y de bonísima gana reía de chistes y agudezas, no le resultaban. Fuera de algunos puntos de contacto que en el modo de pensar y de decir reconocíase con Cisneros, y fuera de los muchos que á Covarrubias acercábanlo, lo que es los otros, sus *amigos y hermanos* de antaño, quedábanle á millones de leguas; como á todos nos quedan tantos individuos que por una causa ú otra, tratamos con frecuencia y aun con intimidad legítima casi. Vaya, que diversas noches, hasta deseó Salvador,

RECONQUISTA

para sus adentros, que abreviaran su permanencia y su pali que. Y no sabía, no atinaba con la causa; ellos seguían siendo los mismos, simpáticos, inteligentes... ¿Sería él, Salvador, el que habría cambiado á causa de la enfermedad, muy larga, para salir vivo de sus zarpas; muy corta, para achacarle mutación tamaña?... Ello es que el pintor, conforme le retoñaba la salud, y con ésta su aletargada madurez de juicio, reconocíase distinto de ellos y con más de una superioridad que á nadie sino á si propio confesábase. Las teorías del grupo, su manera de aceptar la vida y de llevarla á cuevas tan satisfechos, le despertaban añejas ideas de su fábrica que pugnaban con éstas que él se aprendió de memoria y practicó por tanto año reputándolas lo mejor de lo bueno. Hoy, nó; hoy, algunas, inspirábanle iras que á duras penas ahogaba; otras, asco, y todas, absolutamente todas, una conmiseración suprema, de sér superior de verdad, á quien contristan y apenan los males irremediables de sus semejantes. ¿Por qué mudanza tal, si durante la enfermedad, su razón, antes que iluminarse permaneció aletargada en los limbos de la fiebre?... El fenómeno, si estaba ahí, noche á noche, con cada palabra que decíale, con cada teoría que le sustentaban, en los rostros que veía y en los ademanes que contemplaba; rostros, ademanes, teorías y palabras que se quedaba considerando aun después de partidos sus amigos, mientras él desnudábase despaciosamente y más despaciosamente conciliaba el sueño. De fijo se hallaba en presencia de una crisis anormal digna de estudio reservadísimo, para no herir ni lastimar á nadie, si con terceros consultábalas. Al fin y al cabo en algo había de parar, ó quizá en nada, en tonterías de convaleciente que luego, ya del todo sano, no vuelve á recordarlas sino para reír de ellas y de sí mismo.

Una mañana, Cisneros licenció á la religiosa, con buenas palabras por vía de pago, y promesas de oenparla muy en breve, por vía de gratificación, explicándole á Salvador que esas santas mujeres no cobraban ni un centavo, que admitían cuantas limosnas dábanles espontáneamente, y que si ni éstas podía dárselas, se marchaban con igual conformidad, no á descansar ¡quía!, al lado de otro enfermo, cuyo mal no las preocupaba, ni los contagios, ni los sexos; en ignorada y perpetua abnegación, retando á la muerte, la cual, ni cuando á ellas por remate las ultimaba, las arredraba en lo mínimo.

—¡Hermana!, ¡hermana!—le gritó Salvador;—¡óigame Ud. un momento!

Regresó la religiosa á la vivienda del artista ya en pie y con ligero color en sus mejillas, y lo miró con extrañeza.

—¡Hermana, por favor, llévase Ud. un recuerdo, lo que le agrade de mi pobre estudio!...

—¡Ya lo llevo, ya!—le repuso la religiosa, partiéndose de nuevo con risa de niño,—el alivio de Ud. y la esperanza de que también cure de todas esas cosas que habla contra la Iglesia, esas telarañas que le empañan la vista y le ofuscan el sentido...

—Nó, si éstas son así—terció Cisneros, que por encontrárselas á menudo en los lechos del dolor y de la muerte, y saber cómo se comportan durante y después del peligro, reía á su vez del asombro pintado en la cara de Salvador.—Éstas son así, según Ud. lo ve y lo oye... ¡Nos humillan, artista, nos humillan, á pesar de nuestras palabrotas y de nuestros pantalones!... A otra cosa, que también yo me despido, quiero decir, como médico, pues como amigo me ha de tener por acá con mayor frecuencia de la que apeteciera, ¡se lo apuesto!...

—Pues, señor, ¡día completo!—exclamó Salvador abrazando estrechamente al galeno.—Y á Ud., ¿con qué le pago, á ver?...

—¿En serio, pretende Ud. pagarme?...

—¡No había de pretenderlo, doctor, con el alma y la vida!

—Ni vida ni alma exijo, ¡al contrario! Págueme usted con pinceles, pintándome algo, y quedamos á mano. ¿Se acepta?...

¡No que no! En el acto principiaria el cuadro; asunto libre y «verdad», sacado de su calete y de lo que sus ojos habían visto en la fiebre... asuntos extraños, que ahora, de nuevo en salud, de ellos dábbase cuenta y aseguraba que valían la pena.

—Le advierto que tendrá quehacer para rato—insistió Cisneros maliciosamente,—porque Julián va á cobrarle en parecida moneda...

—Ya sé, ya sé—replicó Salvador risueño,—anoche hablamos de eso.

—¿Hablaron, eh?... ¡Mejor!... Pues nada, amigo Salvador, á trabajar, que hoy queda Ud. dado de alta.

Covarrubias, en efecto, habíale hablado la víspera en el propio sentido cuando Salvador, porfiadamente, quiso averiguar de dónde salieron los elementos para asistirlo y mantenerlo. Las cuentas resultaron claras: el médico, nada cobraba ni cobraría; era amigo de Covarrubias y muy dado á estos rasgos, no porque se hallase en condiciones de afrontar larguezas tamañas—el hombre andaba á los principios de la clientela, y la parienta y tres crios, con ser ella hacendosa y ellos todavía pequeños, comíanle medio lado,—sino porque era bueno de veras y por los artistas se perecía, así fuesen éstos coristas de zarzuela. De consiguiente, al facultativo debíasele: cero, cero. A la re-

F. GAMBOA

ligiosa, por mejor decir, á la superiora ó lo que fuera, de la coagregación, se le habían allegado cinco durillos.

—No es caro, ¿verdad? Tú ó yo los habríamos reclamado diarios... Con que llevamos, pesos, cinco...

En la farmacia se debía un dineral, unos quince ó veinte pesos lo menos, que, por fortuna, eran pagaderos en abonos mensuales. Covarrubias también cultivaba amistades con el dueño:

—... un chico que hace versos y que vendrá á visitarte—añadió á guisa de recomendación.

Por lo que á los alimentos miraba, Covarrubias, que hubo de abandonar su fonda, su «Mundo de Colón», ajustó ventajoso trato con la «casera», á la que no se debía ni un ochavo; pero si parecía indispensable y urgente pagar lo suplido por el novelista y los veinticinco ó treinta pesos pormenorizados:

—Y atento que tu capital en tu paleta radica, de tu paleta habrás de extraerlos pintando todo el santo día cual antes pintabas, y yo me encargo de ir dando salida á los cuadros, que me sobran conocimientos y relaciones. Tú pintas, yo vendo, y al final liquidamos, á fin de ahorrarte pudores; conozco el género, y de ese pie cojee yo mucho tiempo... ¡Ah!, se me olvidaba, detrás de tu «Quijote», en el estante chico, te encontrarás cuatro cartas de Evangelina que ya puedes leer sin riesgo, aunque te anuncien pestes y rayos... Ahora, á trabajar como los hombres, á libertarnos de deudas, y cuidado con pillar otro tabardillo, ¡pues sólo el Nuncio vendría á atenderte!... Mañana se acaba el congreso nocturno, yo pronunciaré el discurso de clausura.

Se marchó tan campante, dejando á Salvador sin habla de pura emoción, por comprender demasiadamente el plan de su amigo: después de haber ayudado á que curara del

RECONQUISTA

cuerpo, quería ayudar á que curara del espíritu, sin palabreras ni vanos alardes, noblemente, aconsejando el trabajo, estimulándolo con el pago de la fiaca suma insoluta, á la que prestaba proporciones de montaña para que su prédica se justificase; plan que al siguiente día, con el pedido de Cisneros, resaltaba en toda su elevación. Cisneros y Covarrubias, coligados, intentaban el salvamento del artista que palpitaba dentro de Salvador y que desde antes de la dolencia conjurada venía muriendo de lenta muerte tristísima, ahogado en alcohol, herido de envidias y ruindades, mártir de mil y una miserias ante las que había doblado las manos y dádose por vencido sin ensayar la lucha.

Con las primeras pinceladas—pues Salvador se puso manos á la obra con la más sana intención y los más rectos propósitos,—empezaron á apuntarle reacciones que no aguardaba tan pronto. Desde luego, gran apego al trabajo, cual si no lo hubiese interrumpido ni descuidado; después, sin fin de asuntos que le dormitaban en la mente, los trasladaba al lienzo con facilidad grande; ¡naderias, concedido!, mas naderias que se disputarían en el mercado anémico de la capital, á causa de su sinceridad y belleza: escenas de campo, de los campos de su niñez, que brotaban una tras otra; tipos de su tierra, arrieros, caminantes, recuas, ganados en sus dehesas, rediles habitados ó desiertos, sus montañas, su río; hasta fragmentos de su solariega casa: el corral para los corderos, la troje con su cruz, la fuente de piedra sombreada por dos naranjos; la mismísima solana con su corredor amplio y florido, arriba, donde sus viejos solían calentarse durante los inviernos crudos de la sierra bravia, que, á modo de magnífico telón de fondo de un teatro enorme, limitaba la heredad por su frente, para en sudario transmutarse cuando nieves y pedriscas en sus picachos se instalaban... Pintaba Salva-

dor, sin descanso, cuadros pequeños que Covarrubias iba vendiendo á precios muy razonables, según su decir:

—¡Anda, Salvadorcillo, pinta más, hijo, pinta más, que si así seguimos, pronto dispondrás hasta de ahorros que te permitan consagrarte á tus cuadros grandes!

¡Más que de la resurrección de su carne, admirábase Salvador de la de su espíritu! ¿Pues no tiraba ahora hacia los caminos antiguos, los que de su comarca montaraz pintaba, los que de niño había recorrido su alma y hacia los que también, su pensamiento por lo menos, se le escapaba de los tejidos del cerebro, por entre los tejidos de la tela ya embadurnada se le metía, y para darle alcance tenía Salvador que interrumpir la labor, y corre que te corre, no parar sino en los tiempos idos y en las personas muertas?... Al alcanzarlo, con él posábase á gusto en los aleros de su infancia, como sus ojos expertos de artista posábase á gusto en los aleros de las casucas y de la parroquia de su lugar, luego de revivirlas en los cuadros pequeños y sentenciados, desde antes de nacer, cual fruto de esclava preñada, á ser vendidos en cuanto nacieran.

Decididamente, la enfermedad habíale aprovechado, y la nobilísima idea de Covarrubias y Cisneros de despertarle las energías y vocación amodorradas, habíalo repuesto, si no del todo, si muy cerca del recto sendero. Ya no le atormentaba el que en cantinas y cafés lo despellejaran vivo, y frente á copas colmadas de cerveza lo dipitaran artista de similor que no ejecutaría nunca cosa de provecho ni legaría obra que le sobreviviera; ya no rabiaba por que el gobierno estancara las fuerzas sanas del país por miedo á que si les daba suelta, en avenida implacable y justiciera convirtiera y arrasara con toda la indignidad progresiva, con la avilantez de que gobierno y pueblo eran cómplices, á su modo de juzgar; ya no tronaba contra Dios y

sus santos, á los que dejaba que continuasen incrustados en las conciencias de las gentes sencillas y en las de los creyentes honrados; ya llevaba flores á la tumba de Emilia en los aniversarios señalados, y llevaba al correo largas respuestas cariñosas á su hija Evangelina, madre por segunda vez, y por la millonésima, nostálgica y desdichada en su salvaje rincón de Chiapas; ya al trabajar, cantaba, y no bebía el mismo número de copas que antes de encamarse; ya, gracias al contraído hábito en la convalecencia, recogíase temprano casi siempre, aunque una noche que otra se permitiese, en compañía de Cisneros y Covarrubias, oír la zarzuela en boga. Y lo más difícil, ya veía, sin añoranzas ni saudades, la ancha mole de la Academia de San Carlos, los horribles medallones de su fachada; ya hablaba con sus antiguos *comprofesores*, y en el estudio admitía á aquellos de sus discípulos que aún recordaban sus cátedras flagelantes, valerosas, vibrantes todavía dentro de la añosa escuela castrada por la burocracia imperante, en la que se llegó á enseñar el paisaje copiándolo de libros apollillados y extranjeros, en lugar de copiarlo de nuestra naturaleza soberana... Ya nada de eso importábase un ardite; ya no se encendía en discusiones, ni lo sacaban de quicio las doctrinas bárbaras ó los modernismos dislocados. Ya callaba en público, sin batallar, sonriendo á troyanos y á tirios, de los que se alejaba—por mucho que de tarde en tarde continuase tratándolos, y abrazándolos, y tuteándolos como ayer,—más cada día, en espíritu y en ideas, insensiblemente, paulatinamente, necesariamente...

No se reputaba bueno, sin embargo; y á medida que la Justicia y el Derecho instalábase de nuevo, en sus adentros, reconocíase con una obligación imperiosa, difícilísima de cumplir. No acertaba á confesarse á sí propio cuál era la tal obligación, por más que en su magín la deletreara en

tanto pintaba las cosas de su tierra. Resistíase á declararse culpable, en virtud sin duda de lo que se suponía haber padecido á causa de los otros, sus compañeros, amigos y allegados. Precisamente porque sentíase tan á gusto dentro de su papel de víctima, esforzábese por no pasarse al de victimario, é inventaba serias preocupaciones que se ponía á determinar interrumpiendo su quehacer, guardando sus pinceles en el florero de porcelana japonesa, apoyando el tiento en el caballete y quedándose las horas metido, adrede, en otros vericuetos que le alejaran el pensar del abismo ése que muy poco á poco iba ensanchándose en la conciencia. Poníase á discurrir sobre las causas de su actual indiferentismo, de aquel su completo renunciamento á lo que antes de enfermar, tanto le preocupaba y afligía. Con deliberado propósito, internábase en las selvas de la cuestión social—diz que para prepararse mentalmente á la terminación de su gran cuadro esbozado en el lienzo,—ó, siempre bajo el mismo pretexto, y si en lugar de encontrarse á solas en su estudio, se encontraba de charla con Covarrubias y Cisneros, se ponía á discutirlo con tenacidad de apóstol y extremos de libertador á quien no amedrentan consecuencias ni reconoce obstáculo ó peligro que le ataje el discutir y publicar lo que considera infalible remedio.

—¡No es que ya no se me importe del porvenir de nuestra tierra y nuestra gente—les afirmaba,—y si así lo dije, dije mentira; que conforme más me reconcentro y aislo, mejor estudio el negro problema de lo que será de ambas, problema negro por culpa exclusiva de nosotros, y que si yo creyera en maldiciones y anatemas, á anatema ó maldición atribuiría la causa! Yo vengo de muy lejos ¿qué se creen Uds.?... Soy un aragonés de origen, de los que por sí solos valía cada uno lo que un rey vale, y reunidos, más que las potestades y que los tronos. ¡Sí, sí, no reirse!... Yo

llevo en mi sangre grandes fueros, en mi cerebro la concepción exacta del Derecho, y en mi corazón un amor inextinguible á débiles y desamparados... ¡Sí, soy un nieto del Quijote!... ¿No ibas á echármelo en cara, Julián?... ¿no siempre me sales con la misma?... Todos los que de españoles descendemos, Quijotes somos, no tiene quite; sino que en ocasiones, más aprecio hacemos de Sancho Panza, que de lo que prescriben y ordenan los libros de caballerías... Y como vine á nacer en México, donde por desgracia para el castigo somos *sanchos* y para el lucro *panzas*, panzas insaciables y sin pizca de jugos gástricos, digo, de sentido moral, pues...

El novelista y el médico no le consentían seguir adelante; tapábanse los oídos, fingían taparle la boca, y los tres concluían riendo.

—A veces sí que lo creo á Ud. Arteaga y Quijote... por lo que disparata—decíale Cisneros, que gustaba de su habla pintoresca y agresiva.

Salvador enseriábase, hacía á un lado la broma, y entraba de lleno en el desarrollo de su tesis.

—¡No, doctor, permítame!... Ud. es como este Julián, de los que juran que nada de provecho podemos esperar de nuestro pueblo, ¿no es cierto?... Y mirando el asunto á la ligera, cualquiera declararía que se hallan Uds. en lo justo. En efecto, ¿qué esperar de nuestros ilotas, si apenas saben leer, si no se bañan, si malgastan el jornal y apalean á la hembra; si por su alcoholismo, engendran epilépticos; si ignoran el ahorro y las leyes que los protegen; si en nuestras luchas son carne de cañón, y en nuestra paz, ellas, flores de fango, y ellos, casos clínicos y carne de presidio, cuando no de la horea?... Pues yo le aseguro, doctor, que si les estudiaran las entrañas, á pesar de las lacras detalladas y de otras que no mencioné, resultarían mejores, un

millón de veces mejores que nosotros los de las clases educadas y dirigentes... ¡no puede Ud. figurarse la gracia que me hace eso de dirigentes, vale oro!

—Pero tereco de mis pecados—terciaba Covarrubias,—puesto que de almas hablas. ¿por qué no confiesas que en el alma crees, y te pones á curar á tanto enfermo y necesitado, luego que hayas sanado tú? ¡Mi doctrina la conoces, y Ud. también, Cisneros! En el fondo, éste (*por Salvador*) no carece de algo de razón en lo que con tanta vehemencia va asentando, ¡á cada cual lo suyo!... de lo que carece es de consecuencia consigo mismo. Si lo que nos cuentas lo crees á pies juntillas, ¿por qué no entonas un *mea culpa* que hasta las piedras lo oigan, y te pones, tú á la cabeza, á cumplir con ese deber del que te has desentendido al igual que nosotros? Declara que has andado por extraviadas sendas y que ahora principias á vislumbrar la salud; no culpes á gobiernos ni á esas clases dirigentes que tan grande risa te provocan porque así se apellidan, culpate á tí, que contaminado de la nacional dolencia, te la has dejado enraizar y crecer hasta su límite. Declara que tal dolencia, perfectísimamente bautizada de dolencia nacional, no reconoce más causa ni otro origen que la falta de ideal de que todos, en mayor ó menor grado, padecemos: tus ilotas, tus dirigentes, tus gobiernos, tus ricos, cuantos poblamos este pedazo de planeta, por lo que allá vamos, sin fe ni principios, como inmensa piara de cerdos, miserables, arrastrándonos, enlodándonos, con glotonerías bajas, con miradas bajas, con las cabezas bajas, gruñendo de satisfacción inmunda mientras más nos hundimos en nuestras propias porquerías y en las ajenas... ¡no me interrumpas, que ya concluyol... Mira á tu alrededor, lee, pregunta, reflexiona y descubrirás ¡sin una sola excepción! que las naciones poderosas, los pueblos grandes, las figuras históri-

cas han creído en algo, que todos se han arrodillado, que á todos los guió, ó los guía, alguna fe, algún ideal; ideal y fe de que nosotros carecimos siempre, á partir de la Conquista—nuestro punto inicial,—pues está averiguado que con la quema de las famosas naves cortesianas se quemó también la fe de los conquistadores, y en substitución de ella sólo nos legaron esto de que sufrimos, sin saber á las derechas cómo se llama ni dónde lo llevamos escondido; la llaga oculta que en ocasiones nos fuerza á llorar de dolor, porque nos duele, ¡vaya si nos duele, como pueblo y como individuos!, y en ocasiones nos fuerza á ocultarla más, de los extraños, para que no nos descubran la gangrena que nos roe y nos roe, segura de que nunca intentaremos atáárnosla siquiera... ¡Un momento, Salvador, no hables!... Conque, y aquí corto el hilo, hijo, pues tratar de convencerte es prédica en desierto; el doctor y yo te concedemos toda la razón ¡fíjate, toda!, pero á la vez te hacemos esta simple pregunta: ¿Te crees inmune tú? ¿te declaras libre del contagio? ¿el único sano del país? ¿te hallas á mano con tu conciencia ó deberás, por lo pronto, perfeccionarte tú y luego venir á perfeccionarnos á los demás?...

Ahí dollale á Salvador, ahí, en esa conciencia que Covarrubias sacaba á relucir tan inoportunamente en todas sus discusiones con el pintor, que doblaba el pico abrumado y, ó daba la callada por respuesta, ó de él separábase, más que amohinado, melancólico y vencido.

Como otro tanto acaeciérale cuando por encontrarse á sus solas no podía enzarzarse en tales disputas, y sin embargo esa misma conciencia implacable le torturaba piñisísimamente—al modo de la campana maldita del «Jardín de los Suplicios», que para matar á la víctima yacente bajo su concavidad, maniatada é inmóvil, comienza con estruendosos toques que parten el cráneo, que se apagan

luego, se apagan hasta no ser sino soplos del bronce inquisitorial que extinguen la vida del supliciado.— Salvador, al fin, resolvió poner término á su remordimiento cumpliendo con la imperiosa obligación que nadie instábale á cumplir, que muchos habrían olvidado ya, que muchos ignoraban. Sí, debía una reparación á Carolina, la virgen amante que en sus brazos de burlador, dejó de serlo; de buscarla tenía, de descubrirla, de pedirle perdón y darle lo ofrecido: ¡su sostén y su nombre! Decidirse á ello y sentirse aliviado, fué todo uno. A Covarrubias contó su resolución, reclamando de él parecer y ayuda:

—¿Qué opinas?...

—¡Que Dios se ha acordado de ti y por segunda vez te rescita! Sanaste de la fiebre y ahora sanas del alma...

—¡Pero Julián, que seas místico á ese extremo!...

—¡No, si ahora el místico eres tú!—le replicó Covarrubias sonriente.—¿Por qué, si no, cedes á una imaginación pueril? ¿qué ley te obliga á reparar un daño mínimo y sabroso, que por lo general se aplaude y envidia? ¿acaso creerías ya en...?

—¡No me busques la lengua, Julián, ni me hieras en mi vanidad!... ¡No creo en nada, nó! ¡todavía no! Pero si vieras mis noches, si te contara mis soledades...

En sus noches, el sueño huía porque lo que en un principio por reminiscencias diputara y que bautizaba hoy de remordimiento liso y llano, luego de haberle visitado el pecho y azotádole el corazón, en la cabeza se le entraba. Intentaba desecharlo, lo intentó, mejor dicho, en las primeras noches de su alivio completo—cuando ya la religiosa habíase ido y tornado él al desamparo de su vivienda, á la compañía única de su zenzontle y de su gato, que, á tales horas, no daban señales de vida,—lo intentó con engolfarse en la lectura de sus autores predilectos, de sus

libros más preciados, y una de dos: ó no entendía lo que mecánicamente iba leyendo y que en tantas ocasiones anteriores tuviérale suspenso y embargado, ó todo lo que leía, previo ligero arreglo mental del que no se enteraba casi, trocábalo en alusión, en consejo, en reproche de lo que él era y de lo que tenía cometido. Lentamente apartando sus ojos de las páginas impresas, contra sus esfuerzos de voluntad, clavábalos en su conflicto sentimental con Carolina, quien, ignorada, ausente, al través de los años transcurridos le llenaba la casa con mayor imperio y anchura que la pobre de Emilia, muerta y enterrada; cual si Emilia, con la que cumplió en el noviazgo y en el existir conyugal, á causa de su misma muerte reconociera que ya nada exigía su presencia en la mente del viudo; y muy quedo, tras su fugaz aparecimiento impreciso, le abandonaba el campo á la otra, á la pecadora de amor, la doncella confiada y crédula que Salvador había inmolidado sin más derecho que el primitivo y salvaje de que el macho estupre á la hembra con el fin de que la especie que nace se multiplique y crezca despreocupada de los vínculos sanguíneos, de parentescos, de pudores, de las inmoralidades, abusos y violaciones que la propia especie, segura ya de no extinguirse ni de tener que apelar á aquellos medios, viene inventando y respetando para que el mayor número de criaturas sepa quiénes fueron sus padres y por ambos nutra el doble afecto filial de respeto amante al padre y de idolátrico culto á la madre, en premio á que ésta sufrió más y gozó menos; en premio á que con el hijo compartió, antes de nacido, de su sangre y de su carne; en premio á que por tal que el hijo se asome á la vida, ella asómase á la muerte, en cada parto... Y él, Salvador, á las claras veía en la tiniebla de su estancia, sólo truncada por sin fin de cigarrillos que encendía y fumaba ince-

santemente, veía á las claras que Carolina había concebido; que hasta donde le fué posible, ocultó como delito lo que todas las madres, dentro del matrimonio, como galardón lucen; que la habían expulsado del trabajo, sin meterse á esclarecer quién ni en qué circunstancias habíala despojado de su virginidad, culpándola *a priori* y brutalmente, con este masculino criterio nuestro que nunca perdona á la virgen que cae, entre otras cosas, porque no cayó con nosotros sino con un tercero; culpándola con el criterio social, más cruel aún porque lo informan adulterios, vicios, hipocresías... Salvador veía á Carolina expulsada del trabajo, veíala maldecida del pobre anciano paralítico, veíala pensar en su propio aniquilamiento, en el infanticidio, llamando á las puertas de la locura, aguardando en su dintel á que le abrieran, y de aguardar cansada, ir y meterse en la ancha puerta de la prostitución, siempre abierta de par en par con objeto de que no haya tiempo de reflexionar en que es malo el transponerla... La veía olvidada del hijo que todavía no nace y del amante que huyó impune y ha de andar por ahí, tan tranquilo, en perpetua cosecha de aplausos siempre que detalle en corro de amigos bebedores los ocultos encantos de la chica guapa que se creyó de promesas...

—Entonces—segua Salvador contando á Covarrubias,— como demencia me entra, salto de la cama y quisiera ir á rescatarla al sitio en que se halle, sea el que fuere; y al salir á la azotea, al volver en mí con el cierzo de la noche y con la placidez de lo infinito, inmovible frente á nuestras miserias y flaquezas de hormigas ponzoñosas, aunque recupero el sentido de lo real y me convenzo de que todo lo baso sobre suposiciones antojadizas, continúo melancólico sin embargo, insomne, paseando en la azotea hasta que el viento y el frío me hacen cohar de menos el sabroso ca-

loreillo de mi catre; y si es verdad que al fin me duermo, al despertar, y con estas ó aquellas variantes de que ahora te hago gracia, el torcedor me reaparece, durante el día, y en la noche, á mis solas, ahí tienes de nuevo esta condenada alucinación que está volviéndome orate.

A los comienzos, la calificó con nombres diversos; no la conceptuaba remordimiento, sino debilidad cerebral, romanticismo, quizá, quizá unas miasmas de deseo y de cariño por la pobre muchacha, que, Dios sabe en cuántos atoladeros se habría encontrado. En confirmación de esta última teoría, notaba Salvador que lo que únicamente sacábalo de quicio era suponer á Carolina en brazos de otro.

—Monstruoso, ¿verdad?... ¡Pero así es! Caso que por mi culpa se haya echado á la calle de en medio, prefiero suponerla en brazos de todos que en los brazos de uno solo... ¡Me duele menos!

Mas conforme fué ganándolo el convencimiento de que debía reparar el mal causado; conforme prometíase hasta remover las piedras con tal de hallarla, convencimiento y propósito lo aliviaron del alucinamiento, de la implacable persecución de su víctima, que se limitaba á desterrarle el sueño, á interponérsele sin exigir reparaciones ni enrostrarle olvidos, muda, irreal, fugitiva.

—De ahí que haya yo creído, mi querido Julián, que es mi conciencia, mi conciencia solamente la que me impele á la reparación, la que marca el deber y hacia el deber me empuja; pues bien mirado el caso, Carolina puede haber muerto ó no parecer nunca, nunca, aunque la busque por debajo de la tierra.

Una de las causas que estorbábale principiar la busca, era la escasa venta de los cuadros pequeños que poco há vendíanse á precios aceptables. ¿Por qué había cesado la

F. GAMBOA

demanda? ¿por qué ya ni el mismo Covarrubias lograba darles salida á precio ninguno?...

—Tú me lo has dicho, que hay que aprovechar las excursiones de yanquis que de tiempo en tiempo nos inundan comprándolo todo, encareciéndolo todo, mercantilizando todo. Tú me has dicho que convendría variar de mercado, «hacer los Estados, los pueblos,» según los viajeros de comercio denominan sus correrías provincianas... ¿No me lo has dicho?...

Ante el asentimiento mudo de Julián, más descorazonábase Salvador de su arte y de su medio. No sabía sino pintar, ya no era época de ensayar industrias nuevas ni empresas distintas. De sus pinceles comió hasta entonces y no era cosa de que ahora se los comiera materialmente ni de sustento los ofreciera á nadie.

—¿Sabes—decíale á Covarrubias en plana entonación de quien confiesa actos infamantes—que ya empecé mi descenso como artista, el cual me resulta más doloroso, ¡oh, pero mucho más! que mi descenso como hombre?... Pues, sí, anteayer estuvieron á pedirme una tabaquera con pintura obscena en su interior y una tabla que imite pintura antigua: don Enrique el Doliente ó doña Juana la Loca, que para el caso es igual, todos son fraudes, fraudes que un artista que se estima no debiera nunca llevar á cabo... Y aunque me absuelvo, achacando la condescendencia á este anhelo que me embarga por reparar el daño que causé á Carolina, no creas, hay veces que más me remuerde perder mi dignidad de artista que el haber perdido á aquella muchacha... ¿Te parece inmoral?... Conste que yo no te afirmo que moral sea; concréteme á detallarte «mis estados de alma», como ustedes los llaman, á fin de que si algún día escribes mi biografía, cargues la mano en estas atenuantes.

RECONQUISTA

Al llegar aquí, que en el alma tocábase de verdad, lo mismo que se hallaran en el estudio que en la calle, Salvador narraba á Julián su tormento ignorado; suplicábale que lo sacara á luz en sus libros; declarábase vencido, humillado por la suerte, sin esperanza de volver á levantar cabeza ni de dar cima á su intento de redención. Narrábale desde ese anteayer en que la propuesta de defraudar á los pseudo-inteligentes ó de halagar á los libertinos habíale sido formulada por labios expertos, y aceptada por los labios cobardes de él, que no osaron una negativa sin apelaciones, que dijeron que sí, desde luego, prometiéndose para más adelante—de la manera con que nos proponemos todos el regreso y la definitiva permanencia en la línea recta, cuando conscientemente de ella nos apartamos sabiendo que obramos mal,—repudiar á esos hijos espúreos de su inteligencia violada por la hambre, no reconocerlos por suyos, y al cabo de los meses ó de los años, si lograba evadirse de esa especie de presidio, ni más injusto ni más cruel que todos los presidios, resurgir á la luz y á lo libre, pintar lo que se firma con la convicción de haber hecho lo grande que va dentro de nosotros y que es menester «parir con dolores», cual la Biblia ordena y la naturaleza exige que hayan de parir las madres.

—Verás cómo fué la cosa...

Concluidas las economías y sin probabilidad de vender el último «charro» que se aburría en el caballete, urgido de unos cinco pesos descolgó la sola laca china (prodigiosamente escapada de la echazón al agua que padecían las curiosidades de su estudio durante estos vendavales que venían abriendo rumbos en los costados de la barca de su vida), y al atardecer de la antevispera enderezó sus pasos—oprimiendo la laca bien envuelta,—á la ibera casa de

préstamos de la 2a. de la Pila Seca, en donde hasta de los barrenderos era conocido.

—Y admirate, Julián, me dieron los cinco pesos sin guardar la laca, suplicándome que volviera después de las diez de la noche, cuando ellos cierran...

El proyecto que los empeñeros le desarrollaron, era vasto y mañosamente urdido; denominábanlo «el timo de la antigüedad», y timo legítimo venía á ser, en efecto; nada menos que vender tablas y cuadros pintados al óleo é imitando las facturas viejas; hasta la escuela sevillana de los siglos XIII y XIV!, á los ricos ignorantes y á los enriquecidos; á los que hoy ó mañana, por un tumbo de dados, entrarán en la falange de los adinerados que por prestarse un barniz de cultura, y de oídas sabedores de que la manía de las antigüedades, hordos refinamientos acusa, andan á caza de ellas sin distinguir de firmas ni méritos. En la rebotica y bodegas de la casa de préstamos, había algunas de valer positivo en el ramo de abanicos y porcelanas, sobre todo, no comprendiendo Salvador por qué intuición genial podían justipreciarlas los bárbaros astures sus propietarios. Muebles había también, alhajas, mas como la demanda manteníase firme á favor de biombos y cuadros, de cuadros particularmente, acudían á Salvador, porque aun cuando con liberalidad pagaban á tres de sus colegas—cuyos nombres callaron en prenda de sigilo,—no daban abasto á solicitudes y pedidos.

—Para acallar mis escrúpulos y pudores—Salvador seguía narrando á Covarrubias, que interesadísimo escuchábalo,—periódicos en mano me demostraron que es ésta una industria muy socorrida en Europa, que permite vivir con desahogo á gran golpe de artistas que ni pan probarían si con sus nombres firmaran sus cuadros... en los Estados Unidos produce un demonial de dólares, calcula

que han vendido, no ya á particulares, nó, á museos principalísimos con peritos calificadores y todo, cualquier Pérez ó Machuca, por Sebastianes del Piombo y Zurbaranes y Velázquez de veras... Me enseñaron sus libros, y aquí, en México, descotadas comisiones de corredores y tantos por ciento de pintores, en unos tres años que el negocito lleva de establecido, se han embolsado sus seis mil duros ¿te cabe en el juicio?...

—¿Cerraste trato ya?—preguntó Covarrubias. Y ante la silenciosa afirmación de Salvador que miraba al suelo, Julián se encogió de hombros, murmurando:

—La culpa es de nuestro atraso y de nuestra ignorancia presuntuosa. ¡De nada sabemos jota y todo aparentamos saberlo!... Por supuesto que aunque inteligente y en cierto modo justiciero, el tal negocio es una indecencia. ¡Lo que siento es que te hayan metido en él y que mañana se aclare tu estafa—porque estafa es, ¡conste!—cuando no te sea dable redimir tu honradez y tu nombre de artista ¡eso sí que lo siento!... Por lo demás, estoy tentado de ir á estrecharle la mano á ese pillastre que tan bien sabe explotar las vanidades humanas; no es un ente vulgar... ¿Cuántos cuadros te han comprometido á pintarles y cuánto ganarás por cada uno de ellos?... Prefiero que continúes pintando tabaquerías obscenas ¡obscenísimas!; ó que pintes rótulos de tiendas, programas de circo de arrabal, muros de pulquerías, á que te conviertas en matutero de tu arte y en ladrón de la gloria de los maestros...

—¡Julián, eres severo! ¿Qué quieres que coma? ¿pretendes que me encaramé en andamios á dibujar mascarones, ninfas y guirnalda para «La Siesta de los Dioses» ó «La Vuelta del Judío Errante»?... Sobre todo, dije que sí, y habré de pintarles, por lo menos, la tabla que ellos mismos me proporcionaron, apolillada y vieja... En cambio,

F. GAMBOA

te doy mi palabra de que nunca volveré á flaquear ni á encañallar mis pinceles ¿te basta?...

La tabla la pintó, y como el logrero le aumentara la paga convenida, sin decir nada á Covarrubias pintó otras dos.

La semilla, ó lo que fuera, que al echar raíces dentro de su sér moral impelió á la reparación con fuerza mayor cada vez, poníalo fuera de sí precisamente porque era la más fuerte y porque no entendía de subterfugios ni distingos; lo que exigía, exigíalo imperiosamente, sin importarle que Salvador se encabritara ó se opusiera. A modo de polizonte entendido y prudente, á quien se ha recomendado no perder de vista á un sujeto que no debe ser aprehendido todavía, así el remordimiento, ó el romanticismo, ó su debilidad cerebral seguíalo por todas partes y en todas partes, juntito á él instalábase, resuelto á no dejarlo escapar. Por huir de la obsesión dió principio á la busca, ora anhelante de que Carolina no pareciese, ora deseando honradamente encontrarla y llevársela á la desmantelada vivienda de él, á su estudio polvoso y trunco, seguro de que con la presencia de ella todo cambiaría, hasta él mismo, tan necesitado de alguien íntimo que de verdad lo quisiera no obstante sus imperfecciones y defectos, su acercamiento á la vejez prematura de los viciosos, su pobreza y su genio. Y le extrañaba no pensar jamás en la posibilidad de que Carolina lo rechazara, y con razón sobradísima; pensaba cualesquiera otras enormidades: que se hubiese muerto, que se hubiese casado, que se hubiese prostituído; pero pensar en que lo rechazaría, no lo pensaba, antes creía que Carolina perteneciale por siempre, á partir de la noche en que, ciega de cariño, se le entregó sin reparar en nada ni en nadie, á unos cuantos pasos del pobre viejo enfermo que se perecía por su hija. Tan á lo

RECONQUISTA

vivo resurgía la noche aquella y las en que él acompañábala hasta la esquina de su casa, y las que pasaron amorosamente cuando novios, que Salvador volvía á sentir entre los labios el dulce dejo de sus besos. Por pronta providencia, dirigióse á la morada de don Florentino, ansioso de saber el paradero de la chica:

—¿El señor licenciado Moralba?...

La portera miró á Salvador con extrañeza, sin dejar de soplar la lumbre de su brasero. Salvador repitió el nombre, agregó detalles:

—El señor que vivía en aquella vivienda; un señor muy enfermo y viejo ya, padre de una señorita guapa, llamada Carolina, una señorita alta, de ojos negros, que trabajaba todo el día, en la calle...

Allí no vivían personas de esas «señas» ni de ese «apelativo». En la vivienda apuntada vivía un señor Quintana, que tenía carros y no tenía hijas grandes.

—¿Y la familia del señor Díaz de Posada, un cubano que habitaba la vivienda de enfrente?...

Tampoco vivían allí, ni la cerbera conocíalos; ahora ocupaba tal habitación un coronel, ó capitán, con tres «niñas»; una, que parecía su mamá; otra, su esposa, y otra, ¡sabe Dios!...

—¿Pues cuánto tiempo lleva Ud. de portera?...

—¡Ya no contestes, tú!—ordenó una voz hombruna, de los interiores del cuarto.

Lentamente se marchó Salvador, mirando con contrariada insistencia la casa de ese Quintana, en que Carolina le ofrendó la flor de su virginidad y la miel de su cariño. Las vidrieras del corredor, veíanse iluminadas; oscura la de la sala; en el corredor ya no había macetas; en cambio, oíase, adentro, rumor de chiquillos que rien y juegan.

F. GAMBOA

Rabioso, por lo infructuosa que le resultaba, siguió en la busca. Estuvo á tomar lenguas en la fotografía donde Carolina trabajó por tanto tiempo, casi cierto de que ahí sí que lo sacarían de dudas; de que ahí tropezaría con ella y juntos saldriáanse, como en los muchos atardeceres en que él agnabábala apoyado en la verja de La Profesa, y Carolina asomaba feliz y risueña, para marcharse lado á lado por la arteria principal, que, á la hora del cierre de tiendas cuyos escaparates permanecen atestados de géneros, abrasados con la luz que se derrama al través de sus grandes cristales por encima de las baldosas de la acera y del terso asfalto del arroyo, es cruzada por el vaivén de centenares de carruajes en lento desfile de satisfacción y de riqueza; cuando la gente de á pie estacionábase frente á los aparadores encendidos, y los hombres, sobre los bordes de la acera, alineanse en interminables y ondulantés cordones de curiosidad, envidia ó deseo; cuando en el rumor múltiple escúchanse risas y exclamaciones de contento, y la principal arteria ciudadana acusa la vida intensa de la metrópoli, y hasta evoca, momentáneamente, centros más populosos y cultos, vidas más intensas de latitudes muy distantes...

En la fotografía fueron explícitos y concisos, probablemente porque ya se iban los empleados y maldito si les hizo gracia aquel preguntón mal trajeado, que les prolongaba con el interrogatorio la jornada de encierro: la señorita Moralba habíase separado de la casa hacía lo menos un año; y nó, no sabían ellos dónde pudiera encontrarse, ni dónde viviría; no sabían nada, porque no habían vuelto á verla en parte ninguna. Y en medio de la puerta lo dejaron plantado, mirándolos que se marchaban satisfechísimos de haber obsequiado á aquel desconocido con un puñado de noticias negativas y desconsoladoras.

RECONQUISTA

De aquí nació el loco empeño de Salvador de hallar á Carolina; de aquí nacieron sus propósitos de recorrer completa la enorme ciudad, calle por calle, casa por casa, piedra por piedra; de salir de ella, á ser preciso, y peregrinar por todas las ciudades y por todos los pueblos de la república entera. Empeño enfermizo, irrealizables propósitos que lo empujaban, febril y desatinado, á emprender las caminatas que siguieron al desahucio de la fotografía. Si hería su atención, en los momentos de análisis lúcidos, que tales propósitos y empeño asaltáranle ahora que no había esperanza de dar con la chica, y no antes, mientras él titubeó, mientras no decidióse á esta busca reparadora, de redención y premio.

Fatigado del esfuerzo físico de tanto andar y andar estérilmente, triste tornaba á su altísima morada, á su polvoso taller trunco, al reducido dormitorio descuidado en que «Oobispo» y «Netzahualcóyotl» esperábanlo: el zentzontle, en su jaula y como decapitado, la cabecita bajo el ala; y el gato, sobre el catre, hecho un ovillo de grasa, pelo sedoso é indiferencia.

Entonces, mal alumbrada la estancia, Salvador, hundido en el viejo sillón abacial, que aún conservaba gracias á que nadie lo había comprado por lo roto del tapiz y lo apollillado de la madera, clayaba su cabeza en las manos, y de considerar á Carolina, allá, quién sabe dónde, en el cementerio quizá, víctima de la infamia de él y con su deshonra á cuestras, ganas entrábanle de darse muerte en castigo de su injusticia. Todas las ideas sanas que á contar de su descenso y de su alivio retoñábanle en cerebro y espíritu cercándelo como yedras; las nociones exactas del deber, que á fuerza de desengaños venía adquiriendo; los apostolados á cuyo ejercicio creíase llamado, después de haber asomado á las simas de dolor y de miseria en que

F. GAMBOA

yacen los humildes, el pueblo que él pretendía aliviar con su palabra y sus pinceles; las simas en que yacía él mismo, por su culpa, todo ello alborotábasele, por adentro, y lo obligaba á reconocerse delincuente, tal vez dañado para siempre. Y ahí, á sus solas, defendíase, inculpaba á los maestros que cegaron su sentido moral, al medio en que vivía, este México que rodaba peñas abajo sin que en su despeñadura atajáronlo los que podían hacerlo, él inclusive. ¿Por qué realizar la perdición de una mujer? ¿con qué derecho?... E imaginábase á Carolina yéndose también peñas abajo, ya que él, Salvador, habíale dado el empujón primero, el que nos hace perder pie y asir el vacío; los empujones subsecuentes, ya se los habrían dado los demás, todos, los hombres muy particularmente, sus compañeros de sexo y de maldad. Véiala repudiada, sin trabajo, sin pudor, hambrienta de justicia á los principios, y de pan luego, parando donde paran todos los desesperados: ¡en el fondo de los abismos!..., donde pararía él si es que no había parado ya; donde pararán las sociedades corrompidas, los pueblos incrédulos, las razas sin ideal, como la suya: en los pútrideros de los sepulcros y de las negaciones... Muchas noches, sin más testigos que los lienzos de sus grandes cuadros inconclusos que en tiempos mejores brindáronle con el renombre y con la gloria; sin más testigos que los cuadros sin alma, pintados para continuar en el vicioso naufragio de sus purezas de artista, y las tablas ladronas y embusteras en que últimamente laboraba para saciar su hambre, muchas noches acabó por arrodillarse en demanda de fe que lo salvará, que le prometiéra «algo» para después, para cuando él hubiese apurado los cálices de todos los sufrimientos ¡qué remedio!... pero lo importante era creer, ¡creer en la promesa! y esperar su realización...

RECONQUISTA

A ese paso, Carolina seguía en la sombra y el misterio. De balde era que Salvador, guiado por su instinto y por secreta fuerza que lo impulsaba á no truncar sus pesquisas, confiara irrazonadamente en topar con ella, y en que el descubrimiento de la muchacha, por difícil y nada probable— ¡hallar una mujer desvalida en el medio millón de seres que pueblan la muy noble ciudad de México!...—traería aparejado el renacimiento de su fe. Por eso seguía buscando á la joven, con mayor íbrio según más se descorazonaba por su falta de éxito. ¡Mire Ud. que era andar lo que Salvador andaba!... La ciudad completa, que tanto recorrió en todos sentidos cuando su afán del cuadro que retratará su alma y su fisonomía moral, la ciudad completa volvió á caminarla y escudriñarla, palmo á palmo; volvió á saturarse de ella, á fijarse en sus encantos y atavíos, en sus lacras y cicatrices; volvió á asomarse á las calles céntricas, de palacios coloniales; á las vetustas y sepultadas diaconías en que los edificios nacidos al arrimo de los templos añosos, á los calores del culto y la liturgia, y á las esplendideces de los caudales eclesiásticos, conservan aún nombres de bienaventurados y de mártires, fisonomía monástica y sacerdotal, no obstante las reformas, reparaciones y ensanches edilicios; volvió á asomarse á las colonias modernas, de viviendas barocas ó endeables; á los bajofondos y arrabales pululantes de humanidad, en que fermentan, el pueblo de mañana hambreado de indemnización, recompensas y justicia, y las sociedades futuras, que, después de anegar la metrópoli y de arrasarlo malo que para ellas ha encerrado, se derramarán por el valle inmenso, y por las provincias vecinas, y por las remotas, en su expansión fatal, en su evolución inatajable, en su advenimiento de inconmensurable aurora roja de purificación y de castigo, primero, de amor y redención después...

F. GAMBOA

Y no hubiera podido saberse, con certidumbre, por qué Salvador, parado en una esquina de barrio silencioso y distante, á las tantas de la noche, abría los brazos, desesperado, y en el vacío agitábalos; pues lo mismo podía ser á consecuencia de que nunca daba con Carolina, que de infinita piedad por lo que tardaba en despertar y esperezarse ese Mar Muerto de las conciencias, energías y fuerza que roncaba ignorante y ebrio dentro de las poeilgas negras y cerradas, que parecía se quejaban sordamente al través de las resquebraduras de sus paredes y sus puertas.

De estas peregrinaciones infructuosas que le acicateaban el anhelo — ¡sincero al fin! — de dar con Carolina, vino á sacarlo el aviso de Covarrubias:

— ¡He descubierto á tu novia-fantasma! La tienes empleada en la fábrica de ácidos de la Viga...

La propia tarde, en un simón encaminóse Salvador hasta las afueras de la tal fábrica, que se yergue sobre las aguas del manso canal enfermizo y glauco. Dentro del simón, púsose á observar el ingrato edificio que simula claustro pobre, mientras contaba los minutos que aún faltaban para las seis y contaba á par las respiraciones rítmicas de las calderas que lanzaban por los tubos de desahogo, próximos á la chimenea altísima, chorros de humo blanco evaporados á corta altura; respiraciones idénticas á jadeos angustiosos de persona muy cansada que implora descanso porque no puede más, kiries rogatorios á la chimenea altísima, apenas coronada de penacho de humo negro, que se acostaba en los aires y vaga semejanza prestaba al inmueble con barco monstruoso é insensible que sin piedad hacia los sufrimientos de su tripulación, bogara lentamente rumbo á sabe Dios qué fondeaderos de reposo y premio que no alcanzan á divisarse y á los que ignorara si alguna vez arribaría...

RECONQUISTA

A las seis, pitó el silbato; los jadeos de los tubos de desahogo se apagaron, súbitamente, y los obreros y empleados, vestidos de ropas burdas, de sombras que con el crepúsculo se adueñaban del conjunto, salieron en tropel, confundidos los hombres, las mujeres, los niños. Sólo la chimenea continuó coronada de su penacho negro, que se acostaba en los aires.

Como Salvador no viera entre el grupo mujer ninguna de sombrero, ó de traje que la diferenciara de las que se iban con los granujas inquietos, ó con los adultos que las abordaban, ó en unión de otras mujeres que no devolvían las chanzonetas ni los adioses toscos de manos que tiraban de los rebozos, que pellizcaban caderas y espaldas, Salvador apeóse del simón para mirar más de cerca... ¿Habría descendido Carolina hasta aquel lamentable extremo?...

Ordenó al cochero que lo siguiera, despacio, y, sin recatarse, echó á andar, de prisa, por bajo los árboles de la acera, con el proyecto de llegar al fin de la calzada y estacionarse en la esquina donde el tranvía se detiene á esperar pasajeros para Peralvillo. A unos cuantos pasos de tal sitio se instaló Salvador, apoyándose en el pretil carcomido del puente, y ansiosísimo determinando á cada uno de los obreros y obreras que desfilaban por su frente, después de que él se les hubo adelantado.

En los comercios de la populosa barriada se encendían las luces. La de los focos de arco de la calzada y de las calles, previos dos ó tres titubeos, rasgó la obscuridad de la noche que galopaba por los cielos.

...Con entrambas manos tuvo que asirse al pretil, al distinguir á Carolina en el acto identificada... sí, era ella, sí; su mismo andar cadencioso; su mismo cuerpo, su cuerpo ligeramente vencido, no tan enhiesto como ayer...

F. GAMBOA

Junto á él pasó, sin verlo, viendo al tranvía que ya no podría alcanzar, que se alejaba repiqueteando su timbre metálico...

En cuanto Salvador se recuperó, tras ella se fué temeroso de que le repudiara, de que se negase á perdonarle, de que no quisiera creerlo...

—¡Carolina! ¡¡Carolina!!...

La pobre mujer, al volver el rostro, encontróse con que Salvador, muy cerca de ella, sólo la contemplaba arrepentido y mudo.

Animado él con que la chica no huyera, ni llamara á un gendarme, ni le rechazara—¡la infeliz, como hipnotizada, no podía tampoco articular palabra!—se descubrió, y tendiendo su diestra, en voz muy baja de remordimiento y ruego, preguntóle:

—¿Quieres perdonarme?...

Nada repuso Carolina; llegóse trabajosamente á un árbol y en el tronco recargó su cuerpo. Luego, se cogió el corazón, que sin duda le palpitaría fuera de medida ó mucho doleríale, y, por último, abrazado al tronco para no caer y apoyando en el árbol la frente, rompió á llorar, un llanto que causaba poco ruido y que mucho la sacudía con sus sollozos sofocados...

Salvador, entonces, se le acercó más, hasta empinarse por cima de su hombro y al oído susurrarle un raudal de palabras que brotaban de sus interiores adoloridos de desgraciado, á las que intercalaba, á modo de ritornelo quejumbroso, su demanda de perdón:

—¡Perdóname, Carolina, dime que me perdonas!... ¡Si supieras lo que he pasado!...

Carolina seguía llorando, menos sollozos ahora que lágrimas.

Y lo que Salvador había imaginado, eso aconteció:

RECONQUISTA

Carolina, pasivamente, dejábase llevar; dejó que Salvador la sostuviera, estrechándola el talle; dejó que le reclinara la cabeza encima de su pecho duro de varón fuerte, como antes, como cuando novios; dejó que fuera acariciándola toda, hasta las mejillas empapadas que él púsose á enjuagarle... Ante aquel dolor hondo y tan heroicamente sufrido, también Salvador enmudeció, adivinó el calvario por que habría atravesado esa infeliz, callada, sola, más débil que él, más delicada, más expuesta á riesgos y peligros. En aquel instante, los dos perdidos en el lado sombrío del barrio pobladísimo, cuyos inquilinos esparcíanse y diseminaban por comercios alumbrados, figones, almacenes de abarrotes, «puestos» á la intemperie con sus farolillos mortecinos; perdidos allí, en el borde del canal que se desliza con apagado rumor de reptil venenoso y traicionero que inficiona la ciudad con su ponzoña, Salvador se juró á sí mismo una porción de honradeces, de regeneraciones, de desagravios. Y seguro de que lo perdonaban, de que quizá habíanlo perdonado de tiempo atrás, cual si escapara con oro en paño, así cargó con Carolina, hasta el simón que curioseaba la escena muda, con la luz sanguinolenta de sus faroles de aceite, apostado bajo un árbol vecino.

¿Hablar?... Ya hablarían, después, más tarde, siempre, al narrarse mutuamente las desdichas de sus vidas. Ahora, conformábanse con palparse, con sentirse tan cerca uno del otro; á él, antojándosele un sueño que de nuevo lo aceptarían; á ella, antojándosele un milagro aquella vuelta, ese repentino reaparecimiento de quien le había hurtado, con la pureza que no retoña nunca, su juventud y su cariño.

III

Y el simón siguió su rumbo, ciudad adentro, y Carolina y Salvador no se opusieron á su marcha incierta; dejábanse llevar, á la ventura, como en dulce sueño del que no quisieran salir para no tropezar de nuevo con la realidad de que maravillosamente los alejaba aquel carruaje desvenecado y sucio. ¡Que no parara nunca, que continuara así, cruzando las calles pecadoras de la inmensa ciudad sin entrañas, y á ellos se los llevara más allá, más, adonde no les preguntaran nada, adonde les permitieran intentar una existencia ignorada de setes que no pudiendo remediar la maldad humana y arrepentidos de la suya propia, resolvían marcharse lejos, y emprender su viaje de desengaño sin participarlo á nadie, sin aconsejar que nadie se parta de sus hábitos y deleites, sólo juntando sus voluntades y sus cuerpos, sólo asidos de la mano y deseosos de desertar cuanto antes el pueblo grande en que sufrieron!...

A entrambos, sin embargo, preocupábalos parecida idea: ¿adónde pararian, en efecto?

Su anhelo de que el simón no se detuviese, de que los sacara de la ciudad iluminada artísticamente en sus calles y tiendas, desde hacía una hora; palpitante de vida y de bullicio, conforme á sus centros enderezaba el vehículo, era, como todos los anhelos, irrealizable. En cambio, al ir aproximándose á Palacio—trotaban ya por las calles de Jesús, con terso piso de asfalto que apaga y suaviza el rodar de los carruajes; con muchedumbre de comercios, de tenerías, principalmente, que por puertas y ventanas

respiran acres bocanadas olientes á suela y pieles; con muchedumbre de personas en las aceras y á la mitad del arroyo, yendo, viniendo, estacionándose, mucho obrero, curtidores en su mayoría,—al ir aproximándose á Palacio, cuyo baluarte sur destacábase, el simón, con tardos andares por lo exagerado del tráfico de la calle de Porta-Caeli que en la Plaza de Armas desagua su caudal de transeuntes, vehículos y tranvías eléctricos que la han inundado á partir de la esquina de la de San Bernardo, Salvador y Carolina tuvieron que hablarse, que decidir algo en el acto porque el auriga, colgándose del pescante, había dos veces que preguntaba:

—¿Adónde vamos, jefe?...

En la precisión de resolver el conflicto, reinó la angustia unos instantes, dentro del coche. Carolina soltó la mano del pintor, y éste quedóse meditabundo y vacilante... Por providencia pronta, ordenó al auriga lo que primero vinole á las mientes, un pretexto:

—¡Párate junto á los trenes de la Villa!...

Pasaron por todo el frente de Palacio, comprendiendo que el momento de la resolución definitiva era llegado. Todavía mientras el cochero contó monedas en la palma de su mano á fin de entregar la vuelta del billete de á cinco pesos con que Salvador le liquidaba, Salvador y Carolina permanecieron lado á lado cual personas de intimidad á las que nada de anormal ocurre; pero cuando el simón arrancó, que fué bien pronto; cuando quedaron los dos solos en el ángulo del «Zócalo», tan concurrido siempre, apartáronse el uno del otro por instintivo movimiento, sin saber cómo principiarían á hablarse, ni lo que harían con sus cuerpos y sus voluntades libres.

—¿Quieres que nos sentemos por aquí?...—propuso él para ganar tiempo.

Y para ganar tiempo también, Carolina aceptó.

Al instalarse en uno de los interiores bancos de hierro, donde menos los delatara la luz, el reloj de la catedral sonó las ocho, y en el kiosco del jardín rompió á tocar una banda de caballería. La música y los vecinos de asiento—tres individuos mal trajeados que fumaban y reían de la narración de sus asuntos,—vinieron en su auxilio y consigo mismos justificáronlos de no resolverse á empezar la conversación inevitable; la música, habríalos obligado á hablar en voz muy alta, y los vecinos de asiento habríanse enterado de todo lo grave que era fuerza se hablaran. Poco á poco fueron aislándose de cuanto los circundaba: de sus vecinos; de los concurrentes que bajo el kiosco giraban y giraban; de los que desfilaban por delante de ellos y los miraban apenas en su discreta penumbra; de la música que, por intervalos, cesaba de tocar, y en vez de notas dejaba oír el ruido complejo de tantos pies caminando sobre la arena de las callejas y sobre la piedra de los enlosados, de tantas voces, de tantas risas, risas y voces toscas, de gente humilde que es la que forma el grueso de la concurrencia de estos diarios conciertos al aire libre. Poco á poco Salvador y Carolina, pensando en lo pasado, en el eneuencntro de esa tarde, en lo que hubieran de hacer después, fueron perdiendo la conciencia del sitio en que se hallaban, y, mecidos por sus recuerdos, por la música que oían confusamente, examinándose de reojo y palpando mudanzas grandisimas en sus personas: Carolina, si no fea, sí camino de la fealdad, marchita de años y trabajos; Salvador, de viejo prematuro, el cabello entreceño y en el rostro arrugas, los surcos impresos por las duras llantas de la pobreza y de los vicios, comenzaron ambos por preguntar los mutuos sucesos que ignoraban y que á no haber resultado cual resultaron, habríanse tomado por las

preguntas sin sabor ni substancia que en las entrevistas trascendentales formúlense mientras la voz se afirma y el ánimo se serena:

—¿Y tú papá?—inquirió Salvador, harto emocionado, volviendo la cara á los soldados filarmónicos que descansaban en el kiosco, de codos encima de los barandales.

—¡Murió!—repuso Carolina, lacónica,—¡hace dos años!...—Y su rostro se contrajo, de pena sería, con lo opinado de la evocación.

Salvador sintió como si sus remordimientos aumentaran con la fúnebre noticia, no obstante que la muerte de don Florentino, viejo é incurable, hubiera debido considerarla naturalísima. Sin embargo, se estremeció de oír y buscó el semblante de la muchacha, que lo hurtaba conteniendo nuevas lágrimas, para deletrear en él lo que con esta otra desgracia habría sufrido. De no encontrarle la cara y de imaginar el tormento doloroso, interrogó asombrado, muy quedamente:

—¿Y qué has hecho tú? ¿qué hiciste entonces?...

Estrechada por la pregunta y por las lágrimas que pugnarían por salirsele, Carolina respondió alzándose de hombros, dibujando con la mano que apretaba el pañuelo una desmayada curva en el aire, que Salvador tradujo á maravilla, lo mismo que si palabra por palabra le contestasen. Carolina respondiale que ignoraba lo hecho entonces y lo hecho después, que no sabía precisarlo, pues en tantas ocasiones que teníasele preguntado, ora resultabale que había hecho mucho, ora que había hecho muy poco: padecer y llorar, según viviendo como todos vivimos, padecemos y lloramos cuando la desgracia se ensaña en contra nuestra y no podemos huirla ni defendernos de ella... Luego, añadió cual si de veras Salvador leyese sus pensamientos:

—¡Rezar!... ¡pedirle á Dios que no me abandonara!... Mentalmente, para mejor grabársela, repitióse Salvador la frase última, sorprendido de no estimarla pueril ni inadecuada: «¡Pedir á Dios!...»

...Si, sólo así, en efecto, creyendo en Dios, habría podido Carolina resistir la orfandad, el abandono de él y la pobreza que á la legua advertíase en el pergeño y palidices de la chica. A fin de que no se le disipase la dulce impresión que le originara el escuchar el nombre de Dios en persona tan desdichada, cerró los ojos y se arrimó á Carolina, murmurando:

—¿Y Dios te oyó?...

—Tú puedes contestarlo—replicóle ella.—¿Quién, si no, te mandó á buscarme?...

Los añejos descreimientos del artista, de nuevo sojuzgóronle, pero no quiso destruir la fe sencilla de Carolina que tan hermosamente creía en la intervención divina. Él no decidíase á creer con firmeza tamaña, aunque si reconociese que había algo, un poder extraño, una voluntad superior á la suya, la conciencia del deber empujándolo á que reparara una falta; fuerzas que nada tenían que ver con milagros ni órdenes de lo alto... Para que Carolina no interpretara mal su mutismo y fuera á pensarse que él habíala pasado diversamente, le contó sus penas:

—¡Si supieras á mi lo mal que me ha ido!... Perdí á mis hijas, á las dos... ¿te acuerdas de que eran dos?

—¿Las dos han muerto?—le preguntó Carolina, asustada.

—¡Casi!... Evangelina se me casó, y vive pobre y sin dicha en un rincón del mundo... Y Magda, de monja, en Barcelona ó en Roma, yo no sé donde...—Y en las rodillas los codos, Salvador apoyó las sienes en las palmas de sus manos.

De la Catedral desgranáronse las catorce campanadas lentas de las diez: los cuatro cuartos en un tono, y la hora en otro, más grave. La banda de caballería se dispersó, y de su menesteroso auditorio apenas si quedaba nadie, casi todos partidos desde antes, por encontrar abiertas aún las casas de vecindad en que moran y que á las diez en punto se cierran. La entera Plaza de Armas entraba en muda; las puertas de Palacio, ya se habían clausurado; la Catedral, se arrebujaba en sombra; los tranvías disminuían, apagábase el ruido; en el Portal de las Flores, desierto, resonaban con más consistencia las pisadas de los cuantos que le cruzaban de prisa, y sólo el Ayuntamiento, con algunos balcones alumbrados, arriba, y la administración principal de coches de punto, abajo, abierta todavía, sólo el Portal de Mercaderes y la bocacalle de Plateros, concurrida siempre de viandantes y carruajes, persistían en su latir de entrañas y arterias sin sosiego. Por las afueras del «Zócalo» y por los bancos del jardín del atrio de la metropolitana, comenzaba á distinguirse bultos sospechosos de ramerías baratas y lamentables, que amparadas por la soledad y lo negro, como lobas hambrientas que son, por ahí se apostaban en acecho de sus víctimas y de sus parroquianos: los soldados que no pudieron reintegrar el cuartel al toque que los llamaba; los precoces voceadores de diarios y papeles; los rateros é individuos que no saben dónde dormirán, ó que intermitentemente duermen en los bancos de los parques, de donde son levantados por los gendarmes que con ellos cargan á las comisarias ó los sentencian á continuar caminando toda la noche, por ser prohibido que nadie duerma en los jardines...

Azorados ante el silencio, Salvador y Carolina comprendieron que era arribado el instante en que debían juntarse ó separarse para siempre. Y como ni el uno ni el

otro querían lo segundo—¡oh, no!—Salvador, por hombre, hubo de tomar la iniciativa; una iniciativa que lo conciliaba todo, que ahorraba explicaciones enojosas y pormenores importunos. So pretexto del frío, que no dejaba de explicarse, se levantó el primero:

—¿Quieres que nos vayamos? .. ya es tarde y yo me he helado... ¡Ven, anda! Y le ofreció su brazo, que Carolina aceptó, resuelta, luego de rapidísima vacilación en la que sabe Dios qué cosas pensaría.

—Tomaremos algo—insinuó el artista cuando echaron á andar,—¿qué prefieres? ¿qué tomas por las noches?...

—Me es igual—replicó Carolina, sumisa,—lo que tomes tú; pero no me lleses á sitio en que nos vea mucha gente...

De la Plaza fuéronse en derechura al Empedradillo, y por la calle del Cinco de Mayo doblaron á su izquierda caminando despacio, gustando ambos de sentirse tan próximos y sin experimentar, ello no obstante, torcido apetito ni torpe deseo. Conforme adelantaban en la ancha vía solitaria, á su fondo divisaban, destrozada, la enorme mole del pobre Teatro Nacional, que echaban abajo para prolongar la avenida. Y visto á distancia lo que del imponente inmueble se conservaba en pie aunque á punto de caer, unas columnas por los suelos, en pedazos; gruesos cilindros de piedra junto á montículos de escombros y de tierra, en cuyas cimas titilaban las flamas diminutas de las linternas de aviso de los veladores; otras columnas en su sitio todavía, pero trunacas, no sustentando nada, ociosas y condenadas á rodar mañana y morder el polvo; vistos los andamiajes destructores y la luz de luna que más allá de pórticos y vestibulo daba de lleno en lo que había sido sala y escenario, desolados también y también sem-

brados de escombros, de tierra, de vigas enormes que asomaban sus extremidades amenazantes y erectas, como bestias fantásticas que salieran calladamente de los removidos cimientos á disputar la inviolabilidad de sus viejos nidos; visto el conjunto todo de despiadada ruina, que obligaba á pensar en las catástrofes y los siniestros que de tiempo en tiempo se descuelgan sobre las fábricas resistentes, y las arrasan: los terremotos, los incendios, las guerras; viendo aquello, según al término de la calle aproximábanse Salvador y Carolina, Salvador se detuvo, y extendiendo su brazo libre, exclamó:

—¡Eso somos nosotros, mira!... Ruinas de nosotros mismos, pedazos de un edificio echado abajo por los golpes brutales de albañiles ignaros que pegan donde se les manda que peguen, y destruyen ciegamente, habituados á su labor impía, sin saber lo que hacen, sin oír los lamentos de lo que rompen, sin curarse de las bellezas que aniquilan, de las tradiciones que destrozan, de los sueños que interrumpen... Si todas esas piedras y esas vigas y ese polvo pudieran hablar, oiríamos sus quejas, sus protestas, sus lamentaciones; nos recitarían los versos de Miguel Angel, grabados en el pedestal de «La Noche», su estatua dormida en la tumba de Julián y Lorenzo los magníficos, allá en Florencia:—«Dormir es dulce, y, más aún, ser de piedra, »en tanto duren el mal y la vergüenza. No ser nada, no »sentir nada, es mi ventura... Así, no me despiertes... »¡habla bajo!» Es que al polvo, y á las vigas, y á las piedras los hemos declarado insensibles, porque sí, por lo que declaramos tantas cosas, arbitrariamente, presuntuosamente, cuando nos conviene declararlo... Da tristeza, ¿verdad?... ¿No te entristece á ti contemplar este esqueleto disforme que se resiste á que acaben con él?... ¿No te entristece que los hombres seamos tan implacables?... A mí,

F. GAMBOA

si, y mucho, porque palpo que nuestra implacabilidad es mal sin remedio, que lo mismo ejercitamos en las personas que en las cosas... Y desde que le dieron á este infeliz el primer barretazo, seguido luego de ciento, y de mil, y de los millones que le han descargado y descargándole siguen, tontamente si quieres, yo me afligi con él, y á los principios de la demolición propuseme estar viniendo á ayudarlo á bien morir, de lejos siquiera, como nos detenemos á ver una ríña á mano armada, hasta que uno de los reñidores cae y el otro huye; como consentimos en que varios gendarmes se ensañen contra algún ebrio que los resiste; como vamos en masa á presenciar un fusilamiento, el crimen de los más sobre los menos, la venganza de toda la sociedad que carece de poco, sobre un desventurado que sólo posee su crimen... ¿No sabías que me he vuelto socialista? pues sí, eso dice Covarrubias, aquel mi amigo de quien tanto te hablaba ¿te acuerdas?... Te decía, que estuve viniendo á presenciar el derrumbe, muy puntual; y los ingenieros, mis conocidos, simpatizaron con mi chilladura, colocábanme en buenos lugares para que sin riesgos contemplara cómo podemos derribar y demoler lo que es mucho más grande que nosotros... ¡ni más ni menos que las hormigas, hija mía!... Muchos hombres, fuertes y juntos, cayendo encima de un punto débil que puede más, débil y todo, que los hombres juntos y fuertes... Y ¡vengan más hombres, es decir, vengan más gusanos, pues gusanera somos, queramos ó no, vengan más barretas, más hierros, más picos, y, hala, á golpear, á herir, á machacar!... y los hombres, jadeantes, sudando, encorvados los torsos, palpitantes los pechos, hinchadas las venas, golpea y golpea! Y al cabo de los días, de los meses, de los años si no se emplearan dinamitas y pólvoras, han muerto algunos fuertes, se han cansado otros, se ha llamado á más jóvenes, á más fuertes,

RECONQUISTA

y la piedra, el árbol, la tierra, ¡lo grande de veras!, apenas si luce una cicatriz risible, que se ríe, en efecto, de que el rey de lo creado sea tan pequeño y miserable... ¡Oh, un cuadro, un cuadro portentoso que pintaré ahora, ahora que ya te tengo á ti, ese continuo batallar del hombre que por sí solo es tan poco, y, sin embargo, lo realiza todo!...

Carolina no lo interrumpía; reclinada en su hombro, como antes—porque Salvador así habíase la colocado una segunda vez,—le dejaba hablar y accionar frente al teatro ruinoso, que, diríase, los escuchaba por los grandes vanos de su peristilo roto.

Al concluir su tirada, Salvador, enternecido de súbito, comenzó su acto de contrición y arrepentimiento por la seducción y el abandono de aquella mujer que nada reclamaba, que debía haber perdonado de años atrás, y que hoy nada exigía tampoco, nada más que no la abandonaran de nuevo, abandonándose ella, en cambio, femenilmente, de una vez por todas, resuelta á acompañar al que tantas cosas irremplazables habíale hurtado.

—Y yo, yo que predico—siguió Salvador,—sin hacer nada bueno, ¡yo fui contigo más bárbaro é implacable! Con la honradez que me reste, que alguna ha de ser, te pido perdón por lo pasado, te ofrezco un desagravio perenne, de minutos y de segundos; te pido ¡muy humildemente! hasta de rodillas si te place... ¡sí, sí, aquí mismito! (al notar la oposición de Carolina) ¿qué me importa que los que pasan me vean y rían? ¡peor para ellos!... te pido que no me dejes nunca, que conmigo compartas mi miseria y mi despeñamiento!... Si se te gastó el cariño—habría razón y de sobra,—no ha de habésete gastado la piedad, y por piedad bien puedes venir conmigo, como si me dieras una limosna de las tantas que hayas dado á pordiosos-

ros y mendigos, al salir tú de trabajar según te veía yo, cuando me querías: con tu cuerpo bellissimo, nimbado de luz, y tu conciencia, tranquila, de virgen moderna que conoce los riesgos y el pecado, pero que sólo peca con su elegido; aunque en ocasiones éste le resulte un criminal como yo te resulté, ¿qué culpa tiene de que no le cumplan lo que le ofrecen?... Tú, tú creíste en mi palabra, ¡bendita seas!, y yo, yo que en nada creo, menos creí en ti, porque eras mujer, ¡qué enormidad!, y es de necio rigor no creer en hembras...

Temblaba Carolina, y Salvador interrumpiase de tiempo en tiempo para tomar respiro, ó para recrearse en sus ojos de gacela que á él deleitáronlo desde antes de los comienzos de sus amores; lo único que los años y las penas no habían ajado en la muchacha.

—... ¿verdad que todavía te queda un poquito de cariño, aunque sea muy poco?—le dijo suavísimamente Salvador, inclinándose su cabeza para mejor alcanzar á su oído.—¡Ya verás cómo lo hacemos crecer y cómo nos abriga á los dos, cómo nos compensa de lo que hemos padecido tú y yo, separados por mi culpa! De otro modo, calcula lo que sería de nosotros, cada cual por su lado, sin padre tú, yo sin mis hijas, sufriendo á solas sin dolerle á nadie ¿cuándo nunca le dolimos á alguien?... Únicamente recordando que nos quisimos alguna vez, que podíamos haber vuelto á querernos... ¿Te vienes conmigo?... Poco puedo darte porque nada poseo, ¡nada, nada!... ¡pero cariño sí que te daré, á puñados, y mi arrepentimiento, y haré cuanto me digas, que yo nunca supe hacer maldita la cosa con esta vida mía!... ¿Qué me respondes?...

—¿Te casarías conmigo?—le preguntó Carolina, alejándose de su peligroso contacto.

—En el instante que lo indiques, pero no te me separes

aunque no estemos casados ¡por lo que más quieras!... ¡No me dejes, Carolina, que ni yo mismo podría decirte en dónde pararía si me dejaras!... Ya que te hallé, no vuelvo á soltarte. ¿Te vas conmigo?...

—Echa á andar, Salvador, me voy contigo ¡sobre que sólo Dios sabe cuánto le pedí que me hiciera este milagro!—confesó la muchacha traicionándose á sí misma, trémula de ventura inesperada, segura en esta ocasión de que no la engañaban.

Contentísimo, Salvador pretendía que rindieran gracias al Teatro Nacional en ruínas, por el realizado prodigio; supuesto que de su contemplación había renacido el amor de ambos.

—Debiéramos arrodillarnos ¿qué opinas?

Carolina, sonriente, lo metió en juicio, le recordó que no habían cenado, que las horas corrían. Salvador lo aprobaba todo, prometía inmediatas y duraderas enmiendas; jaló con ella rumbo á su casa, y le ofreció sorprenderla en el camino: no cenarían, porque iban á sonar las once, y fuera de los grandes *restaurants*, á los que no irían por penuria y por escapar á las multitudes maldicientes, los demás comedores baratos y honestos estarían cerrados; pero ya vería, ya vería si no quedaba satisfecha con el sustituto.

Que lo fué, á media calle de la 2a del Factor, un café-tín de mala muerte y peor alumbrado, á cuyo aparador le ponía las maderas de cierre su único camarero, con el delantal echado en la cabeza á manera de tocado que de luna y cierzo defendiéralo.

—¡Buena propina si nos sirves á puerta cerrada! ¿Te conviene?—propuso Salvador al camarero, que interrumpió su faena para examinar al cliente trasnochado que propuesta tan inusitada formulaba.

—Yo por mí, si—contestó volviendo al ajuste de las

F. GAMBOA

tablas,—pero quién sabe si el patrón querrá. ¡Entren y háblenle!

A regañadientes accedió el patrón, dudoso al pronto de si se las habría con señorito *tomado* que anduviera de tuna en profana compañía. Mas, observada la pareja, se convenció de que Salvador estaba en sus cabales y de que Carolina, por su continente serio, mucho distaba de ser una cualquiera. Notificó, sin embargo, que no concedía arriba de una media hora:

—¡Mi café es de pobres y de madrugadores, y hay que abrirlo muy de mañana!

Dueños del establecimiento, Salvador pidió de cuanto hubiera, no mucho por cierto: café ó chocolate; un arroz de leche, espolvoreado de canela; bizcochos, y unas fermentadas jaleas de duraznos y membrillos.

Allí siguieron su charla, en mediana voz para no ser sentidos, á pesar de que el dueño había penetrado en la trastienda, y de que el camarero descabezaba un «pisto» golpeando á compás contra el muro la enmarañada testa.

Desvanecido el primer raptó que tanto entusiasmara á los dos, Carolina, con su habitual entereza, planteaba ahora los inconvenientes y la manera de allanarlos; imponía sus condiciones, serena, pesando ventajas y desventajas, las que probablemente sobrevendrían de la solución recién adoptada. Desde luego, lo más principal á su juicio de mujer virtuosa no obstante haber caído, era descubrir arbitrio de vivir juntos antes de casados. Y en la frase «vivir juntos» hizo prolongado hincapié, muy enrojecidas las mejillas, recatando el mirar á fin de que Salvador comprendiese lo que quería significar, y su propósito firme de salvar los restos de su virginidad desflorada. Salvador en todo opinaba como Carolina:

—Lo que tu digas se hará, mujer, lo que tu digas, siem-

RECONQUISTA

pre que no sea separación nueva, porque á eso sí que me opongo ¡ya lo creo!

Frente á mansedumbre tal, todo, realmente, arregláronlo á la medida del deseo: la fecha del matrimonio doble—pues Carolina no consintió ni que en broma se suprimiera la ceremonia eclesiástica,—para los que Covarrubias y el doctor servirían de testigos; la renuncia de Carolina á su empleo en la fábrica de ácidos; Salvador se caracterizó al oírlo insinuar que continuaría trabajando en tanto él volvía á ganar lo necesario:

—Así supiera que mañana nos moríamos de hambre, no te permitiría trabajar ni un minuto ¡que nó!... por mucho que ello sea—añadió al cabo de rápido silencio,—vanidad y disparate, y que en el mundo entero las mujeres trabajen ¡nó y nó!... Sólo que yo enfermara, como tu pobre padre—terminó variando de tono para no lastimarla,—sólo entonces trabajarías tú; de otro modo, dame gusto y ya verás cómo quehacer te sobra dentro de tu casa; tanto vas á tener, que no echarás de menos tus fotografías y tus fábricas de ácidos... En cambio, prepárate á sufrir escaseces, por ser yo pintor de todos los colores... Haz tus cuentas: ¡ni muebles hay siquiera!

Rondaba el patrón á los parroquianos embebecidos en su discreteo, y sin parar mientes en esa impaciencia; por lo que en una de sus vueltas se llegó á la mesa, y, sin más miramiento, los interrumpió:

—Son cinco reales y medio, y aquí lo dejamos. ¡trato es trato!...

Biendo de los rigores del cafetero, pagó Salvador la cuenta, propinó al mozo medio dormido con una peseta que acabó de encandilarlo, y dando el brazo á Carolina, cual si ya fuese de veras su mujer, con ella salió al frío y al silencio de la calle. Tuvieron que desandar la mitad,

F. GAMBOA

hasta la esquina del Congreso, para meterse en la de la Canoa y ganar la empinada vivienda del artista desvalido. Otro punto de entidad se aclaró al llegar: que Carolina, por vivir en dos cuartuchos interiores de una casa de vecindad en el Parque del Conde, no había menester de avisar á nadie que no dormiría en su domicilio, en el que, por economía y aislamiento, carecía hasta de sirviente.

—Pues ¿cuánto te pagaban en esa tu fábrica?—inquirió Salvador, deteniéndose y soltándola para buscarse su llavín en el pantalón.

—Diez pesos semanarios ¡y gracias!—contestóle Carolina alegremente, á par que alzaba la vista y determinaba la fachada del inmueble.

—¿Qué?... ¿te parece alto?—le preguntó Salvador mientras hallaba á tientas con las yemas de los dedos, la boca de la cerradura, —pues la vista engaña, hija, entérate de que vivo en un nido de águilas...

Soliviantada con la inminencia del momento de prueba y con la catadura interna del edificio que á Salvador albergaba, Carolina, mujer al fin, empezó á desconfiar de sus propias fuerzas y á esquivar al artista, que, so pretexto de guiarla por aquellos laberintos y complicadas escaleras, pretendía sujetarla del talle, asirla un brazo.

—Ve tú por delante—dijole al pintor,—que yo mejor voy tras de ti...

—¡Es que no conoces estos andurriales, mujer, y puedes darte un golpe!—repuso Salvador asiéndola decididamente de su brazo.

Y en tanto duró el cruce del segundo patio; y el subir de la escalera destechada, de su fondo; y el entrarse por pasadizos y tránsitos; y el trepar de la escalera final, hasta su desemboque en la azotea, ambos convenciéronse de la casi imposibilidad de cumplir con su pacto reciente, aquel

RECONQUISTA

apartamento de sus cuerpos en que, con eufemismos, convinieron, y que había de durar mientras no les dieran permiso civil y permiso canónico de juntarlos cuantas veces lo apetecieran.

Nó, no parecía posible llevar á cabo el casto proyecto, muy hacedero hablado, pero muy cruel en la práctica.

¡Ah! lo obscuro y siniestro de los sitios que cruzaron: ese segundo patio en tinieblas, con las puertas y ventanas de sus varias viviendas, cerradas por completo, y, sin embargo, respirando vida, tercios acoplamientos de miseria, de los que se derraman los hijos, la chiquillería ventruda y sucia que durante el día esmaltaba el piso de tierra en cuya costra corría torcidamente, al igual del líquido turbio de los caños de la viviendas, que iban á perderse en el sumidero de su centro... Esas viviendas altas, cerradas también y con decente fisonomía, de las que asimismo se escapaba, por corredores floridos y vidrieras colgadas de cortinas blancas, rumor casi impalpable, más imaginado que real, de tálamos fecundos, de alcobas en vigilia sin luz, animadas de hombre y mujer estrechándose en la rabirosa caricia suprema con que eternamente se renueva nuestro mundo... El inmueble entero, medio dormido á tales horas... Los adultos, amándose, abrazados; los niños y los viejos, con la vida soñando, y con la muerte...

En la amplia meseta de la escalera destechada, boqueaba la lamparilla suspendida frente á la imagen empotrada en la alta pared medianera. Ahí descansaron Salvador y Carolina, mudos y sin soltarla él á ella, cual si de veras vieran de asomarse á los secretos de las moradas silentes. Recobradas las fuerzas, siguieron casa adentro; Salvador, á cada paso, más pegado á Carolina que se sentía perdida, sin asomos de resistencia, antes con ansias íntimas de besar al pintor bien amado que, al fin, había sacádola del pá-

ramo sentimental y material en que la desventurada se consumía. Si la escalera á la azotea—tan estrecha y ventusta que los obligó á treparla más juntos todavía, como en incórporeo beso fundidos sus mutuos respiros,— si la escalera llega á tener un peldaño de más, allí desfallece Carolina, y allí Salvador se adueña de ella. Afortunadamente, salieron á la azotea, donde el aire fresco ahuyentó el peligro.

—¿Verdad que está esto muy alto?—murmuró Salvador buscando con la suya la boca de la muchacha trémula, que respiraba á plenos pulmones aquel ambiente puro, y que contemplaba fascinada el reguero de astros cintilantes en la diáfana atmósfera del cielo.

Carolina se dejó besar, en la boca; besó ella misma la de Salvador, como la había besado en la noche de su rendimiento, allá, junto á su padre impedido. Y fué un beso inmenso, apasionado, solemne, en el que las dos bocas que se besaban, dijéronse, sin palabras, amorosamente, los tristísimos calvarios de sus vidas...

Lo extraordinario consistió en que al concluir el beso, veíanse lágrimas en los ojos de Salvador y en los de Carolina; lágrimas que no trataron de disimular, que se advertían apenas, al resbalarles por el rostro.

Pronto reaccionó Salvador, y tomando á Carolina por la mano, le dijo en són de broma.

—¡Ven á que te haga los honores de tu palacio!

Luego de abrir la puerta, de par en par, encendió un cerillo que alzó por encima de su cabeza, y se detuvo, en el umbral.

—¡Tu dormitorio!—anunció al penetrar Carolina en la vivienda y seguirla él sin cerillo ya.—¡Espérate, que voy á encender, no avances!

Encendió el cabo de vela prisionero en la vulgar pal-

matoria de su mesa de noche, y Carolina oyó, no sin asombro, que el artista saludaba á voces:

—¡Hola, «Obispo»!... ¿Estás dormido, «Netzahualcóyotl»?...

A tiempo que del catre se levantaba, enarcando el lomo, el gato del pintor, rumor de alas salió del estudio.

—¡Mis compañeros—explicó Salvador entre bromas y veras,—los que más me han querido... después que tú!

Pasaron al estudio, que crecía en proporciones á la insegura flama de la vela. Parada Carolina á la mitad del estudio, examinaba éste y el dormitorio, y Salvador, festivamente, fué y colocó el candelero sobre la mesa-escritorio en que solía comer, del otro lado del biombo desplegado.

—¡El comedor!—continuó enumerando.—Quitate el sombrero y el abrigo, mientras yo pongo agua á estos individuos; á éste (*por el gato*) en su cazuela, y á este otro (*encaramándose en una silla*) en su jaula... ¿Qué opinas tú de la jaula nuestra?... ¿O no crees que sea jaula, por sus dimensiones, y por su altura, un nido?...

A par que despojábase de sus avíos de calle, Carolina sonreía, con lo que claramente manifestaba que la jaula, el nido, ó lo que fuera, no disgustábala, y que en acatamiento de su oferta, del perdón concedido, de la habitación posesionábase y á vivir en ella y con su dueño se resignaba de bonísimo grado.

Luego de haber puesto agua á sus animales, Salvador sentó á Carolina en el anciano sillón de talla, que maltrecho y todo, perduraba en el estudio; y no hallando para sí escabel ni asiento adecuado, sentóse á los pies de la muchacha, á quien, por efecto de la penumbra y de la resurrección de los recuerdos, como que le reaparecían los hechizos idos, como que las facciones bellísimas de ayer—

F. GAMBOA

¡hoy ajadas y mustias!—volvian mágicamente al pristino estado en que luciéralas cuando virgen. Y acomodado ahí, en el regazo de la amada, púsose Salvador á mirarla, largamente, hasta que Carolina le recostó la cabeza en sus rodillas, y con delicada ternura púsose á acariciarle su caballo...

Hubo una gran pausa.

—Yo había soñado esto—empezó á decir Salvador entrecerrando los ojos.—yo había soñado esto, pero es la vez primera en que la vigilia me resulta superior al ensueño... Sí, yo había soñado que te encontraría, que tú me perdonabas, que, dolida de mí, conmigo te venías... y que así, como te hallas ahora, como me hallo yo, en tu regazo, los dos solos, los dos sin nadie que por nosotros mire... así, pobres, de vuelta de todos los desengaños, de vuelta de todos los sufrimientos, juntos al fin, ¡juntos para ya no separarnos nunca, suceda lo que suceda ¿verdad? tú me acariciarías así, como estás acariciándome, mucho, mucho, sin cansarnos ni tú ni yo!... y que tus caricias me significarían, por fuera y dentro, un misericordioso bálsamo, un electuario ideal que iría curándome, una á una, sin hipocresías ni ascos de tu parte, todas las heridas que tanto me duelen, las grandes y las pequeñas, las que se me ven y las que sólo yo me veo, las que con mis vicios y defectos me he causado y las que me ha causado la vida, en castigo á mi pecado de vivirla... ¡Sí, yo había soñado esto!... ¡Yo te he llamado, Carolina, te he llamado con el pensamiento, te he llamado á gritos!... ¡Cuántas noches, cuántas, pobrecita mía, en el silencio y desolación de esta vivienda en la que no podía dormir, llamándote tendí mis brazos, á lo obscuro, y tendidos quedáronse, suplicantes, temblorosos, pidiéndote que los perdonaras de haberte abrazado, pidiéndote que volvieras!...

RECONQUISTA

La vela, del otro lado del biombo desplegado, crepitaba á punto de apagarse; sus chisporroteos cesaron y, por último, se extinguió sin ruido, cual si alguno hubiese soplado la flama agonizante. No lo advirtió Salvador á causa de sus ojos entrecerrados, y aunque Carolina sí lo advirtiera, no quiso interrumpir esas palabras que embelesada teníala, y que también á ella, con sólo oirlas, le suavizaban sus heridas, sus padeceres, ese montón de años en que se creyó olvidada para siempre. La falta de luz, por lo pronto, sumió la estancia en tinieblas; después, la claridad astral, que por la vidriera de la pared entrábase, hizo que lentamente disminuyera la sombra, hasta permitir que los objetos se columbraran en delicioso claro-oscuro, inciertos, vagos, lo que prestaba á los objetos y á ellos mismos una idealidad positiva de soñación y de quimera.

—...primero—continuó Salvador,—te soy franco, juré que te olvidaría, y aun se me figura que lo logré, que lo lograba, mejor dicho, algunas horas, días completos en que llegué á suponerme libertado de tu recuerdo..., odiaba yo pensar en lo que sería de tí; encogíame de hombros frente á tu muerte; bebía, buscaba distracciones de las más reprobadas, ¡ya ves que nada te oculto!... Pero conforme corría el tiempo y mis dos hijas me abandonaron, una después de la otra, y el mundo y mi tierra y mis amigos me huían y despreciaban—en gran parte, por mi causa, ¡no lo niego!, pero en otra gran parte, por causa de ellos, ¡no me lo niegues tú!—¡ah!, entonces sí que triunfaste, que el recuerdo de tu cariño y el de mi infancia se enseñorearon de mí, y me ganó esta especie de furia por hallarte y traerte conmigo ¡vida mía de mi alma!...

Cambió Salvador de postura y quedó con la cara hacia arriba, pero siempre recostado en el regazo de Carolina, á la que ahora, con los ojos abiertos y fijos, miraba inten-

F. GAMBOA

samente por lo que se le esfumaba en la penumbra aquella. Cesó Carolina de acariciarle el cabello, y Salvador se apoderó de sus manos ociosas, recorriéndoselas íntegras con las suyas, cual si las modelara; luego, se las llevaba á los labios, despaciosamente y apasionadamente, y en sus labios teníasclás mucho tiempo, apenas besándolas, guardándolas más bien junto á su boca, por el mero placer de sentir las tan cerca de los besos que les rehusaba adrede...

—...aunque sé lo buena que eres, yo no creí que me perdonaras con esta nobleza, sin condiciones ni castigos; y por eso, desde que aquí te guardo, á mi lado, en este cuarto del que te llamaba en vano, sigue figurándoseme que no es cierto que esté teniéndote en mis brazos, y que tú no vienes, que no vendrás... Ya ves lo que te ofrezco: ¡nada!, comenzando por mí, que nada soy si se me priva de lo que llevo dentro del cerebro y que en alguna ocasión bajó hasta mis pinceles... ¡Quién sabe si no volverá á bajar!... Ahora confío, ¡mi palabra que confío!... Si volviste tú ¿por qué no ha de volverme mi talento?... ¡Háblame, dame fuerzas, animame!... ¿Por qué callas?...

Callaba Carolina por no revivir, á su vez, lo pasado y lo sufrido. Si ya se le había hecho el milagro; si su burlador arrepentíase y le brindaba con la única reparación que por igual satisfacía sus anhelos de mujer que ama todavía y sus ansias de justicia, ¿á qué ponerse á recorrer mentalmente la *via crucis* que tanto la había lastimado cuando andúvola con sus plantas vacilantes de burlada y de huérfana? ¡Al contrario!, que se le escondiera lo más hondo posible; que nadie lo supiese, y Salvador menos que nadie, ya que, causante y todo, enmendaba lo perpetrado, y premiado conceptuábase con que ella volviese á él y con él compartiera miseria y vida... Pero Salvador empeñóse en saberlo:

RECONQUISTA

—... para recompensarte con lo que únicamente puedo recompensarte, con mis propósitos de labrar tu dicha, aun á trueque de la mía, un poquito hoy, otro poco mañana, y con mis caricias de ahora y de siempre que no te escatimaré, porque tengo hambre de borrarle con mis besos hasta la memoria de lo que por mí sufriste; hambre de besar tu cuerpo de mujer, valerosa y fuerte; tu cuerpo que me enloqueció, todo entero, de tus cabellos á tus pies que han pisado sin mancharse ¡Dios te bendiga!, las impurezas y las maldades... Cuéntame, Carolina, cuéntame...

Carolina prefirió ceder, porque temía que con la insistencia de Salvador en su exaltación creciente, sobreviniese nuevo minuto de desfallecimiento parecido al de la escalera.

Ya Salvador, enderezándose, habíase sentado en un brazo del caduco sillón abacial, y pasándole á Carolina, por el cuello, un brazo de él, nervioso é inquieto, que á la muchacha inspiraba miedo grandísimo. Ya no se conformaba el artista con cogerla de las manos ni con que le acariciaran el cabello, no; quizá sin percatarse, provocaba una proximidad peligrosa que á sí mismo disfrazábase:

—Es que no te veo bien—le decía,—por eso me acerco...

Pero Carolina sabía que aquello era el pretexto; su propio temperamento, tan domado mientras tuvo que defenderse de asechanzas masculinas—multiplicadas al saberla huérfana y con la boda deshecha,—sentíalo invadido de inexplicable malestar que la alarmaba, precisamente porque su cuerpo se le iba á Salvador, ¡á los tantos años!, cual á su legítimo dueño, y su voluntad, disciplinada en su prolongado vivir á solas, pugnaba por no dejarlo ir... ¡No, no, ni por pienso! ¡qué vergüenza sería!... Reconociéndose con débiles resistencias, circundada de

enemigos: la noche, que á saber en qué horas andaría y que al descanso invitaba; el frío, que vapuleaba desde afuera y obligaba á apetecer cariñoso y tibio arrimo; el silencio de la estancia y de la casa, el de la calle, encubridores y malos consejeros; el hecho del encuentro en sí mismo; las miasmas de amor que mutuamente descubriáanse y amasaban, y más que nada, el terco recuerdo que los dos releían para sus adentros aunque no hiciesen á él la menor alusión, de que ya habían sido el uno del otro, de que ya habían gustado juntos del prohibido fruto paradisiaco que nada ni nadie les estorbaba volver á gustar hasta saciarse—si es que sacia nunca,—Carolina optó por la narración de sus desventuras, de su orfandad, de sus trabajos á soldada en los que debía de mirar á una porción de circunstancias: buen desempeño desde luego, á fin de no ser despedida por inútil, y continua defensa de sí misma, ni tan blanda que autorizara desmanes, ni tan rígida que acarrearase envidias y malas voluntades.

—Porque los hombres—le explicaba á Salvador cual si él no lo fuese ni nada tuviera que reprocharse—no pueden vivir tranquilos ni trabajar bajo el propio techo con una mujer. ¡Es curioso! Primero, se matarían por una mujer, la colocarían en un sagrario, ¡qué sé yo lo que no harían!... Y en cuanto una cede y los oye ó los quiere, en el acto se convierten en tiranos, exigentes y crueles... ¡luego, en enemigos!

Por única respuesta, Salvador, abogado de remordimientos, sólo atinaba á besar y besar la cabeza de la muchacha.

Cuando riesgos, enemistades y asechanzas llegaron á su máximo, fué cuando Carolina más hubo menester de simpatía y arrimo, al esparcirse la nueva melancólica de que su padre era muerto...

Aquí, las tristes reminiscencias pudieron más que sus propósitos de energía, y por unos instantes rompió á sollozar, quedamente, en tanto desfilaban por su memoria en doliente procesión hacia los labios que les daban suelta, los sucedidos aquellos:

—¡Ay, Salvador, si lo hubieras visto!...—pudo al fin articular,—¡si lo hubieras oído!... Al día siguiente de la noche *esa*..., al llegar la hora de tu visita sin que llegaras tú, notando mi amargura me preguntó lacónico: «¿enojo tenemos, eh?»... Sin saber qué responderle y abusando, ¡el Señor me lo perdone!, de la confianza ciega que en mí tenía, lo engañé, Salvador, lo engañé y engañado túvelo hasta su muerte... Te enfermé, á los comienzos, de pasajera dolencia; luego, agravé tu mal, y, por remate, te saqué de México á convalecer lejos, en tu pueblo, con tus hijas... Y quien se me agravaba y se moría era él, ¡pobrecito!, sólo murmurando cuando de ti hablábamos á cada paso: «¡es extraño, es extraño que tarde tanto en sanar!»... Y esendriñaba en mis ojos, ¡que ya ni lágrimas tenían!, la explicación á aquel enigma que lo alarmaba...

Ya Salvador no besaba los cabellos de Carolina; limitábase á guardar una de sus manos entre las dos de él, estrechamente.

—¡Se empeoró en un momento!... Una noche, desnudándolo yo al igual que siempre, me besó y me dijo: «Creo que mañana ya no me levantaré; siento mi cuerpo como si de plomo me lo hubieran rellenado, y es que yo lo tengo relleno de años, y los años, cuando son muchos, de plomo se vuelven...» ¡Y no se levantó más, y fué acabándose, acabándose en sus cabales!... Día á día me preguntaba por tí: «¿qué noticias hay de lo perdido?», decíame en son de broma... Y yo seguía engañándolo, contestábale que ibas mejor, en visperas del regreso...

Con muchedumbre de pormenores tristes, puntualizó Carolina el fallecimiento de don Florentino; una muerte ejemplar, de varón al que los padeceres y el dolor tornan en justo; una despedida impresionante y solemne, con bendiciones sobre la hija arrodillada á los bordes del catre humilde, con halagüeñas profecías respecto á su suerte, con deseos santos de que fuera dichosa, de que alcanzara en este mundo implacable y sin entrañas el premio que por sus virtudes y comportamiento merecía...

—«Yo era tu carga y me voy, bendiciéndote con toda mi alma—le susurraba, ya con visible esfuerzo postrimero,—pero te queda Salvador, que te ama y que te hará feliz... ¡Me lo ha prometido!...»

Y lo mismo que cuando don Florentino al murmurar tales palabras, había llorado Carolina de hinojos junto al catre, hincada la frente en las almohadas que el anciano estrujaba en sus manos temblorosas de agonizante, creyendo que acariciaba la idolatrada cabeza de la hija que suponía virgen y casta; lo mismo que entonces lloró por la ida del padre y porque ella sí sabía que no era casta ni virgen, y que Salvador quizá no tornaría nunca, así lloraba hoy, al ir contando el desfallecimiento...

Salvador, que no podía de pena, fué el que ahora se arrodilló ante ella; fué el que, llorando también, realizaba la profecía del pobre viejo:

—¡Mira cómo tu padre no te engañaba, miralo!... Aquí estoy, ¿me ves?, ¡pidiéndote perdón, pidiéndote que me quieras como entonces me quisiste!...

Y acabó de echarse á sus pies, que le besó mil veces en prenda de vasallaje y desagravio.

—¡Alzate, Salvador, alzate!—rogábale Carolina ocultando sus pies bajo el sitial antiguo y descuidando de enjugar su llanto.

¡Y Salvador se alzó! Salvador alzóse delirante, hambriento de ella, precisamente porque habían evocado juntos á la Muerte, despertadora del Amor.

No quería saber más, todo lo demás que la muchacha, presintiendo el peligro, empeñábase en seguir narrándole, á par que lo rechazaba y se defendía. No quería saber de la caridad con que tratáronla los cubanos, sus vecinos; de la ingratitud con que la despidieron de la fotografía, por su falta de asistencia; de lo sufrido después, sola y sin trabajo, hasta que le cupo en suerte el que hoy por hoy dábase de comer... Salvador quería á ella, á ella únicamente.

—¡Ya no me cuentes más, ya no, te lo suplico!... Todo me lo figuro, todo lo adivino, todo lo sé: que tú y yo somos dos vencidos; que hemos sufrido mucho; que es piedad que ya no suframos separados, ¡todo lo sé!... Por eso no hables, no me cuentes más, ¿para qué? ¿para que ahora suframos con el pensamiento lo que sufrimos ya con nuestros espíritus y nuestros cuerpos?... Tenía que ser; algún día teníamos que hallarnos, que perdonarme tú y que adorarte yo como te adoro, entrañablemente, con amor y con gratitud, ¡por siempre!... Tenía que ser, sí, tenía que venir esta hora bendita de olvido y premio... ¡Ven tú, anda!... ¡Ven!... *(Estrechándola entre sus brazos poderosos; besándola por sobre la ropa, en el cuerpo y en el rostro, en los labios de vez en cuando, porque Carolina esquivábase los.)*

—¡No, Salvador, no, déjame...—podía únicamente articular Carolina de tiempo en tiempo,—¡déjame!...

Salvador no la oía; desatentado, mientras más treguas procuraba la muchacha, más enardecía. Poco á poco fueron señoreándose los adormecidos sensualismos, su temperamento de amoroso, su robustez campesina, y, muy

principalmente, su imperio de masculino, su prepotencia de macho que en determinados instantes no consiente que la hembra le resista ó le huya, dejándolo insaciado. Luego, que aquella carne dura y mórbida aún, que magullaba y acariciaba á un tiempo mismo, era de él, habíala gustado ya, probado, mejor dicho, y ansiaba probarla más, más, saborearla á sus anchas, en su retiro pobre de artista derrumbado. Por lo que su insistencia transmutábase en lucha de fuerza; lucha de la que sabía que saldría victorioso, y con la cual, la victoria incontrastable adquiriría un más dulce sabor. Ya no rogaba ni pedía perdón, exigía, mandaba con la palabra enronquecida, con el rabioso tacto rápido, ora aquí, ora allí, en sus tentativas de acariciar de una sola vez todos los sitios y el cuerpo todo en que sus besos quemantes estrellábanse, en que sus manos inquietas apenas se posaban y oprimían. A lo sumo, empleaba eufemismos imperativos, breves:

—¡Si vas á querer!... ¡si vas á querer!... ¿verdad que sí quieres?...

Con sobrehumano esfuerzo, aprovechando una distracción momentánea, logró Carolina desasirse de esos brazos que, cual cerco de hierro, la sujetaban; de ese reclamo amante que la atraía adonde tenía resuelto no volver. Y aunque á la infeliz también le galopaban por las venas la tentación, la sangre y el deseo, púsose en cobro al otro extremo del taller, cogióse del biombo y se recargó en la mesa.

—¡No, Salvador, no quiero!— declaró jadeante.

Al escuchar palabras tales y darse cuenta de la entonación resuelta con que eran pronunciadas, Salvador, que se encaminaba en pos de Carolina, se quedó parado á la mitad de la estancia; su ardimiento, extinguido de súbito, en un principio, dudando, repitiéndolas después, como un eco:

—¿Que no quieres? ¿Y por qué?...

—¡Porque bien sabes que no debe ser, Salvador!

En lugar de ir á ella, de alcanzarla, Salvador retrocedió unos cuantos pasos hasta dejarse caer en el sillón recién abandonado, que conservaba todavía en su piel envejecida y snave, el calor y el modelado de Carolina. Y allí, enal si la penumbra del estudio no le bastara, se apretó los ojos:

—¡Es porque no me quieres!— exclamó al cabo.

Calló Carolina, y su mutismo fué causa á que Salvador reaccionara. Levantóse del sitial y enderezó sus pasos á la chica, más serena ya, más decidida á no ceder, tanto, que al aproximársele el artista, extendió ella sus brazos hasta apoyárselos en los hombros, manteniéndole á distancia.

—Recuerda tus promesas— le dijo con dulzura, —¿no me prometiste el matrimonio?...

—¿Y eso qué tiene que ver?— le repuso Salvador, sin acortar las distancias, desarmado frente á la fortaleza de la muchacha.

—Tú dormirás donde siempre— habló Carolina dando un sesgo á la cosa, —y yo, para lo que ha de restar de noche, aquí me las arreglaré, en este rincón, en el que me parece hay un diván, ¿ó no es diván eso que se ve?...

—Pero, ¿de veras no quieres?

—Y mañana— continuó ella fingiendo no oír— traeremos mis muebles y arreglaremos esto para quedarme contigo, siempre contigo... por el día, y hasta que no nos casemos, ¿estás conforme?... ¡Hazlo por mí, por lo que dices que me quieres! ¡Es tan pequeño el sacrificio y tan grande la satisfacción!... Hasta me imagino (*bajando su voz*) que mi falta disminuye, que se borra y que mi padre ha de sonreírnos á ti y á mí... ¿Te negarás?...

Volvió Salvador á sentarse, porque la vecindad de Caro-

F. GAMBOA

lina le ofuscaba. Luego, sacó un cigarro que encendió de prisa, para no ver á las claras con la débil flama del cerillo que se apresuró á apagar, los encantos que en su acaloramiento abultaba. Con mayor calma, accionando con el cigarro encendido, trató de destruir los argumentos que se le oponían y á los que denominaba sentimentalismos. El fin del amor, y aun el del propio matrimonio, es un fin netamente carnal... ¿Por qué retardar el acercamiento, si ellos, ellos sobre todo, teníanlo ganado de sobra, y la circunstancia de su casual encuentro, vencidos los dos, los dos cansados de su caminata sin ventura y sin cariños, los dos libres, ¡absolutamente libres!, como que los arrojaba á uno en los brazos del otro, apiadada de lo que habían pasado y de lo que todavía pasarían?... ¡Si ofendieran á alguien con quererse, si algún daño causarían, enhorabuena que Carolina se rehnsara; pero rehnsarse porque la ceremonia material del enlace no estaba efectuada, era mucho cuento!

—¿No sabes que ahora mismo podríamos enfermar, que podríamos morir?... ¿No sabes que no es cuerdo confiar en la duración de la vida, porque á lo mejor, cuando más de ella habemos menester, nos deja plantados á una pulgada de la dicha... ó de lo que nosotros por dicha diputamos? ¿No lo sabes?

Carolina, simulando hallarse muy atareada con el arreglo de su cama, respondióle desde el rincón. Si lo sabía, si, sabía todo eso y un poquito más; pero á pesar de ello, contaba con la palabra de él, con su oferta de casarse...

—¿Para qué viniste entonces?—le preguntó Salvador iracundo, pues de nueva cuenta invadía la onda formidable de deseo. ¿Acaso ignorabas que en esto habíamos de parar? ¿que tu presencia y nuestra soledad me empu-

RECONQUISTA

jarían á ti? ¿que hasta ridícula resulta la abstinencia que propones?... ¡Vaya, vuelve en ti, Carolina, y no seas cruel conmigo!

—¡Ya me lo reprochas, Salvador, y no llevamos sino unas cuantas horas de estar juntos!... Puede que tengas razón, que no te expliques cómo te me niego ahora y no entonces, cuando debí negarme... ¿Verdad que lo piensas, y que si no me lo dices es por no humillarme?

Triunfó el femenil ardor, esa mansedumbre de Carolina dió en el blanco y Salvador protestó, volvió á la carga. ¿Cómo había de humillarla?

—¡Nunca habré de humillarte, te juro que no, y menos por lo que supones!...

Nada reprochábale, ¡al contrario!; lo que hacía era rogarle, rogarle rendidamente que fuese suya sin esperas ni condiciones, que á parte ninguna conducían. Si aún alegrara lo que la gente diría al saberlo, esa gente que se mezcla en todo y todo lo escudriña para censurarnos, menos mal...

—Aunque, hija mía, convendrás en que, no digo ya los maleantes, esa masa de extraños que se goza en comer á su prójimo, hasta mis pocos amigos, el mismísimo Covarrubias que es caballero y es honrado si los hay, nadie creará en que tú y yo, viviendo juntos, pasábamos las noches entregados á un sueño de hermanos ó á la plegaria y penitencia... Y tu reputación, tu reputación que á partir de hoy me pertenece, padecerá, por lo pronto, igual que si hubiéramos pecado... Te doy gusto llamando pecado á eso, que no lo es, ¡créeme á mí!... Y anda á convencerlos de que nada ha ocurrido entre nosotros, que nos hemos limitado, ¡yo á rogarte y tú á resistirte! Sobre no creernos, se nos reirán, Carolina, se nos reirán en nuestras propias barbas...

F. GAMBOA

—¡Que se rían! ¡Allá se las haya!...

—Mientras que si accedes—continuó Salvador, levantándose otra vez y yendo á ella aguijoneado por el deseo que no le consentía punto de reposo, é intermitentemente lo inflamaba,—si accedes, no desperdiciaremos más noches ni más minutos, sino que desde luego nos perteneceremos... Y deja que hablen, que murmuren; nosotros nos reiremos de los murmuradores, quizá no los oigamos, quizá nuestros besos, ¡los que me debes de tanto año!, nos impidan oír sus murmuraciones... ¡Bah! además de que yo me creo por cima de todas las leyes, ¿qué podrían decir? ¿que gozamos?... ¡mejor para nosotros!... Mira, somos tan pobres, que sólo podemos obsequiarnos con nuestras caricias mutuas, y es tontería escatimárnoslas... ¡No, Carolina, no me rechaces!... ¡Ven!... ¡Ha de ser ahora mismo!...

Resistió Carolina la embestida, mucho más enérgica esta vez. En la sombra de la estancia fueron ambos á parar contra el muro, forcejeando él por vencerla y ella por no ser vencida.

—¡Oyeme, Salvador, oyeme!...

No la oía Salvador, ó no quería oírla; á lo sumo si mascullaba, sin cejar, entrecortados desengaños y amarguras:

—Después de que todo en el mundo se me niega, ¿también tú?... ¡No, lo que es tú, no!... ¡Eres lo único que me quedaba!...

—¡Salvador, oyeme!—trabajosamente fué tartamudeando Carolina, que á cada instante perdía más terreno. ¿Dices que nada te importan los murmuradores, los que cuando sepan que contigo paso las noches despedazarán mi pobre reputación?...

—¡Si, sí, eso digo y lo repito!—gritó Salvador á tiempo que lograba doblegarla sobre el diván.

—¡A mí me importan menos!—declaró Carolina, supo-

RECONQUISTA

niéndose ya perdida sin remedio; que también su cuerpo ¡de hueso y carne al fin! comenzaba á flaquearle y á traicionarla.—Pero por encima de todos los murmuradores, hay alguno que sí me importa, alguno que no me perdonará esta nueva debilidad...

—¿Quién? ¿tu padre? Los muertos duermen y se tornan polvo...

—¡Más que mi padre!...

Cegado Salvador por la inminencia de su victoria, mal preguntó con su boca hundida en el seno palpitante de la muchacha:

—¿Más?... ¿Quién?...

—¡Dios!!

Con tal fe pronunció Carolina el divino nombre, en los instantes en que ya se abandonaba á lo irremediable, que Salvador, no obstante sus descreimientos, experimentó extraña sacudida, por adentro, que lo inmovilizó. Despegóse de Carolina, muy poco, lo indispensable para tratar únicamente de verle la cara, en la que supuso habriase operado algún prodigio... Y no, ninguno advirtió; la cara de Carolina, extenuada y sin asomos de resistencia, sólo parecía iluminada...

El breve silencio, se interrumpió con repentina catarata de gorgoros que los obligó á los dos á volver la mirada hacia la jaula de «Netzahualcóyotl».

—¿Por qué cantaría?...

Por lo que siempre cantaba á aquellas horas, porque veía la luz.

Salvador se inclinó á la muchacha, mirándola hondamente, y casi en voz baja, estrechándole entrambas manos:

—¡Que descansas!—le dijo, victorioso de improviso sobre su propia carne.

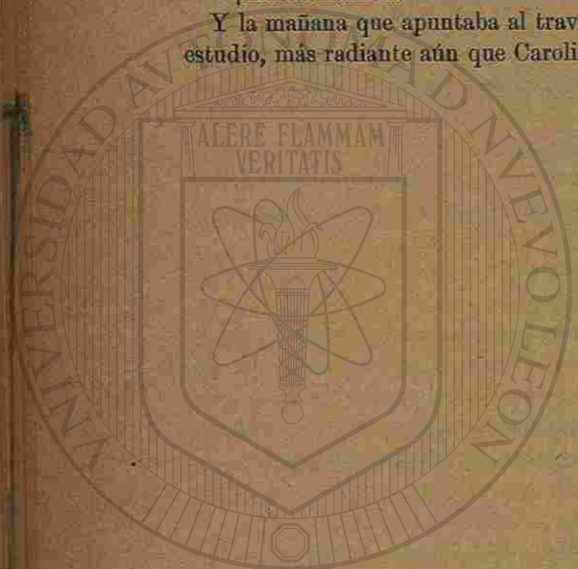
Carolina, radiante, lo atrajo á sí, lo besó en la frente

F. GAMBOA

que le ardía, y solamente le repuso en pianísimo tono agradecido:

—¡Hasta mañana!

Y la mañana que apuntaba al través de los cristales del estudio, más radiante aún que Carolina, sonreía.



RECONQUISTA

IV

—«Las chicas de este pueblo...»—se oyó que cantaban por la escalera.

—¡Ahí está Covarrubias!—le gritó Carolina desde afuera á Salvador, que aprovechaba las últimas luces de la tarde pintando en el taller.

Covarrubias era, en efecto, quien cruzó el trecho de azotea canturreando y marcando el compás del regocijado pasacalle de «La Marcha de Cádiz». Carolina, que lentamente venía invadiendo la azotea para el ejercicio de diversos menesteres domésticos, la cocina principalmente, reducida á dos anafes, interrumpió sus guisos, y Salvador, embutido en su amplio traje de pana azul, chaqueta y pantalón holgado, de zuavo, asomó en la puerta de la vivienda, con los pinceles y la paleta en las manos todavía.

—Las noticias gratas ¡bajo techo!—declaró el novelista, luego de saludar á la pareja.—Los plácemes y agradecimientos ¡al aire libre!

Y se coló hasta el taller, seguido de Salvador y Carolina, muy acostumbrados á las humoradas de aquel amigo excelente para ellos, por mucho que no gozara de reputación de cariñoso ó jovial, ni fácilmente se entregase. Con ellos, sí; con Salvador desde un principio, desde hacía un puñado de años; y con Salvador y Carolina, desde hacía unos meses que de casados llevaban, desde que la conoció á ella. Porque conviene advertir que Covarrubias fué el más empeñado en que la boda se realizara; que fué padri-

F. GAMBOA

no del matrimonio canónico y testigo del civil; que arregló dispensa de amonestaciones en la parroquia y de publicaciones en el juzgado; que consiguió de individuos amigos el adorno del templo, cantantes y músicos, asistentes y obsequiantes para los pobres novios, en aquella despacible mañana de febrero en que se casaron muy temprano, muy lejos del centro, á las siete y en la Soledad de Santa Cruz.

—¡Mi mejor página!— como solía apellidar la doble ceremonia, en que tuvo participación tan principal y desinteresada.

Sí, por lo menos, una muy buena página, honrada y honda, escrita de primera intención y con la certidumbre de que nadie, fuera de ellos tres, sabría ni querría leerla, justamente por ser tan verdad; pues aunque los públicos, por verdad suspiren, suspiran falsamente: en cuanto con la verdad se les brinda, ó decláranla falseada ó la rechazan. Covarrubias sustentaba esta doctrina con cuatro humildes libracos suyos, que, cuando á la verdad inclináronse, apenas si los compró el público, y cuando á la verdad atropellaron, los dos primeros, pues «tampoco se los compró el público»—filosóficamente aseguraba.

¡No hay idea de los comentarios que estas segundas nupcias de Salvador Arteaga provocaron en el diminuto círculo de intelectuales militantes! ¡Hubo persona que llegó á denominarlas demencia pura, lógica y natural consecuencia del desequilibrio mental de que venía dando hartas pruebas el pintor provinciano!... Salvador, al saberlo, alzóse de hombros, resuelto cual lo estaba, á no oír más consejos ni seguir más indicaciones que los que Covarrubias ministrárale, y los que á él le brotaran de sus entrañas y experiencia. Desengañado de amigos, de las fraternidades artísticas que, con excepciones señaladísimas, sólo sirven

RECONQUISTA

para que dos personas, ó diez, ó treinta, apuren juntos una copa llamándose «hermanos» y prometiéndose un auxilio recíproco y una mutua simpatía con que resistir en sólido grupo los embates comunes á toda existencia y los especiales que amagan y asaetean la de los artistas; desengañado de las retóricas con que tanto se arrulló á los comienzos de su lucha, porque en ellas creyó firmemente y de su parte sí llevó á término sus promesas, y desde la aurora hasta el crepúsculo de sus triunfos, con todos compartió rayos de gloria y centenares de monedas; desengañado de todos y de todo, había resuelto huir, correr, ponerse á salvo, devorar á sus solas los cálices amargos de la ingratitud ajena y la desesperanza propia... ¡Ah! Si en lejanía tan sabia habría persistido indudablemente, lo que es hoy, que Carolina aceptaba acompañarlo en sus soledades, curarle los zarpazos de la envidia y del menosprecio, á su lado dar fin á esta forzada caminata de la vida, hoy más se alzaba de hombros y más encastillábase en las alturas de su vivienda desmantelada, y en las de los contados ideales que de milagro sobrenadaban en su naufragio... Que los demás rieran, y aun aullaran de júbilo malsano, porque en medio á su derrumbamiento, asirse veíanlo á una debilidad ¡mejor! más pronto lo supondrían concluido, más pronto olvidaríanlo, y él con mayor fuerza asiríase á Carolina, esa debilidad con la que perecería abrazado, ó con la que recalaría en algún ancón extraviado de reposo y dicha... ¿Qué tal serían las virtudes y excelencias de su nueva esposa, que hasta opacaban las de la esposa muerta? ¡Era mucha mujer, y, lo que Salvador palpaba ya aunque con reparos y mentales reservas, era mucha alma!, pues alma y muy grande tenía que ser la que guiaba á Carolina en palabras, pensamientos y actos; porque con su cuerpo nada más—su cuerpo, que tanto tiempo mantuvo semivirgen des-

F. GAMBOA

pués de desflorado; su cuerpo, que ahora Salvador besaba noche á noche en amante desagravio y sin las fugas que cuando joven,—no era posible que le hubiera resultado tan cariñosa y valiente, tan buena y sufrida. Algo más debía de haber; algo que él no tocaría nunca, por mucho que se esforzara, y que ello, no obstante, miraba sin verlo, y sin tocarlo adivinábalo. Gran parte tendría seguramente en el resultado ése la inteligencia de la chica, nada corta por cierto; pero á pesar de su inteligencia y á pesar de su cuerpo, macizo aún y vibrante, Salvador *sentíase* sometido á influjo diverso é inenarrable que lo seducía y maniataba, que poníalo, sin que ella lo exigiera, á la entera merced de Carolina. A los principios, Salvador atribuyó la cosa á influjo de carne fugazmente gustada una sola vez, que hoy resistíasele. Porque Carolina no cejó en su empeño, y mientras no los casaron como Dios manda, no sirviéronle á Salvador amenazas ni ruegos; á cierta hora, solo tenía que encaminarse á su catre, tascando el deseo que lo sofocaba, y que acostarse en el reducido dormitorio, donde, más de una noche, atacado de masculino orgullo, decidió andar los cuantos pasos que de la insomne muchacha distanciábanlo é ir y adueñarse de ella sin demanda de permisos ni venias. Y lo que se preguntaba á sí mismo, á ver: ¿de dónde sacó Carolina aquel poder con que le resistía, si ni siquiera incorporábase en la cama para evitar la embestida de Salvador, que llegaba resuelto, y que de oirla confiar perpetuamente en Dios, como que la intención desvaneciábase y por muy premiado se reputaba con que le consintieran sentarse á orillas del lecho, á pesar de que el cuerpo de Carolina alzábase prometiendo mil y un deleites en las curvas que suavizaban las ropas?... Aquello era ridículo, sin pies ni cabeza; idea estrafalaria de mujer histérica ó vengativa. Carolina opinaba diversamente: aquello estaba bien; era,

RECONQUISTA

de su parte, el cumplimiento de un deber que en malhora olvidó cuando fué novia; y de la parte de Salvador no era sino complacencia de hombre que ama y que da gusto á quien ama. Ello es que Salvador tornaba á su catre, convencido, y sobrábale con esenchar á poco la rítmica respiración de Carolina, que en él confiaba y se lo decía:

—¿Para qué poner candados ni cerrojos, quebradizos siempre, si disponemos de nuestras voluntades?

Hasta vergüenza le dió á Salvador que en los pocos días que mediaron, gracias á Covarrubias, entre el encuentro y las nupcias, le adivinaran que de veras carecía de voluntad; hasta despertaba contento de ir aprendiendo á vencerse, así el pequeño sacrificio quedase ignorado... Y lo que acabó de conquistarlo al bando enemigo fué la actitud de Carolina, ni hablaba al día siguiente de lo ocurrido la víspera, ni trataba de que la portera, Covarrubias ó el doctor creyeran ó no en esa castidad increíble; ¡al contrario!, comportábase delante de ellos cual hembra recién casada, y si Salvador afirmábale que el doctor y Covarrubias, veladamente, lo bromeaban á ese respecto, riendo á carcajadas de sus juramentos sobre que «nada había pasado», Carolina respondíale con naturalidad grandísima:

—¡Pero lo sabemos tú y yo, y con eso basta!...

De aquí databa el inexplicable influjo; «porque—soliloqueaba Salvador,—ó la declaro loca de atar, y por muy otras razones cónstame su cordura, ó el chillado soy yo, y esta mujer va á curarme, si se lo propone...»

Pasó el casorio, y Carolina igual, quizá mejor; con un aplomo, y una sensatez, y un aquel, que Salvador no daba crédito á su vista. Aun en las intimidades del tálamo—contra lo que era de esperar de su temperamento y aspecto,—le resultó equilibrada y franca. No se la podía llamar casta, mas fogosa tampoco; amaba, y lo bastante que

F. GAMBOA

de juventud restábele, aceptaba y correspondía el ardiente reclamo, puede que con mayor ardimiento que el propio Salvador. Pero no lo solicitaba nunca, cual si prefriese á los arrebatos carnales que la sumían en meditación y silencio, las caricias que no excitan ni nada piden; las largas pláticas á media voz, aunque nadie escucha ni á nadie se molestará teniéndolas en voz natural, el aposento en tinieblas ya, vecinos los cuerpos semidesnudos y á pesar del tibio contacto, quietos; cuando se comenta, tranquila ó melancólicamente, lo que nos ha acaecido y se edifican los castillos aéreos de nuestro vivir próximo; cuando se bordan los proyectos y nos acercamos las lejanías, las personas amigas que deben hallarse en espera nuestra, las tierras distantes, los acaecimientos venturosos y gratos; dulces pláticas que reconfortan y estimulan, que aproximan los espíritus de los casados, si en realidad algo se quieren; comunión de almas que todo lo apacigua y lo allana todo, y que, desmayando lentamente, nos abandona de súbito en los umbrales del sueño, como para bien advertirnos de que sólo en sueños realizanse tales acaecimientos; que sólo en sueños se tropieza con las personas amigas y á nosotros vienen las tierras distantes, las lejanías de dicha; que sólo en sueños habremos de asilarnos en esos escarpados castillos fantásticos, cuyos puentes levadizos, alzándose tras nosotros, imposibilitarán que por remate nos devoren nuestros prójimos, la camada de hienas que desde la cuna nos persigue... Y le era de grandísimo consuelo dormirse así, junto á Carolina, tranquilos ambos, en calma la carne traicionera y sabrosa, los ánimos en sosiego, confiando, esperando...

Gustaba Salvador un especial deleite con esta castidad conyugal, y achacábala á que por los años y los trotes, su naturaleza degeneraba, y aquellas proezas de juventud, y

RECONQUISTA

aun de su madurez, aquellos excesos de su primer matrimonio, de los que rendidos salían Emilia y él, lo habían vuelto más parsimonioso y tacaño de su fuerza física; pero luego desechaba ideas tan poco halagüeñas, dado que de pensar en Carolina, ó de codear mujeres gnapas, las hambres de antaño reaparecíanle con idéntico imperio. Por lo que tuvo que convenir en que el fenómeno radicaba en la misma Carolina, que de cerca inquietábalo menos que de lejos, y que transmutándolo iba en esto como en todo, sin que pareciera que adrede lo hiciese. Y si no ¿de qué otro modo explicar, por ejemplo, que Salvador ya no dijera impiedades ni irreverencias, no obstante sus descreimientos? ¿que ya dejara pasar sin escéptica sonrisa siquiera, cual solía con la pobre de Emilia, el que el nombre de Dios sonara á cada paso dentro de la vivienda; que Carolina lo hiciese intervenir á propósito de cuanto hay, del pasado, del presente y del futuro; que lo instalase, en estampa ó en escultura, arriba de la cama, tras de las puertas, hasta en un huequecito del mismísimo estudio, harto remozado con el aseo y diligencia del ama de casa? Sólo en los primeros días permitiósse Salvador decir á Carolina, en broma:

—Pero, hija, ¿no calculas que vas á aburrir á su Divina Majestad?...

Nunca lo hubiese dicho, pues Carolina, con la entereza que tan bien le sentaba, opúsose al desmán fundándose en el puñado de razonamientos que, creeriase, llevaba guardados en discreto escondrijo, aunque listos á salir y vender en cualquiera palestra. Y no alegar que había malos modos ni falsos enojos, irritantes silencios ó palabras duras ¡quién! En besos paraban siempre; Salvador, pidiendo armisticio, y Carolina, concediéndoselo; que lo que la chica aducía era precisamente su debilidad, sus particulares

F. GAMBOA

circunstancias, y, en las ocasiones difíciles, su propio desluz y deshonra.

—Razón te sobra—replicábale.—Yo soy la culpable, la que se olvida de que sin ti, sería una desdichada y una víctima... la que se olvida de que nada puede exigirte, ni que respetes mis fanatismos, como los llamas, porque demasiado has hecho con recogerme de las cuatro esquinas después de lo que pasó, y darme de limosna tu nombre y un poquito de tu cariño...

Doblaba el pintor las manos, y por no aparecer—frente á tan valerosa hembra, que maldito lo que de él necesitó durante el largo abandono,—sin pizca de hidalguía, pedía perdón, retiraba censuras, y de aquí los besos en que paraban.

Que Carolina mentara á Dios ¿y qué? ¿Que colgara su imagen en la vivienda, pero que no cesara de quererlo, de endulzarle las amargas vicjas, las penas de hoy, los dolores que lo asaltarían mañana!... Y el nombre de Dios fué impuesto; y el artista, en quien seguramente removeríanse reminiscencias de otros labios amados que también lo pronunciaron en su presencia: su madre, su Emilia, sus hijas, el artista familiarizábase con la incesante evocación y se quedaba tan serio frente al caballete en que concluía su último fraude artístico: aquel príncipe encanijado y envuelto en terciopelos sombríos, que, de orden de un logrero gallego en complicidad con un pintor hambriento, surgiría á engañar ignaros y á esmaltar salones de enriquecidos de la vispera.

Covarrubias, dándose cuenta de la diaria transformación, no cabía en sí de gozo, y con sus cinco sentidos ayudaba á que completa y definitivamente se realizase el prodigio intentado por esa mujercita, á la que se dió á querer de todas veras.

RECONQUISTA

Y aquel atardecer, luego que reunió al matrimonio en el estudio—que como un tuberculoso parecía mirar ansiosamente por el amplio tragaluz de cristales las postrimeras palpitaciones del tramonto,—les habló de este modo:

—Ya van á poder enfrentarse con la vida, que los ha salvado el tenerme á mí de padrino... ¡Permito que los dos me abracen en prenda de su agradecimiento!... ¡Ya, ya me imagino cómo me habrán puesto entre los dos, dándome del ruin y del mezquino, que no ha de haber por dónde cogermelo!... ¡Si, no salir ahora con protestas!... Pero voy á vengarme, y les traigo el maná, como lo oyen, el maná de las Escrituras...

Los otros reían, echando á broma el jocosero discurso de Covarrubias, que rechazó la silla con que brindáronle, y en pie continuó pormenorizándoles la buena nueva.

Ya podía Salvador arrancar del caballete ese timo de la antigüedad y del arte, y purificar los pinceles, delincuentes contra su gusto, para destinarlos á más nobles empresas; ya Carolina podía descansar, ajustar cocinera; y si ambos eran juiciosos, en un par de meses podrían hasta salir de aquel palomar en que moraban.

—¡Vaya, Julián, déjate de bromas y dí qué es ello!—exclamó Salvador, limpiando, en efecto, pinceles y paleta.

—Pues ello es que por mi medio te ha caído una lotería para recompensa de los merecimientos de éste tu ángel de la guarda (*por Carolina, que sonríe satisfecha y medio ruborizada*), no en recompensa de los tuyos... ¡A cada quisque lo que le pertenezca!...

Salvador y Carolina cercan á Covarrubias, que aparatadamente ha extraído de sus bolsillos, y con graves lentitudes va desdoblándolo, un papel, cuyos renglones á máquina no pueden leerse á causa de la noche que se entra. Carolina enciende la vela y alumbrá á Covarrubias; Covarrubias

lee, y Salvador arruga los ojos, sin que esté averiguado si es por lo que escucha ó porque la flama le da de lleno. Covarrubias lee un contrato escrito en castellano bárbaro y oliente á inglés traducido, que apesta; contrato entre una empresa yanqui, «como primera parte», y don Salvador Arteaga, pintor, «como segunda parte». La empresa es una casa editorial dueña de un *magazine* ilustrado que se publica los días 1.º y 15 de cada mes en la ciudad de Chicago, Estado de Illinois (Estados Unidos de América), bajo el título de «The Outlook»... Don Salvador Arteaga, pintor, comprométese por un año, á contar de la fecha en que el contrato se firme, á remitir con la oportunidad debida una pintura en colores, para usos mercantiles, que represente, *precisamente*, tipos nacionales mexicanos... «The Outlook» comprométese á pagarle, por cada una de ellas, una suma no menor de veinticinco dólares ni mayor de cuarenta, según la aceptación que los suscriptores les dispensen... Siguen otras cláusulas de menos importancia, puntualmente leídas, sin embargo, por Covarrubias...

Al concluirse la lectura, Covarrubias contempló radiante á sus ahijados. Carolina, luego de colocar la vela en un mueble, púsose á palmotear, contentísima, en tanto que Salvador, sin chistar, encendía un cigarrillo.

—¿Por qué enmudeces, bobo?—le preguntó Covarrubias molesto, —¿no te gusta el trabajo ó te parece mal retribuido?...

—¡Soberanamente retribuido!—declaró Salvador sin entusiasmos, —y de mi cuerda, pero...

—¿Pero qué, hombre de Dios, pero qué?... ¡Revienta de una vez!

—Vas á incomodarte si te lo digo, Julián, mas de decirte lo tengo... ¡Salgamos á la sala!

Sala llamaban al pedazo de azotea del frente de la vi-

vienda, donde colocaban asientos y tapetes las noches templadas de los meses estivales, y donde ponfianse á charlar los tres solos—el doctor, á las vegadas,—sin que nadie los interrumpiese; bajo el cielo inmenso y recortado, allá, muy lejos, por los picachos de volcanes y cerros que limitan el valle extenso en que se asienta, entre otras, esta empedernida metrópoli de los virreyes idos; á la vista, el urbano horizonte de azoteas, torres y cúpulas, que la noche, aun cuando no hubiese luna ni muchedumbre de astros, vestía fantásticamente.

Sentados allí, en el reducido trecho; la vivienda, abierta y á oscuras; Carolina, en su silla enana de costura, abandonadas sus manos en las de Salvador, que, repantigado en el maltrecho sillón abacial de sus buenos tiempos, acariciábaselas sin cesar, mientras Covarrubias, en la única mecedora del trunco ajuar, se mecía y los envidiaba, ¡cuántas noches se la pasaron hasta muy tarde en dulce quietud de amistad y afecto! El artista del color y el artista del verbo, comulgando en los mismos ideales, prendados de análogas quimeras, con iguales soñaciones y gemelas esperanzas, hablaban, hablaban; y Carolina, que personificaba á la Mujer, el Sufrimiento y el Amor—la sagrada trinidad inspiradora de las obras geniales,—Carolina los oía, devotamente, sin interrumpirlos, moldeando su espíritu delicado y sensitivo, con sólo escuchar las doctrinas de belleza, de verdad y de infinita misericordia que aquellos dos creyentes hacían desfilar mágicamente por los aires, ante su vista absorta de neófito. Instantes había en que la plática se inflamaba, encendíase, en que las voces de uno y de otro subían de tono... ni quien las oyera, que estando ellos donde estaban, sus voces no volvían á bajar, sino que volando perdíanse en la atmósfera tibia y en la serenidad de la noche. Los dos, sin duda,

F. GAMBOA

sentianse á sus anchas en ese apartamento y esa altura, hasta la que llegaban inofensivos y alarmantes, como en los puertos abrigados, los retumbos de las olas implacables, el ulular de los vecinos de la ciudad, el clamoreo de tranvías, carruajes y músicas; de vez en cuando, el ayea de las horas que se mueren en el espacio y en la vida, aventadas por los relojes que las desgranaban de los palacios y los templos... El halo monstruoso de la iluminación eléctrica de continuo alcanzaba la azotea, circunía el perímetro de la ciudad, salíase de calles, callejas y plazas, coronaba la mole de edificios con claridad extraña de meteoro, de arco-iris que fuese á abrazar del uno al otro extremo la población desapercibida y negligente.

En tan simpático sitio instalados, Covarrubias insistió, resentido en el fondo de esa especie de ingratitud, en que Salvador explicárale su frialdad. ¡Si Salvador hubiera sabido la campaña que libró el novelista para arrancar aquella breva, lo habría aplaudido desde luego y desde luego suscripto los tres ejemplares del contrato, quedados de través sobre la mesa del estudio!... ¿Qué defecto advertiale?...

—Pues verás—principió Salvador, ofreciéndole cigarro y cerillos,—ahora verás lo que motiva mis resquemores... Vas á reírte y á regañar conmigo, lo sé; pero hijo mío, si contigo no soy sincero, ni con ésta (*por Carolina, que tampoco se explica las repugnancias de su esposo*), ¿con quién he de serlo?... Mis ascos arrancan de un sentimiento hondo que calculo me viene de herencia, y de una resolución adoptada años ha... Mas tomando en cuenta que por esto ó por aquello, por el instante de debilidad que hasta á destruir toda una existencia de rectitud, que á casi todos nos ataca y al que casi todos cedemos—yo descendí hasta el timo de las antigüedades, según atina-

RECONQUISTA

damente bautizaste mi compromiso de pintarle al astuto empeñero dos ó tres delfines y príncipes herederos de tronos, escrófulas y epilepsias larvadas, que diría nuestro galeno,—tomando en cuenta tamaño abajamiento que reconozco y que me pesa, ¡vaya si me pesa!, tomando en cuenta asimismo que no he de nutrirme ni de nutrir á Carolina con palabrerías ó tierra de pinturas, me trago resoluciones endebles, me olvido de herencias fisiológicas, y acepto tu contrato, agradeciéndotelo en el alma, como te he agradecido el montón de favores con que tu amistad de hombre de bien ha acudido en mi obsequio ocasiones tantísimas... Pero no me pidas regocijos ni júbilos, Julián, ¡al contrario!, deja que me entristezca y que me calle...

—¡Alto ahí, don Ticiano, alto ahí, que no soy un nene ni paso por esas reservas!... ¡O me cantas la romanza entera, ó de verdad regañamos!... ¿Qué hay en el negocio? ¿qué puede haber que así te entristezca?...

¿Que qué había?... ¡Un mundo de cosas, significativas, trascendentales, tristesísimas!... Era la invasión yanqui, lenta, sin entrañas, corruptora; hoy una zona, otra mañana, después otra, y otra, ¡al cabo, todas! Más que invasión, inundación debía denominársela, muy pausada, avanzando á sus anchas porque nadie, lo que se llama nadie—¡he ahí lo triste, lo tristesísimo!—oponiale ni asomos de resistencia... Y en la pausada onda incontenida, hundírase la nacionalidad en un gran naufragio voluntario, en un inmenso siniestro mudo, en un nuevo diluvio bíblico que, como el otro, subiría cinco codos sobre las montañas más altas; que, peor que el otro y á menos que los intelectuales no tripularan el Arca con energías y honradeces, al través de los años y de los cruzamientos de las razas no dejaría un solo Noé que repoblara con sus hijos, á raíz

F. GAMBOA

del desastre, la inocente Patria fecundada en tanto por sus tenaces forzadores rubios...

Los fingidos enojos y burlas con que Covarrubias al comenzar Salvador pensó reír de sus alarmas y de su añeja mala voluntad hacia los oriundos de los Estados Unidos, quedáronsele sin transponer los labios, que la solemnidad y decisión con que el pintor abordara el magno problema nacional—encareelado en todos los cerebros que piensan, y libre sólo en unas cuantas bocas,—le selló la suya y lo forzó á aproximar su mecedora á Salvador, que siguió hablando luego de encendido cigarrillo nuevo.

...esta invasión de hoy no era como la primera fué, en abierta guerra, al son ingrato de los pifanos de sus fanfarrias púnicas, al fragor ronco de los disparos de sus armas; los batallones de hombres negros y de hombres rubios, á la sombra inquieta de la bandera tachonada de astros y estigmatizada de barras, que ondulaba arrogante en las marchas de victoria y en la persistencia de los triunfos... ¡No!... Esta era distinta, y peor, mucho peor que aquella... Aquella—aunque tan injusta que hoy todavía, á los tantos años, clamaba al cielo, y en el propio país agresor sus hijos honrados la anatematizaban en público, en la tribuna, en el libro, y con su recuerdo entrojecían,—aquella, al menos, se anunció con tiempo y nos retó en forma á la pelea... ¿Quién nos mandó no hallarnos prevenidos?... Pero siquiera resistimos, en pleno campo, tras de los árboles mutilados por la metralla, tras de las esquinas de las ciudades que con su sombra empujaban las manos homicidas de los últimos vengadores... ¡Sí, sí, Salvador sabía que la defensa nacional anduvo torpe y turbia, sin cabeza inteligente ni brazo justiciero ni corazón bien puesto, al decir de los historiadores y *coronistas* venidos á la zaga!... Pero también sabía que la sangre corrió por

RECONQUISTA

sembrados y calles; que los soldados morían en la Angostura y Padierna, los viejos y los niños, los mártires que gloriosamente se vuelven polvo en nuestro bosque sacro, un bosque testigo de tanto, que hasta sus huéspedes milenarios, los de la recia corteza y de la larga vida, los callados asistentes á los horrores y las hazañas, los ahuehetes encanecidos y venerables, se mueren de lo que han visto y de lo que presienten que volverán á ver... Salvador sabía que hubo defensas heroicas, combates denodados, pocos, ¡concedido!, poquísimos por desgracia, mas algunos al fin: en tanto que hoy, con la invasión actual, con la inundación, mejor dicho, ¿qué había habido á los principios? ¿qué en la actualidad? ¿qué habría en lo futuro?...

Y ni Carolina ni Covarrubias osaban truncarle el discurso, destruir la doble visión del artista iluminado: la visión del ayer y la visión del mañana, que él mismo truncaba al reconcentrarse, al dar fuego, nerviosamente, á sus cigarrillos, ó cuando la visión evocada, demasiado dolorosa y exacta resultábale. No paraba de hablar, cual si la materia fuese inagotable y él se supiese de coro la mayor parte. Sus propios silencios, raros y breves, parecía que dijeran, muy quedo, algún secreto grave que no pudiera confiarse ni en la intimidad, que apenas pudiera barbotársele así, en los silencios significativos que distanciaban unas de otras las parrafadas del artista.

... esta inundación de hoy era peor que la invasión armada é igual á todas las inundaciones lentas que no se desgajan de súbito y en unos instantes todo lo ahogan: ésta no, ésta era de las que á sus comienzos hasta de inofensivas se las bautiza, si no de beneficiosas. En definitiva, ¿qué es?... ¿agua que corre?... ¡Magnífico! ¡Fecundará la tierra, dará de beber á los pobres campos sedientos, á los surcos que se abrasan, á las sementeras que se agostan!...

F. GAMBOA

Y cuando el riesgo se advierte, cuando ya el agua, los delgados hilillos que serpenteaban inocentes han aumentado de volumen y son ríos enloquecidos y caudalosos, y la onda es un mar que camina, que avanza sin humano poder que la contenga, ¡ah!, entonces son los terrores pánicos, las lamentaciones á destiempo, los llantos sin consuelo, las huidas lamentables al través de la noche y de lo negro, con los hijos en nuestros brazos, de nuestra mano, en nuestro cuello; la casa en que nacimos, el terruño que nos alimentaba, perdidos, tragados para siempre por el agua que nos persigue y obliga á correr, á trepar á las alturas, las que, «como si me lo temo—declaró Salvador melancólico.—no son alturas de verdad, sino facticias; serán ganadas también y sobrepasadas por el agua, que sube y sube sin trazas de cansarse nunca!...» Y pictóricamente, Salvador comparaba los horrores del siniestro á los grabados de las Biblias ilustradas por Doré, en que aparecen los horrores del Diluvio, que, es fama, con sus cuarenta días y sus cuarenta noches, tuvo de sobra para inundar el mundo...

—¿Cómo, nosotros, habremos de resistir años de años?...

No culpaba Salvador al Gobierno, antes proclamábalo el menos responsable; porque los gobiernos, en determinados «momentos históricos», tienen que plegarse, por fuerza de los sucesos y por instinto de conservación propia, á que se consumen los fenómenos sociológicos de peores consecuencias para lo porvenir. Los que *deben* oponerse son los ciudadanos; y cuando, como en los países de la América española—y en España, para ir por orden,—los ciudadanos, los que saben leer, escribir y pensar, son los menos, estos «menos» era á quienes Salvador no perdonaba que hubieran consentido, y consintiendo siguieran, en que la inundación yanqui continuara ensanchándose,

RECONQUISTA

lo mismo en los lugares en que si resultaba civilizadora, que en los que maldita la falta que jamás había hecho...

—¡Bueno es que conste que entre los que no merecen perdón, métome yo, de cabeza, y te meto á ti, Julián!

... lo artero de la inundación actual radicaba en que se había entrado insidiosamente, corrompiendo á esos «menos», responsables del siniestro, por medio de la divinidad antigua y moderna que reclama excepcional fortaleza para resistirla: el viejo Becerro de Oro, que con los años ha crecido y aumentado en empuje y corpulencia hasta ser toro disforme y brutal que todo lo derriba, ideales, patriotismo, religiones, afectos, amor, justicia, vergüenza..., por lo cual asistimos, en el entero globo podrido, al trágico crepúsculo de estos dioses que perecen, apenas llorados de unos enantos que en ellos creían...

... lejos de que se le opongan diques, lo que se anhela, lo que se implora, es que la onda de oro nos bañe los cuerpos, las propiedades, importando un ardite que salpique las conciencias y de barro las macule; ya vendrá más líquido, más, á lavarnos las máculas, á fin de que los contadísimos que se hallen limpios, no nos las adviertan... Y así le abrimos calle, le excavamos canales por donde á sus anchas espumajee y camine, aunque tale nuestras humildes siembras primitivas, aunque ahonde y perfore las heredades ancestrales, aunque mine ó arrase los muros benditos de nuestras pobres casas solariegas... ¡Aplaudimos su curso, festejamos su brusquedad y su ceguera de elemento, y por más que sepamos que ha de arrasarlo todo, á nosotros inclusive, mientras llega el instante del tránsito postrimero, sin curarnos de hijos ni de pósteros, es tal el ansia de que nos toque algo, una salpicadura al menos; tal la concupiscencia que nos roe por los bienes terrenales, que por siquiera lograr que se nos humedezcan las puntas

F. GAMBOA

de los dedos, de rodillas, prosternados, mendicantemente tendemos las manos á la lluvia aurea, que, como una maldición azota en su caída á la tierra y á los hombres!...

Covarrubias, grave, se mordía los labios; Carolina acercábase más á Salvador, cual si con él quisiera compartir los peligros y desgracias que anunciaba en sus profecías pátmicas; y Salvador, luego de cobrar arrestos y de oprimir dulcemente las manos de su compañera, continuó hablando...

... La inundación adelanta, y conforme adelanta truéca-se en incontenible, se palpa el riesgo, se adivinan las resultas... Espantados entonces de la propia obra, querriase atajar el mal, ó encauzarlo para que nos aprovechara tan sólo, mas lo estéril del deseo tardío, surge; por donde quiera mirase el agua, anda y anda, sube y sube, acamando espigas, doblando vidas, segando esperanzas, hollando patria... Entonces querriamos deshacer lo hecho, aun devolver las impuras riquezas improvisadas, los maldecidos treinta dineros que nos quemán é infaman... pero no es tiempo ya, el agua sube, el agua ambula, y los arrepentimientos, las lamentaciones, los propósitos de enmienda, los votos y promesas de expiación han llegado tarde; el agua ambula, el agua sube hasta las cumbres, hasta las frentes, hasta las almas... y las almas desesperan, humillanse las frentes, las cumbres se derrumban, y únicamente flotan, por sobre la mole de agua insensible, para del todo sumergirse más tarde, desechos y residuos sin forma ni nombre, maderos con carcomas incurables, guñapos de ideal, desesperanzas infinitas, dando tumbos, cayendo, levantando, golpeándose, rechazados de todas las orillas, sin áncoras, sin velas; condenados á flotar á la ventura, según su consistencia primera, por minutos ó por siglos, como restos y desechos de un gran naufragio; según

RECONQUISTA

flotan y sobrenadan los desechos y restos de las naciones conquistadas y de las razas errabundas; las Judiadas sin ventura, las Polonias de gloriosa fama y los Transvaales de memoria heroica...

Covarrubias se levantó de la mecedora, en silencio; fué y se asomó á la calle, por cima de la citarilla, y regresó al matrimonio, que también callaba.

—¿Y el remedio—preguntó angustiado,—esa arca de que hablaste... es tiempo aún?...

Alzóse de hombros Salvador. ¿Qué sabía él?... Creía que sí, siempre que los intelectuales se lo propusieran; los intelectuales, que en todas partes son los hechores de la historia; los que organizan y á cabo llevan las revoluciones; los que atajan los cataclismos nacionales; los que en 89 cambiaron la faz del mundo; los que quizá mañana cambien la de Rusia... Los intelectuales podrían tal vez, si honradamente se consagraran á construir el arca de salud, primero, y á tripularla, después; pues si el mal era intenso, intenso tenía que ser el esfuerzo para combatirlo. De otra parte, sería romanticismo puro pretender que en pleno siglo XIX se edificaran nuevas murallas chinas para aislar á los pueblos débiles de los pueblos fuertes; no, Salvador no pretendía tal disparate; hoy no era dable contener ni estorbar las migraciones de los más civilizados; lo que se hace es abrirles las puertas á fin de que no las echen abajo; pero se les abren bajo condiciones, precaviéndose contra la entrada en tropel ó la permanencia perjudicial, dado que tampoco hoy deben de ser dables la conquista ni el despojo. Hoy se divisan con claridad mayor, aunque bien distantes todavía, edades menos infortunadas que las que vamos dejando atrás; naciones que á un mismo tiempo han acumulado la civilización y la fuerza, y en sagrado depósito consérvanlas para verter la una y emplear la otra

en beneficio y defensa de los pueblos atrasados. Hoy colúmbrase la ciudad ideal, la que han venido edificando los hombres buenos con objeto de que en ella repose y viva esta humanidad fatigada de su peregrinación de siglos por los desiertos de injusticia, por las estepas de odio, por las pampas fraticidas...

—¡La quimera!—murmuró Covarrubias tristemente.

... Mas para llegar á su recinto ¡que de llegar tenemos!—siguió Salvador sin parar mientes en la desconsolada interrupción de su amigo—hay que desconfiar de los falsos guías, de los pueblos idólatras del oro principalmente, que derraman éste, convencidos por propia experiencia de que todo se le doblega y esclaviza, de que á su empuje lenón y mudo las fortalezas más inexpugnables capitulan, vacilan las honradeces, las vírgenes se desnudan y venden, las virtudes expiran... ¡Hay que esperar, las horas de las horas, los días de los días, los siglos de los siglos; esperar y confiar en que tal pueblo existe, ó está en formación, ó se formará mañana, allá, quién sabe dónde, en algún rincón del planeta!... Un pueblo redentor, sin remordimientos en su conciencia ni sangre de patrias ajenas en sus zarpas, cuyo cerebro haya vivido siempre en la luz y su corazón en el amor; un pueblo redentor que arrastre á los demás con su ejemplo, que no emplee ballestas, ni hurte tierras, ni mate á hermanos... un pueblo imposible casi, ó tan lejano por lo menos, que es igual que no aliente nunca para nosotros ni para los hijos de nuestros hijos... por donde sólo debemos considerarlo...

—¡La quimera!—insistió Covarrubias.

—¡La quimera, sea, la quimera!—repitió Salvador por dos veces,—y como tal quimera considerada, adorarla en el pensamiento y procurar en la obra su realización problemática, sin egoísmos, sin aferrarnos á que lo que no

podemos ver concluido, á nadie beneficia; antes convencidos de que nuestra vida, por prolongada que ella sea, en la vida universal es un segundo, y que ningún esfuerzo, si es bueno y noble, se esteriliza ni pierde... Y me apeo de las nubes ¿eh?, y ya de tejas abajo, te digo lo que en un principio te dije: que únicamente los intelectuales podríamos, queriéndolo, intentar la portentosa cura, despertar el país que duerme amodorrado sin nutrir una sola esperanza; enseñarlo á andar, á leer, á cumplir sus obligaciones y á demandar sus derechos... Pero nadie querrá, ya verás cómo nadie quiere, cómo seguimos igual, ó peor, distanciados por envidias pequeñas, devorándonos los unos á los otros en irreconciliables cenáculos, entregados á preciosismos inútiles ó á ditirambos mentirosos, para medrar. ¡Tanto como yo lo sabes tú, si no mejor! ¿Qué vamos á hacer de provecho, si nuestras fuerzas, con ser tan poquita cosa, aún las acortamos y empequeñecemos más con nuestro criminal encogimiento de hombros frente á lo más serio, frente á lo más trascendental, frente á lo más solemne?... Si, por ejemplo, me hubieran oído á mi esta noche, ¡imagina la algazara, y las risas, y las burlas!... Y, sin embargo, yo aborrezco el arte estéril, no creo en la doctrina de «el arte por el arte», no, no creo, jamás creí; y si fuese verdad, yo no sería artista, sería cualquiera, una unidad silenciosa, una partícula trabajadora de la multitud... Yo amo el arte viril, sacerdote y apóstol; el que se consagra á consolar, cuando no atina á redimir; el que lucha por hacerse escuchar de los desheredados de este mundo; el que fustiga á los tiranos, á los sátrapas, á los caciques; el que se yergue ante los gobiernos poderosos, y como esendo invulnerable y magnífico, opone á sus rayos y á sus iras y á sus persecuciones, la suprema belleza y la verdad suprema; el que no se deslumbra con las pedrerías de los

F. GAMBOA

tronos y de las coronas y de los cetros; el que llora con el pueblo y á él se inclina piadosamente, y lo acompaña en las noches sin término de su ignorancia, y le promete vengarle, reclamar en su nombre con la magia del verbo, con la gloria del color y con el hechizo del sonido, todas las grandes reparaciones, todos los inmensos desagrazos que le son debidos. Yo amo el arte que sin menoscabo de su majestad, se simplifica para que lo comprendan las muchedumbres encadenadas á las desigualdades seculares y á los abusos y despojos milenarios; el que restaña la sangre de las viejas heridas incurables; el que enjuga los viejos llantos perennes; el que unge los oleos curativos y consoladores; el que no siente ascos por las llagas y las pústulas y los cánceres de los irredentos; el que exige pan para los ayunantes, techo para los vagabundos, abrigo para los desnudos, que las migajas de los ricos ahitos y de las sociedades indiferentes y leprosas vayan á las bocas trémulas de los menesterosos ávidos; el que á la cabeza de la legión sin fin de necesitados y de víctimas, va apartando de los hinchados y sangrantes pies desnudos, los abrojos y ciegos del camino, y apuntando á la revancha, á la reivindicación, á la luz... Yo amo el arte que con la peña esculpida, perpetúa la memoria de las hazañas y de los héroes; que con el papel pintado entona las cantigas de los humildes y los himnos sonoros de los castigos y de las victorias; que en el cuadro compasivo—dado que para entender su asunto basta con mirar, así no se sepa leer,—enseña las resistencias de los oprimidos, los triunfos de los inermes, el aniquilamiento de los crueles y la muerte de las injusticias; el arte que con el libro despierta las conciencias, predica las venganzas justicieras, pone al descubierto las podres de los martirizados, las ansias de los ilotas, los derechos de los parias, y clama valientemente porque el mun-

RECONQUISTA

do deje de ser el valle de las lágrimas y se transmute en la sabana inconmensurable de amor, trabajo y paz, congestionada de mieses de oro y de espigas de esperanza...

Y al decir esto, Salvador se irguió, en el silencio de sus oyentes, en el silencio de la noche caminante, y tendió su diestra con ademán misericordioso y amplio, que abarcó el universo.

—...yo abomino del arte inútil y blasfemo—continuó en voz más ronca, sentándose otra vez,— que se aísla para producir, que sólo produce para los iniciados, que se pasa frente á lo ininteligible y complicado, que se declara aristocracia intelectual, y, como todas las aristocracias, desdén á los de abajo... Abomino del arte de los neuropatas, de los exquisitos, de los raros. ¿Qué bienes ha realizado? ¿De qué sirve á los que han menester de ser enseñados? ... Odio lo deforme, á los cantantes eunucos de las Sixtinas inquisitoriales, porque para embellecer sus voces han debido castrarse, y eso no es arte; tales cantos, por bellos que resuenen, ni al mismo Dios han de serle gratos, supuesto que los hombres que los entonan, para entonarlos, infamaron al hombre y escarnecieron la vida; eso no es arte, será vesania, un capricho morboso que idearía algún pontífice envenenador y degenerado. ¡Mira, en cambio, á los griegos, á los romanos anteriores á la decadencia; mira el Renacimiento en Italia, en Holanda; mira á Rembrandt, á Rubens, en Flandes; á Alberto Dürero, en Alemania; al Ticiano, en Venecia; mira á la trinidad excelsa: Leonardo, Miguel Angel, Rafael... ¡Eso sí que fueron hombres!... Pasa á tu oficio, y mira á Shakespeare, á Cervantes, á Goethe, al Dante... Anda á la música, y mira á Beethoven, mira á Mozart... ¿Por qué sobreviven?... ¡Porque fueron artistas-hombres, engendrados, potentes, hombres, hombres, hombres en constante nup-

cias prolíficas y sanas con la vida y con la belleza! Y ahí tienes á sus hijos: bellos, vivos, fuertes, eternos, riendo de distancias y de siglos, inmortales, benéficos, nobles...

—Sí— exclamó Covarrubias,—tienes razón, el arte apóstol, como tú lo llamas, nunca jamás cultivado por nosotros... Pero aún es tiempo, hasta para mi mismo, para mis libros futuros, en los que podré ayudar con mi grano de arena á esa gran fábrica que, cual un iluminado, acabas de predecir... Sí, tienes razón, para dar cima á la magna obra que se vislumbra apenas, bueno es ir convirtiendo hacia ella las energías latentes y las voluntades dispersas; que, en último caso, bastará con que cada cual, aunque no sea intelectual ni artista militante, contribuya con el ejemplo aislado... ¿No es esta tu doctrina?...

Salvador, abstraído, asintió con la cabeza á la pregunta de Covarrubias, pero atendiendo más al curso de sus propios pensamientos, agregó:

—Yo acepto tu contrato, desde luego, y hoy con mayor motivo, verás por qué: porque he reflexionado en que es esta conjuntura excepcional para poner en práctica lo que predico... Sí, la idea me ha venido ahora mismo, y la encuentro de perlas... Me lanzo á la construcción del arca que, según yo lo entiendo, ha de salvarnos de los efectos de la inundación, quiero decir, que me lanzo, no á la construcción total, que ni tan presuntuoso soy ni la empresa es de uno solo, pero sí á clavar la cuaderna que me corresponde... Luego vendrás tú, vendrán los otros, vendrán todos, y cada cual clavará la suya, inteligentemente, de buena voluntad; y el casco irá creciendo, y podrá navegar y resistir, no digamos inundaciones traicioneras, ¡hasta tempestades, Julián, las más deshechas borrascas!... Verás, verás, ahora verás lo que he pensado...

Pidió cigarrillos á Carolina, que se entró á sacarlos de

la vivienda, y mientras los cigarrillos vinieron y fueron encendidos, Salvador permaneció con la vista clavada en las estrellas, sonriendo á la idea bienvenida...

—¿Qué es lo que solicita ese «Out... demonios?»... Sencillamente, que un pintor mexicano le envíe una galería de tipos nacionales, lo más característico, lo que nos presta sello individual, lo que nos define ó impide que se nos confunda con ningún otro pueblo de la tierra ¿no es eso?... ¿Móviles suyos?... ¡Nada, saciar la curiosidad voraz de que se hallan atacados los buenos de los yanquis por leer y mirar á bajo precio los tipos y sucesos de las nacionalidades que los interesan, así las supongan y proclamen inferiores á la suya propia! Si á tal manía agregas y sumas los intereses especialísimos que por México nutren, comprenderás que un periódico pague tan liberalmente, al parecer,—que para negocios se pierden de vista,—una colección de figuras que por modo gráfico les patenticen lo que somos, ¿verdad?... Pues he aquí que el pintor elegido para consumir la tarea exhibicionista, yo, Julián-cillo, yo, aunque también doblegado por los síntomas de la «conquista pacífica»—*compra*, la denominaría más propiamente,—aunque doblegado y habiendo menester para vivir de algunas gotas de esa su lluvia de oro, no quiero que despertemos compasiones ni ascos á mercader alguno, ¡que no quiero!..., «de mi rey, solo yo», reza el proverbio y reza perfectísimamente, y doy con una salida que todo lo concilia: de mi paleta brotarán los tipos nacionales, ¡para eso me pagan!, pero brotarán los que no nos afrentan, y que por su miseria material y moral á trogloditas ó á aduar africano nos equiparan, ¿no te parece?... Que esos tales se queden vivos y ante nuestros ojos, á fin de que no se nos olviden, como diríase que se nos han olvidado, á pesar de que nos atajan y estorban el adelantar y el en-

F. GAMBOA

cumbrarnos. ¡No seré yo quien saque á la luz nuestros defectos y dolencias! ¿Acaso nada poseemos que admiración merezca y aun aplauso? ¡Quédense junto á nosotros los infelices que no hemos sabido ó no hemos querido levantar hasta la altura nuestra, que, diminuta y todo, es gigantesca si á la bajeza suya comparámosla!... ¡Quédense con nosotros los analfabetas, los criminales, las mancebías y los piojos, los chiquillos tuberculosos y los padres alcohólicos, los reñidores y los ratas, los obreros viciosos y los jornaleros medio imbéciles, las pestilenciales casas de vecindad y las cárceles pululantes; todas las llagas sociales que hemos dejado que se agusanen, limitándonos, si acaso, á taparnos las narices y á volver el rostro!... ¡Ojalá y el mal se agrave más todavía, y la gusanera se nos encarama, y los piojos nos devoren, y por egoísmo al menos nos veamos obligados á sanear, á limpiar, á ventilar!... ¡Quédese todo eso para nosotros, cual bajo las ropas y para que sólo el médico las examine y cauterice, se quedan las úlceras de los enfermos! Que los extraños vean las partes sanas, que también poseemos al igual que todos, ¡qué diantres!... pues si es cierto que no andamos muy abundantes en salud, ¿qué cuerpo social puede vanagloriarse de nunca haber padecido roña y de no estar expuesto á que cualquier vienteillo se le cuele y me lo deje seco?... Y como los remedios, de nosotros mismos han de venirnos y no de fuera, daré suelta á tipos sanos; no quiero que nos ocurra lo que á España, á la que el primer pintamonas, con figurar un muñeco de calañés, manta cordobesa, navaja al cinto y castañuelas en las manos, cree que ya la representó y se queda tan campanante!... ¡No!... ¿Quieren mexicanos? Mexicanos tendrán: el de traje de cuero y sombrero jarano y galoneado; el apasionado de la mujer, del caballo y de las armas; el celoso

RECONQUISTA

de su independencia, de su libertad y señorío; el defensor de la tierra que habita; el matador de invasores, á los que pasma por su estoicismo frente á la muerte; el que sólo de los suyos consiente yugos y desmanes; el que no puede contener á su *relinto* que huye despavorido montes arriba, asustado de la locomotora, jinete y bruto pugnando por entender el prodigio ambulante que se adueña de las planicies, alturas y precipicios en que ellos eran los amos únicos... Pintaré al mexicano trabajador y sobrio, aunque muy pocos sean, con que uno exista me basta; al que labora en ese mismo ferrocarril; al barretero que desde la Conquista extrae los metales preciosos de las ocultas matrices fecundas de las rocas de nuestros Andes; al cultivador ignorante y sencillo de nuestros campos feraces, y si aun en estos, equivocándome yo, máculas se advirtiesen con mis pinceles, se las he de borrar, Julián, ¡te lo prometo!, ya que sólo con mis pinceles puedo borrarlas...

Como lo prometió, lo hizo.

Su galería de tipos nacionales comenzó á trashumar periódicamente; á mostrarse del otro lado de la frontera, según lo había ofrecido; un tantico idealizados, mentirosos algunos... Mas lo que le decía á Carolina, muy preocupada de los compatriotas viajeros:

—Estos que se marcharán mañana, no son precisamente cual yo los despacho; pero consuélate, hija mía, así debieran de ser, y así serán... alguna vez.

Lo que por lo pronto le resultaron todos, fué agradecidísimos. A semejanza de los emigrantes sentimentales que no se olvidan de los parientes y amigos dejados en el rincón adorado de las patrias viejas, cuando á ellos en las patrias nuevas y adoptivas la fortuna les sopla y el bienestar los arrulla, y en los primeros tiempos de la

F. GAMBOA

acomodación en las playas lejanas y en los soles pródigos envían los ahorros de la labor ingrata amasados entre lágrimas, saudades y nostalgias, y les envían después, ya en la abundancia y en la palingenesia, las gruesas sumas curatrices y libertadoras de penas, las sumas que iluminan con sonrisas de agradecimiento las caras rugosas de los padres encanecidos sobre el surco y el arado, las sumas que dotan á la hermana doncella y hacendosa de la casuca prendida en las escarpaduras montañosas, para que honradamente se ayunte con el novio, así los mexicanos pintados por Salvador enviábanle á cada correo el dinero ganado en tierra extraña, saciando curiosidades y despertando codicias. Indudablemente que mucho gustarían, pues la empresa del «Outlook» aumentó salarios, pidió más, un nuevo contrato en el que pactóse que Salvador, amén de las portadas, habría de remitir trabajos mayores, un pliego entero que se pagaría á cincuenta dólares.

—¡Vengan escenas, cuadros completos!—pedíanle.

Y Salvador se los mandaba, de verdadero mérito, estimulado por las utilidades, y en el fondo ufano de que sus compatriotas, mejorados con su paleta y su cariño, tan buen papel hiciesen y tanto los aplaudieran por aquellos centros populosos y cultos.

En la vivienda del artista todo era transformación y alegría. Los días que se cambiaban los giros postales con un ciento por ciento de ventaja, en fiestas transmütábanse; se invitaba á cenar á Covarrubias y al galeno; llegaba el boato hasta permitirse su docena de «Toluca Extra», y se bordaban planes, arreglábase el mundo, se perfeccionaba á México. Salvador encomiaba á Carolina, declarábala autora única de aquel bienestar que lentamente tornaba á alegrar al pintor, á tolerarle que volviera á soñar con sus telas inconclusas, con su lienzo de toda la vida: el gran

RECONQUISTA

cuadro en que, palpitante, el Alma Nacional demandaría socorro...

Sin fingidos pudores ni modestias falsas, Carolina repenía cosas y sucesos en el sitio que á juicio suyo correspondía, radiante de que Salvador bautizara ya á su cuadro con el dulce nombre de «Alma Nacional»; radiante de ir alcanzando calladamente y explotando á favor de su causa los acacimientos, los parciales triunfos que alcanzaba en espera incansable de alcanzar el definitivo y último. Ella no era tal autora del bienestar que paso á paso tornaba, era una de las más beneficiadas; pero el autor, y Salvador harto que se lo sabía aunque resistiese proclamarlo cual ella proclamábalo á voces en todo tiempo y lugar, de rodillas en acción de gracias, ¡el autor era Dios!...

Si á mitad de las cenas daba Carolina esta respuesta, Covarrubias y el médico la reforzaban con la actitud y con sus dichos; y Salvador callaba, pontase meditabundo unos instantes, sin protestar contra la invocación tan á menudo empleada por la esposa, sino reconcentrando su pensamiento, que fluctuaba. Si á solas marido y mujer la escena repetíase, á maravilla aprovechaba Carolina tan significativos silencios. Conociase, sin embargo, que Salvador reaccionaba á poco de pasado el conflicto mental, y que se asía á las doctrinas negadoras, á la duda que le había roído y desmenuzado—jarrojándolas á quién sabe qué abismos y simas!—sus creencias de antaño. Porque, luego de salir de esa especie de recogimiento, del soliloquio mudo, en el que vaya usted á saber lo que se diría y argumentara, torcía los rumbos de la charla sin aludir á lo que adrede simulaba que le interesaba apenas, y con cierto aire de superioridad hablaba de asuntos que ni remotamente los llevasen al atascadero. Si, se había obtenido una ventaja, que Salvador no se burlara ya, ni combatiera, á los que creían.

F. GAMBOA

Ni una sílaba oponía, y, á lo sumo, cuando por directo modo interpeleábanlo ó de entrarse trataban en su silencio, clavaba él la vista en la ceniza de su cigarrillo y encogíase de hombros, igual que enfermo desahuciado ó que un sano que asistiera á enfermos. ¿En cuál de los dos sentidos encogeríalos?... Tal incertidumbre acongojaba á Carolina, acongojaba más al mismísimo Salvador, que no atinaba á libertarse de ella, ora inclinándose á un extremo, ora al opuesto. Lo que es mansedumbre, sobrábale; serio y en calma dejaba que Carolina reputara milagro, por ejemplo, cuanto de bueno les ocurría á partir de su propio encuentro y del matrimonio que le había seguido:

—A ver ¿no era todo milagro, y milagro patente?...

En ocasiones, Covarrubias terciaba, hasta pretendía dárseles de hombre de ciencia, apelando á argumentos trascendentales:

—¿Es ó no milagro nuestra vida misma, la que, á pesar de riesgos y peligros internos, externos y circundantes, persiste en su funcionamiento portentoso?...

Salvador echaba mano á su enigmático recurso de alzarse de hombros, y al caballete se llegaba á seguir embelesado y despachando mexicanos al otro lado de la frontera. Así sería.

Mas por sus adentros las cosas caminaban diversamente, librándose en su cerebro frecuentes y recias peleas. Algo íntimo exhortábalo, en efecto, á cuando menos reconocer una serie de casualidades y coincidencias en su favor ordenadas; á muchas les hallaba naturales y lógicas explicaciones, ¡pero á dos ó tres, no! Con ganas de salir de aquel limbo incoloro á que desde la escuela habíanlo desterrado, en el cual sólo al pronto y por corto tiempo instalóse á gusto, ponía de su parte voluntad y esfuerzos por tornar á las creencias desertadas, en las que, evocando sus

RECONQUISTA

recuerdos, hacia memoria de haber hallado consuelo para vicisitudes y enojos. Y con tanto ahinco dábese á esta reconstrucción mental, que antojábasele empresa fácil y de poco momento ir y guarecer sus dolores, sus desengaños, su gratitud de hoy, al templo que casi de bulto se perfilaba dentro de su cabeza soñadora. Interrumpía su labor, estupefacto del portento que proponíase publicar á grandes voces de fe y enmienda; y de súbito unas ocasiones, lentamente otras, despiadada siempre, la duda se aparecía y minaba, minaba el templo erigido á costa de tantos afanes, ó de una dentellada echábasele abajo, al modo de las criaturas que de un soplo derrumban sus castillos de naipes. Cerraba Salvador los ojos frente á la demolición instantánea, y vuelta á construir, á remover escombros, á mejor plantar los cimientos; lo que lo convencía de que ni la duda era suficientemente fuerte para de una buena vez arrasar el terreno y cubrirlo de sal que estorbaba hasta el nacer de la más diminuta brizna de redención y de confianza, ni la fe ¡ay! que por resurgir esforzabase, á cuyo resurgimiento ayudaba él, era viable... Triste de aclarar que en su actual estado de ánimo no podía ser creyente á las derechas ni incrédulo de una sola pieza, dejaba al tiempo la solución del conflicto, afanándose, eso sí, por perfeccionar su individuo y no regresar á las andadas con los amigos y «hermanos» de borracheras y demás vicios. No rompía con ellos ni á nadie predicaba que lo imitase; él seguía su ruta, ya gustaba del ahorro y maldecía de las deudas, por lo que nos humillan; ya, á cierta hora, á su casa se recogía sin ceder á influjos ni tentaciones.

En esa quietud, precursora quizá de otras de mayor entidad, libertando muebles cautivos en empeños y montepios; adecentado su pergeño y el de Carolina; pagándose una fámula que sacudía la vivienda y auxiliaba en los

F. GAMBOA

guisos; adherido al caballete, le cayó la noticia inesperada, la carta aflictiva de Evangelina notificándole su viudez y el desamparo de sus tres retoños, allá en el rincón chiapaneco en que soterrada vivía desde su matrimonio. Todo un pliego manuscrito á las volandas, á raíz del suceso, sin concierto ni orden, atropelladamente pormenorizando las fases del drama: la fiebre maligna de cuatro días de duración, ella carente de apoyo, sin recursos para enrostrársele á la desgracia que abatía. «...Acaba de pasar el entierro y estoy llorando con mis dos hijos mayores, y dándole el pecho al último... Me ofrecen por los muebles doscientos pesos, y ya acepté, porque con ellos me alcanza para el viaje... Pídele á Dios que nos acompañe en el camino, y hasta muy pronto que te abrazará tu desdichada hija...»

No tuvo Salvador que proponer á Carolina, concluida la lectura, lo que en el fondo proponíase llevar á cabo. Carolina se le anticipó:

—Mañana buscaremos casa, en cualquier rumbo, porque aquí es imposible que quepan... Y telegráfale, telegráfale hoy mismo que la aguardas, que se apresure, que nada le faltará á tu lado...

No obstante que Salvador iba habituándose á la altura moral de Carolina, este nuevo rasgo, esa naturalidad para compartir sus escaseces con la hija de otra mujer que él quiso—porque Carolina hallábase al cabo de que Salvador había querido, y mucho, á la pobre de Emilia,—lo deslumbró. ¿Sería posible, pues, domeñar á tal punto las propias pasiones, sujetarse á disciplina semejante y aceptar la existencia en cualquiera forma que se nos presente?... Como se sintiese pequeño y muy inferior junto á su esposa, tuvo un raptó explicable de exasperación y trató de irritarla:

RECONQUISTA

—Por supuesto que le telegrafiaré ¡ya lo creo!... ¿Pero has pensado en que la venida de Evangelina nos significa volver á la miseria de que apenas salíamos? ¿Que tú, la primera, sufrirás privaciones, mayores tal vez de las que conmigo sufres ahora y de las que sufriste antes, de huérfana?... ¿Si no se avienen ella y tú? ¿Si sobre las privaciones te llueven disgustos, y me llueven á mí, que estaré en medio de dos cariños?...

Frunció el ceño Carolina con alguna de las preguntas, cual si sospechara de los móviles de su marido; mas luego sonrió, como sonreía siempre ante las debilidades ó asperezas de Salvador, y fué y le descolgó el sombrero, le tendió el bastón:

—Anda, márchate al telégrafo y preguntale la fecha en que calcula llegar, para que vayamos á encontrarla...

Por los términos de la Colonia de Guerrero dieron con aceptable vivienda: cinco habitaciones, la cocina inclusive, y una azotehuela de mediano tamaño, donde solear la ropa lavada; pero dieron también al traste con los flacos ahorros de Carolina al comprar los muebles indispensables para la viuda y la pollada. Covarrubias contribuyó con una consola anciana y el doctor con un par de colchones de lana aséptica, que le vendían á él más baratos que al público. Así y todo, los mexicanos viajeros ya no produjeron lo bastante. Fué de balde que Salvador los ofreciera en mayor cantidad, que insinuara que lo que le pagaban no estaba en relación con el trabajo; los gringos no apetecían aumentos ni el artista podía salirse sin riesgo de los férreos eslabones del contrato.

En la flamante casa, con la penuria y el malestar asomaron los disgustos. Los primeros días, hasta los chicos guardaron compostura; la vista de Evangelina removió en Salvador fibras recónditas, adormecidas reminiscencias,

F. GAMBOA

mustios cariños deshojados, y la vista de los nietos le oreó la memoria y el espíritu, le revivió el recuerdo de Emilia.

¡Ah! las primeras confidencias tristes; la mutua narración melancólica que de sus existencias se hacían en el estudio á medio instalar, sentados tras los vidrios del balcón; Carolina, con alguna labor entre sus manos, Evangelina, amamantando á su niña última que pronto ajustaría el año, y Salvador al lado de ambas, ora mirando á su hija y á su nieta que con glotonería chupaba vida del flácido seno de la viuda y sin importarle que á su alrededor removieran penas tantísimas, ora mirando á Carolina, que, aunque experta en el arte del sufrir, cada vez que en la doliente plática terciaba, era para confortar á Evangelina que lloraba inconsolable mientras les contaba su drama, la enfermedad y fallecimiento del marido, la soledad y el desamparo del lugar que por varios años habitaron sin nunca en él aquerenciarse... Los otros muchachos, dos demonios mal trajeados, correteaban por las piezas y por la azotehuela en son de conquista y exterminio. Cuando la pequeña, harta, soltaba el pecho, dormíase en el regazo de Evangelina ó se ponía á determinar los rostros de esas dos personas que no conocía, levantando al aire sus piecitos descalzos, regordetes y sonrosados, á guisa de enseñas que vitorearan con sus movimientos caprichosos el perpetuo triunfo de la vida y de la carne... Y las confidencias manaban tristes, tristes, tristes, empapadas en la tristeza irremediable que va como escoltando á la carne y á la vida.

En honra á la verdad, la que más hacía el gasto era Evangelina, quien, al modo de los parientes que nos vuelven de las grandes ausencias y de las grandes distancias cargados de regalos y obsequios que sacan y sacan de baúles

RECONQUISTA

y valijas conforme los abren, así ella sacaba y sacaba de su memoria y de su ánimo los padecimientos acumulados allá, en el odioso rincón salvaje que le había truncado su dicha.

Ensombrecíase Salvador con el relato de su hija, al que sumaba mentalmente el calvario suyo y el de Carolina; el de los miles y miles que atravesarían por otros análogos ó peores ¡todos los calvarios de todos los crucificados de este mundo! Y una inmensa protesta subíale á los labios, una iracundia contra la vida que no ha de mejorarse nunca, que nunca ha de aliviar á los millones y millones de seres que de alivio han menester. Separábase de las dos mujeres, que, para atender á los quehaceres domésticos se levantaban luego de anochecido, y se quedaba solo en el cuarto—que parecía aspirar las postrimeras vibraciones del crepúsculo—con una porción de rencores que se le amotinaban en la garganta. ¿Por qué vivir? ¿Para qué nacer? ¿Por qué no ahogar la simiente humana, á fin de impedir que siga reproduciendo este fruto predestinado al sufrimiento y á las lágrimas?... Si la vida es como es, cruel y sin objeto apreciable, ¡mejor vivirla cual nos plazca, sin sacrificios ni virtud, sin reagravarla con torturas nuevas, sin dar oídos á la conciencia que censura y concluye de amargarnosla! ¡Mejor vivirla animalmente!... Y la duda que lo atenaceaba ergúase furiosa, lo compelia á blasfemar en el pensamiento, á rebelarse contra la reconquista de su alma extraviada y á cobrar ojeriza á la misma Carolina, que con su piadosa conformidad humillábalo... La cobardía hincábale el diente, le aconsejaba verdaderas enormidades: marcharse por ahí, él solo, en busca de su propio sustento y sin curarse de los débiles que dejaría desamparados, como las bestias que después de fecundar á la hembra se le apartan y en pos de otra corren, palpitan-

F. GAMBOA

tes los ijares, lamiéndose las fauces abrasadas por el placer y la victoria...

Era que ya su trabajo no bastaba para hacer frente á los dispendios; otra vez hubo que empeñar muebles y objetos, pues los monises que del «Outlook» le remitían, en las económicas manos de Carolina derretíanse.

Una noche, al acostarse, por natural y humano movimiento, se lo reprochó á su esposa:

—¡Ya ves lo pronto que se me ha premiado por mi enmienda y principio de conversión!... ¿Dónde mora esa justicia con la que me aturdías y en la que tan firmemente crees?... ¿En dónde?...

No le replicó Carolina, pero Salvador siguió escuchando, en las tinieblas, un mormullo impreciso.

—¿No me respondes?... ¿Qué haces?...—le preguntó, incorporándose sobre las almohadas.

—¡Rezar por ti!

—¡Hija!—dijole él, echándolo á la broma,—si todavía no he muerto, guarda tus rezos para entonces...

—¡Porque renazcas rezo, Salvador, y renacerás, yo te juro que renacerás!

El murmullo persistió, en las tinieblas de la estancia, menos espesas, con tanto serlo, que las tinieblas internas del artista, en que su espíritu se debatía cautivo.

Y Salvador nada contestó, ¡al contrario! Mny poco á poco fué aproximándose, bajo las sábanas, á los labios que imploraban confiadamente que él renaciera.

RECONQUISTA

V

Fué Evangelina—que en achaques de fervor religioso allá se iba con Carolina—la que llegó con la inesperada noticia del reciente arribo de Magdalena á México, después de tanto año de ausencia. La intempestiva nueva cayó en medio de la comida y reanimó á Salvador, que todo se aguardaba menos eso; que para sus adentros suspiraba calladamente tiempo hacía por volver á ver á su hija predilecta. Y al oír que había vuelto, ocurrióle un fenómeno muy común: se tragó su júbilo, el vuelco que el corazón le dió dentro del pecho, y sólo permitió que asomara á la superficie un descontento artificial y un encono fingido.

—¡Vaya, hombre, veremos ahora si se acuerda de que tiene padre y se digna venir á saludarme!

Sacáronlo las otras del error en que á sabiendas incurria. ¿Como había de ir á verlo si era religiosa y vivía en convento? A ellos tocaba visitarla, que las madres no se opondrían, todas las familias de las reclusas lo hacen, y á diario si gustan.

Airado declaró Salvador que él no gustaba de buscarla á diario ni á otro plazo ninguno:

—Buenas son tales reglas, ¡qué atrocidad, Señor!... ¡Que venga ella, y si no que lo deje, ya se arrepentirá cuando yo muera!

Y como su mujer y su hija trataran de convencerlo de su yerro, abandonó la mesa de mal talante, y se encerró en el estudio, luego de afirmarles desde la puerta que no

F. GAMBOA

tes los ijares, lamiéndose las fauces abrasadas por el placer y la victoria...

Era que ya su trabajo no bastaba para hacer frente á los dispendios; otra vez hubo que empeñar muebles y objetos, pues los monises que del «Outlook» le remitían, en las económicas manos de Carolina derretíanse.

Una noche, al acostarse, por natural y humano movimiento, se lo reprochó á su esposa:

—¡Ya ves lo pronto que se me ha premiado por mi enmienda y principio de conversión!... ¿Dónde mora esa justicia con la que me aturdías y en la que tan firmemente crees?... ¿En dónde?...

No le replicó Carolina, pero Salvador siguió escuchando, en las tinieblas, un mormullo impreciso.

—¿No me respondes?... ¿Qué haces?...—le preguntó, incorporándose sobre las almohadas.

—¡Rezar por ti!

—¡Hija!—dijole él, echándolo á la broma,—si todavía no he muerto, guarda tus rezos para entonces...

—¡Porque renazcas rezo, Salvador, y renacerás, yo te juro que renacerás!

El murmullo persistió, en las tinieblas de la estancia, menos espesas, con tanto serlo, que las tinieblas internas del artista, en que su espíritu se debatía cautivo.

Y Salvador nada contestó, ¡al contrario! Mny poco á poco fué aproximándose, bajo las sábanas, á los labios que imploraban confiadamente que él renaciera.

RECONQUISTA

V

Fué Evangelina—que en achaques de fervor religioso allá se iba con Carolina—la que llegó con la inesperada noticia del reciente arribo de Magdalena á México, después de tanto año de ausencia. La intempestiva nueva cayó en medio de la comida y reanimó á Salvador, que todo se aguardaba menos eso; que para sus adentros suspiraba calladamente tiempo hacía por volver á ver á su hija predilecta. Y al oír que había vuelto, ocurrióle un fenómeno muy común: se tragó su júbilo, el vuelco que el corazón le dió dentro del pecho, y sólo permitió que asomara á la superficie un descontento artificial y un encono fingido.

—¡Vaya, hombre, veremos ahora si se acuerda de que tiene padre y se digna venir á saludarme!

Sacáronlo las otras del error en que á sabiendas incurria. ¿Como había de ir á verlo si era religiosa y vivía en convento? A ellos tocaba visitarla, que las madres no se opondrían, todas las familias de las reclusas lo hacen, y á diario si gustan.

Airado declaró Salvador que él no gustaba de buscarla á diario ni á otro plazo ninguno:

—Buenas son tales reglas, ¡qué atrocidad, Señor!... ¡Que venga ella, y si no que lo deje, ya se arrepentirá cuando yo muera!

Y como su mujer y su hija trataran de convencerlo de su yerro, abandonó la mesa de mal talante, y se encerró en el estudio, luego de afirmarles desde la puerta que no

F. GAMBOA

transigía con ciertas cosas, que no insistiesen y que lo dejaran en paz.

—¡Para que no me tachen de tirano—agregó—vayan ustedes si quieren, y permitanme á mí que me las componga como me plazca!

Consigo mismo pretendió continuar el papel asumido delante de las mujeres. ¿Con que Magdalena, su Magda, había vuelto al fin?... Pero ¿adónde había vuelto, á ver? ¿Por qué no iba á él, su padre, que nunca cesó de aguardarla, de tenderle los brazos en los insomnios de sus noches desgraciadas, murmurando su nombre quedamente, cual si rezara? ¿por qué?... Todos los hijos ¡todos! cuando sus padres no mueren antes, á sus padres vuelven. Vuelven los heridos en las batallas de los hombres y los heridos en las batallas de la vida; vuelven los naufragos, los enfermos, los desdichados; vuelven los sanos, los enriquecidos, los felices; vuelven los que envindaron, los engañados del amor y de la carne, los envejecidos en las ausencias voluntarias ó forzadas, los que habitaron extrañas tierras, los que calentaron sus cuerpos con soles distantes; todos vuelven ¡todos! Es una suprema piedad de la vida y de la muerte esta devolución de los hijos á sus padres, este retorno perenne, universal, caritativo. ¡Tanto es así, que aun si los padres han muerto, los hijos también vuelven á ellos, con el pensamiento—si no pueden menos,—en persona siempre que pueden, á la casa que vivían, á las tumbas en que duermen!... ¿Testigo? Evangelina, volviendo con los suyos, con esas tres criaturas nietecillos de él; que es esta la más frecuente forma de tales regresos... ¡Sólo los hijos que á los claustros van, no vuelven nunca!... ¿Será la muerte más compasiva que el claustro?... Y las ideas protestantes, las doctrinas negadoras que bullían en el ánimo de Salvador, embravecieronse

RECONQUISTA

cual olas de verdad que un huracán aventara á los cielos; y la duda que aún no sabía domeñar ¡cómo se agigantaba dentro de los campos yermos de su alma! Sí, la muerte es más compasiva que el claustro, porque el claustro es de piedra y la muerte no. Todas las cosas y todas las instituciones sin entrañas son de piedra: los monasterios, las cárceles, las fortalezas, los alcázares de los tiranos, los cuarteles, las fábricas, los hospitales; donde se sufre, donde se llora, donde se oprime, donde se despoja, donde se infama... ¿Por qué también donde se reza?...

Salvador aprobaba la demolición de los conventos, la obra de las piquetas revolucionarias echando abajo esas moles graníticas que de lejos trastornan á los cerebros débiles, á las voluntades enfermas, y de cerca, á modo de insaciable deidad cartaginesa, devoran vírgenes, devoran juventudes, devoran energías y las trituran sin ruido, masca que te masca tras sus fauces cerradas, tras sus hierros y rejas... ¿La vida contemplativa?... ¡Pero si la vida no es hecha para que la contemplemos, sino para que la vivamos, á pesar de sus crueldades é injusticias!...

Salvador, en su ira—aunque facticia á los comienzos, cobrando bríos conforme la atizaba,—hasta llegó al pensamiento de denunciar aquel convento determinado: que la ley lo destruyera, que la ley le devolviese á Magdalena... mas por dos razones no se decidía: porque repugnaba á su carácter de amplia tolerancia desquite tan ruin, y, principalmente, porque sabía que Magda, fascinada á causa de sus misticismos, marcharíase de nuevo, marcharía durante su completa existencia en pos de un claustro donde refugiarse y elevar su encendido amor á Dios, sus oraciones expiatorias por los que nunca rezan...

—«¡Por tí el primero!»—según le suspiró al oído el día en que se partiera rumbo á Roma.

F. GAMBOA

¿Por él el primero?... Y no obstante sus valentías de analista libre, de incrédulo convencido, malestar interno experimentaba de que sus deudos más próximos, sus padres, allá, cuando él fué niño, sus dos hijas luego, sus dos esposas oraran por él... ¿Orar?... ¿Orar!... Y le venían á las mientes las palabras de Renan, que Covarrubias citábale á menudo como de autoridad nada sospechosa en la materia: «Dejemos que los que rezan, recen, ¡qué sabemos si no les aprovechará á ellos y á nosotros los que no rezamos, por añadidura!...» ¡Crear!... y pensaba en su madre, en lo que le suplicó al venirse Salvador á estudiar, en tanto bendecíalo y besábalo empapándolo en lágrimas que no sabía contener, lo que le pidió rendidamente, cual si sus ojos viejos previeran lo que habría de acaecer en el espíritu de su hijo:

—«¡Júrame, hijo mío, que en circunstancia ninguna y sean cuales fueren las ideas que profeses—espero en Dios que han de ser las buenas,—júrame que no blasfemarás ni inquietarás á las almas que creen ¿me lo juras?...»

Y Salvador no sólo juró, sino que cumplió su juramento; de ahí que no se opusiera á las piadosas prácticas de Emilia, ni á las de sus hijas, ni últimamente á las de Carolina. Si creían, ¡enhorabuena!, que siguieran creyendo; él concretábase á crear enadros, hijos, sueños, por no poder reunir entrambas propiedades de crear y creer, el ideal de los altos poetas. Irritábalo, ahora que más necesitaba de sus arrestos, el que se le apareciera su juramento de adolescente y casi le aconsejara, allí, á solas sus pensamientos y él, transigir, deponer esos enconos extremados, que como para requerirlos en pelea inminente y seria, aflaba. ¿No tenía ganas de abrazar á su Magda?...

—¡No, no y no!—repetíase.—Y la figura de su hija, pequeñita, clavábasele en los ojos que cerraba y apretaba

RECONQUISTA

con el fin de no verla, de no ver su infancia, la dicha suya en la época aquella. Firme mantúvose en su forzado propósito, que llevó al punto de no inquirir cómo estaba la profesora.

En cambio, su mujer y Evangelina puntualizábanselo en las comidas, en los atardeceres que solían pasar agrupados tras los vidrios del balcón del estudio, el caballete, cubierto con su lienzo, lavados los pinceles, y la paleta raspada. Magdalena—contábanle—no cesaba de preguntar por su padre; parecía muy feliz y muy sana, no obstante haber enflaquecido, sobre todo del rostro, que acusaba marcada semejanza con el de la Santa Cecilia que Salvador poseía.

—Nosotras le hemos dicho—hablaba Carolina—que ya irás á verla... ¡No, no te enfades, hombre (*al notar los aspavientos del pintor, que no pierde sílaba de lo que le narran*), si no es preciso que vayas; ¡se lo decimos por no afligirla! Le hemos dicho que ya irás, cuando tu mucho quehacer no te lo estorbe...

Con objeto de combatir la tentación de ir y abrazar á su hija monja, dió Salvador de nuevo en marcharse por las noches en busca de sus amigos que de más descreídos alardeaban. Con ellos desperdiciaba las horas, sin beber demasiado ni seguirlos en sus descarríos; que él no estaba ya para andancias tales, ni sus flacos ingresos y gordas atenciones imprescindibles, consentiríanle despilfarros. Además, no iba en busca de eso; lo que buscaba era que despotricaran, que hiciesen trizas las cosas santas, contra las que Salvador albergaba testaruda inquina. Consistía su gusto en hurgarles la lengua, en orillarlos á soltar rayos y chuzos, que luego, oía cual si no fueran por él provocados, justándolos y confrontándolos con lo que sobre asunto de tantísima enjundia se pensaba él en las re-

F. GAMBOA

cónditas profundidades de su caletre. A su casa tornaba de peor humor que la dejara, meditabundo, reconcentrado, á deshoras; recogidas Evangelina y la gente menuda; en discreta vigilia Carolina.

—¿Qué hacías tanto?—preguntábale ésta por lo bajo.

—Nada, distraerme un rato, que bien que lo he menester.—Y se tumbaba en la cama, sin leer á la luz de la vela; y Carolina adivinaba que no dormía ni hallaba postura que le acomodase.

—¿Por qué estás inquieto?—volvía á preguntarle.

—¡Por la hora será, ya es muy tarde!... Duérmete tú, y déjame á mí que piense...

Clavando la vista en las tinieblas de la estancia y en las de su espíritu, pensaba, en efecto. Ni en las unas ni en las otras descubría el menor rayo de luz, nada, nada... En la estancia, sabía el sitio de los objetos, de los muebles; habría podido recorrerla á tientas, sin tropezar; en su espíritu, con esfuerzo de memoria recordaba el sitio que habían ocupado sus creencias, el que ocuparon la fe y sus esperanzas; pero no se hubiera atrevido á recorrerlo á tientas, como la estancia, convencido de que allí sí que tropezaría. Determinaba, en la balumba de sus pensamientos, lecturas semiolvidadas, incompletas páginas de textos estudiados en el aula, fragmentarias doctrinas de maestros olvidados, cuyos rostros borrosos é imprecisos reconstruía con pena grandísima; pedazos de prédica, trozos de explicaciones y comentarios que habíansele quedado arrumbados y polvorientos, á manera de trasto que jamás nos fué útil. Determinaba luego, preciso y claro, su afán de aprender, de llegar á la Verdad, pues verdad y belleza informaron su culto, desde rapaz; determinaba la transformación lenta en él operada á fuerza de años, de maestros, de lecturas; determinaba el trágico exilio de sus creencias de

RECONQUISTA

infancia, decretado por lecturas, maestros y años, y por él en persona ejecutado sin compasión hacia esas sus pobrecillas compañeras, que no opusieron sino resistencia muy mínima; que después de agolparse cual asustadizo hato de ovejas y carneros, dejando blancos vellones entre los guijarros y zarzas, del hospitalario aprisco escaparon y allá se perdieron, lejos, en los limbos de su niñez y de su pueblo, en lamentable tropel de derrota, balando, balando... ¡Qué bien veía Salvador su propio ardimiento por expulsarlas; cómo blandió el látigo; cuánto lastimó á las rezagadas, á las que huyeron las últimas!... ¡Fuera! ¡fuera!—gritábales al echarlas,—¡fuera lo inútil y pernicioso! Hay que salir del *periodo teológico*—repetíase contentísimo,—con el contento que en una juventud origina el salir de cualquier parte, aunque atrás queden los padres, las novias, los amores y los besos, el hogar y el terruño, ¡qué importa?, ya volveremos; y si no volvemos, tampoco importa, en el instante de la partida, por lo menos; los pocos años nos repican á vuelo dentro del pecho levantado y sano, que nos palpita de alborozo; la mañana está radiante; ancha la senda; cogeremos las flores del camino; nos galopa la sangre en las venas y los músculos se nos crispan de deseo, como se encabritan los potros á los que el domador impide la carrera; vamos á ver tierras nuevas, la tierra en que la Verdad tiene su asiento, la tierra de promisión... ¡Salir! ¡salir!...

Y Salvador salió, cual casi todos salen.

Mas aconteció lo que acontece en ocasiones, que no es la tarde igual á la mañana, ni la noche igual á la tarde, porque las nubes han caminado con mayor prisa que nosotros, á pesar de nuestra juventud; al buen tiempo suceden los nublados y las pedriscas; á la gloria del sol, las sombras del crepúsculo; pero todavía cantamos, todavía

no decimos a los compañeros de peregrinación nuestros desfallecimientos, desengaños y cansancios; todavía reimos de que las flores del camino nos rasguñen con las espinas de sus tallos. ¡Bah!... Y anochece. La verdad se halla lejos aún, alumbrada, sí, ¿no ha de alumbrar siendo la Verdad? ¿acaso no se advierte allá, más allá, la diadema de su luz, el halo de sus rayos?... Los cobardes, los débiles nos susurran por lo bajo que lo que tan distante vemos será quizá, las fogatas de la Equivocación—si es que de buena fe peregrinamos,—ó las del Engaño—en el caso contrario.—Por suerte, los maestros y los libros están allí, a la cabeza de la caravana, y, recordándolos, reconfortamos a los pusilánimes, mientras ellos y nosotros armamos las tiendas en que hemos de dormir y descansar, en tanto no transpongamos el desierto... Las noches múltiplícanse, el desierto se prolonga y ensancha, desmesuradamente. ¿En qué punto quedará la tierra prometida?... Afirmamos que ya queda muy cerca, que mucho hemos avanzado, y tal afirmación nos aumenta las fuerzas que comenzaban a escasearnos, los propósitos que se entibiaban. ¡Adelante, a ver si llegamos hoy!... Y no llegamos nunca, seguimos anda y anda por el inmenso desierto de la Vida, los medrosos signen desconfiando, infiltrándonos sus desconfianzas; nosotros mismos titubeamos ¿no iremos por donde ir debiéramos?... La romería, tan alegremente principiada, truécase en condena, llevadera primero, después, con inconvenientes en que no reparamos al emprenderla; nuevos soles y lunas nuevas van diciéndonos que hasta el Tiempo camina, como nosotros, y nos sorprende ver que envejecemos y que no alcanzamos la Verdad... Los maestros y los libros persisten en apuntarnos allá, más allá, al punto en que la Verdad, de todos perseguida, reina y habita; las páginas de los libros nos la prometen en su mudo lenguaje mági-

co; los maestros honrados no desfallecen, antes nos estimulan con la palabra y el ejemplo...

Empiezan las deserciones. Ya no despiertan los mismos de la víspera; la hueste de los conquistadores de lo Cierto mira aclararse sus filas; falta uno, faltan dos, faltan muchos... ¡No importa! Tornarán ó serán substituídos por los peregrinos de los otros senderos, que, á su vez, hanse desencantado de su enseña y vienen á buscar aquí lo que también tardaban en encontrar allá. ¿Los peregrinos de los otros senderos?... Volvemos el rostro, y es exacto; hay porción de senderos, incontables, por todos lados, pero todos hacia un mismo rumbo. Nadie regresa, ¡ni uno solo!, todos marchan al igual nuestro, enormes peregrinaciones, multitudes compactas, la humanidad entera ambulando en pos de la Verdad y de la Luz!..

¿Será posible? ¿Pues no nos aseguraron al partir que sólo nosotros, los iniciados, los nutridos de ciencia, los librepensadores, los espíritus fuertes éramos los poseedores de la buena vía que derechamente conduce al término por todos anhelado?... ¿Qué significa, pues, esa marcha incommensurable y solemne? ¿Por qué los exaltados de cada sendero se arrojan insultos por los aires, se amenazan con los puños, con las armas, se detienen de vez en cuando, para matarse? ¿Por qué cada cual quiere vencer, por qué quiere cada cual que sus ideas sean las triunfadoras, las que impongan la ley? ¿A qué destruirse, á qué injuriarse? ¿A qué tratar de que los unos piensen como los otros? ¿A qué verter sangre, sangre de hermanos que silenciosa y devotamente beben los campos? ¿Por qué? ¿Por qué?...

Entonces, se mira el cuadro.

¡Es la humanidad! La humanidad condenada á marchar siempre, siempre, siempre. Es la humanidad que viene en marcha desde el principio de los siglos, cansada, ja-

F. GAMBOA

deante, suplicando un segundo de tregua, reclamando amor, libertad, justicia. Es la humanidad, condenada á seguir **caminando sin segundos** de tregua, con sólo relampagueos intermitentes de justicia, libertad y amor, hasta la consumación de los siglos...

¡Es la humanidad!... Una inmensa cosa triste, una muchedumbre sollozante, un conjunto miserable que allá va, cayendo y levantando, con hambre y sed, por muchísimos senderos que paran en un sólo abismo gigantesco y sin fondo: ¡la muerte! Eso es lo que sí todos saben y en lo que todos creen, en la muerte que nos aguarda desde que nacemos, á la que vamos fatalmente, sin nada ni nadie que lo impida.

De ahí, sin duda, el clamoreo múltiple é infinito que por las noches se alza de las innumerables tiendas plantadas en el desierto, y sube hasta los cielos impasibles. Suben plegarias y rumor de besos; imprecaciones y blasfemias; lágrimas y risas; eco de serenatas y de rondallas; balbuceo de niños y barbotar de ancianos; quejas de desgraciados y contento de dichosos; tronar de cañones asesinos, en los campos de batalla, y fragmentos de discursos filantrópicos, en los congresos de la paz; báquicas carcajadas, y cantos de órgano, en los templos; pero dominándolo todo, como desesperada protesta contra la muerte, deleitosos suspiros de las parejas enlazadas, sofocados gritos de las vírgenes que se inmolan, resuellos rítmicos de los machos saciados después del espasmo con que se siembra vida en los vientres de las hembras fecundas que han de continuar substituyendo con vástagos nuevos á los individuos que perecerán mañana, cuando levantemos el campo y pleguemos las tiendas, á fin de seguir esta eterna caminata incontrastable...

En enanto la marcha recomienza, para los espíritus re-

RECONQUISTA

flexivos recomienzan igualmente las inquietudes de la víspera, las perennes inquietudes que apenas si algo se sosiegan con el sueño. Estos espíritus reflexivos y honrados, que son los que encabezan las agrupaciones varias, caminan preocupados y graves, andan con cuidado, como inseguros del terreno que pisan y han hecho pisar á las legiones que los siguen. De súbito, detiéndense á explorar horizontes, á recontar prosélitos, á contemplar á los de los otros senderos, que tampoco desfilan con certidumbre... Sólo la masa es igual en todas las caravanas: ignorante, brutal, siguiendo los de atrás á los que les preceden, con menudo trote inconsciente de rebaño que no piensa, que tiene de sobra con que el pastor piense y los perros vigilen; ellos andan, se reproducen y rumian.

¡Allá van! Todas las razas, todas las religiones, todos los pueblos y todas las lenguas, envueltos en las polvaredas de los caminos y en las polvaredas de los prejuicios, de los desengaños, de las ignorancias...

El sendero más ancho ocupanlo, á paso de carga, los pueblos cristianos, que, estadísticamente, son los que pueblan la extensión mayor de la tierra; á su frente, mirase á las naciones más civilizadas, más fuertes, más prósperas; las que no se avergüenzan de creer, de proclamar que creen, de evangelizar conquistando y de conquistar evangelizando.

Luego, las razas mogólicas, un hormiguero de hormigas viejas, viejas, que caminan despacio.

Luego, los ortodoxos, los católicos, los pueblos nuevos. [®]

A lo último, las hordas, los pueblos bárbaros que aún no despiertan á la vida del pensamiento.

Lo que no nos queda muy cerca, no nos interesa, lo vemos con mirada desmayada, al través de la distancia y del tiempo. Los que vivamente nos atraen, son los agitado-

res; los disidentes que recorren nuestro propio sendero; los apóstatas y tráfugas de los senderos próximos; los sembradores de cizaña en nuestro campo; los que nos aseguran que nos arrancarán la venda que nos impide columbrar las grandes claridades y la luz inmutable. Si acaso, en un arranque de altruismo proponémosnos, para después de operados, ir a los campos vecinos y predicar la verdad en ellos; mientras tanto, que se las arreglen, demasiado tenemos con nuestras dudas y nuestros conflictos. De pronto, advertimos que vamos solos ¡solos dentro de la multitud!... ¿Qué se hizo de nuestros deudos íntimos, los que hasta ayer no más prestábanos el calor de su cariño? Sin nosotros, sin nuestro apoyo, los lobos de las encrucijadas, los hombres malos, los riesgos y peligros de las grandes peregrinaciones harán presa en ellos... Disimuladamente, los buscamos entre la turba; quedamente, murmuramos los nombres amados ¿dónde están?...

Con los creyentes vienen, con los que siguen la Cruz, y no nos apartan la vista, los traiciona el júbilo de que los hayamos buscado. Nos llaman hablándonos a voces, con expresivos gestos afectuosos...

Intentamos catequizarlos, sacarlos del error; somos nosotros los que invitamos, los que interponemos nuestra autoridad para que cesen en sus prácticas y en sus rezos:

«—¡Venite a nuestro lado, como antes!»—nos gritan.

Y los breves diálogos se entablan, de senda a senda:

«—¿Sabéis a dónde vais?»—interrogamos.

«—¡Nosotros, sí! Y tú ¿lo sabes también?»...

«—¡Pues vais a la muerte, lo mismo que yo, lo mismo que todos, lo mismo que todo!»

«—¡Ya, ya sabemos que vamos a la muerte!... Pero después, después de la muerte ¿sabes acaso a dónde vas?...»

«—¡A la nada, adonde estábamos antes de nacer; la muerte es el fin!»

«—¡La muerte es el principio!...»

¡Vuelta a separarse, con la peor de las separaciones: la de la conciencia! Miles de leguas que distancian a los espíritus, que asuelan los hogares, que apartan a los hijos...

El caso suyo, de Salvador: sus padres, sus dos esposas sucesivas, sus hijas, en el sendero de los humildes, de las almas simples; él, en el de los analistas, en el de los libertos; él y ellos encaminándose a idéntico paradero: la muerte.

Y en lo obscuro de la estancia, incorporábase Salvador a contemplar el bulto de Carolina dormida a su lado. ¿Cómo estando tan juntos podían ir recorriendo diferentes sendas?... Aguzaba el oído, y escuchaba la respiración rítmica de su hija, de sus nietos marchando a igual destino con una serenidad de la que él carecía. Alarmado, interrogaba a las tinieblas ¿quién se hallaba en lo cierto? ¿verdad que él?... Desconsolado, comparaba sus insomnios a la tranquilidad de sus íntimos.

Durante estos insomnios, poníase a hacer el balance de su vida: como casi todas: sus luces y sus sombras, sus lágrimas y risas, su padecer y su gozar, lo único redentor y duradero, su culto a la belleza y su devoción firmísima por el Ideal y por el Arte, por su arte y sus pinceles y su paleta, que tanto habíanlo remontado y mecido en regiones muy superiores a las enanas y mezquinas de lo prosaico y cotidiano en que los humanos se debaten. ¿Por qué el Arte, en que tan firmemente creía, no le había bastado? La vida, en sí misma, le asqueaba; igual la suya que la de los demás. Los hombres, en su generalidad, son poco estimables; él, el primero, era poco estimable, considerado como entidad moral. Y por dondequiera que volvía el rostro, topábase

F. GAMBOA

con cosas pequeñas, las hazañas y los delitos, las conquistas y las aventuras, los descubrimientos y los progresos; todo era pequeño, todo bajo, todo persiguiendo—con excepciones señaladísimas—la granjería y el medro. Y ello era así en el mundo entero, y al igual que en muchas otras partes, en México, pobre tierra convulsionada, salpicada de sangre, de injusticia y de atropellos, desde la Conquista, desde antes; tierra poblada de parias, miles y miles ennegreciendo el conjunto; sus clases superiores, sin alteza de miras, desorganizadas, con todos los defectos inenarrables de los españoles y todas las imborrables lacras de los indios; sin creer en Dios ni en el diablo, escépticas por ignorancia y no por estudio; destruyendo los cultos religiosos y practicando la religión de la adulación y el servilismo por los que mandan, por los que reparten las prebendas y las sinecuras... el país, siendo de lo mejorcito de América, como las galeras de las épocas de atraso y de barbarie, dando tumbos por las carreteras riesgosas, tirado por potros brutos y famélicos—el pueblo ¡la gran masa!—y guiado por mayorales rudos que maltratan el tiro, sin otro afán que transponer la cuesta, aunque al cabo de ella el ganado no pueda más, exhausto y doliente, y el coche se rompa y desarme en medio de un páramo ó al deleznable borde de una sima...

Por dondequiera, en este bajo mundo, el propio cuadro: de un lado la maldad y la crueldad del otro; en libros y papeles, los grandes arco-iris de ventura; en la práctica, los nublados inmensos de desdicha; por dondequiera, los mares de sangre empañando las conquistas del derecho; por dondequiera, más desgraciados que felices, más menesterosos que ricos, millones de víctimas, millones de oprimidos, millones de siervos, los esclavos modernos más infortunados y numerosos que los esclavos antiguos; por dondequiera, el

RECONQUISTA

hambre, la revuelta, el perpetuo odio caínescos, la onda de lujuria inundándolo todo, la onda de miseria devastándolo todo; por dondequiera, las conciencias perturbadas, laceradas las carnes, las manos tendidas, amenazantes ó mendicantes, inquietas las almas, en prolongada espera de algo, de algo que tarda, tarda, tarda...

Y mientras el advenimiento se realiza, mientras se trueca en realidad el anhelo, los tronos sin prestigio, sin libertades las repúblicas, los altares sin dioses, el hombre sin esperanza, hosco, rencoroso y ceñudo, parado á la mitad del camino de la vida.

¡Qué melancolía infinita la que de Salvador apoderábase frente á cuadro tan lúgubre y cierto!... ¿Si de veras la vida no acabara en el sepulcro?... ¡Y ni á quién preguntárselo! Ciertos enigmas á nadie se preguntan porque nadie los ha sabido, nadie los sabe, ni nadie los sabrá; debe uno resignarse á contestárselos á sí mismo, sin ayuda ni auxilio, tembloroso el propio cerebro de no poder saberlo nunca. Hay cosas que uno las averigua y consume solo, como la muerte y el sueño. Nos dormimos sin quien nos acompañe, aunque alguien se halle á nuestro flanco, cual la mujer idolatrada que acabamos de besar, que acaba de jurarnos que á nosotros nada más nos pertenece; aunque acabe de persignarnos, como nuestra madre, apasionadamente doblada sobre nosotros. Morimos sin quien con nosotros muera, aunque en el mismísimo instante también alguien pierda la vida, aunque nuestros hijos nos tengan de la mano y no aparten su vista de nuestra agonía... ¡Solos nos dormimos, solos morimos!

Y Salvador, cuando aclaraban los días nuevos, solo dormíase; y por mucho que al despertar, con la luz del sol y el sentido de lo real recuperado, sus preocupaciones desvaneciéranse para ceder el puesto á los pensamientos vul-

F. GAMBOA

gares de la existencia, cada mañana sentíase más inclinado á transigir, en un punto únicamente: iría á ver á Magdalena ¡por supuesto que iría!

Y fué.

Casi frontero á un cuartel de Artillería, apoyado en un *restaurant* facticiamente campestre, á mitad de ancha calle histórica, alzabase el claustro, sin apariencias de tal: una casa bien modesta, de dos pisos, con reja en los bajos, separada apenas de la fachada del inmueble, y en los altos, hasta tres balcones cayendo á un barandal corrido, de techo de lámina. El edificio, ligeramente metido hacia atrás, sólo su reja alineada con los frentes de las fincas inmediatas. Franqueada la reja, unos cuantos pasos, y el zaguán, cerrado, de postigo, con llamador de hierro. Adentro, corto portal, con puertas á la derecha y á la izquierda, que llevaba á un patio florido en el que además de éstas veíanse árboles en pleno desarrollo, uno sobre todo, grueso el tronco, elevada la copa, sombreando con sus ramas extensión dilatada y asomando á uno de los corredores del segundo piso, en sus vaivenes rumorosos y blandos. Al fondo del patio, una tapia, y en ella, en línea recta del portal del zaguán, una brecha más que puerta, daba entrada á un huerto que se adivinaba de proporciones vastas, que ostentaba muchas más flores, muchos más árboles corpulentos y añosos secreteándose druidicas historias indescifrables con el ir y venir lento de sus copas, muy por cima de la barda, y con el subir y bajar de sus hojas en apagado rumor de confidencia y beso. Salen del huerto efluvios bien olientes de las resinas de los troncos, de las plantas y de la hierba recién regadas—¡huele á tierra húmeda!—y salen arpegios errabundos de órgano distante, armonías dulces de voces femeninas que nacerán, allá, en algún rincón del huerto, en alguna capilla oculta.

RECONQUISTA

—¡Están cantando el Rosario!—le explican á Salvador su mujer y Evangelina.

Como la visita es á la tarde—les sonaron las cinco poco antes de llegar al convento—de todas las profundidades verdegueantes de las copas trémulas de los árboles, arranca ensordecedor concertante de gorjeos sostenidos, el de las centenas de pájaros que se aperciben al amor y al descanso de sus cuerpecitos alados, y que, sin embargo, á maravilla hermánase con los efluvios, arpegios y armonías que todavía percibense.

Ellos, los visitantes, que se han detenido unos minutos, tuercen á su izquierda y trepan por la escalera de losas y de una sola meseta en que luce, colgada del muro, una imagen dentro de marco opaco, y suspendida de las vigas, una lámpara, alumbrándola. En el término de la escalera se levanta un cancel de madera, sin claros ni barrotes, con su puerta entrecerrada. La empujan para entrar, y una campanilla se suelta repicando. A pesar del repique, nadie se presenta. Ya no se oyen los cantos, sólo los pájaros persisten en su concertante.

Deja Salvador que se adelanten las dos mujeres, instintivamente se descubre y los tres avanzan. El corredor, que es de dos arcos hermanados en una columna, ostenta, recogidas, cortinas de sol; en el centro se ve una mesa antigua, de las llamadas de «tortuga», sin carpeta, y en semicírculo, ante un sofá de cerda, hay varias sillas. Míranse también distintas puertas: á la derecha, dos; al frente, una, cerrada, donde el corredor determina ángulo al doblarse y prolongarse. Dios sabrá hasta dónde. Allí detiéndense los parientes de Magdalena.

Desde luego, nota Salvador dos cosas que saltan á la vista: meticoloso aseo que hace relucir de limpio al mismísimo suelo, y silencio tan grande que creeríase no hay

F. GAMBOA

moradores en la casa. Por donde el corredor da vuelta aparece la superiora, entocada, negro el hábito, crucifijo sobre el pecho. Es una señora de estatura media, tirando á obesa por la edad, de seriedad suma en su mirar y de mucho reposo en su decir, que por el dejo acusa extranjera cepa; es, en efecto, francesa de origen, con algo de gran mundo en sus sonrisas forzadas y en sus ademanes naturales y distinguidos. A las señoras acógelas con protectora cortesanía, y á Salvador, cuando se lo presentan, con marcada reserva:

—¿Artista? ¿no?...—le pregunta sin alargarle la mano.

En la sala penetran y la superiora les brinda asiento después de correr por sí misma el transparente de uno de los balcones que, á causa de lo apagado de sus vidrios, poquisima luz vierte en la estancia. El cuarto es severo, de oscuros tonos en los muebles y en el papel-tapiz de las paredes. De una de éstas, cuelga un cuadro de asunto religioso.

A los principios de la conversación, desmañada y anémica, estalla abajo, en la calle, la lista de seis que lanzan á los aires los clarines, abrigados en su tesitura, de la banda lisa del regimiento de Artillería; no obstante la proximidad, las notas marciales que rasgan la atmósfera no traspasan la fachada del recinto, que las rechaza, como esas playas rocosas y acantiladas en las que no pueden extenderse las olas, sino que se estrellan y espumajean y braman. La superiora siguió hablando enal si el cuartel y sus músicas no existieran. En los interiores del monasterio han enmudecido los pájaros, y, en el mismo instante, una lega trae encendido un quinqué de petróleo, que coloca en el velador del centro.

Salvador, que no se siente á gusto y que de buena gana preguntaría por su hija, mira á Carolina ansiosamente, y

RECONQUISTA

Carolina le responde con los ojos que se espere. No espera mucho, no; la campanilla del cancel ha sonado apenas, y desde la sala percíbese sordo murmullo de pasos sofocados. Es la comunidad que regresa de la plegaria. La superiora se levanta:

—¡Voy á mandarle á Ud. á su hija, señor Arteaga!—le anuncia.

Con violencia inusitada latióle á Salvador el corazón, y á los cuantos segundos, siempre andando sin ruido, como una aparición celeste, Magdalena le echó los brazos por la espalda, y á riesgo de ajar la toca almidonada, se le acurrucó en el cuello, cual de chiquilla acurrucábasele, y con la misma entonación de entonces, con su voz de infancia, muy conmovida, le murmuró al oído:

—¡Papá!... ¡papá!... ¡Bendito sea Dios!

No pudo Salvador contestarle; reprimióse á duras penas para no sollozar, pero no lo bastaba para impedir que le brotaran algunas lágrimas que fueron á perderse entre los pliegues de la toca y los restos de la cabellera mutilada de la monja. Luego la cogió el rostro, entre sus dos manos convulsas, y á contemplárselo hondamente se puso sin moverse, sin hablar, sin enjagarse las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

La acentuada belleza mística de Magda—Carolina y Evangelina tenían razón; cuánto se parecía á la santa Cecilia de su estudio!—su olor á incienso y cirios; las tóquedades y rectitudes del sayal que la desexuaba, ocultando y tragándose sus deliciosas curvas femeninas; las rigideces de la toca almidonada, que con sus blancuras la aureolaban de luz; la palidez claustral en que el rostro zozobraba, y en que los ojos expresivos y tiernos agrandábanse en tamaño, expresión y ternura—por ser ellos y los labios, color de granada, los últimos baluartes de vida;—

F. GAMBOA

el conjunto todo absorbido por el hábito, esfumado, de veras arrebatándola á la tierra, subyugó al pintor y lo tuvo suspenso, mientras Magdalena, luego de fenecida la efusión del encuentro, se dirigió á abrazar á su hermana y á Carolina. Subyugado el artista, el padre, el engendrador comprendió que esa belleza, esa carne de la suya salida, habiánsele ido para siempre á regiones en las que nada podían su autoridad y su cariño paternos. Otro detalle le sorprendió, cuando Magdalena y Evangelina se abrazaban y que las vió juntas: la que le había devuelto el mundo, siendo la más joven y habiendo sido la más fuerte y la más sana, la que regresaba del amor, de la maternidad y del dolor—¡la vida normal!—regresóle macilenta, triste, coronada de espinas; y la que el claustro le arrancaba, la delicada y enfermiza, la que regresaba del confinamiento, de la oración y del ayuno—¡la vida anormal!—regresaba contenta, ideal, coronada de dicha... No pudiendo creerlo, de nuevo atrajo á Magdalena y le preguntó:

—¿Eres feliz, Magda?...

—¡Como nunca lo fui!—repuso ella, sin sospechar el daño que su respuesta tan sincera y pronta, causaba á Salvador.

Muy feliz en realidad debía de considerarse, á juzgar por su aspecto, que hay ciertos estados de alma, la felicidad muy principalmente, imposibles de simular. Y la ventura de la religiosa, su contentamiento sin límites, la serenidad poco menos que absoluta de su espíritu, á la vista saltaban. Aún sus encogimientos de niña, aquel su afán de reconcentrarse y no dejar traslucir lo que por sus adentros experimentaba; aquel su suspirar continuo, sus ausencias mentales que la impedían responder de acuerdo con lo que se le dijera, todo eso y más advertíase que había desapa-

RECONQUISTA

recido. Ahora, no; ahora pensaba, hablaba y movíase con plena conciencia de sus ideas, palabras y movimientos; hablaba recio, reía fuerte, pensaba recto y se veía, se veía que congratulábase de haber descubierto el camino de su Damasco; de haber satisfecho sus aspiraciones y llevado á término su vocación, ó lo que fuese, que á la existencia monástica, de apartamiento y rezo, le tiró desde pequeña. A cada frase, á cada ademán afirmábase Salvador en que su hija habíase desligado totalmente de los afectos de la familia, del gran amor suyo, de Salvador, que la miraba sin cansarse de mirarla, sin soltarla de las manos, para tratar de aproximársela, de franquear y deruir esa barrera invisible que los distanciaba. ¡Qué linda estaba, Señor, pero qué pálida, qué pálida!... De tiempo en tiempo asaltaba á Salvador la tentación artística de trasladarla al lienzo; un notable cuadro que le ocurría: una figura sola, sólo una, Magdalena, su Magda simbolizando la Fe, mas no la Fe convencional y vulgar, vendada y sin expresión, ¡no! una Fe bellísima, erguida, joven, borrados castamente todos los encantos del sexo por el implacable sayo lúgubre; los ojos magníficos, bien abiertos, sin necesitar de vendas para creer, sino á pesar de ellos creyendo, contagiando su creencia incommovible, sincera, infinita; el rostro oval y puro, con esas palideces de marfil viejo, de páginas de misal gótico, de virgen exangüe, sonriente sin embargo, en asunción portentosa!...

Como por pérdida diputábase, le hablaba tristísimamente, antojándosele que Magdalena le escuchaba desde el fondo de su fosa ó del otro lado de un abismo, adonde Salvador no pensaba llegar. No hablaba con su hija, no acariciaba á su hija: hablaba y acariciaba al espectro de su hija... Por eso cortó la entrevista con torquedad; por eso prometió al despedirse que tornaría al día siguiente,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RETES"

Ciudad de Monterrey, México

F. GAMBOA

todos los días, siempre que pudiera; por eso salió á escape del convento, y, ya en la calle, revolvióse airado contra la pétrea fachada gris del edificio mudo, al que mostraba el puño mascullando quién sabe qué herejías y maldiciones de hombre desgraciado que no quiere declararse vencido del dolor y de la suerte.

Si ha de darse crédito al testimonio de Carolina, fama es que aquella noche el pintor, en su insomnio, cuando supuso que su esposa dormía invocó á Dios!... Sea ó no cierto el hecho, si está fuera de duda que Salvador regresó al convento, una vez por semana á los comienzos, dos luego y todas las tardes á lo último, enteramente solo ó en unión de su mujer y de Evangelina que ya había encontrado acomodo como cajera diurna en una confitería á la moda.

En el convento, por merced especialísima de la superiora, permanecía Salvador hasta después de anochecido al lado de Magdalena, en la sala desmantelada y adusta, ó en el huerto encantado, desde una tarde en que por aglomeración de visitas de importancia—la mayoría de las grandes damas, lo más encopetado y linajudo de la ciudad, allí se reunió con motivo de algún señalado aniversario ó ceremonia de la orden de Reparadoras. Cautivado Salvador con los hechizos del huerto, entre cuyas alamedas aguardaba á que su hija terminase las vespertinas devociones de la comunidad, oía el órgano, las voces de las doncellas castas, el infaltable concertante de los pájaros, y su ánimo intranquilo inundábase de una paz que le hacía bien grandísimo. Luego, con la llegada de su hija y el partir de la tarde, esa paz subía de punto, le anesthesiaba sus pensamientos rebeldes, sus ideas impías que, al igual de los pájaros en las profundidades verdeguantes de los árboles, en las profundidades de su conciencia adorme-

RECONQUISTA

ciábase. A fin de no romper el encantamiento, hablaba muy poco, apenas lo indispensable para no dejar sin respuesta los largos discursos y parrafadas que le enderezaba su hija, cuya pálida beldad acababa de sumirlo en esa especie de soñación bienhechora.

Y cuando á las seis precisamente estallaba el toque de lista en el vecino cuartel de Artillería, las notas viriles y brillantadas de la banda de clarines perdían su sabor de destrucción y guerra, sonaban á distancia grandísima, no obstante la proximidad, veladas por las copas de los árboles que apagábanlas á su paso con el ósculo de sus hojas temblorosas y el abrazo de sus ramas retorcidas, cual si los ejércitos y las máquinas exterminadoras y fratricidas se hubieran ido ya sin ser sentidos, y desde lejanías inofensivas tocaran, por la vez última, sus cantos de odio y sus cantos de sangre; cual si los hombres, arrepentidos de sus pasiones negras, licenciaran á los soldados y rompieran las armas; cual si la maldad agonizara ó hubiera muerto, y aquellos clarines anunciaran los funerales de las guerras y el advenimiento imposible del amor universal... Pero Salvador, á cierta hora, tenía que volver á la calle, á su casa, al batallar de sus pensamientos y de sus ansias, y aquí estaba lo malo, la vida destruída al ensueño, la realidad á la quimera y el desengaño á la esperanza. En su caballete desfogábase, enviaba á «The Outlook» dramáticas escenas de las guerras nacionales; lanceros sañudos; guerrilleros feroces matando y degollando, á la carrera tendida de sus caballos enloquecidos, por sobre cuyas crines al viento los jinetes se doblaban para facilitar la carrera y con mejor certeza herir y matar. Habría pintado toda la epopeya libertadora de la Reforma, todo el encono de los «rojos» y de los «puros» contra los conservadores y reaccionarios; las victorias cruentas, los alaridos de rabia,

F. GAMBOA

el triunfo final del partido exaltado; la expulsión de religiosos y la demolición de los conventos, jeso, eso sobre todo, la demolición de los conventos!...

Pasado el arrechucho, reía de sus iras. ¿Por qué ese encono contra el convento, sí, caso de alimentar alguno, alimentarlo debiera contra las inclinaciones de su hija? Suponiendo que el convento fuese un peligro, de peligros hállase sembrado el mundo y no por eso del mundo maldécimos á todo momento, ni apeteecemos su destrucción y ruina. Nó, hay que distinguir, que convencerse de que el peligro principal radica en nosotros que nos abandonamos á aquéllos, por las levaduras indómitas que nos señorean y á las que no oponemos sino remedos de resistencia...

Y se atascaba Salvador en sus propias filosofías, alegándose el pro y el contra de problemas tan arduos. Una cosa sí que lo irritaba fuera de medida: aquella persistencia en resolver conflictos, en los que antes no se ocupó mayormente. ¿Qué lo movía hoy á estar siempre devanando tan enmarañado ovillo, con lo que sólo sacaba amargarse más su pobre vida, harto amarga ya de suyo?...

Hasta que un buen día, al tanto cavilar, dió con la clave del enigma, admirándose de que el hallazgo se efectuara tan tarde: lo que lo movía era, sencillamente, el desencanto, las lastimaduras del vivir, la maldad humana, la ignorancia y la mentira, las incertidumbres acerca de nuestro destino, á menos de no creer que en el sepulcro se concluye todo. Salvador por mucho tiempo creyó en ese aniquilamiento total; mas sin duda porque entonces era feliz, sintióse satisfecho con la tal doctrina y no la penetró lo bastante, ¡en ella creía y en paz! Fue después, cuando sus padecimientos y desgracias principiaron; cuando lo expulsaron de la amistad y del amor; cuando la familia le

RECONQUISTA

mostró el revés de su bordado—revés burdo y áspero,— cuando las hipocresías sociales le dieron en el rostro, á modo de latigazos que enfurecen; cuando palpó el imperio inconmensurable del fingimiento y el engaño en todos los órdenes, la breve duración de los pocos afectos de verdad, el tráfico de la honra y la vergüenza, el entronizamiento de los fariseos y mereaderes, la lapidación de todos los profetas y el martirio de todos los Cristos; cuando vió y oyó y leyó y supo que eso era el mundo, el globo entero; cuando se halló sin esperanza y sin consuelo, fué cuando la inquietud apoderóse de su ánimo contristado y doliente, y cuando éste se le escapó por los vericuetos inextricables del pensamiento en busca de una compensación y de un asilo. Y como él, Salvador, estaba medio ciego, si no ciego totalmente, asido al quebradizo hilo del raciocinio seguía á su pensamiento, y exasperábalo que perdiguero tan fino y amaestrado no lo sacara del pajonal en que á cada día conceptuábase más y más extraviado...

Y he aquí que hoy mirábase libertado ¿lo estaría de veras?... pues chocábale no prosternarse, no prorrumpir en gritos de agradecimiento y júbilo, sino antes sentirse encogido, medroso, con rubor de proclamar que un portentoso habíase realizado dentro de su ser, que volvía á ver la luz... porque la veía, sí que la veía, aunque ella lo ofuscará y sumiera en esos encogimientos y miedos. ¡Fenómeno más raro!... En lugar de reír, lloró; en lugar de correr y de saltar, quieto mantúvose; en lugar de repetir á nadie el sucedido, presa de temor lacerante, enmudeció... ¿por qué lo cegaba tanta luz, en vez de iluminarlo? ¿si no resultara cierto, por desgracia, que hubiese recuperado la vista? ¿por qué no miraba aún, con suficiente claridad, todos los puntos sombríos de su espíritu?... Ante tales manifestaciones extrañas, su congoja aumentó; y es que ignoraba

el que fenómeno idéntico ocurre á los otros ciegos que por milagro tornan á ver: diríase que la luz, de la que han estado huérfanos, al pronto los dañara; resistense á creer en el prodigio, y ello explica que el pasmo los paralice, que no osen caminar, ni hablar, ni reir; que prefieran, por instantes, cerrar los ojos resucitados ó internarse de nuevo en lo obscuro en que habitaron, que prefieran hasta apartar con las manos la claridad que los deslumbra...

Así Salvador, desconfiando del suceso, se lo calló; procuró enterrárselo hondo, hondo, adonde sólo él supiera, adonde los ojos de los demás no asomaran á cerciorarse, ni los escepticismos y maldad de sus semejantes se lo codiciaran ó escarnecieran al menor descuido. Y así se iba por todas partes — mientras no le viniese el convencimiento íntimo de que, en realidad, había curado, — como ladrón que esconde un tesoro fácil de perder.

Donde únicamente algo se franqueaba, era con Magdalena, en el fondo del huerto del monasterio vibrando aún las postrimeras notas suplicantes del órgano y los gorjeos postreros de los pájaros, el perfume de las flores que cierran su corola al irse la tarde y el de las que abren la suya al acercarse la noche. Dejaba que murieran los ecos de los clarines marciales, luego de anunciar á sus oídos de iluso que la guerra se acababa, que aquellos serían los últimos cantos del odio y de la sangre, y sin dar la cara á Magda, le decía:

— ¡Háblame de Dios!...

— ¿De Dios? — le preguntó la profesora en el colmo de una estupefacción gozosa, la primera vez que escuchó tal súplica, — pues que ¿crees ya?

— No me preguntes — agregó Salvador mirando al suelo y en voz más baja todavía, — sólo compláceme y háblame de Dios!...; ¡háblame de la Cruz!

Y Magda, que no era una exégeta ni muchísimo menos, le habló de Dios en términos simples, con fe primitiva y criterio de niño que á otro niño intentase explicarle cosas grandes. Raudales de palabras blancas, de palabras puras; el Dogma eterno, sin deformaciones, ni comentarios, ni notas; la creencia católica en todo su sencillo esplendor prístino, sin dudas, sin impiedades, sin blasfemias, como han de haberla predicado á los humildes, los ignorantes pescadores de Galilea. Una exegesis que cualquiera habría desmenuzado; de la que cualquiera habría reído, y que, sin embargo, arrancaba un llanto silencioso de Salvador, que la monja su hija enjugaba acariciándolo.

Transfigurado salía Salvador del huerto, más que nunca escondiendo su preciadísimo tesoro para librarlo de que se lo descubrieran sus prójimos, á los que volvía á codear en las calles. En los intervalos de sus visitas á Magdalena — la noche íntegra y gran parte del día siguiente, — formaba proyectos, todo lo que haría cuando se sintiese definitivamente curado. Desde luego, no alardearía de su cura, no buscaría plácemes y regocijos, ni con las personas de casa; tampoco entregariase á externas manifestaciones exageradas de fervor, ni á misticismos impropios de su edad y de su sexo; mucho menos intentaría convencer á incrédulos legítimos ó fingidos, ni sanar á enfermos. No sería misionero, porque tendría de sobra con ser creyente, y aunque como á creyente pudiérale doler la incredulidad ajena, conformariase con dolerse de ella y con confiar en que lentamente iría desapareciendo; convencido de que en la mayoría de los casos, tal incredulidad no es sincera, según tampoco lo son una porción de credos extremados en política, en filosofía, en ciencias. Conforme los días pasaban, Salvador, siempre en espera de su conversión definitiva, más claro veía en sinnúmero de cuestiones.

F. GAMBOA

Detrás de los descreimientos pregonados; detrás de las creencias que á gritos se proclaman cual inmutables y honradas, veía Salvador la mentira individual, y hasta colectiva, un gran afán de notoriedad ó de lucro, de lucro sobre todo; pero firmeza, ¿dónde estaba la firmeza?... En este asunto de la incredulidad religiosa, por ser el más trascendente, era en el que Salvador advertía el menor sincerismo, viendo en la larga lista de pensadores diz que libres, de políticos diz que intransigentes, de espíritus pseudo-superiores, que en todas partes se acobardan los tales frente á lo que no tolera engaños ni subterfugios: frente á la muerte, á cuyos pies abjuran de toda una vida de combate de ideas, y repudian hasta textos escritos, discursos publicados, propagandas orales y propagandas impresas, y rinden la jornada en los brazos del Dogma y de la Iglesia. Prefería Salvador sus procederes propios, el no aguardar á la hora de la muerte ni doblegarse á las cobardías fisiológicas y psíquicas que ella nos acarrea, sino tornar á Dios en plena vida, con fuerza en la carne y vigor en el cerebro, con entera conciencia y con voluntad independiente y libre.

Salvador, á quien animaba un espíritu amoroso, justiciero y altruista, odiaba muy principalmente el engaño y la mentira; era gran partidario de las rectificaciones y de la entereza que se enfrenta á la responsabilidad y virilmente la asume, lo mismo si es premio y galardón por lo que hayamos hecho de bueno, que si es condena y castigo por los males consumados. De ahí su distanciamiento progresivo de amigos y empleos, de afectos falsos, de toda la gran mentira humana, de la que—colocada la Religión en su puesto, sólo dos entidades se salvan, cuando honestamente se las rinde culto: el Arte, que á modo de ave inmensa, ciérnese sobre todas las miserias y sobre todas las

RECONQUISTA

deformidades, y la Ciencia, infinita, majestuosa como mar sin orillas.

Desengañado de cuanto le rodeaba, de las historias falseadas, los libros mendaces, los ídolos de barro, los silencios delincuentes, los aplausos criminales, los proditorios encogimientos de hombros, el tanto prometer y nunca cumplir, el tanto demoler y nada edificar, se sintió en él aire y con las alas desmontadas para poder volar á las excelsitudes y á los ideales. En su desesperanza y desamparo, instintivamente—como los animales heridos buscan los sitios ocultos y de difícil acceso, á fin de acabar de sufrir y de morir donde no los alcance la maldad del hombre,—el alma de Salvador, también herida, volvióse á Dios.

—¡Háblame de El!—le rogaba á Magdalena tarde á tarde.—¡Háblame de la Cruz!...

Y tarde á tarde cobraba mejores bríos, arrestos nuevos, mayor acuciosidad para juzgar y para ver. Tan positivo alivio experimentaba, mejoría tan franca, que todo lo que antes resultábale inexplicable ó abstruso, lo encontraba ahora sencillo y claro. Según él rectificaba, la génesis de las disidencias, de las protestas, de los enfriamientos en materia de religión y de fe, consistía en una equivocación muy de lamentar: confundir el Dogma con el clero encargado de interpretarlo, propagarlo y defenderlo; consistía en no saber diferenciar lo fundamental y eterno, de lo temporal y transitorio. Que el clero haya sido y sea culpable en muchos puntos—y principalisísimamente en México,—por explotar su poder y su influjo en provecho propio, por convertirse en entidad militante—siempre que puede lograrlo,—con objeto de acaparar y disfrutar los bienes terrenos, olvidándose de su alto ministerio ¿qué prueba contra el Dogma?...

F. GAMBOA

La justicia, la Justicia ideal por la que todos los pueblos y todos los individuos suspiran, no pierde un átomo de su excelencia porque sus intérpretes y sacerdotes le resulten venales, prevaricadores y concupiscentes. Basta con que haya un magistrado, un juez que honradamente la administre y distribuya, para que hasta nos dolamos de los otros, que, ¡al fin hombres!, más obedecieron á sus pasiones y ruindades, que á sus deberes. Y aun cuando — soliloqueaba Salvador, — aun cuando ni ese juez ó magistrado excepcionales existieran en parte ninguna; aun cuando la Justicia se halle sentenciada por los humanos á ser perpetuamente escarnecida, aun entonces, todas las conciencias continuarán creyendo en ella, adorando en ella, esperando en ella, hasta su advenimiento.

No obstante el alivio que Salvador experimentaba al lado de Magdalena, la que por su parte esmerábase en que sus pláticas fueran de lo más convincente, tal alivio dilatábase en trocarse en la cura completa que desde los comienzos de la crisis se anunciara. Cierto que las pláticas de Magda pecaban de simples y candorosas; sobre que en toda su existencia había sentido ni el aleteo de la duda. Nacida para creer, con vida y alma creyó, no entendiendo á las derechas que pudiese haber incrédulos. Y su más cruel torcedor, la incredulidad de su padre, he aquí que milagrosamente borrábase y Salvador tornaba á la fe, á la fe omnipotente que á ella envolvíala y amparábala, que la hacía vivir en la bienaventuranza y en el éxtasis dentro del claustro anacrónico, dentro del claustro devorador de ilusiones y voluntades. La vuelta de Salvador á la fe, era lenta; él confiábasele á su hija en las entrevistas diarias.

— ¡Cuánto tardo en desandar lo andado, mi Magda, debo de haberme ido muy lejos!...

En su cura prodigiosa, no quería Salvador pisar un tem-

RECONQUISTA

plo ni frecuentar sacerdote alguno que lo ayudara con sus luces. Ambicionaba que sin influjos extraños ni exteriores, el prodigio acabara de realizarse por su propia virtud; que lo mismo que las cicatrizaciones de las heridas graves sabiamente curadas — que se forman de adentro hacia afuera en mágico renovamiento de tejidos, — así á él se le renovaran sus creencias de infancia.

¡Con qué recíproca ansia aguardaban padre é hija la hora de su visita diaria! Como dos novios, debían narrarse lo hecho y pensado mientras cesaron de verse, los progresos de él, las plegarias de ella.

— Cuando te pongas bueno — le prometía ella, — verás lo que sientes, una felicidad que no se te acaba, que te sirve para todo, verás, verás...

Un programa de resignación y de consuelo extraterrenos; una dicha sin segundo; el ensueño místico, tras el cual, la monja oía pasar el torrente desencadenado de la vida, sin miedo de ser arrastrada ni deshecha por ese vestigio desbocado que arrasa las riberas plácidas y arruina los sembrados ubérrimos, que descuaja los árboles fuertes y en las piedras se azota, sacudiendo en el huracán que lo acompaña y azuza, sus crines de perlas y sus crines de espumas... Comparaciones primitivas, toscas, leídas en libros piadosos y rudimentarios; lo que sus directores espirituales, deslumbrados frente al arriño de esa conciencia, habían juzgado bastante explicarle.

Salvador, embebecido, la escuchaba sin interrumpirla, y Magdalena, suponiéndose la autora única de aquella conversión, crecíase en su discurso y multiplicaba las comparaciones primitivas, los argumentos bastos, preguntando á su padre de tiempo en tiempo:

— ¿Me entiendes bien, verdad?...

Por no lastimar una fe tan firme y confiada, Salvador

F. GAMBOA

respondíale que sí, que la entendía; y á los reparos y objeciones que en tropel subíansele á los labios, no les permitía salir, aterrorizado de imaginar los efectos que en el sereno ánimo de su hija producirían.

Magdalena, en tanto, continuaba hablando muy posesionada de su asunto; al arrullo de su voz, Salvador ahuyentaba los malos pensamientos, repasando su propia existencia.

Este esfuerzo de su voluntad lo aleccionó, sobraba con querer; ¡él quería creer, y creería! ¿No cuando las tesis antirreligiosas y los escepticismos y descreimientos que las escoltan se adueñaron de él, hubo necesidad de no prestar oídas á los pensamientos creyentes que lo alababan, de repudiarlos con voluntad enérgica, pensando en otras cosas?... Pues con análogo procedimiento, rechazaría ahora cuanto se opusiera á la refluorescencia de la fe, que pugnaba por anidarse de nuevo. Se zanjaba el conflicto, sencillísimamente—que en el batallar de las conciencias no puede haber medio distinto,—creemos lo que que queremos creer, pues si no, nos complaceríamos (y hasta los llevaríamos á puro y debido efecto), en los pensamientos reprobados que á los justos mismos invaden y atormentan. ¿Quién hay que con la mente no tenga perpetrados alguna vez los peores delitos y las peores atrocidades? Sin embargo, se lucha con la tentación, aniquilase el pensamiento torcido y no se ejecuta materialmente el crimen mental.

—¿Me entiendes bien, verdad?...—volvía á preguntarle Magdalena, alarmada por su abstracción.

Y Salvador le respondía que sí, resuelto á entenderla, á no consentir que las ortigas de la duda agostaran en su cerebro el reverdecer de sus delicadas flores de religión y de consuelo... ¡la monja, su hija, contábale cosas tan dul-

RECONQUISTA

ces, ofrézale un perdón tan completo y una paz tan eterna!... ¡Dios lo perdonaría!... ¡Dios perdona siempre!...

Confianza grandísima cobraba Salvador oyendo que Dios lo perdonaría; que Dios eligió la crucifixión á fin de que por los siglos la cruz, con sus brazos extendidos, anunciara que El no cerrará nunca los suyos, siempre abiertos para que entre ellos se cobije la humanidad entera, cuando desengañada de las maldades del mundo y las miserias de la vida, enderece sus pasos hacia el Padre que la aguarda con sus misericordias...

El caso suyo, de Salvador, que oyendo á Magdalena emocionada, sentía que lo inundaban por adentro olas compasivas que se llevaban lo malo, como las olas que limpian y sanean con sus reflujos las playas sucias de las tierras calcinadas y enfermas, era elocuente prueba.

¡Magdalena tenía razón! Algo oculto garantizábale á Salvador que misericordiosamente acogeríanlo en su vuelta tardía, en ese su regreso natural al Padre...

Y en la quietud del huerto, que empezaba á ensombrecerse, oyendo la musical voz de la monja, que, transfigurada, asegurábasele pálido el rostro y hacia las alturas convertidos sus lindos ojos, Salvador rememoraba fragmentos de la parábola, él era el hijo pródigo:

—«Un hombre tenía dos hijos... el más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á un país muy remoto y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente... Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre... y comenzó á padecer necesidad... Púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja, á guardar cerdos... y volviendo en sí, dijo: ¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo!...»

Y Salvador se repetía, con mayor deleite, la respuesta

F. GAMBOA

del padre al hijo trabajador y bueno, que se mostraba celoso de los festejos que se aparejaban para el hijo vagabundo y sin ventura:

—«... Ya ves que es muy justo regocijarnos, por cuanto este tu hermano se había muerto y resucitó, estaba perdido y se le ha hallado...»

¡Era la historia de él, la historia de todos!

Punto por punto, palabra por palabra podía aplicársele la parábola: también él habíase marchado á un país remoto, y malbaratado su caudal, y vivido disolutamente; también él padeció de una grande hambre y de una grande necesidad; también él había vivido entre cerdos, y, en más de una ocasión, aun cuando no lo hubiese formulado, suspiró y echó de menos las épocas en que vivía feliz y tranquilo á la sombra de sus creencias viejas.

Como él, había muchos otros, muchísimos, que secretamente ansían romper el nudo que los ahoga.

Hombres y pueblos, á diario tornar á las ideas de que se alejaron; unos, publicándolo á voces, en silencio los demás. Salvador se incorporaba á estos últimos, no por que le avergonzaran su arrepentimiento y regreso, sino porque de efectuarlo sin ostentación ni ruidos, como que más sincero y más firme resultábale.

Hombres y pueblos tornan á Dios—ahora lo veía Salvador,—porque los pueblos y los hombres, cansados de buscar, sin encontrarlos, todos los mejoramientos que por aquí abajo se prometen, sin nunca pasar de la categoría de promesas, han menester de amor y paz para sus espíritus acongojados.

Hombres y pueblos, son el eterno hijo pródigo de la parábola, y desencantados de todo lo del mundo, en ascensión imponente y soberana, al fin vuelven al regazo compasivo de Dios, de Dios que á nadie rechaza, que todo

RECONQUISTA

lo olvida, que continúa y continuará con sus brazos abiertos, como cuando en la Cruz, recibiendo y perdonando á los pueblos y á los hombres llenos de heridas, agobiados de desesperanza por lo transitorio y engañoso del mundo, y que, al mirarse desamparados y náufragos, lamentablemente suben á Él por las cuestas ásperas del dolor y del remordimiento...

Magdalena seguía hablándole de Dios, seguía preguntándole de tiempo en tiempo:

—¿Me entiendes bien, verdad?...

Cierta tarde vió Salvador varios carnajes de Injo frente á la verja del convento, lo que no le preocupó á consecuencia de su gradual familiarización con las prácticas de la comunidad y con las de sus protectoras y frecuentadoras asiduas. Sería una fiesta de tantas.

En virtud de su especial permiso colóse hasta el huerto, á esperar á Magda. Esperábala con serena alegría que no sabía disimular, y, contando los minutos, oyó el órgano, las voces de las doncellas castas, el infaltable concertante de los pájaros. Antes que las profesas, salió de la capilla un golpe de señoras principales, que se dirigían al claustro. Oculto tras los árboles, Salvador miró salir á damas y profesas. Al cabo de un rato, Magdalena vino en su busca y lo atrajo al banco favorito en que charlar solían. Pero Salvador, que no atinaba cómo comunicarle la buena nueva, resistiéndose le dijo:

—¡No, aquí nó!... ¡Llévame á la capilla!...

Magda adivinó que aquello era tal vez el premio á sus ruegos, el milagro, ¡la reconquista del alma de su padre!

—¿Ya?...—le preguntó, á punto de llorar.

—¡Yal—repúsole Salvador, no menos emocionado.

Encamináronse ambos á la capilla, casi desierta á tales

F. GAMBOA

horas; sólo dos religiosas, prosternadas en unos reclinatarios y con sendos cirios, velaban y oraban...

Llegados Salvador y Magda junto á la barandilla del presbiterio, se arrodillaron en la grada de piedra; pero ni el padre ni la hija supieron rezar, á él y á ella ahogábalos el llanto, un llanto discreto que él vertía mirando á la alfombra del piso, y ella mirando al altar, los dos asidos de la mano...

...Más debilitado aún que en tardes anteriores, hasta la capilla penetró el toque de lista del vecino cuartel de Artillería, cual si en esta vez los clarines marciales, en derrota sin revancha posible, si tocaran por última sus cantos de odio y sus cantos de sangre...

Al salir Salvador, al volver á las calles, caminaba radiante, de prisa, de prisa...

Iba á sus cuadros, á sus pinceles, á su arte. Ya sentíase artista completo; ya podría terminar su obra, aquella su inconclusa «Alma Nacional», y abordar los asuntos redentores y justicieros de que su inspiración estaba grávida. Ya era suyo el lema de los poetas altos:

—«¡Crear, Crear!»

Y se perdió por esas mismas calles de la enorme ciudad indiferente.

Washington, D. C.: 15 de abril de 1903. — «Villa-lobos», Guatemala: 28 de marzo de 1906.

Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en la imprenta de Bailly-Baillière é Hijos,
calle de la Cava alta, número 5,
el día 23 de Mayo de 1906.



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

